

LA PUERTA DEL CIELO

Antes de desaparecer junto a su ayudante americana, el astrofísico Lalo Múgica informa a una de sus vecinas de que ha encontrado las claves para abrir la puerta del cielo. Gerardo Vilela, un sencillo profesor de instituto, gana una beca que le lleva de Lugo a Madrid. Cuando las enigmáticas vecinas del número 12 le realquilan la antigua casa de Múgica, él se siente feliz. Pero el ático guarda algo para él: un acta firmada por Pilatos que narra otra desaparición ocurrida en Judea el año de la muerte de Jesucristo. Con veinte siglos de diferencia, ambas desapariciones parecen estar extrañamente relacionadas.

Con la ayuda de un exorcista vasco y de su secretaria, Gerardo decide seguir el rastro. Demonios, meigas, médiums& Reyes Calderón plantea un apasionante juego de verdades y mentiras que nos pondrá ante situaciones que han preocupado siempre a la humanidad: ¿Existen el cielo y el infierno? ¿Y el demonio? ¿Qué habrá en el otro lado?

Reyes Calderón

La puerta del cielo

ePub r1.1
Titivilus 05.07.15

Reyes Calderón, 2015

Editor digital: Titivilus
ePub base r1.2



A mi padre, que ya no tiene que buscar más puertas

Dios es sofisticado, pero no malévolo.

ALBERT EINSTEIN

PRÓLOGO

MADRID, PRIMER LUNES DE OCTUBRE

En el minúsculo rellano no cabía un alfiler.

En primera fila, se hallaban los dos agentes de uniforme. Acababan de forzar la entrada del piso y buscaban pistas en el interior. A corta distancia, sobrecogidos, estaban los vecinos del edificio, incapaces de quitar los ojos de encima a la puerta entreabierta. Allí estaba también el pequeño exorcista, apoyado en una de las jambas. Sorbía el silencio, denso y monocorde, junto al humo del cigarro que chupaba sin pudor. Lo que no estaba era el cadáver: no había aparecido aún.

Ese, el cuerpo, era, sin duda, el responsable de aquella embarazosa situación. El cuerpo o, más bien, su dueño. De no ser por ese extraño inquilino, los moradores del número 12, ancianos en su mayoría, hibernarían en sus respectivas madrigueras, tejiendo crucigramas y bebiendo televisión. De no ser por aquel científico loco, estarían saboreando el noticiario de las nueve y el caldo Avecrem. Pero con el crepúsculo exhibiéndose ante la Cibeles la paz saltó por los aires.

La culpa la tuvo el inquilino, sin duda, o su cuerpo, el que no había aparecido. Pero el aviso llegó de manos de doña Laura, la inquilina del 2.º B. Desde que se quedara viuda, se pasaba las horas muertas sentada junto a la ventana con el ganchillo en la mano, moviendo los dedos con impenitente afán. La dotación de la Policía Municipal que se personó en el edificio no llevaba la sirena conectada, pero sí las luces. Su reflejo azulado deslumbró a la hacendosa costurera que, de inmediato, corrió la cortina y se asomó a tiempo de comprobar que un cura de rasgos orientales y dos agentes de uniforme —uno joven y flaco; el otro, decano y grueso— entraban en el edificio. Aquello la dejó boquiabierta. Se levantó y aguzó la vista.

Lo primero que le vino a la cabeza fueron los correosos bronquios del viejo cartero. Se estaba santiguando cuando cayó en la cuenta de que los recién llegados no venían acompañados de ambulancias o médicos; ni una mísera bombona de oxígeno. Tampoco babia furgón funerario. Se mordió el labio inferior y sopesó los hechos. No más de un par de segundos le llevó a concluir, con esa certeza que otorgan los años ante el balcón, que se trataba de un asunto no solo inusual, sino extremadamente grave. Dejó la costura sobre la mecedora, con la aguja hincada en el ovillo, y se acercó a la puerta de la vivienda, que abrió con sigilo. En su atenta mirada, había un

deje de miedo y otro mucho más fuerte de curiosidad, que se avivó al darse cuenta de que el ascensor trepaba hacia el ático con el cura y los policías dentro.

El ático…

Mentalmente, pasó revista a los inquilinos que lo ocupaban. Las letras A y C estaban vacías. Y con Esmeralda, la vecina del D, se había topado aquella misma tarde. No quedaba otra: tenía que ser el profesor. Cogió su rebeca y, meneando la cabeza, fue en busca de la portera. De paso, hizo sonar todos los timbres con los que se topó. En la pequeña comunidad, el rumor corrió como la pólvora. ¡Quién lo podía imaginar: el número 12, el anodino número 12, en pleno barrio de Salamanca, donde ni siquiera se celebraba el botellón, iba a terminar en la palestra! Uno tras otro, los inquilinos fueron saliendo a los rellanos, para darse de bruces con la cruda realidad: la Autoridad se había personado en su santuario.

Se hacían acompañar por un cura…

Investigaban una extraña desaparición…

En el ático…

Apoyándose en su notable experiencia para juzgar a los seres humanos, el residente del 3.º D, psicólogo jubilado, aseguró que aquella situación tenía «traza de tragedia». Eso fue exactamente lo que dijo, aunque, entre líneas, todos leyeron «suicidio». Alguien, en aquel cogollo de voces, se atrevió a pronunciar la palabra «asesinato», a resultas de lo cual, los vecinos arrumbaron los achaques, los braseros y la televisión y cogieron por tandas el viejo ascensor para llegar a tiempo de desvelar el misterio.

Porque, sin lugar a dudas, misterio había.

El rellano del ático los recibió en semipenumbra. Solo la luz roñosa de una bombilla floja iluminaba el espacio. El frío mordía. En los áticos, el invierno se cuela por las rendijas antes que en ninguna otra parte. En aquel se sentía de manera especial. El edificio hubiera debido ser remodelado décadas atrás. Pero se trataba de pisos de renta antigua… «Una ruina económica», les había explicado el abogado que preparaba el desahucio, sin dar soluciones ante un tiempo que comenzaba a ser glacial. Pese a todo, era tal la sorpresa y la irrealidad que envolvían aquel ambiente que los vecinos, medio en trance, hicieron oídos sordos y se apiñaron ante la puerta entreabierta. Se colocaron suficientemente cerca para no perder detalle del trabajo de los hombres de uniforme, pero guardando las distancias, por si los alcanzaba el extraño maleficio. Porque a aquel vecino parecía perseguirle la fatalidad…

El chirrido del ascensor hizo que se volvieran al unísono. Las puertas se abrieron y del cubículo salió, decidida, la inquilina del bajo B. Calzaba sus habituales zapatillas de paño granate y llevaba los bigudíes puestos. Mientras acababa de secarse las manos en el delantal de cuadros, se enfrentó al resto de los vecinos.

—Estaba terminando de dar de cenar a Pepe; no podía dejarlo tirado, al pobre —se excusó—. ¿Qué ha ocurrido? Dicen que ha muerto el profesor.

—¡Calla, Nati! —escuchó por toda explicación. Le pareció percibir un tono de

reproche, pero no le importó. Hizo como que no lo notaba y se sumó a la curiosa caterva.

El tiempo continuó con su ruido de fondo, lento y aburrido, lo mismo que los policías, que se movían de un lado a otro fisgoneando todo, pero sin decir nada. De pronto, la exhausta bombilla del techo adquirió un brillo intenso y, acto seguido, se apagó. Sin duda, se trataba de un mal presagio. La oscuridad y el recelo provocaron un pequeño revuelo, jaculatorias aisladas y media docena de deserciones. Los que tenían suficientes redaños conservaron el ánimo, se empaquetaron un poco más, y apretaron los dientes. Desde luego, aquel era el acontecimiento del mes, si no del año. Hablarían de los pormenores durante semanas. Incluso era posible que viniera alguna televisión y quisiera entrevistarlos. Podrían contarles lo del desahucio. Quizás se pusieran a su favor, y frenaran las ansias crematísticas del propietario. Salir en los noticieros siempre ayuda. Y seguro que salían. Al fin y al cabo, el afectado era un científico; hacia cosas inexplicables y recibía a gente rara. ¿Sería posible que hubieran convivido con un terrorista sin saberlo? Quizás se tratara de algún tipo de espía con excepcionales dotes para el camuflaje.

—¿Por qué tardarán tanto? —exclamó Nati quejosa: el reloj marchaba con exasperante lentitud y empezaba a ponerse nerviosa. Lo suyo no era tanto una pregunta como un lamento en voz alta.

La noche resultaba apasionante, pero tenía el cuello entumecido y las manos heladas. Además, había dejado solo a su marido, y aunque le había colocado el pañal antes de subir, con los hombres nunca se sabe.

—Tienen que buscar pruebas, mujer, y eso lleva su tiempo. Deben peinar el inmueble a ver si encuentran rastros de ADN, sangre, huellas, cosas de esas… Y, por encima de todo, tienen que hallar el cadáver.

El señor Güell, l.º D, levantó los brazos con impaciencia y objetó con su inconfundible acento de Girona:

—¡Ignorants! ¿Es que no habéis visto los uniformes? ¡Son de la Policía Municipal! Estos no saben una palabra de pruebas. Lo único que harán será echar un vistazo y buscar el cuerpo. Si es que está aquí… Aunque, claro, habiéndose traído a un cura, es lo más probable.

La alusión a la muerte aumentó la sensación de fatalidad y silenció el poblado rellano durante unos instantes. La portera no pudo resistirse a una atmósfera tan propicia:

—Ya se lo dije yo al propietario cuando me preguntó si Múgica era de fiar. «¿Quién puede fiarse de un profesor judío?», eso fue lo que le dije. Bueno, no sé si era judío o yanqui. O quizás ambas cosas. Además, ¿qué diferencia hay?

—¡Ah, no; de eso nada: por esas no voy a pasar! —aclaró Encarna con voz severa —. El profesor Múgica no es judío: le encantaban el cerdo, los caracoles y el alcohol… De su amiga, esa chica feúcha de acento extranjero que se instaló en su casa, no puedo decir lo mismo… Solían hablar de cosas incomprensibles.

—¡Lo que yo diga: una judía! Será otra terrorista. O una traficante de drogas. ¡O de órganos! Dicen que es mucho más rentable…

Encarna saltó como si tuviera un resorte.

—¡Mujer, qué cosas se te ocurren! Yo lo único que digo es que charlaban de cosas de ciencia. Galaxias, estrellas… Del espacio, vamos. Aunque, a veces, les escuché conversar sobre la muerte… A esa chica parecía obsesionarle el tema… —Se detuvo un instante meditabunda. Luego, añadió—: Quizás no haya un cadáver, sino dos. Y por eso tarden tanto… ¡Qué cosas, Dios mío, en un sitio tan tranquilo!

La señora Nati volvió a secarse las manos con el delantal, más como un movimiento reflejo que por notar humedad. Maduraba lo que acababa de oír cuando se produjo la conexión neuronal y exclamó como si se hubiera dado cuenta de que su cartón contenía un bingo:

—¡Eso es: un suicidio colectivo! Lo vi en un reportaje de La 2. Estaban en una granja: se mataron lo menos treinta personas, contando mujeres y niños. Aunque, ya se sabe, en los Estados Unidos todo lo hacen a lo grande… Y el profesor, con esos pelos alborotados, la barba de dos días, y la ropa… Lo siento, Encarna, sé que le apreciabas, pero admitirás que parecía vestido por los traperos de Emaús… En fin, lo que quiero decir es que le pega mucho lo de matarse junto a esa chica judía, de la que nadie sabe nada…

A Encarna, que había hablado con ella en muchas ocasiones, desvelar la primicia la tentaba, pero se mordió la lengua. Además, se le adelantó el cartero, l.º B:

—Es posible que tengáis razón y no fuera judío, pero no hay duda de que era yanqui. Todas las revistas que le llegaban eran extranjeras. Además, los que saben cosas acerca del espacio son yanquis o rusos. Y este no tenía pinta de ruso. Salvo que fuera un espía camuflado, que de todo hay. Vi una película sobre eso: los llaman «agentes dormidos».

El padre Koldo Otxotorena acompañaba a la Autoridad, en calidad de denunciante. Había sido testigo de excepción de cómo los agentes, empleando una simple tarjeta de crédito, abrían el domicilio del desaparecido. Sin embargo, no quiso entrar y permaneció en el umbral, aguardando a que los policías hicieran su trabajo.

Se hallaba apesadumbrado y nervioso. Fumaba cigarro tras cigarro, echando la ceniza en una cajetilla vacía. Se sentía como gallina en corral ajeno. Un corral peligroso y hostil. Necesitaba saber qué había ocurrido con el profesor Múgica, al que había cogido cariño, y por eso había llamado a la policía. Pero no estaba seguro de querer enfrentarse a lo que temía.

Y aquella casa… Llevaba suficiente tiempo en el negocio para saber que de aquella casa emanaba un olor indolente y peligroso. Bajo su camisa, llevaba una estola humedecida con agua bendita, por si acaso.

Por un momento pensó que hubiera sido preferible entrar. Habría evitado a los vecinos, a los que había sorteado como había podido. Era un hombre educado, pausado y racional, que tenía por máxima dejar al prójimo en paz siempre que fuera

posible. Pero la sarta de estupideces que acababa de escuchar exigía una pronta rectificación y se sintió en la obligación de intervenir. Sin volverse, pero en un tono de voz que resultaba perfectamente audible, sentenció:

—Ni ruso ni espía ni judío: el profesor Múgica es español, catalán para más señas. Se le tiene por una eminencia en el campo de la astrofísica y es completamente de fiar.

Tras escuchar su voz, los vecinos, entre avergonzados e intimidados, cayeron en un forzoso mutismo El cura se olvidó de ellos y prosiguió con su observación. Desde aquella lejana posición, no había logrado captar signos de violencia, ni ningún indicio que justificara la desaparición de su amigo: no vio restos de sangre, ni objetos rotos; tampoco olía a pólvora… El agente de policía de mayor estatura lo buscó con la mirada. Al verlo apoyado en el quicio de la puerta, levantó las manos, entre las que sostenía una carpeta, y le hizo una seña para que se acercara.

En un primer momento, absorto, no se dio por enterado. El policía le llamó. Tenía una forma peculiar de pronunciar. Un acento del sur. Canturreaba al hablar.

—¡Padre, no se quede ahí, pase!

Otxotorena levantó la vista y escudriñó su rostro. No parecía el de un hombre que acaba de encontrar un cadáver. Lo sabía porque había visto muchas veces la reacción de la gente ante los restos que deja la muerte. Los restos y el olor. Pese a que la vivienda estaba cerrada a cal y canto, condensando los aromas, no olía a podrido. Resultaba evidente que allí no había un cadáver; mucho menos, dos. Al menos, era una buena noticia.

Se fijó en la carpeta. Debía de proceder del interior porque, al entrar, el agente llevaba las manos vacías.

Quizás se tratara de una nota de suicidio. Aquel comportamiento cuadraba con la personalidad de Múgica, y, desde luego, justificaba su desaparición. Sin embargo, desechó la opción. Las formas del agente de policía distaban de quien sostiene entre los dedos la explicación de una tragedia. «No han hallado nada interesante», concluyó.

Aspiró una gran bocanada de aire y la soltó lentamente. Su respiración no logró acompasarse, pero avanzó.

Contempló la sala con ojo experto. De buen tamaño, poco amueblada y limpia en apariencia, contaba con un sofá viejo a la derecha; una lámpara, aún más vieja, en el techo y, al fondo, una terraza pequeña.

Lo único que destacaba de la habitación era una inmensa pizarra, colocada en la pared de la izquierda, junto a una mesa de pino. Estaba llena de papeles archivados en carpetas, revistas sin abrir, paquetes envueltos en sobres marrones y libros, muchos libros. No obstante, la apariencia era ordenada, casi de rigurosa armonía. Sobre la pila más baja, iluminado por el resplandor mortecino de la lámpara de sobremesa, lucía un objeto. Atraído por aquel brillo, sin preocuparse de la opinión del policía, que le miraba con gesto adusto, Otxotorena estiró la mano y lo cogió: era un anillo de oro,

su anillo. En algún rincón de su cerebro, las piezas comenzaron a encajar. Le invadió una sensación de pena y de mal augurio.

—¡Dios mío! —musitó en voz queda.

El policía se volvió.

—¿Decía algo, padre?

—Pensaba en este anillo, agente… Resulta extraño que esté aquí… El profesor Múgica no se desprendía nunca de él.

El agente se lo quitó de las manos con gesto impertinente, y le dedicó una mirada lacónica mientras se mordía la uña del dedo pulgar.

—¿Qué tiene de especial? No es más que un anillo.

Bastante hortera, por cierto.

—¿Ve este símbolo? —respondió el cura mientras señalaba el emblema central.

—Si se refiere a las letras, las veo. He escuchado a los vecinos decir que el desaparecido era un sionista convencido. Supongo que esas frases tendrán algo que ver con su religión. Ya sabe cómo es esa gente: practican el ocultismo, celebran titos extraños y los iniciados lucen pesados anillos…

Otxotorena le dirigió una mirada tal que el policía bajó inmediatamente los ojos. El sacerdote medía poco más de metro sesenta; vestía un sencillo traje oscuro con camisa negra y alzacuello, y, en aquella tardía hora, su aspecto indicaba extremo cansancio. Pero no era el porte lo que le confería una autoridad innegable. Era más bien su voz, torrefacta y experta, y sus ojos, pequeños y llenos de brillo, que parecían diseccionar a la persona con quien hablaba, los que lograban que los demás obedeciesen hasta sus más leves sugerencias.

—No es ningún símbolo judío, agente. Son las sílabas de la palabra «Veritas». Es latín y significa verdad. Es el signo de la Universidad de Harvard, Departamento de Ciencias Planetarias. Y le aseguro que tenerlo en mis manos es signo de que algo va mal…

—¡Harvard! ¡Mira por dónde! ¡Pijo, además de judío! —mascculló el segundo policía con sarcasmo.

—Le aconsejo que mejore la calidad de sus fuentes: Múgica no era judío. Ni tampoco pijo…

Un ruido casi imperceptible hizo que cortara la frase. Policías y cura volvieron la cabeza en dirección a la puerta. Una mujer joven, morena, bastante alta y extremadamente delgada, vestida con una extravagante indumentaria y cubriendo sus hombros desnudos con un chal en tonos morados, se había abierto hueco entre el racimo de vecinos curiosos y avanzaba por la habitación. Un gato, negro y lanudo, descansaba en su regazo.

—Lo que faltaba: ¡la médium! —susurró el más joven de los policías. Su compañero le secundó entre risas ahogadas.

—Buenas noches. He venido para decirles que no se molesten en buscarle: el profesor Múgica se ha ido.

Su voz, grave y ronca, respondía al patrón de las fumadoras empedernidas. De hecho, al acercarse, Koldo identificó el olor de los camaradas del gremio.

—¿Quién es usted? —preguntó el policía de mayor grado mientras posaba descaradamente la mirada en sus pequeños pechos, que se adivinaban tras su vaporosa ropa.

Ella echó la cabeza hacia atrás y apretó los ojos. Los tipos como aquel resultaban exasperantes. Respondió con gesto despreciativo.

—Hágame caso y deje de husmear. No encontrará nada interesante.

—Le he preguntado quién es —insistió el policía con la voz alterada, tamborileando velozmente los dedos sobre la mesa del escritorio.

—Si tanto interés tiene, se lo diré: soy una vecina. Ocupo el piso contiguo, el de la izquierda, letra D.

—La vecina… ¿Solo la vecina? ¿Cuál es su profesión? —Ella le respondió con una mirada de desprecio—. De acuerdo, únicamente la vecina, dígame, ¿sabe dónde está el señor Múgica?

—Se despidió de mi hace unos días, no recuerdo exactamente cuántos, pero, desde luego, no muchos. Dejó en mi casa su cafetera nueva. Me dijo que, allá a donde se dirigía, no iba a necesitarla.

La información hizo que el policía se relajara. Estaba claro que se trataba de un tipo raro que se había marchado por propia voluntad. Tenía mucho que hacer para perder el tiempo con excentricidades.

—Muy bien, recapitulemos. Su amigo se fue y, como despedida, le regaló su cafetera. Dígame, ¿le comentó a dónde pensaba ir?

—Me lo dijo, sí.

—¿Y seria usted tan amable de compartir esa conversación con nosotros?

La mujer pasó varias veces su mano derecha por el lomo del gato. Llevaba las uñas largas, pintadas con laca negra. El animal ronroneó de placer. El agente se impacientó.

—¿Y bien? ¿Quiere hacer el favor de contestar?

—Lo haría, pero estoy segura de que usted no va a comprender mi respuesta.

—Pruebe —la retó el agente, pasándose la mano por la mejilla. Pequeños pelos afilados comenzaban a emerger (tenía una barba durísima).

—Como quiera, pero no diga que no se lo advertí: Lalo Múgica se ha ido al cielo.

Al silencio apenas le dio tiempo a tomar cuerpo. De inmediato, desde el descansillo, se elevó el rumor de las voces de los vecinos, que seguían desde la distancia la evolución del registro. La señora Nati se santiguó tres veces. A don Anselmo se le desató la tos. Y Encarna empezó a sollozar; a pesar de sus rarezas, le apreciaba. N o era un tipo sociable, atrayente o seductor, pero cuando hablaba de las estrellas… ¡Ah, cuando le oía hablar de las estrellas, le hubiera entregado todos sus ahorros!

—¿Al cielo?, ¿quiere decir que ha muerto? —insistió el policía.

—Eso no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? ¿Afirma que se ha ido al cielo, pero no sabe si ha muerto? Dígame, ¿qué se ha fumado?

Ella respiró hondo, como buscando fuerzas para sufrir a aquel cretino. Metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos y un mechero. Cogió un pitillo, lo encendió con indolencia y lanzó el humo en dirección al policía.

—Ya le advertí que no podría comprenderlo, es para iniciados.

El policía se frotó varias veces los ojos con el dorso de las manos.

—¿Para iniciados, eh? Y supongo que el gato negro tendrá algo que ver con eso, ¿no?… Vamos a ver, señora, ¿cómo se llama?

—Esmeralda.

—Tendrá usted apellido. Lo dan con la placenta…

Ella respondió con lacerante lentitud.

—Lo tengo, sí, pero no lo uso. No me hace ninguna falta, Esmeralda es suficiente.

—Conforme. Conteste a una pregunta muy sencilla, solo Esmeralda: ¿ha visto el cadáver del señor Múgica?

—No.

—¿Le comunicó el susodicho que pensara suicidarse?

—No.

—¿Cree que se marchó porque tenía miedo de alguien o de algo?

—No.

—Entonces, ¿por qué dice que se ha ido al cielo? —Porque él así me lo hizo saber.

Aquellas palabras se volcaron sobre Otxotorena como aceite hirviendo. Se dejó caer sobre el único sofá de la sala, y se tapó la cara con las manos.

El policía soltó un gruñido lleno de desdén. Su rostro reflejaba un punto de desesperación. Separó los brazos del tronco y elevó las manos con las palmas hacia arriba. Giró sobre sí mismo y exclamó:

—¿Me puede alguien explicar de qué va todo esto? ¡No entiendo nada!

Encarna se atusó el cabello y se estiró el chándal antes de entrar en la vivienda. Avanzó hasta situarse al lado de Otxotorena, sumido en una especie de letargo, y le preguntó:

—Padre, ¿cree que habrán encontrado el gusano ese?… ¿estarán bien?

Otxotorena se incorporó lentamente, como si aquel movimiento supusiera un enorme esfuerzo para él, y con gesto serio y preocupado respondió:

—Así lo espero, señora… Así lo espero.

El policía miró al cura. Luego, con cara de burla, fijó sus ojos en Encarna y en la vecina. Ellos no le prestaban atención; permanecían serios y cabizbajos. Finalmente, se echó a reir, aunque no estaba para bromas. Aquel frío estaba empezando a darle mala espina. Parecía frío de muerto. Los difuntos eran gente tranquila si se los dejaba en paz. En otro caso…

—¡Manolo, nos vamos! Aquí no tenemos nada que hacer. ¡Y ustedes, abuelos, los del descansillo, a dispersarse! Circulen. Cada uno a su casa. Si siguen un minuto más aquí, se les va a congelar el cerebro y nos harán volver con una ambulancia… ¡Chalados de mierda! —pronunció con voz baja, mirando hacia su compañero.

Este sonreía. Estaba siendo una noche muy divertida.

PRIMERA PARTE

UN AÑO DESPUÉS

Dios prefiere a la gente corriente, por eso ha hecho tanta.

ABRAHAM LINCOLN

1

No sé mucho acerca de la psicología femenina: muy a mi pesar, sigo soltero. Pero no hace falta ser un experto para interpretar ciertas cosas. Cuando una mujer de bandera, a la que no conoces ni de pasada, irrumpe en tu lugar de trabajo y te mira como si fueras Leonardo DiCaprio, debes de pensar que viene a graduarse la vista. Y si, a renglón seguido, con voz encantadora y sonrisa melosa, reclama que le dediques unos minutos, debes de concluir que te ha confundido con otro.

Me costó unos segundos enhebrar las palabras, pero finalmente, bajo la inquisitiva mirada de mi jefa eventual, y colorado como una botella de kétchup, logré dejarle claro que yo no era su hombre. Y sin más palabrería continué con lo que estaba haciendo.

—No, caballero, la valeriana no necesita receta. Pero no debe usted abusar…

La chica no cejó.

—Pero eres Gerardo Vilela, ¿verdad?

No creo que haya cientos de Gerardo Vilela en el país, pero resultaba evidente que no me buscaba a mí. En la tarjeta que acababa de depositar sobre el mostrador se leía el nombre de una productora de cine. Yo no soy tanto un actor cuanto un tipo normal, del montón, alguien de quien se esperan hechos lineales y previsibles.

—Gerardo Vilela, para servirte, pero no el que buscas. No tengo relación alguna con el mundo del cine. Como ves, soy el mancebo de esta farmacia.

—Mancebo sustituto —aclaró mi jefa, que nada más sentir el silbo de una voz femenina desconocida emergió de la trastienda—. Gerardo está cubriendo una baja por enfermedad. En realidad, es profesor.

—Un modesto profesor de instituto. Ni siquiera imparto Matemáticas o Química. Lo mío es la Lengua, la Literatura y, de refilón, el Inglés…

—¡Literatura! Exactamente lo que nos figurábamos —exclamó la chica con el entusiasmo de quien acaba de hacer una escoba con el siete de velos y gana la partida.

No podía ser. Aquello parecía un juego de despropósitos, una confusión elevada al cuadrado. Pero como la chica no se arrugaba y los clientes empezaban a cotillear, le dije a mi jefa que me tomaba los quince minutos del café. La chica, treintañera, no era lo que se dice una belleza, pero tenía un cuerpo que quitaba el hipo, de modo que la seguí a corta distancia disfrutando de la vista y preguntándome divertido cómo acabaría aquel tonto enredo. Pese a la altura de sus tacones, caminaba bastante deprisa. En un determinado momento, se giró para comprobar si le seguía los pasos. El instante me permitió captar que, bajo la máscara de serena profesionalidad, se escondía un punto de excitación.

Excitación, ¿por qué? Empecé a considerar que podría no ser una confusión y que en aquel atraco había gato encerrado. La distancia entre la farmacia donde trabajo por las mañanas y la cafetería que yo mismo sugerí era más bien corta, de modo que dispuse de poco tiempo; el suficiente para devanarme los sesos y llegar a la

conclusión de que aquello tenía que ver con el ático que ocupo de modo, digamos, irregular. No había otra. Cómo habían podido enterarse, esa era la cuestión. Resultaba bastante improbable, prácticamente imposible, que hubieran tenido acceso a una información tan bien custodiada. Y o no había abierto la boca y mis vecinas, cotorras por lo general, para el asunto en cuestión, son como tumbas.

Me dije que, quizás lo más prudente, dadas las circunstancias, seria confesar; una declaración simple y escueta sería suficiente. Pero, cuando llegamos a la cafetería y me arrinconó, me había sobrepuesto a la tentación y tomado la fume resolución de negarlo todo. No iba a airear aquel asunto bajo ninguna circunstancia. Si querían echarme del ático, que vinieran con una orden judicial. Erguí la espalda y, con gesto de víctima propiciatoria, me preparé para lo peor.

Lucia la chica un vestido negro, más bien escueto, del que emergían unas pantorrillas tan flacas que parecían cristalizadas por algún procedimiento químico. Estiró la tela en un movimiento que resultó marcadamente femenino y la hizo parecer débil. Eso me puso aún más nervioso: las mosquitas muertas son las peores. Tragué saliva y me dispuse a escucharla. Sin ningún tipo de preámbulo, me explicó la razón de su visita.

—Gerardo, perdona que me haya presentado de esta manera. Debiera haberte llamado antes, pero es que estamos alucinados. Mucho. ¡Es genial!

Suspiró como si acabara de terminar un larguísimo y complicado trabajo, y me miró fijamente. Quizás esperaba que yo dijera algo, pero me abstuve. No tenía sentido malgastar saliva: cuando una mujer tiene algo entre ceja y ceja, te lo suelta quieras o no Además, no pensaba decir ni pío. Como supuse, al segundo escuché su mensaje, nítido como sus ojos azules:

—De acuerdo, allá voy… Lo hemos leído, ¡y nos encanta! Es más, ¡nos fascina!

—Lo habéis leído —repetí, sin comprender. Y o no les había enviado nada.

—En efecto, y te puedo asegurar que La puerta del cielo ha encandilado a toda la compañía, desde el director hasta el último de los ayudantes. Y por supuesto a mí, que me encargo de la comunicación. Everybody va a alucinar con tu obra, no me cabe duda. Quedan algunas cuestiones relativas a la financiación del proyecto, pero se solucionarán, por eso no debes preocuparte. Queremos que vengas a la oficina. Vamos a proponerte un contrato estupendo. Vete pensando en dejar esa farmacia. ¡Te espera algo grande!

Se expresó como quien describe el desbordamiento de un río o un choque múltiple en la autopista, y luego, cansada, se dejó caer en el respaldo del sofá de polipiel con modos de los sesenta en el que nos habíamos sentado. Su vestido, iluminado por el resplandor de la lámpara cercana, dejaba ver mucho más de lo prudente, pero yo ni la miraba ni la escuchaba. Sopesaba sus primeras palabras e intentaba aceptarlas. Era cierto que había una puerta del cielo. Estaba en mi mesilla, a buen recaudo, y solo yo sabía de su existencia.

—¡Pero eso es imposible! —exclamé.

Se le dibujó una sonrisa maliciosa, y agregó:

—¡Todo es posible, querido! Aunque, metidos en harina, debo confesar que te había imaginado de otra manera… ¡Tu guion trasmite tanta fuerza! Jamás te hubiera vestido con esos pantalones y esa pajarita, pero…

—Mi guion…

—Tu guion. ¿Qué ocurre?, no se lo habrás ofrecido a otra compañía, ¿verdad? Si es por dinero…

—¿A otra compañía? ¡No, claro que no! Es que yo no he escrito ningún…

—¡Ah, qué alivio! Si no te llevo a casa, mi jefe me mata. Es un buen jefe, sabes, pero tiene malas pulgas. Por cierto, Gerardo, ahora que te tengo solo para mí, no puedo resistirme. Dime, ¿por qué lo llamaste La puerta del cielo y no La ventana del infierno, pongamos por caso? No es que me disguste el nombre, me encanta, pero, al fin y al cabo, el diablo es un personaje central en la novela, y las leyendas aseguran que nunca atravesó las puertas del paraíso. ¡Ah, qué nervios! Esto va a ser un exitazo. Dime, ese exorcista del que hablas, ¿tenía credenciales, estaba autorizado por la Iglesia?…

Y o escuchaba atentamente a la chica mientras hablaba y no salía de mi asombro. Cada una de sus palabras me taladraba la mente. La mujer, que finalmente dijo llamarse Cristina, no quería echarme del piso. Conocía mi historia, o lo que es peor, conocía la existencia de la puerta del cielo, y pretendía airearla nada menos que en la gran pantalla. Pero yo no estaba dispuesto a dejarme vencer tan fácilmente Tengo mis recursos.

Miré de frente a Cristina y confesé que no les había enviado ningún guion y que no sabía de qué me hablaba. Lo primero era cierto; lo segundo, un atentado gordísimo contra el octavo mandamiento. Sabía, sé, mucho de la puerta del cielo. Pero estas últimas palabras se helaron en mis labios mientras un enjambre de luciérnagas empezaba a llenarme la cabeza.

—Cristina, te agradezco mucho tus palabras. Nunca he recibido tantos piropos juntos, y sin embargo mantengo lo que te dije en la farmacia. Me ha encantado conocerte, pero te has equivocado de persona. Y o no he escrito ningún guion. No sé de qué me hablas. Me confundes con otro Gerardo Vilela.

Arrugó el ceño. Me recordó al gesto del niño que, al abrir hambriento el frigorífico, se encuentra el bote de Nocilla vacío.

—Pero todos los datos coinciden. Me dijeron que podía encontrarte en esa farmacia, te llamas igual que el autor. Vale, es cierto que lo del pantalón de mezclilla y la pajarita de topos no me lo esperaba, pero la gente del cine suele ser algo excéntrica.

—No es excentricidad, Cristina. Parecen y son ropas de maestro anticuado. Me lo ha dicho ya más gente, pero ¿sabes qué?, a mí me gustan. Soy un viejo prematuro. Eso, en el mejor de los casos… Convéncete: un tipo como yo sería incapaz de escribir ni el título de un guion.

Pronuncié estas últimas frases con ese toniquete, entre gris y apenado, que tengo tan estudiado. Y pasé a la acción. Mentí.

Verán. Hasta ese momento había disimulado. Ya saben: unos leves pliegues en la inmaculada exactitud, una salida por la tangente forzado por las circunstancias. A partir de entonces, interpreté mi mejor mentira, la que mantengo en sazón, bien nutrida, macerada a fuego lento, con alevosía y nocturnidad, desde hace años.

En fin, a ver si logro encontrar una forma de explicar esto…

Creo que lo mejor será no andarme por las ramas. Lo que quiero decir es, más o menos, que, en el interior de mí ya maltrecho pantalón de mezclilla marrón, no anida un pringao. Vamos, que no soy tonto. Mejor dicho: no soy ni más tonto ni más paleto que la mayoría. Aunque lo parezca… ¡He ahí mi estrategia: llevo años interpretando el papel!

En las pequeñas comunidades, tienes dos formas principales de encarrilar el destino: ponerte al mundo por montera o pasar completamente desapercibido. Dadas mis circunstancias, opté por esto último. Y decidí que el papel de tímido pueblerino, una pizca reprimido y algo corto de sesera, me convenía muchísimo. El de bobo es, habitualmente, caballo ganador, aunque lo de tragarse el orgullo cueste.

Yo adquirí el hábito de niño casi a la fuerza.

Nací en Pedrafita do Cebreiro, un pueblecillo de las altas montañas de Lugo, en el comienzo del llamado Camino Francés. Recomiendo visitarlo: es un lugar pintoresco, con aire puro y buena comida, a poco más de mil metros sobre el nivel del mar, del que los extranjeros salen empachados de autenticidad. Es, fundamentalmente, una colección de casas de piedra y pizarra surgida alrededor de un santuario ancestral, Santa María la Real, donde se conserva un cáliz antiguo, emparentado, según decían, con el Santo Grial. A los turistas les encanta y a los lugareños les encanta que les encante.

Ahora, lo del Camino está más de moda y lo visita bastante gente. Por aquellos tiempos, en el pueblo vivían unos trescientos vecinos. Mi madre regentaba un modesto albergue para peregrinos. Entonces, llegaban los que llegaban y como llegaban: casi siempre, con una mano delante y otra detrás. De no ser por los ingresos irregulares de mi tía Ermita, las hubiéramos pasado putas.

Pero mi madre insistía con mucho empeño, más o menos el mismo que ponía en convencerme de que mi padre, fallecido haciendo las Américas en pro de la familia, y de quien no se guardaba ni una mísera fotografía, me quería una barbaridad. Yo la escuchaba con atención, a pesar de que —llevando su apellido de soltera, Vilela— parecía mucho más verosímil la versión con la que los compañeros de clase me apedreaban en el patio: que el peregrino italiano de buen porte y mejor labia que se pasó una semana en el pueblo, y a quien todos recordaban por su mentón partido, pagó a mi madre en especie la noche antes de desaparecer.

Es una grotesca palabra la de «bastardo». Ella jamás la pronunció. En vez de eso, me vendió una imagen tan falsa como el mármol de las columnas de la casa

parroquial. Pero era mi madre y, en sus ojos esquivos, leí su ruego. Y procedí en consecuencia. Esa fue mi primera representación.

Con el tiempo, nos mudamos a Ribadeo. Pero como las noticias vuelan, el apellido y el apodo vinieron conmigo al nuevo colegio, y yo pude profundizar en mi formación. Finalmente, emigramos a Lugo capital. Allí tuve muchas más ocasiones de practicar, tantas que, como digo, me he convertido en un tonto profesional, un mediocre con perfume a granel. Ante Cristina, dudé durante un brevísimo instante, pero enseguida actué como el consagrado actor que soy.

Un tipo como yo…

Es curioso, después de todo lo ocurrido, ya no me siento «un tipo como yo». Ese espécimen ha muerto y lo he enterrado. Conservo el trasnochado pantalón, que sigue gustándome más que ningún otro. Mantengo la misma secuencia genética con la que me polinizó aquel santo que murió haciendo las Américas. Guardo mi colección de virtudes y defectos, y mi libreto de tonto. Pero ya no soy el mismo. Me he transformado en otra persona.

«¿Qué ha cambiado?», me digo, a veces, en un esfuerzo de introspección.

Estoy convencido de que, en realidad, se trataba de una simple cuestión de perspectiva: un sutil pero trascendental cambio de enfoque, en el que Madrid tiene mucho que ver. En esta inmensa urbe, donde habita gente tan distinta y tan idéntica, tan anónima, he aprendido que siempre es posible volver a empezar. Aquí, tu listado de hándicaps, por largo que sea, carece completamente de interés. Aquí, cada uno a su modo, es un bastardo y no me hace falta fingir.

Aunque no es tan fácil como lo pinto… A mí, todavía en ocasiones, me invade la niebla de Ribadeo, y la nieve de O Cebreiro: la sonrisa de mi madre y la presencia de mi tía Ermita…

Sobre todo, ella.

Tía Ermita, hermana de mí madre, era meiga de profesión. Con ella no se atrevían en el colegio, que el mal de ojo puede arruinarte la existencia, pero —si pedradas me llevé unas cuantas— las fiestas de los vecinos o los puestos de monaguillo me los perdí todos. Ahora —veinte años y quinientos once kilómetros de por medio—, estas historias me hacen sonreír. Me suscita una enorme ternura recordar los esfuerzos que aquellas dos adorables mujeres hicieron para lograr lo imposible: preservarme de las habladurías. Y, por qué no confesarlo, también me causa cierta malsana delectación pensar en todos aquellos cafres que permanecen en Ribadeo o en Pedrafita, engendrando bastardos, aunque ahora no se llamen así.

Pero si algo debí aprender de ellas, y no lo he hecho hasta llegar al ático, es que el valor no estriba tanto en carecer de miedo cuanto en combatirlo. Personalmente, hasta trasladarme a la capital, no había tenido grandes sobresaltos, amén de las lógicas amarguras de la vida. Pero había sido incapaz de vencer la resistencia de la rutina. No viajé por no comprar el billete, y no lo compré porque moverme se me antojaba demasiado arriesgado. Y, a base de acidia, de patético conformismo, de niebla, acabé

por mimetizarme con la mesa camilla. Simplemente, dejé que las cosas ocurrieran y me lamí las heridas cuando no lo hicieron. La actitud de mi madre no ayudó mucho, la verdad. Estaba tan orgullosa de que su hijo hubiera llegado a profesor que no entendió que a mí me pareciera poco. «Un salto de gigante, eso es lo que has dado. El primer licenciado de la familia», me decía. «Un fracaso monumental», sostenía mi versión, con la que, no obstante, me conformé pronto, como con mi soltería, y mi barrio y mi nada…

Pero esa beca lo cambió todo. No me he vuelto más valiente. Solo puedo decir, basándome en el título de aquella magnífica película protagonizada por James Dean, que me he vuelto Cobarde con causa. Una causa mucho más que justificada.

Aquí, en el ático, he mamado el miedo de verdad, el que provoca cagalera instantánea, angustia y dolor en el pecho. No hablo en broma cuando digo que he conocido al diablo y a sus secuaces. Con mis propios ojos, he visto levantarse el sofá un palmo del suelo y permanecer levitando hasta lanzarse, de pronto, contra nosotros. Mis oídos han escuchado tan de cerca los aullidos de los endemoniados que puedo certificar que es un sonido que no se parece a ningún otro. Como testigo puedo dar fe de que hay culebras que salen de la boca del estómago y que una cara humana es capaz de alargarse hasta parecer de animal… Esas y otras muchas cosas me convencieron de que la única manera de ser un cobarde profesional era tomar cartas en el asunto. Y eso fue lo que hice. Naturalmente, no estaba solo…; pero de eso hablaré más tarde.

No sé por qué aquel día me fijé en esa convocatoria inaccesible que estaba colgada en el tablón de anuncios del instituto de Lugo ni por qué decidí rellenar aquellos papeles tan pesados. Pero, para mí sorpresa y la de todos, me concedieron la beca para ampliar estudios en la capital y me vi obligado a adquirir una maleta grande y ropa interior decente. Ese fue el primer paso hacia mi nueva vida, comprar la maleta. Luego, Madrid me conquistó. Y este ático… El ático me estaba esperando. Bastardo, mediocre, profesor de provincias… Eso no pareció importar a los hados, que buscaban un cronista.

Lo que quiero decir es que, de haber algún fallo en esta historia, que sucediera en Madrid me parece un desliz mucho más grave que haber escogido a un lucense. Estas historias suelen asomar en lugares ancestrales o en ciudades costeras cuyos puertos y rarezas atraen a almas de indeseables que buscan anonimato e impunidad. Pero aquella calle aseada del Madrid más calmo nada tenía que ver con Barcelona ni con Bilbao y mucho menos con lugares más sugerentes para un diablo como la cuna de las brujas. Por no haber, en la corta vía con nombre de médico ilustre, no había ni emigrantes, y la zona se antojaba monocorde, franquista y, sobre todo, añeja. Porque casas y vecinos compartían edad. De hecho, cuando atravesaba la calle del Doctor Fermin Vivancos (ahora, mi calle) por la mañana temprano, y veía los portales abiertos de par en par para que el aire joven secara el pavimento recién fregado, pude fijarme en que la mayoría había logrado incorporar una rampa o un complicado trasto

mecánico que permitía sortear a las sillas de ruedas los dos o tres peldaños que, quién sabe por qué, los arquitectos de los años treinta y cuarenta colocaban en todas las entradas.

Pero me estoy yendo por las ramas…

Estaba terminando una interpretación magistral de «Palurdo de provincias», acto 1.º, cuando Cristina frenó en seco mi lengua y fijó la mirada en mis manos. Instintivamente, traté de ocultarlas metiendo los dedos entre las piernas, pero ella se me adelantó. Me sujetó la derecha y exclamó con voz de triunfo:

—¡El anillo con inscripción latina! ¡Eres tú! Por un momento has estado a punto de engañarme, aunque no, sé mucho más de hombres de lo que te crees.

—¡Te juro por lo más sagrado que ese guion no es mío! —grité desesperado.

Ella negó moviendo reiteradamente la cabeza, y dijo:

—¡A mí no me la das, Gerardo Vilela! Lo has escrito y lo has hecho de cine…

En ese instante, mi corazón se despachó con una taquicardia tal que creí morir allí mismo. La frente se me perló y las piernas empezaron a castañear dentro de mi pantalón de mezclilla marrón. Luego, todo empezó a tiznarse.

—Gerardo, ¿te encuentras bien? Estás blanco como la cera. ¿Quieres un poquito de agua?

Asentí. No me salían las palabras. De haber podido, hubiera pedido un coñac doble. No llegué a beber nada. Lo siguiente que recuerdo es abrir los ojos y toparme con doña Encarna, mi vecina del cuarto, una dulce mujer que combina chándal y tacones, a la que Cristina había telefoneado.

—De modo que ha sido usted…

—Descanse, Gerardo. Nos ha dado un buen susto.

—Doña Encarna, las cosas están bien como están —dije.

Pero su ojo estrábico me susurró de refilón que no. Que he de decir la verdad y dejar que las cosas que tengan que pasar pasen. Ella sabe mucho de esto. Ella fue la primera que me habló de esa puerta. Ella sabe que, de no ser por el ático, de no ser por el curioso vecino y por la ristra de circunstancias, nunca la hubiera conocido y habría vuelto como un corderito a mi pequeño piso de Lugo, a seguir enseñando a algunas docenas de zopencos, a quienes lo único que los motiva es huir a la capital. Sí, porque nada ocurrió grandilocuentemente, como había sugerido Cristina. Todo fue mucho más mío, más… normal. Se debió a mi naciente úlcera de estómago, a la farmacéutica de la esquina, hoy mi jefa, y a doña Encarna.

—El anticipo le vendrá de perlas, Gerardo. La sustitución en la farmacia es solo provisional. Y ya sabe cómo es el mundo del cine: tardan años en hacer películas. Si es que las hacen.

Como siempre, tenía razón. Hoy por hoy, los «problemillas técnicos» que mencionó Cristina siguen sin resolverse, pero el anticipo me permitió ganar tiempo para buscarme otra forma de vida en la capital.

Me he embalado, lo siento. Imagino que no me siguen.

Para poder seguirme, debería hablarles de la historia del cielo o, más bien, de la puerta del cielo. Y para eso tengo que empezar por hablarles del ático… Si, el ático es esencial.

2

Llevaba un par de meses en la capital y habitaba ——digamos, mejor, que pernoctaba —en una pensión regentada por un matrimonio tan insulso como envarado. La mujer tenía modos de monja reconvertida, y conservaba ese soniquete doctrinario que yo recordaba de la escuela de Pedrafita do Cebreiro cuando no era más que un parvulillo. Solía huir de su fea manía de atraparme con sus garras huesudas y gélidas, por las que dudo que corriera sangre caliente, y, ya acorralado en alguna esquina, obligarme a arrepentirme (propósito de la enmienda incluido) de mis muy graves pecados contra aquella pequeña comunidad.

«Señora patrona —que así la llamaba para evitar su poco afortunado nombre: María de la Consolación—, la música es una enfermedad crónica. Le aseguro que, por mucho que quisiera, no podría entrenar con el oboe —así lo llamaba ella— de memoria».

El marido era un hombre bajito y enjuto, de zapatos lustrosísimos y una calavera pelada por cabeza. Por lo general, hablaba poco. Salvo cuando el anís le soltaba la lengua. Entonces, lo hacía siempre ex cátedra, poco importaba que se charlara de fútbol, de economía o de ropa interior femenina, su tema preferido. Gracias a Dios, con el transcurrir de los días, imité al resto de los residentes y logré contar con una colección de mil y un artilugios que me permitían evitarlos. De lo que no podía sustraerme era de la pitanza: hablo de la fritanga grasienta y la sopa dudosa, del pescado de plástico bañado en una especie de gelatina amarillenta y los flanes prefabricados, de la «comida fría» de los domingos y de la total ausencia de frutas o verduras frescas.

Mi estómago, forrado de antiácidos, estaba a una asamblea de declararse en huelga cuando decidí reanudar la búsqueda de un piso en alquiler. Había dado una intensa batida al llegar a Madrid, a primeros de septiembre, pero me aseguraron que los universitarios ya habían tomado la plaza y no había nada que hacer, salvo irse al extrarradio. No tengo nada contra los extrarradios, pero el metro me descoloca. En cuanto estoy bajo tierra, pierdo la orientación y me entran ganas de orinar. Nunca estoy completamente seguro de acertar con la línea y, de ser el caso, de haber tomado la dirección adecuada o la contraria, con el riesgo de aparecer en Pozuelo de Alarcón, pongamos por caso, donde sería difícil encontrar un meadero público… Por esa razón, permanecí en aquel agujero eufemísticamente llamado Pensión Real y por eso aquella mañana de lunes entré en la pequeña farmacia que se encontraba en el recorrido desde mi residencia hasta el Instituto Cervantes, donde iba las mañanas de los lunes y de los viernes.

—¿Antiácidos? —me preguntó la oronda farmacéutica al verme de nuevo en su feudo.

No llevaba bata y su contundente bolso de asas tiesas le colgaba del brazo. Aquella mujer debía de pasar menos tiempo en la botica que en las oficinas del paro.

Siempre que entraba, y desde que me instalé en la pensión lo hacía con asiduidad, la pillaba de esa guisa, dispuesta a escaparse para hacer algún recadillo.

—Otra vez, sí. De no encontrar pronto un piso, se me va a declarar una úlcera —le confesé en un alarde.

—¡Ah, pues ha tenido usted suerte, porque yo sé de uno! Un ático, muy cerquita de aquí. Apenas a tres manzanas.

Para qué negarlo, me alegró el día. O eso creí yo, que no sabía la que se me venía encima. Iba a decir que no había visto ningún cartel, pero no me dio tiempo. La farmacéutica ya estaba en ello. Me explicaba que no habían querido anunciarlo porque el inquilino, en realidad, no se había ido del todo, aunque sí…

—Ya me comprende usted —añadió en voz baja. Pero no, yo no la comprendía.

—No estoy al tanto de los usos del lugar, pero no se preocupe, con que me dé usted la dirección será suficiente —le respondí.

En realidad, lo que quería decir es que me daba lo mismo lo que ocun1era, siempre y cuando tuviera una cocina donde yo pudiera prepararme un arroz como Dios manda, calentarme a media noche un vaso de leche, y tocar el oboe en horas de asueto. Pero las mujeres de pechos generosos y tobillos gruesos no son fáciles de convencer.

—¡Ni hablar! Le acompaño hasta allí. Me pilla de paso. —Se volvió hacia el mancebo y le chilló a voz en cuello, como si fuera sordo, aunque apenas era un chaval y debía de tener el oído sin estrenar—: Te quedas solo, Gabriel. Voy a la peluquería. Tardaré un poco porque me tengo que teñir.

El muchacho asintió cabeceando, en un movimiento curioso, supongo acorde con la música que salía de su iPod.

Durante el camino, cinco minutos escasos, habló sin parar. Cruzaba de acera en acera y de conversación en conversación, como un mono cambiando de árbol. Desde luego, la crisis de los pequeños negocios como el suyo, abrumados por impuestos abusivos, se llevó la palma, pero sobre todo habló del tiempo, del meteorológico; del otro, el metafísico, habría de aprender mucho en los meses siguientes.

Frisaba el mes de noviembre, pero hacía frío de enero.

—Sin otoño. Este año nos quedaremos sin la mejor estación del año —me advirtió.

En ese momento, intenté reconducir la conversación hacia el piso y, sobre todo, hacia el «Ya me comprende usted». Un poco tarde.

—Bueno, caballero, es aquí: el número 12 de la calle del Doctor Fermín Vivancos. Conozco lo del ático por una buena clienta de nombre Encarna. Vive en este edificio, pero el caso es que no sé en qué piso. Tendrá que preguntar en portería. No puedo acompañarle porque el tinte me lleva un rato… Y además tengo que quitarme la pelusilla —apuntó riéndose, como en confidencia, mientras se señalaba la zona superior del labio. Desde luego, le hacía bastante falta. Hubiera podido pasar por portuguesa del norte.

Le agradecí sus atenciones con un par de frases desmañadas y me quedé allí quieto, expectante, por si aquella mujer protectora pretendía plantificarme los dos besos de rigor. Hubiera jurado que no, porque no conozco a ninguna farmacéutica que bese por cortesía, supongo que por miedo al ataque de los gérmenes que todos llevamos puestos. Acerté. Ni besos ni apretón de manos: la boticaria ya tenía la cabeza en el tinte y el bigote a remojo. Se abrazó al bolso y se alejó.

3

Mi corazón siempre permanecerá fiel al Deportivo de la Coruña, pero estoy enamorado de Madrid.

Nada más pisar la capital, me sedujeron sus anchas y arrogantes avenidas, sembradas de rascacielos de cristal y palacetes de selectos salones, donde al entrar te ofrecen The Economist. Me encantaron sus puertas exuberantes y sus fuentes de diosas medio desnudas: sus museos atestados de japoneses, sus teatros y hasta esos ascensores tan modernos que escupen cortésmente pisos con voz de mujer. Pero no niego que, con el tiempo, el ojo se me fue directamente hacia sus voluptuosas curvas. Sí: me cautivó el otro Madrid, el de calles embozadas y muros retorcidos; el de casas astutas y esquinas puntiagudas; el de hostales de escalera, bares oscuros y plazas que no conducen a ninguna parte. Ese Madrid, lleno de anomalías y singularidades, de absurdas excentricidades, de tipos y tipos, me fascinó. Quizás, por ello, me gustó mi barrio… y más mi calle, mi accidente arquitectónico, si prefieren llamarlo así.

La del Doctor Fermín Vivancos es una calle corta, casi de juguete, tres edificios por acera, y más parece una equivocación urbanística que lo que se dice una rúa. Sirve para conectar transversalmente dos vías mayores, que, a su vez, unen el paseo de Recoletos con la calle Serrano. Crucé y miré el edificio desde la otra acera. El número 12 (curiosa numeración, con solo tres edificios) era una casa de cinco alturas, de ladrillo rojo y balcones de forja. De algunos colgaban geranios cuajados de flores rojas, sembrados en bonitas macetas; otros lo que exhibían era roña y dejadez. El edificio contiguo había sido remodelado y se veía la mar de lustroso. El número 12, no. Sin lugar a dudas, había conocido mejores tiempos, pero a mí me pareció magnifico.

El emplazamiento era ya un lujo, pero, además, a su izquierda, en la esquina, se exhibía una coqueta panadería, donde servían café, lo que siempre resulta conveniente para un soltero adicto como yo. Por ponerle algún reparo, diré que, a la derecha, se apreciaba el cadáver de una pequeña joyería, con un monumental cartel de «SE TRASPASA».

No tenía nada que perder, de modo que volví a cruzar la calle y recorrí con cautela el zaguán dispuesto a dar con la portera o portero del edificio. El lugar no me pareció nada excitante, aunque estaba limpio y cuidado. Y olía a ancianidad; la media de edad allí debía de ser de un siglo, pero yo no buscaba plan, sino un hogar, de modo que no me importó.

Encontrar, no encontré a nadie, pero si di con una puerta de madera pintada de marrón chocolate de la que colgaba una placa blanca en la se podía leer «PORTERÍA». Llamé con los nudillos, porque no encontré el timbre. Estaba tan concentrado en esa puerta que no me percaté de que otra se abría a mi espalda. Cuando el «Buenos días» que escuché me hizo girarme, llevaba ya el susto metido en el cuerpo. Pero lo que me encontré fue con una señora de edad en ropa de cama, que

me miraba desde el piso de enfrente.

—De nueve a diez, la portera suele salir a hacer la compra… —me explicó—. ¿Es usted familiar?

Negué varias veces, con la cabeza, un poco avergonzado. No tenía por qué, pero suele pasarme; me azoro por las cosas más peregrinas.

—¡Ah, entonces viene usted por lo del ático! —Dejé de mover la cabeza de izquierda a derecha y empecé a hacerlo de arriba abajo—. Pues, en ese caso, lo mejor es que suba. Hable con Encarna, que vive en el cuarto, ella le dará razón. Tiene llave y puede enseñárselo, si es lo que quiere. Dígale que le envía Nati, la del bajo.

Naturalmente, era lo que quería, pero aproveché que la amable abuelilla de la bata de flores malvas parecía tener tiempo que perder para interrogarla.

—¿Conoce usted el piso, señora Nati?

—Pues sí, mire. Lo vi entonces desde la puerta. El día del… jaleo, ya sabe.

—El del jaleo —coreé.

A veces, con las personas de edad, el recurso funciona. Tú repites la última frase y ellos continúan el relato. Pero aquella vez no pudo ser. Una voz masculina aguda y mal encarada salió del interior de la vivienda exigiendo su presencia.

—¡Nati, quiero mear!

—¡Ya voy, Pepe! —le chilló. Luego, se volvió hacia mí y me animó antes de cerrar——: Suba, suba, caballero, le va a encantar.

Dudé unos segundos, en los que calibré las innumerables ventajas de la Pensión Real, pese a la manutención. Al fin y al cabo, no eran más que unos meses, pasarían enseguida. Porque si aquel piso, nada menos que un ático, estaba libre, algún problema tenía que rondarle. Y debía de ser suficientemente grave para haber puesto en fuga a los demás aspirantes. «Ni siquiera han puesto un cartel», me dije. La verdad, eso resultaba bastante sospechoso; si uno quiere alquilar un piso, lo anuncia, ¿no? Sin embargo, se impuso la cordura. Todo lo que pensaba era muy razonable, pero ya estaba allí y el esfuerzo de subir y verlo con mis propios OJOS era nimio.

El ascensor estaba en la planta baja. Abrí el doble juego de puertas (una verja metálica, con bastante arabesco, pintada en verde carruaje; otra interior, de madera y cristal), entré y las devolví a su origen con cuidado de que encajaran bien, y apreté el botón del cuarto. Creo que hubiera tardado menos andando. Aquel elevador era lentísimo, pero, mientras ascendía, pensé que sería de gran utilidad cuando viniera con las bolsas de la compra llenas de verdura y pescadito fresco. Cuando al fin aterrizó, salí de la caja, coloqué las puertas en su sitio y me enfrenté al desvencijado descansillo. Había cuatro puertas, todas iguales, todas sin identificación. La mujer de la bata de flores no me había especificado en qué mano vivía la señora en cuestión. El casquillo que colgaba del techo no tenía bombilla. La única luz se filtraba por la escalera, procedente del piso superior. Fui acercándome puerta por puerta, observando, hasta que me di cuenta de que solo una de las viviendas contaba con felpudo.

«Bienvenido a casa», rezaba. La frase estaba bordeada por una ristra de flores de colores. No me cupo duda. Alguien que llevaba el nombre de María de la Encarnación debía de tener un felpudo como aquel. Esta vez había timbre. Lo apreté.

Como si me estuviera espiando, la puerta se abrió de inmediato. Quien me recibió era una mujer de edad difusa, pero, desde luego, no joven, vestida con un pantalón de chándal azul turquesa con una lista blanca en los laterales, jersey marrón de cuello alto y zapatillas de andar por casa. Llevaba el pelo teñido de negro azabache, muy cardado. Traté de calcularle la edad. Por los andares y su expresión rondaría los setenta largos, pero su piel parecía de porcelana por lo brillante y perfecta. Su mirada era limpia y simpática a partes iguales.

—Disculpe la intromisión, señora, ¿es usted doña Encarnación?

—Servidora. Pero ha de saber que no tengo costumbre de comprar por catálogo.

En aquel momento, recordé a mi madre, que siempre insistía en que me vistiera correctamente porque la gente juzga por lo que ve, no por lo que se esconde a la vista.

—Siento haberle dado esa impresión, señora. Mi nombre es Gerardo Vilela y no osaría venderle nada. Vengo por lo del ático que ha quedado libre… Me han dicho abajo que usted puede enseñármelo. —Añadí a la petición una pequeña inclinación de cabeza, una especie de «Para servirle a usted».

Me contempló en silencio unos instantes. Mientras lo hacía, caí en la cuenta de que miraba de manera oblicua. Su ojo izquierdo en algunos momentos perdía la posición correcta y se desplazaba más de la cuenta. Yo, impermeable al desaliento, mantuve mi mejor sonrisa.

—¿Y a qué se dedica? ¿Trabaja usted para el Gobierno?

—Soy catedrático de instituto, señora; enseño Lengua, Literatura e Inglés. Me han dado una beca para venir a Madrid a ampliar mis estudios. Además, toco el oboe en una orquesta; una muy pequeñita, con un repertorio casi exclusivo de música clásica. Debo asegurarle que solo ensayo en horas decentes, y casi no meto ruido. Pero, desde luego, vivir en un ático sería ideal.

En vez de facilitarme noticias sobre el piso en cuestión, pasamos los siguientes minutos hablando del oboe. Era la primera vez que lo oía nombrar y me hizo explicarle con todo lujo de detalles qué tipo de instrumento era y, no se lo pierdan, «a qué sonaba». Luego, cuando tuvo suficiente, continuó con el interrogatorio.

—¿Soltero, caballero?

—Sí, señora, soltero.

Masculló algo que no pude comprender, algo que me dio mala espina. Le pregunté de inmediato si el piso estaba reservado a matrimonios. Se sonrió divertida.

—¡No, no, nada de eso! Intentaba calibrar si usted le gustaría a don Lalo, nuestro inquilino…

Me invadió una sensación extraña, poco agradable. Se me estaba haciendo tarde y decidí ir al grano.

—Perdone, doña Encarna, ¿me puede decir qué ocurre con ese piso? Tengo la

sensación de que hay algo que no me cuentan. Si es por un tema de olores, no tengo problema con ese extremo, me amoldo a casi cualquier cosa.

Volvió a escrutar mi rostro con una lenta y atenta mirada y me sonrió con un gesto maternal.

—¿Cuántos años tiene, hijo?

—Treinta y tres, señora, pero soy muy…

—¿Cree en el cielo?

La pregunta me pilló por sorpresa. Menos mal que soy gallego.

—La verdad es que no he pensado mucho en ello. ¿Y usted?

—¡Naturalmente que creo! Y también en las estrellas. El profesor Múgica me explicó muchos detalles sobre ellas: también sobre los planetas, la materia oscura y muchas más cosas… Espere. Me calzo y cojo las llaves. Arriba le prepararé un té, como hacía con él, y podremos charlar acerca de las condiciones.

Volvió sobre unos tacones pasados de moda, los labios pintados de rojo pasión y un intenso olor a colonia de segunda. Llevaba una silla de cocina en la mano. Me dedicó una amplia sonrisa.

—Usted, que es un mozo joven y fuerte, ¿sería tan amable de enchufar esta bombilla en la lámpara del descansillo? A mí me da miedo caerme, y cuando tengo que meter la llave, no veo un pimiento.

—Por supuesto, señora, con mucho gusto.

Enrosqué la bombilla en el viejo casquillo y, como diría un teólogo, se hizo la luz. Devolví la silla al interior del piso y esperé a que cerrara. Luego, la buena señora, satisfecha como una almeja en marea baja, me cogió del brazo y me guio por la umbría escalera de madera hasta el ático.

Mi querido y odiado ático. Nos estaban esperando.

4

La recuerdo plantada en la puerta en cuestión, con los brazos cruzados sobre un vestido gris, estampado con lunares blancos más grandes de lo habitual. Supe nada más verla que se trataba de la portera, que había acudido a cuidar de sus feudos. Algo más rolliza que doña Encarna, y peor conservada, poseía unos ojos vivos y cautos, de un azul muy claro, y un trasero digno de una reina bien alimentada. Contaba con una mata de pelo envidiable, pulcramente blanco, y olía a lavanda.

—¡Rosa, qué oportuna! —la saludó Encarna. Había un mal disimulado deje de incomodidad en su voz. Recuerdo que me extrañó y también que me olvidé del detalle de inmediato—. Me alegro de que hayas subido. Iba a enseñar el piso a este joven tan amable. Si le haces compañía y vas enseñándole el salón, preparo té… ¡Ah, lo olvidaba! Se llama Gerardo, es catedrático y director de orquesta en su tierra. Ella es nuestra… portera.

—No soy el director de la orquesta, doña Encarna; solo toco el oboe.

Ese matiz no pareció importar a la conserje, que me tendió la mano sonriente. Al tacto, su piel parecía papel de lija, pero se la estreché con efusividad. Me tocó explicar de nuevo la naturaleza y funciones del oboe. Para cuando acabé, Encarna había abierto el piso, levantado las persianas e ido a la cocina. Rosa me invitó a pasar. Olía a cerrado, y a oportunidad.

—Le hace falta una buena limpieza y, quizás, un calefactor nuevo, pero es un piso magnifico, ¿no cree?

Desde luego, lo era. Salvo por el frio y la humedad, fue como adentrarme en el paraíso. Solo con el primer vistazo, me sentí en casa.

Nunca había estado allí, pero si me hubieran pedido que dibujara mi hogar perfecto, coincidiría punto por punto con aquel espacio. Desde la puerta, se vislumbraba una gran sala abierta, iluminada a media ración; al fondo, un espacioso balcón. Los techos eran altos, con amplias molduras; el suelo, de madera: tablas anchas y largas que crujían al pisar. Contaba con escasas pertenencias; un sofá pequeño, un escritorio enorme, lleno de libros. Cuadros, pero no fotogramas, y una pizarra que ocupaba toda una pared. El piso precisaba de una urgente mano de pintura y de un no menos apremiante baño de lejía, pero mantenía ese aspecto señorial de las casas de solera del barrio de Salamanca, ese no sé qué que las clases acomodadas conservan aunque se arruinen; algunos lo llaman «educación», otros, «apellidos», y algún que otro sociólogo, «casta».

Seguramente aquel era el apartamento más húmedo de toda la casa, pero la vista resultaba preciosa. En lontananza se alcanzaba a ver el cielo, un trocito de cielo, azul brillante, alzándose sobre los antiguos edificios. Me imaginé sentado en el butacón de caña del mirador, en una de esas tibias tardes en las que el tiempo se detiene. Abstraído, el sol impactando en mi cara, interpretando a Mozart, en la más absoluta soledad.

La portera seguía con su crónica.

—Tiene cocina equipada, un baño completo y dos dormitorios; bueno, más bien uno y medio, pero usted vive solo, ¿no es así?

—Sí, señora, solo como un ermitaño… Es una pena que el piso esté alquilado —añadí con toda intención. Seguía sin entender cuál era el problema que rodeaba aquel bello espacio.

La portera se me aproximó peligrosamente. Noté que, al hablar, le temblaba ligeramente el labio superior.

—Si le digo la verdad, yo no creo que el profesor regrese. Pero Encarna no se resigna. Ella se ocupaba de arreglarle la ropa y, de cuando en cuando, le hacia la limpieza. Cuando hablaba de las estrellas, a ella se le caía la baba. Y nunca le cobraba. Nadie sabe por qué. Pero aquel día… Fue toda una conmoción…

La portera puso punto en boca al ver que doña Encarna se acercaba.

—¿Cómo toma usted el té, hijo? —me preguntó solicita.

En honor a la verdad, no me gusta el té. Es inglés. No se me interprete mal, no siento especial anglofobia, incluso leo a sus clásicos con asiduidad; lo que quiero decir es que el té no es más que agua caliente con algo de envaramiento. Yo prefiero el café, el de verdad: negro como la noche, caliente como el infierno y amargo como los celos. Pero intenté ganar tiempo pidiéndolo con leche, a ver si la portera podía terminar la historia.

—¡Ah, pues aquí no hay leche! El frigorífico está desconectado. Bajo un momento a casa a por ella. Subiré también unas galletas. Las galletas siempre apetecen.

—Me parece estupendo, Encarna. Pero no corras, querida, debes vigilar tu tensión. Hazlo con calma y estate tranquila, que yo hago compañía al director.

Nada más escuchar el ruido de la puerta al cerrarse, la portera aprovechó para explayarse. Ni siquiera hube de insistirle. Pero antes, sacó un paquete de Ducados y encendió un cigarrillo. En el tiempo que empleó Encarna, se fumó tres cigarrillos. Fumaba con fruición y echaba siempre el humo por la nariz, algo que conjuntaba mal con los lunares de su vestido y su ni vea cabellera, pero naturalmente no menté el asunto.

—Pues verá, Gerardo, debe saber que el profesor Múgica era un hombre muy inteligente. Entendía de estrellas, planetas y cosas del espacio. Se había doctorado en los Estados Unidos, en una universidad muy importante, cuyo nombre ahora no recuerdo. Pero nosotros no nos enteramos de nada de eso hasta el día en que desapareció. Encarna nos contaba cosas sobre él, pero no le hicimos demasiado caso, porque suele fantasear. Los vecinos lo que veíamos era a un hombre solitario y tímido, siempre con la cabeza escondida en las solapas de un abrigo raído. Cuando se cruzaba conmigo, se ponía rojo como un tomate. Supongo que retrasarse en el pago del alquiler, que era lo habitual, tendría algo que ver con eso… Pero bueno, a lo que iba: de pronto, de la noche a la mañana, sin venir a cuento, empezó a recibir extrañas

visitas de gente extranjera. Primero una chica esmirriada y feúcha, que era judía o yanqui, no me quedó muy claro; luego, un cura… Todo muy desagradable, sobre todo el cura, que, por cierto, no era de por aquí. Vamos, que era chino o japonés o de esas zonas. Lo digo porque tenía los ojos rasgados y la piel amarilla. Pero fíjese por dónde, tenía un acento raro, como de vasco, ya sabe, de esos que marcan mucho las erres… El caso es que siguieron viniendo y viniendo hasta que ocurrió.

La portera aplastó la enésima colilla en un cenicero medio roto que había traído de la cocina y se echó para atrás satisfecha, como si todo hubiera quedado definitivamente aclarado. Me desesperé. Doña Encarna llegaría de un momento a otro y yo seguía como al principio.

—¿Qué ocurrió, señora Rosa? ¡Me deja usted en ascuas!

—¡Ay, qué impaciente es uno a su edad! Debe dejarme un poco de margen. ¡Pasaron tantas cosas aquel día! Estuvimos ocupados hasta bien entrada la noche y me cuesta ordenar mis ideas. ¿Por dónde iba?

—Hablaba del profesor —le ayudé.

—Efectivamente, el profesor Múgica… ¿Le he dicho ya que los cadáveres no han aparecido aún?

—¿Los cadáveres?

Más que una pregunta, mi respingo fue un pensamiento en voz alta, casi un eructo mental. Porque el nuevo dato no era baladí. Cuando la muerte, más si es violenta, se ceba con un espacio, incluso tan bello como aquel, irremediablemente lo profana. A partir de ese momento, se le atrofia el aire y sus paredes se desangran. Es como si perdiera su virginidad y ya no pudieras mirarlo de la misma manera. La mayoría de la gente no suele ser capaz de sustraerse a su influjo. Se retraen imaginando fantasmas y los espacios acaban huérfanos. Yo mismo, he de reconocerlo, sentí un cierto rechazo al oírlo, una agria sensación que pronto dominé. La portera había dicho «aún». «Los cadáveres no habían aparecido aún», lo que significaba que, de momento, no había cadáveres.

Doña Rosa no expresaba con facilidad lo que quería decir. A veces, las palabras se le traspapelaban en la memoria; en ocasiones, mezclaba hechos pasados tiempo atrás con lo acaecido el funesto día de autos; muchas veces, simplemente se perdía y lo que decía resultaba confuso, por no decir ininteligible. Aun así, pude hacerme una idea más o menos aproximada de lo ocurrido: el tipo, me refiero al que llamaban profesor Múgica, no era un pirado que leía revistas sobre ovnis y contactos interplanetarios. Era un científico y había desaparecido, dejando su anillo, un sello de oro con el emblema de su universidad, como testigo de su voluntad.

—Fue todo tan raro que algunos de los vecinos sostienen que tuvimos un sueño colectivo. Desde entonces, nadie los ha visto.

Eso fue lo último que dijo porque en ese instante apareció doña Encarna, con una bandeja llena: galletas, leche, mermelada de dos clases (fresa y naranjas amargas) elaborada por ella misma y unos sobrecitos de Nescafé, regalo de alguna promoción.

—Por la cara que ha puesto, Gerardo, me ha parecido que no le iba mucho el té.
Así es ella de perspicaz.
Le dediqué una de mis sonrisas especiales.

5

—Cuatrocientos euros, gastos de comunidad incluidos —concluyó la portera.

Habíamos dado buena cuenta del tardío desayuno y, sentados en el salón del ático, pasamos a hablar de negocios.

Me informaron de la importancia de abonar el montante integro los días treinta de cada mes: la puntualidad no era negociable. La cifra llenó mis oídos como si de música celestial se tratara. Era una cantidad más que ajustada, una auténtica ganga si tenemos en cuenta lo que cuesta vivir en la capital, y más en un ático de ese tamaño en pleno cogollo del barrio de Salamanca. De inmediato, me imaginé sentado en la coqueta terraza, mirando aquel trocito de cielo y saboreando una buena macedonia de frutas. Pero la dulce ensoñación duró lo que un padrenuestro. No había vuelta de hoja: aquella manzana venía con gusano: uno muy muy gordo.

Siempre he tenido claro que nadie da duros a cuatro pesetas. Y también que a veces merece la pena dejarse engañar. Y o estaba dispuesto a poner de nuevo cara de imbécil, pero antes debía tener claro qué tipo de sapo me estaba tragando. Porque sapo había. Para empezar, aquellas mujeres no habían puesto un cartel, primera medida lógica si lo que buscas es un inquilino. A mí me habían encontrado por puro azar, lo cual ni quita ni pone. Lo malo era que, una vez acordado el precio, no me habían exigido el pago de una fianza. Tampoco habían dejado sobre la mesa un papel para firmar ni facilitado los datos de la agencia gestora. Aquello no parecía un contrato, sino un apaño. No es que me preocupara demasiado la legalidad de la cuestión, lo que me inquietaban eran los porqués, tratándose de un piso tan goloso, con posibles cadáveres en la trastienda.

Miré a ambas mujeres de frente, y las noté alteradas. No quería perder la oportunidad, pero tampoco meterme en algo sin comprenderlo del todo. De modo que eché mano de una de las frases que empleo a menudo en mis clases:

—En la amistad y en el amor se es más feliz con la ignorancia que con el saber —recité.

Se miraron, y luego me miraron a mí.

—¡Qué bonito!, ¿verdad, Encarna? —susurró la portera, al cabo.

—Es de Shakespeare, el famoso escritor inglés. Creo que tiene mucha razón, salvo por el hecho de que nosotros no hablamos de amistad ni de amor, sino del pago del alquiler. En ese caso, me quedo con el saber. ¿Serían tan amables de decirme de qué va todo esto?

Fue entonces, tras el consabido respingo, cuando me dieron a conocer la cláusula oculta de aquel inusual contrato verbal.

Doña Encarna se me acercó hasta poner su boca a la altura de mi oreja, algo exagerado teniendo en cuenta que estábamos los tres solos, y en un tono apenas audible me confesó:

—Se trata de un realquiler, don Gerardo… No es muy legal, pero nadie lo sabrá si

usted no lo cuenta.

Mientras el profesor vuelve, nos vendría bien contar con ese dinero. Tenemos que arreglar las goteras del portal. El propietario no quiere saber nada y casi todos nosotros somos pensionistas.

—Pero, entonces, ese inquilino, Múgica…, ¿tiene intención de volver?…

A doña Rosa le sonó el móvil. Se puso en pie con una soltura y una agilidad que me extrañaron. Tapó con la mano el auricular, y murmuró:

—Lo siento, tengo que marcharme. Cuando baje, Gerardo, llame a mi puerta y le daré una copia de la llave. ¿Cuándo quiere mudarse?

—Hoy mismo, si no es demasiado pronto —respondí con decisión.

—Muy bien. Pero prométame que ofrecerá un concierto a la comunidad.

Se despidió guillándome un ojo y dejándome con doña Encarna.

Me volví hacia ella. Cuando su mirada estrábica aterrizó sobre mí, se me puso la piel de gallina. De pronto, la atmósfera de la habitación se volvió mate y el aire enrareció. En aquel momento, debí salir corriendo. Mi instinto, hipertrofiado en la mismísima cuna de las meigas, me avisaba de que algo iba mal, pero no le hice caso. ¡Me gustaba tanto aquel piso! Además, soy especialmente curioso. Nací con una tendencia natural para olisquear secretos, y lo que aquellas pintorescas y deliciosas mujeres narraban —y lo que yo intuía que callaban— resultaba lo más fascinante que había escuchado nunca. Por eso, aunque el corazón quería salírseme de madre, permanecí muy quieto, a la espera de que Encarna se fuera de la lengua. Como no lo hizo y el silencio se me iba haciendo incómodo, la azucé.

—Doña Encarna, puede usted decirme la verdad. Me quedaré con el piso de todas formas y podrán arreglar las goteras…

Rehuyó mi mirada y mi pregunta. Cuando finalmente alzó la vista, tenía los ojos llenos de agua.

—A mí no me importan las goteras, Gerardo. Me importa el profesor Múgica. Estoy preocupada, mucho. Creo que ellos los siguieron hasta la mismísima puerta…

¡Lo que me faltaba: cadáveres y, encima, asesinos! Tenía el susto tan enroscado en la garganta que a duras penas logré tragarme la saliva. Pero no pude dejarlo así.

—¿Quiénes le siguieron?

—¿Quiénes van a ser? ¡Los demonios! Ese demonio, en concreto. Solo lo vi una vez, en el portal, pero aún tengo el susto metido en el cuerpo… También él quería llegar hasta allí.

A aquellas alturas, había llegado al convencimiento de que a aquella mujer le patinaban las neuronas.

—Doña Encarna, ¿quiere usted decir que le siguió hasta la muerte?

Se santiguó tres veces, deprisa, con ímpetu, al tiempo que me recriminaba:

—¡Válgame Dios, qué cosas dice usted! Parece policía. Cuando esos agentes vinieron para registrar la casa, preguntaron cosas como esa. Fueron muy desagradables… De lo que yo hablo, don Gerardo, es de la otra puerta, la del cielo.

Me entraron ganas de reír, aunque la metáfora no dejaba de resultar encantadora. Pero observé a doña Encarna grave como figura de El Greco, sería como si supiera de qué hablaba, y me abstuve de hacer comentarios. En su defecto, repetí, para ver si soltando más carrete, por fin, pescaba algo tangible.

—La puerta del cielo…

Asintió dos veces con extrema lentitud. Luego, lo hice yo, imitándola, como un mentecato. Repentinamente, me sentí muy cerca de ella y, por extraño que parezca, también de aquel escurridizo inquilino, al que doña Encarna llamaba siempre «el profesor». Y sin saber por qué, tuve el fugaz presentimiento de que la sombra de aquella historia me alcanzada hasta cambiar sin remedio mi anodina vida.

Acerté de pleno, pero no recordada ese punto hasta mucho después.

Doña Encarna, que en su extraña inocencia de anciana era más sagaz que los sabios, pareció adivinar el entusiasmo que se ocultaba bajo mi rostro mayestático. Acercó su mano rechoncha y mansa a mi rodilla y me la palmeó un par de veces.

—Sé que es usted la persona idónea, don Gerardo. ¡Hágame este favor: salga en busca de esa puerta y traiga al profesor a casa! Es muy despistado: seguro que se ha perdido y no recuerda el camino de vuelta. Luego, cierre con llave.

Sonreí entre triste y nervioso. Quería agradar a aquella encantadora señora ataviada con chándal y tacones, pero no estaba dispuesto a dejar que me liara así. El profesor Múg1ca, lo menos, estaba criando malvas. Salí con la primera evasiva que se me ocurrió.

—Querida señora, lo mejor para los muertos es dormir en paz, ¿no cree?

Su ojo vago se ladeó algunos grados más de lo normal y se encendió en un chispazo.

—¡Ah, pero el profesor no está muerto! Paga religiosamente el alquiler. Incluso con más puntualidad que antes…

Eso sí que no me lo esperaba, aunque, claro, explicaba lo del realquiler…

—Pero, doña Encarna, ¿cómo va a hacerles llegar el dinero si ha desaparecido?

—Ya le he dicho que fue en busca de la puerta… Supongo que lo enviará algún ser celestial… Bueno, eso suena un poco raro porque, que yo sepa, en el cielo no tienen euros… En fin, que no lo sé, pero el caso es que el dinero llega con puntualidad… ¿Significará eso que lo ha logrado? ¿Habrá encontrado ese agujero de gusano del que tanto hablaba?

Miré estupefacto a mi vecina. Su aspecto era el de una costurerilla escasamente alfabetizada, ¿cómo era capaz de hablar de un agujero de gusano? Ella respondió a mi gesto levantando el dedo. Giré la cabeza; señalaba la pizarra.

Siempre había estado allí, pero, a mi mente, nublada por tantas cosas nuevas, la estampa había pasado totalmente desapercibida. De pronto, la atmósfera, turbia, se aclaró y pude ver lo que tenía delante: en la pizarra, con tizas blancas y rojas, habían dibujado una especie de pirámide de círculos y símbolos. La caligrafía era pulcra y ordenada. Los símbolos, que recordaban letras árabes o hebreas, cada vez más

complicados, se extendían hacia abajo ocupando toda la extensión. En el cuadrante izquierdo, arriba, los signos eran sustituidos por una palabra escrita en español: VEN. Mis ojos se clavaron en ella como si fuera un león y las tres letras mi presa. En mi cabeza, se apresuró una idea punzante.

—Doña Encarna, ¿es esto lo que creo que es?

—No sé lo que usted cree. Pero yo, que no entiendo nada de lo que dice, apostaría que es lo que parece…

—No soy más que un realquilado sin contrato. Pero, si esta casa fuera mía, no dejaría esa información ahí para que la viera todo el mundo.

Ella asintió.

Apresuradamente, sin comprender bien qué estaba haciendo, saqué mi teléfono móvil, busqué la cámara, enfoqué y disparé varias veces. Luego, cogí el trapo amarillento que hacía las veces de borrador y lo pasé por la superficie hasta dejarla inmaculada. Sobre la humedad del aire permaneció suspendido el polvo de tiza, y yo, como él, me quedé sin fuerzas, gravitando sobre el tiempo.

—Usted no conoce al profesor. Estaba bastante obsesionado con su trabajo, los agujeros entre galaxias y cosas de esas, pero le aseguro que es una gran persona. La mejor con la que he tratado nunca.

Me resultó conmovedora la imagen de aquella dama pintoresca defendiendo la honorabilidad de un hombre al que la vida parecía haber cargado las espaldas. Estaba pensando en ello cuando Encarna dio un par de pasos y se situó a mi lado. Tomó con ternura mi mano y me colocó en el dedo anular un voluminoso anillo de oro que se sacó del bolsillo. Sabía perfectamente a quién pertenecía: la portera me había hablado del sello con inscripciones latinas. Sentí una extraña quemazón en el alma. Con todo el cariño que pude acumular confesé:

—Doña Encarna, creo que se equivoca conmigo. Míreme, no valgo nada.

Denegó con la cabeza.

—No diga usted eso. Ahora es el guardián —me soltó, como quien no quiere la cosa. Luego, medio empujándome, me animó a salir del piso—: Ande, vaya a por sus cosas. Usted a lo suyo y yo a lo mío: de no darse prisa, me quedaré sin sardinas.

Estábamos ya en el ascensor cuando me espetó:

—He olvidado contarle los detalles prácticos. Yo me encargaré de limpiar el piso dos veces por semana, pero debe comprometerse a respetar escrupulosamente las cosas del profesor, sobre todo sus libros, los que llenan la mesa y también los que se amontonan en el suelo y al abrigo de las paredes. Puede usted cambiarlos de sitio, si es que necesita utilizar la mesa, pero debe respetar el orden en el que se encuentran. Para un científico, el orden es fundamental. Lo mismo le digo en relación con su ropa, aunque eso no tiene tanta importancia; cámbiela de sitio si quiere, pero no la tire. ¿Le parece bien?

—Desde luego, doña Encarna.

—Estupendo. Desde ahora le doy permiso para que me llame Encarna, a secas.

—Gracias, es un honor —alcancé a responder.

Con una gran sonrisa, mi vecina cerró el doble juego de puertas del ascensor y se despidió con un gesto de la mano. Apreté el botón y la máquina comenzó a descender con exasperante lentitud. Antes de perderla de vista, alcancé a escuchar sus últimas palabras:

—No se preocupe, Gerardo, estará bien aquí. Madrid es casi perfecta. Solo le falta el mar.

Fue tal el escalofrío que, en defensa propia, me convencí de que, con el ruido del ascensor, no había oído bien. Que aquella no era más que una de esas malas pasadas que las que el subconsciente se divierte.

Cuando pasé por la portería para recoger mi juego de llaves, tenía claro que lo que Encarna había dicho era: «A Madrid solo le falta hablar», algo, por otro lado, completamente cierto: Madrid solo es superado por Madrid (y por el Deportivo de la Coruña una vez cada dos décadas).

6

Salí silbando del número 12, con un juego de llaves en una mano, la bolsa con los antiácidos en la otra y una enorme satisfacción en las mejillas. El mundo parecía insinuárseme y no iba a dejarlo pasar. Esa misma tarde, a primera hora, dejé a la casera con la boca abierta y un «Se arrepentirá, joven» en los labios que no me molesté en replicar, y trasladé mis bártulos desde la Pensión Real hasta mi nueva casa. No eran muchos: una maleta grande, una mochila llena de libros y partituras (sobre todo, partituras), otra más pequeña con los accesorios del oboe y el instrumento en su estuche. Sopesé la idea de llamar a un taxi, pero el trayecto era corto y hay taxistas muy bordes en Madrid, de modo que deseché la idea; seguro que me tocaba uno con malas pulgas que se enfadaba por tener que abrir y cerrar el maletero para rodar apenas unas manzanas.

Textualmente, con la casa a cuestas.

Me colgué una mochila en la espalda; la otra, en el pecho. Cogí la maleta con la mano izquierda (soy zurdo), el estuche con la derecha y salí a la calle. Había comprado la maleta en razón del viaje, el modelo más moderno que babia. Casi se movía sin empujarla. Pero su mecanismo de arrastre nada podía contra las múltiples irregularidades de la calzada, las obras y los coches mal aparcados. Cada pocos metros, tenía que detenerme y recolocar la carga.

Mi magnífico oboe es un Como Inglés Bulgueroni MBH-20, fabricado con madera de granadillo. Tiene llaves plateadas, doble llave de fa y 3.ª de octava, y me costó la friolera de cuatro mil doscientos trece euros hace cinco años, aun siendo de segunda mano. El estuche, un modelo fabricado en piel oscura, de esos que suelen usar los gánsteres en las películas para ocultar las armas, fue un regalo del vendedor y nunca me planteé comprarme otro, pese a que no resulta cómodo, ni mucho menos ligero. Este instrumento es, sin duda, mi posesión más valiosa, pero aquella tarde lo odié con todas mis fuerzas. Tardé más de una hora en alcanzar el número 12 y lo hice jadeando. Ni el viento, que soplaba del norte, frío como la soledad, impidió que el sudor me cubriera la camisa. Al entrar en el portal y ver el ascensor, di gracias al arquitecto, fuera quien fuera, por haber apostado por aquella innovación que, sin duda, lo era para la época. Con ella, me ahorraba las escaleras.

Mientras la caja ascendía renqueante, piso tras piso, comencé a sentirme como si hubiera acertado la combinación ganadora de la lotería primitiva. El sentimiento, sencillamente delicioso, resultaba desconocido para mí. Jamás he ganado nada en un sorteo. Solo una vez mi boleto fue premiado en la tómbola del pueblo y lo que me correspondió fue nada menos que una máquina para depilar en frío; de chiste. En la rifa anual del instituto, ni un regalo, y mira que he comprado papeletas. Mi compañera Helena, profesora de Educación Física en secundaria, es especialista en todo lo contrario: con una sola ficha, se lleva el premio gordo. Por eso, siempre que nos encontrábamos ante un bombo, me susurraba al oído el manido dicho:

«Desafortunado en el juego…». Si hubiera llegado al ático con una mujer en brazos, la hubiera creído. De momento, solo podía asegurar que era un hombre con suerte.

Ella, la bendita suerte, había tardado en llegar, pero eso carecía de importancia. Lo verdaderamente importante era la certeza de que iba a ser feliz en Madrid, en aquel ático. Lo que hasta aquel momento había sido una dicha minimalista, de andar por casa, iba a convertirse en una vida plena, casi en otra identidad. Arrastré las mochilas y la maleta hasta la puerta de la vivienda y mantuve el oboe en la mano mientras a tientas introducía la llave en la cerradura y estiraba el brazo para encender la luz. Al ver el espacio, no pude menos que sonreír y detenerme a contemplar aquella maravilla. Traté de grabar la imagen en mi retina y luego en mi cerebro para no olvidarla jamás, pero, por si lo hacía, saqué el móvil y disparé un par de veces.

De inmediato, comprobé el resultado. Eso es lo que tiene la técnica moderna: la inmediatez. En ambas impresiones detecté una sombra negra. Cubría la parte inferior derecha de la fotografía y tenía la forma de una huella o, más bien, de un huevo tieso. Pensé que había puesto el dedo en el objetivo mientras enfocaba. No es de extrañar, los objetivos de los teléfonos móviles son muy pequeños y yo muy descuidado. Separé los dedos, y disparé de nuevo, pero la sombra no se fue. Esta vez, era incluso mayor, y presentaba otra forma más alargada. «Será un defecto interno, alguna mota de polvo que se ha colado en el interior», pensé.

Cerré el móvil y me concentré en disfrutar de lo que tenía delante.

7

Doña Encarna había limpiado el piso, no digamos que a conciencia, pero sí en apariencia. A modo de regalo de bienvenida, un racimo de uvas, rojas, gordas, sabrosas, descansaba sobre la encimera de la cocina. El último detalle convertía el ático en un lugar soberbio, insuperable. Puedo parecerles excesivo en el empleo de adjetivos. Quizás alguno haya puesto los pies en la Pensión Real y juzgue que, viniendo de allí, cualquier lugar parece el cielo, pero todos se equivocarían. He visitado algunos lugares bonitos, pero nunca hasta aquel día había pisado uno que aunara con tal perfección belleza y magia. Un ático en el barrio de Salamanca, envuelto en el halo de un enigma fascinante, no tiene precio. Si además te nombran custodio del secreto y lo certifican con un anillo de oro macizo con inscripción latina, el asunto carece de competencia. Con decirles que mi estado de ánimo estaba en tal nivel de efervescencia que, al cerrar los ojos, me pareció percibir un eco lejano, una voz en solfa, que me daba la bienvenida. ¿Podría haber una dicha mayor?

Todavía con esa miel en los labios, me paseé por el piso y enredé un rato en la terraza, su mejor activo. Mientras lo hacía, saboreé el futuro que se me echaba encima. Y como hay prolegómenos que saben mejor que los propios hechos, disfruté del instante mientras pude. Luego, mordido por el cansancio, el hambre y el frío del ático, regresé a la realidad. Llevé la maleta a la habitación y me dispuse a colocar mis cosas.

El dormitorio del profesor era amplio y no precisamente lujoso. Del techo pendía un cable negro; de él, una bombilla que iluminaba el mobiliario: una cama grande, sin cabecero, un armario pequeño y una silla de cocina, que había perdido el respaldo tiempo atrás, y que hacía las veces de mesilla. Sobre la cama, dormía un edredón sembrado de corazones rosa fucsia, que no alcanzaba a cubrir toda la superficie, pues dejaba los pies al aire. Según me informó Encarna tiempo después, se lo habían regalado (lo pongo en cursiva, como corresponde) en la caja de ahorros por hacer una imposición de tres mil euros, a todas luces, una tomadura de pelo, que ella se había apresurado a tolerar para poder combatir el frío del profesor, sin que este se ofendiera.

No es que mi predecesor hubiese dejado mucha ropa (un jersey, dos chaquetas, algunas camisas, un par de pantalones y algo de ropa interior raída), pero su vestuario llenaba el armario, pequeño, hasta no dejar espacio para nada más. De modo que me puse a buscar por la casa otro emplazamiento para almacenar sus cosas y poder poner en orden las mías. Así fue como di con la habitación pequeña, a la izquierda de la sala, mirándola desde la entrada. Las mujeres habían mencionado, recordé, un segundo dormitorio, pero no lo había visto ni me había preocupado por él, ya que no esperaba compañía.

El cuarto, minúsculo, olía a cerrado. Y a humedad. La desvencijada ventana, que se volcaba hacia un patio interior, no cerraba bien, razón por la cual la pared que

quedaba a la derecha rezumaba. La pintura, el yeso y hasta el cemento aparecían abombados; en algunas zonas, el moho había tomado posiciones y teñido de negro los contornos. No tenía armario, solo tres perchas colgadas en sendos clavos paralelos, separados cosa de medio metro; bajo uno de ellos, dormitaba una cajonera de pino sencilla, de esas que montas tú mismo si eres capaz (yo, en eso, soy bastante habilidoso). Tampoco había visillos, ni cortinas ni mesilla de noche. Únicamente un colchón viejo apoyado en un no menos añoso somier de lamas metálicas. Lo habían cubierto (Encarna, supongo) con unas sábanas estampadas con motivos ciclistas y una manta raída que exhalaba aromas de naftalina.

Cogí las cosas del profesor y las trasladé allí. Colgué todo lo que pude en las perchas: para la ropa interior, empecé a usar la cajonera medio limpia, medio sucia. En la última de las gavetas, encontré un cuaderno, un Moleskine tamaño cuartilla. Por si alguien no lo conoce, es un modelo encuadernado a modo de libro con tapas de cartón duro (aquel, de color negro) con una cinta de goma exterior para cerrarlo. Los popularizaron décadas atrás artistas como Hemingway, de quien se decía era más exigente con el papel donde escribía que con las mujeres. Yo, que en lo segundo no me parezco mucho a mister Emest, soy también un poco especial al elegir según qué libretas, cuadernos o cuartillas. Para vomitar mis pensamientos más íntimos, las raras veces en que los tengo, empleo también un Moleskine. La coincidencia me hizo sonreír. Al final, el mundo es un pañuelo.

Miré a un lado y a otro, como si los fantasmas de la casa pudieran sorprenderme con las manos en la masa, y luego, mofándome de mí mismo, lo abrí. Me topé con una letra redonda y pulcra, sello, sin duda, de pluma femenina. Leí furtivamente las dos primeras páginas de lo que parecía un testamento. Estaban escritas en inglés. Como creo haber dicho, enseño ese idioma en el instituto. Lo conozco suficiente para haber acumulado títulos que lo certifican, pese a no haber viajado nunca al extranjero. Dicen que si posees buen oído para la música, lo tienes también para los idiomas. Sea por ese motivo o por cualquier otro, el caso es que, con la lectura, me enteré de que quien suscribía aquellas páginas era una joven llamada Ruth Kaufmann, que utilizaba aquel cauce para expresar algo así como sus últimas voluntades.

Seguí leyendo unos minutos hasta que la extrañeza me detuvo. A tenor de lo trasmitido por Encarna y la portera, mi mente había dibujado la imagen de una chica poco agraciada, más bien rarita y pobre. Sobre todo, pobre. Sin embargo, en lo referente a la situación económica, aquellas páginas desmentían rotundamente la descripción.

Juzguen por ustedes mismos. Así comenzaba el relato:

Me llamo Ruth Kaufmann, de los Kaufmann de Cambridge, MA; hija de David Kaufmann, Nobel de Física. Los Kaufmann siempre hemos sido gente de Harvard. Mi bisabuelo se doctoró en Ciencias, lo mismo que mi abuelo. Cuando lo laurearon, mi padre recibió ofertas de las más prestigiosas instituciones del mundo, pero él respondió siempre con la misma cantinela: «Lo siento: soy Harvard, siempre he

vivido en el campus y quiero morir aquí». Yo también he seguido su estela.

Debo confesarles que, al leer lo que acabo de trasladarles, me invadió una de esas risas tontas, flojas, y entoné en voz alta, como si interpretara un libreto de Shakespeare o, por venir a lo nuestro, del de Lepanto:

—¡Escuchen, vosas mercedes!, ¡yo soy Gerardo Vilela, de los Vilela de Pedrafita do Cebreiro! Sepan que de mi augusto y anónimo padre, ilustre peregrino de dedos largos y vergüenza torera, surge familia tan célebre y prestigiosa que se remonta al mismísimo Adán. Como signo de su raza y estirpe, los varones Vilela, sin excepción, lucen pito colgante; glándulas mamarias sus hembras. Los pelos del bigote salen a voluntad.

Conozcan, además, que los ilustres Vilela hemos sido siempre gente de niebla; últimamente, de meigas y, por descontado, recibimos formación latina del maestro del pueblo…

Perdonen mi exabrupto, me estoy pasando. Vuelvo al cuaderno, que es por lo que nos trae aquí. Lo que quería trasmitirles es que, nada más comenzar la lectura, te dabas cuenta de que no se trataba del relato de una menesterosa pasada de penas, sino de una chica bien que, saliendo de viaje hacia un destino asaz arriesgado, decidía hacer testamento…

Añadiré, porque en esta vida hay que atenerse a la justicia, que las apelaciones a la condición de egresada de Harvard no eran solo ínfulas de niña rica. Tenían su razón. Apelar al orgullo de la gente suele dar resultado, incluso con los abogados. Al menos, así interpreto yo sus siguientes frases, que les trascribo:

Soy consciente de que no tengo forma de autentificar mi firma ni dispongo de testigos que corroboren mi declaración. Como estoy en situación irregular en este país, tampoco puedo acudir a nuestra embajada. Sin embargo, estoy convencida de que, tratándose de recibir una herencia valiosa, para los servicios jurídicos de Harvard estos detalles serán peccata minuta. Por si en algo les facilita su labor, añado lo que se suele decir en estos casos: que soy mayor de edad y norteamericana, que escribo estas líneas por propia voluntad, que me hallo en pleno uso de mis facultades mentales y que lo rubrico de puno y letra.

Hasta leer aquellas páginas no se me había ocurrido pensar que tenía que decidir a quién legar mi Bulgueroni MBH-20 (o sea, mi oboe) cuando ya no lo necesite, eufemismo que, doy por supuesto, todos comprenderán. La razón es que los Vilela somos una familia tan corta que, salvo que Dios lo remedie, la raza acaba conmigo. A Ruth, que también era la última Kaufmann, me refiero a los Kaufmann de Cambridge, MA, naturalmente, le entraron las mismas dudas cuando iba a partir y por ello detalló el destino de sus bienes.

Ella no disponía de un oboe, pero si de una espaciosa casa en Cambridge, con jardín y cercado de madera (así la imagino yo), y una inusual biblioteca. La primera debía de tener algún gusano; la segunda, no. Si creen, de nuevo, que juzgo a la ligera, lean:

Mi hacienda se compone de una casa en propiedad y una meritoria biblioteca. Sobre la primera pesa una pequeña hipoteca, que a fecha de hoy lleva un mes sin pagar. Estoy segura de que los abogados de Harvard arreglarán ese extremo: solo el terreno vale más de lo que ofrecen las ratas usureras que han pujado por ella. Respecto a la biblioteca, tengo la certeza de que mi padre querría que se ubicase en el Departamento de Ciencias Planetarias que tantos años dirigió. Poseo suficientes conocimientos sobre catalogación para advertirles de que deben recabar los servicios de un experto, pues hay un buen número de ejemplares especialmente valiosos que David, mi padre, adquirió durante sus muchos viajes a anticuarios y coleccionistas de todo el mundo. Los de mayor cotización y los incunables se encuentran en la habitación del segundo piso, bajo las debidas condiciones de temperatura, humedad y ventilación. Para asegurar su integridad, la sala cuenta con un sistema de seguridad dotado de alarma silenciosa conectada con la policía. El código es: 23-45-32-B.

Van a pensar que el sexapil del barrio de Salamanca se me ha subido a la cabeza, pero cuando leí las referencias a la temperatura y la humedad, me vino a la cabeza el modo en que James Bond exigía que le prepararan los Martini: «Shaken, not stirred»; «Batido, no revuelto» o «Mezclado, no agitado», como nos decían los traductores españoles. A Sean Connery la frase le salía natural; a sus sucesores, no. Tampoco lo de Ruth cuadraba, porque ¿a quién conocen ustedes que, hablando de incunables conservados en su salsa, código de seguridad incluido, le preocupe pagar al banco el préstamo del mes siguiente?

El *flash* de Bond se evaporó justo en el momento en que toqué el final del párrafo y de la página:

Solucionados los temas legales, en esta noche tan especial, la de mi despedida del mundo que conozco, me propongo dejar constancia de lo acaecido en las últimas fechas y del lugar al que me dirijo. Pero antes, un apunte: si el experimento no sale como prevemos, si no desaparezco, deseo ser enterrada en el cementerio judío del 776 de Baker Street en Boston, MA, donde se halla sepultado mi padre. Por si, a pesar de todo, queda algo de mí, certifico que soy donante de órganos.

«¡De modo que los vecinos tenían razón! ¡La chica era judía!», me dije recordando la historia que Rosa, la portera, había relatado aquella misma mañana. La curiosidad empezaba a desbocarse cuando un súbito acceso de remordimientos me hizo cerrar el cuaderno y devolverlo a su sitio; nada legitimaba mi intrusión. Si la chica volviera y me mirara a los ojos, me desharía de vergüenza.

Encerré el Moleskine en el cajón, regresé al dormitorio principal y terminé de colocar mis cosas. Empleé quince o veinte minutos a lo sumo, no acumulo demasiadas. De hecho, las cosas, me refiero a las que la gente suele valorar, como la ropa, las joyas o los recuerdos, se me antojan un lastre demasiado pesado. Incluso los libros, que me fascinan, me atan al suelo, y eso me disgusta. Solo tengo seis en propiedad, porque los releo a menudo. Los demás los tomo en préstamo de las bibliotecas públicas. Voy cada semana, y leo cuanto quiero. Me quedo con las ideas,

los personajes y los fantasmas, y devuelvo a las estanterías las páginas encuadernadas.

Terminada la mudanza, tomé el racimo de uvas, regalo de doña Encarna; el oboe y el edredón de corazones (el frío era impenitente) y me dirigí a la terraza, donde pasé un delicioso rato… En realidad, delicioso no llegó a ser, solo agradable. Me hallaba desconcentrado. Tenía la mente en otro lugar, exactamente allí donde descansaba el cuaderno de tapas negras, que parecía llamarme con su dulce pero inaplazable canto de sirenas.

«Si el experimento no sale como prevemos y desaparezco…», había alcanzado a leer.

Si el experimento fracasa… ¿A qué tipo de experimento se referiría? No tenía ni idea, pero estaba claro que esa apostilla transformaba un cuaderno ordinario en un texto fascinante. Un experimento… ¿Se trataría de alguna misteriosa poción, como la que convertía al doctor Jekyll en mister Hyde? Sin embargo, en la novela de Stevenson, lo que se producía era una metamorfosis, mientras que Ruth hablaba de algo mucho más grave: «Si el experimento no sale como prevemos y desaparezco…». Desaparición. Eso sí que era serio, teniendo en cuenta que nadie había vuelto a ver a mi predecesor, un inquilino que, pese a todo, pagaba religiosamente las facturas en euros contantes y sonantes. ¿Y a qué venía lo de la donación de órganos si iba a desaparecer? «La bebida de la invisibilidad…», me dije, recordando a Harry Potter. Sí, eso lo explicarla todo. Quizás, el profesor Múgica y Ruth siguieran entre nosotros, aunque no pudiéramos verlos.

Puede resultar chocante que cuente esta batallita, propia de la mente de un adolescente acneico altamente enganchado a los videojuegos. Pero debo reconocer que aquella noche pensé hasta en las hadas: extraterrestres, hechizos, pócimas, experimentos del FBI, ensayos bacteriológicos de la CIA… Todas esas cosas y otras que no cuento pasaron por mí cabeza, como creo que lo hubieran hecho por la de cualquiera (que, además, tuviera el estómago vacío). Nadie está a salvo si te cuentan que un ser que se ha evaporado en la nada continúa pagando puntualmente el alquiler.

Las dudas y los remordimientos me atormentaron unos instantes. Pocos. Poquísimos, la verdad. No puedo admirar lo bastante la resistencia psicológica de quien tiene al alcance de la mano un secreto y resiste la llamada de la curiosidad. Yo soy débil…, mucho. Y eso que no era más que un cuaderno de pastas duras.

Lo miré y remiré, hasta dejarme envolver por sus brazos pulperos.

Lo devoré. ¿Qué encerrarán las palabras que pueden llegar a ser tan tentadoras? ¿Qué tienen los secretos para que perdamos por ellos las más elementales formas durante tanto tiempo adiestradas? Porque yo era consciente de que no podía leer reflexiones íntimas de otro ni apropiarme de sus secretos. Pero eso fue exactamente lo que hice. Pensé en mis principios durante unas milésimas de segundo y, a renglón seguido, regresé a la habitación de servicio, recogí el cuaderno y me senté en el catre dispuesto a devorarlo.

Eran apenas cien páginas, con resabios de penas y rabia, pero también de esperanza, que encerraban la primera pieza del puzle que mis amigas y yo hemos tardado un año en recomponer. Si hubiera sido capaz de entender los extraños signos de la pizarra, es muy posible que hubiéramos ido más rápido. Pero uno tiene sus limitaciones.

8

Llegados a este punto, no es difícil adivinar que ustedes aguardan a que haga honor a mi palabra y les explique el contenido del cuaderno de tapas negras. Naturalmente, voy a hacerlo, más por mí, que necesito aligerar esta carga de una vez, que por ustedes, para quienes, al fin y al cabo, esto no es más que una diversión, la misma de quien paga una entrada, se sienta en una butaca y contempla una ópera. Cuando el reloj apaga luces y sombras, el espectador se marcha a su casa y no recuerda más que el buen rato, un par de anécdotas y el gallo del barítono en el último movimiento. El protagonista, desafortunadamente, no tiene pasaje de ida y vuelta. El protagonista se queda. De hecho, como ven, yo sigo aquí, narrando para ustedes.

Entre el jueves y el miércoles, primero excitado, luego a regañadientes, leí íntegramente el cuaderno. Después, alentado por doña Encarna, mi vecina, seguí mí instinto e hice mis propias averiguaciones. Ambas cosas nos pusieron sobre la pista de los desaparecidos. Si el camino que recorrimos no resultó tan carretero como esperábamos, no les quiero contar la meta. Tan lejos está de lo que cabría esperar que necesito que sepan que no estoy loco ni veo visiones (bueno, las veo, pero no del modo que imaginan). Lo que pretendo decirles es que todo lo que van a leer es radicalmente veraz. Les aseguro y reaseguro por la memoria de mi querida tía Ermita, que en paz descanse, que lo que sigue no es una turbación febril ni algún tipo de fatiga emocional. Todo es real, y tan fuerte que dejó cortos los duros versos de *lady* Macbeth: «Ven negra noche y envuélveme con tu sudario, con el humo infernal más denso».

Sucedió tal y como se lo narro, pero ¿saben lo que es más grave? Que podría volver a suceder mañana. Es más, podría acontecerles a cualquiera de ustedes, aunque ni siquiera lo sospechen. Y si así fuera, es muy posible que el destino les pillara tan en la inopia como me pilló a mí.

Los animales huyen despavoridos cuando presienten un tsunami. Los hombres no tenemos tan desarrollado el instinto, pero algunos cabos atamos. Leí en una revista la entrevista que concedía uno de esos psiquiatras de ricos al que habían galardonado con un premio prestigioso. El médico se explayaba hablando del subconsciente (si yo hubiera sido un subconsciente, me hubiera sentido sumamente honrado, la verdad). Le daba tal importancia, tanto jabón, que llegué a pensar que estaba dotado de más canales de información que el propio Mossad. El psiquiatra condecorado terminaba la entrevista asegurando textualmente que «En el fondo, siempre sabemos lo que ocurre». Según su teoría, eso explicaría por qué, en ocasiones, cuando todo permanece en calma, se nos eriza el pelo; por qué nos ponemos en tensión sin motivo aparente; o por qué somos capaces de anticipar un puñetazo o una infidelidad. «¿Y por qué la mayor parte de las veces somos los últimos en enterarnos de que nuestra mujer nos engaña?», replicaba el entrevistador, de diente retorcido, o quizás solo curioso. A lo que el psiquiatra respondía con ese aplomo que tienen los propietarios

de diván: «Sospechamos; sabemos, incluso, lo que está a punto de ocurrir, pero, por lo incómodo o lo desagradable, nuestra mente se niega a ofrecernos una imagen reconocible».

No tengo motivos para mentirles, por eso espero que me crean cuando les digo que nunca sospeché que se me venía encima una historia tan puntiaguda y disonante, tan peligrosa. Por descontado que el poco pelo que me queda no se molestó en erizarse. Reconozco que intuí algo extraño. Supe que olía a lobo. Lo supe porque yo soy una oveja y no olía a oveja. Pero todo era demasiado excitante y me dejé llevar…

Aquel cuaderno, en apariencia, contenía información de primera mano sobre el profesor inteligente y su amiga judía que habían ocupado el ático antes que yo. Pero en realidad, tras el juego del gato y el ratón, tras las trampas, las emboscadas, los espejos y los fantasmas, había algo más… Estaba la puerta del cielo.

Pero, ciertamente, no la que yo esperaba, sino otra… ¡Qué estúpido! Debiera haber sido más listo. Puede que alguno de ustedes lo sea.

Así continuaba el cuaderno de Ruth:

No sé si Moisés cerró los ojos al cruzar a pie enjuto el mar Rojo. Desconozco si Colón logró dormir antes de levar anclas en su primer viaje a las Indias. Pero estoy convencida de que, fueran cuales fueran sus sentimientos, sus gargantas tenían el mismo sabor agridulce, mezcla de temor y esperanza, que hoy llena la mía. Aunque mi reto entraña aún mayor riesgo. Al fin y al cabo, Colón y Moisés buscaban algo palpable, un territorio, un espacio… Del lugar al que yo voy, nadie ha dibujado un mapa. No se ha creado un GPS capaz de indicar la senda por la que se desafia al destino.

Desafiar al destino: eso es exactamente lo que me propongo hacer, darle en las narices. Quizás acabe muerta en una cuneta; quizás termine convertida en cenizas que se lleva el viento y no queden ni órganos que donar, pero retar a la fatalidad me provee de un profundo placer. Burlarme de su ironía me estremece de goce. Estoy cansada de ser una buena chica; la paz de la ignorancia se me indigesta. Estoy harta de comportarme como un cordero ante su matarife. Se acabó. He tomado una decisión: voy a buscar esa puerta y, en cuanto la encuentre, la atravesaré.

Sé del riesgo que corro. Al menos, de su intensidad. Bien sabía Colón que le aguardaban galernas y tempestades; Moisés tenía el desierto ante sí. ¿Quién sabe lo que me espera a mí? Desde luego, no será mejor que el desierto, pero es probable que sea mucho peor. Me enfrento al destino, y ese despreciable ser no tiene sangre en las venas. Ni sangre ni compasión. Al tacto, es pura piel de reptil; al oído, silencio cavernoso. Si te colocas en su órbita, no podrás escapar de él; hagas lo que hagas, te alcanzará. Sin embargo, he llegado al convencimiento de que no es omnipotente, tiene un punto débil. Yo lo he descubierto. He hallado la puerta: la puerta de atrás. Es un hallazgo único. Yo voy a utilizarlo, pero lo dejaré abierto para ti.

Faltan pocas horas para amanecer. Debo darme prisa. Si quieres seguirme, continúa leyendo. Si quieres cruzar la puerta, interpreta correctamente los signos, el

mapa que todo lo contiene. Si no quieres, es el momento de abandonar.

«¿Por qué yo?», te estarás preguntando. «No me conoces». Es cierto, no sé cómo te llamas ni de dónde vienes ni a dónde vas, sin embargo, no me eres del todo desconocido. Si mi cuaderno está en tus manos, vives en el ático. Si el ático te ha escogido, nada que alegar.

Tengo por seguro que habrás notado la magia del sitio, su hechizo, su sortilegio, y que habrás visto la pizarra. Sin embargo, con el destino nada es lo que parece, por eso me siento obligada a advertirte: no te voy a hablar de una experiencia baladí. Eres libre de cerrar el cuaderno, olvidar todo esto y seguir con tu vida, tal y como te la hayas planteado. Más, si decides dar alas a tu curiosidad, si cruzas esta línea, sé consciente de que asumes un compromiso difícil de romper. En su momento, yo no estuve demasiado lúcida, no pensé en ello, me limité a disfrutar de la complicidad secreta: el manuscrito y yo, con la fascinante puerta en el medio… Pero las cosas cambiaron con el tiempo y la irresistible atracción se transformó en un juego espurio, casi en una amistad oscura, y sobre el murmullo de la expectación se levantó la sombra de la duda… Hoy lo he superado, y estoy dispuesta a partir. ¿Y tú, vas a seguirme?

Quizás te preguntes a dónde voy. Déjame que te aclare algo: ¿alguna vez te has planteado qué te espera luego? Me refiero a lo que ocurrirá cuando la muerte te busque y te encuentre; cuando dejes de respirar y el corazón se detenga definitivamente; cuando escuches llantos a tu alrededor y notes que lloran por ti, que ya no respiras… Yo nunca lo había hecho, vivía feliz, inocente, libre, sin una sola cicatriz. Apenas había sufrido algunos escozores: un medio novio, que salió rana; una amiga que no resultó tal; el baile de graduación, todo un desastre, pero, por lo demás, era virgen como una vestal. Pensaba, estúpida entre las estúpidas, que llevaba las riendas y que mi futuro dependía por entero de mí. Pero de pronto el destino, ese antojadizo ser que desconoce el significado de la palabra «piedad», se fijó en mí, mi pacífica existencia de perrito de lanas saltó por los aires y me enteré de que la muerte huele a podrido. Te aseguro que fue como parir al demonio.

Y vale ya de filosofía barata. Si quieres dejarlo, déjalo.

Si continúas, es bajo tu cuenta y riesgo. No olvides que eres libre… hasta cierto punto. Si has decidido seguir leyendo, querido amigo, aquí tienes mi historia. Estoy segura de que tú terminarás de contarla…

Hasta ahí llegaba la página. ¿Qué fue lo que vi? Un relato extraño, confuso, curioso, pero en ningún momento peligroso. Las referencias a la magia del ático me chocaron, pero no me alarmaron. Las tomé por un ardid literario (no olviden que enseño Lengua y Literatura) destinado a que continuara con la lectura.

Es cierto que a la curiosidad generada por el cuaderno había de sumarse la asombrosa forma de encontrar y alquilar el piso y la entrada en escena de mi encantadora pero extrañísima vecina. Pero para explicar eso bastaba el azar. Encarna había puesto en mi dedo índice (en el anular se me caía) el anillo de un muerto que

seguía pagando el alquiler, asegurándome que había sido elegido para ir en su busca. Eso, por descontado, suena raro. Pero ya se sabe que a ciertas edades, cuando la mayor parte de tus neuronas cobran jubilación, la gente inventa historias altamente inverosímiles. Y mi vecina del cuarto no parecía ajena a ese deterioro cognitivo. En suma, que cuando continué con la lectura del Moleskine estaba casi convencido de hallarme ante una colección de despropósitos contados con gracia, es decir, ante un relato de ficción, una novelilla inacabada, que podría mandar a paseo en el mismo momento en que me aburriera.

Si lo cogí con gusto fue, primero, porque era un cuaderno. Podía sacarlo en medio de una conferencia pesada y hacer como si estuviera tomando alguna nota mientras me entretenía leyendo. Además, lo escrito tenía su gracia. He de admitir que la escritora (como dije, parecía letra de chica) engarzaba con cierta maestría hechos que sonaban verosímiles con argumentos, de ciencia ficción, y apetecía seguir leyendo. Yo, que de niño fui dormido con historias de meigas, de brujas buenas y malas obsesionadas con la luna y la bruma marina, me sentí como pez en el agua, paseándome por lo escrito.

Pero eso fue todo. O casi todo. Nada de demonios ni de maldiciones. Nada de amenazas o compromisos. Claro que, si lo piensas un poco, cualquier cosa puede ocurrir. Pero casi nunca hay sucesos extraordinarios y, por descontado, no puedes creerte todo lo que lees. De modo que yo no me tomé aquello como un ultimátum, sino como una diversión. Y seguí leyendo, pensando que, si algún día tenía un hijo, no necesitaría echar mano de relatos de meigas para que se durmiera.

Debería haber intuido que me metía en un huerto, pero no lo hice. O, si lo hice, me convencí a mí mismo de que no tenía importancia.

Creo que ya me han entendido… Dejémoslo así.

Vuelvo a la historia narrada por Ruth, esa judía larguirucha, de rostro insulso y orejas de soplillo, con un tesón solo comparable al de los mosquitos veraniegos más puñeteros. Si les parece acertado, procederé como sigue: cuando sea capaz, resumiré las páginas. Cuando mi esfuerzo devenga baldío porque la historia resulte esquiva, confusa o tan rica en matices que no permita telegrafiarse, cuando me sienta espeso y lo que mi pluma escupa sea un remedo torpe y tembloroso, un refrito de escenas secas, sin vida, sin luz, optaré por traducir literalmente (tal y como fue escrito, y sin omitir nada) el cuaderno y dejar que ustedes juzguen por sí mismos.

No se me ocurre mejor forma de proceder.

Y como la persona es siempre más interesante que las cosas que hace, empezaré por la propia Ruth Kaufmann, de los Kaufmann de Cambridge, MA.

9

Después de unos minutos forcejeando con los muelles del insalubre camastro vestido con sábanas ciclistas, me trasladé al sofá, que resultaba mucho más cómodo, e inocentemente fui pasando página tras página.

Como si me hubieran pegado un tiro. Así fue como me sentí el dos de septiembre pasado (estoy hablando del año 2010; no sé en qué momento estarás leyendo esto). En Boston, eran las seis de la tarde. Hacía frio para la estación. Frío y niebla. Y la luna brillaba redonda en un lateral del cielo. Es curioso, evoco ese tipo de detalles estúpidos, como el tamaño de la luna, pero me cuesta recordar cosas esenciales, como las últimas palabras que dirigí a mi padre aquella mañana, durante el desayuno.

Regresaba de la universidad, pedaleando a buen ritmo. Volvía cansada pero pletórica, tras entregar mi trabajo doctoral. Amasaba la esperanza de encontrar a mi padre solo, sin colegas, vecinos o discípulos, y poder explayarme contándoselo. Pero al doblar la esquina, me esperaba el maldito destino. El zarpazo, por inesperado, me pilló desprevenida. Ni avisos ni anuncios ni advertencias: a los pocos segundos de entrar, David se desplomó y, sin pronunciar una sola palabra, murió.

«Un infarto fulminante», sentenció nuestro vecino, médico, que trató de consolarme diciendo que no había sufrido; no le había dado tiempo. A mí tampoco. En poco más de cinco minutos, mi pacífica y feliz existencia saltó por los aires y se hizo añicos. Del todo a la nada, sin solución de continuidad. Luego, todo se desarrolló muy deprisa. Llegó otro médico, que certificó su muerte; llegaron las visitas (vecinos, colegas, el mismo rector) y llegó el dolor: un dolor seco, pulido, difícil de horadar. Un dolor del que, sin embargo, no pude dolerme. Aún estaba en estado de *shock* cuando se personó en mi casa un rabino de modales untuosos, que dijo ser amigo de mi padre y a quien, curiosamente, no había visto antes. Lo acompañaba su esposa, otro caballero y una mujer anciana vestida de oscuro. Entre los cuatro, tomaron posesión de mi hogar.

No soy religiosa. Mi padre tampoco había manifestado deseo alguno en este sentido, sin embargo, seguí al pie de la letra las instrucciones del sacerdote. Se preguntarán por qué; verán, somos judíos. El judaísmo es mucho más que una religión o una creencia. Formamos una raza, una raza escogida y, por ello, agnósticos, indiferentes y hasta ateos respetamos la tradición que nos convierte en un pueblo, el pueblo elegido.

Las ceremonias judías son laboriosas; el elenco de prohibiciones, extenso. El correspondiente a las exequias y el luto era tan largo que estuve a punto de claudicar. No recuerdo la lista completa, solo algunas cosas, por ejemplo, que durante el luto debía abstenerme de comer carne o beber vino; que no podía trabajar o mantener relaciones sexuales; que no debía acudir a fiestas ni tampoco cortarme el pelo… Prefiero la verdura a la carne; por lo demás, ¿quién podía pensar en aquel momento en acudir a una fiesta o buscarse un amante?

El rabino y el otro caballero silencioso se consagraron a la purificación ritual del cuerpo, ya esculpido en cera; lo vistieron con las mortajas blancas y fueron en busca de un talit, un manto de oraciones. Si mi padre había tenido uno, no lo encontramos en su armario. Y o me ocupé del ataúd: elegí la caja que me pareció menos fea que, como suele ocurrir, resultó ser la más onerosa: despejé la biblioteca de papeles y libros; encendí dos velas y observé cómo depositaban allí el féretro con la tapa cerrada, como marca la tradición.

Mi padre era un gran científico y mejor persona. Infinidad de gente acudió a darme el pésame y a despedirse de él. La mayor parte se quedó también a su funeral. Fue en él donde comenzó mi calvario… Quizás porque era mi primer entierro y el muerto era mi padre, quizás porque la muerte es en sí misma un acontecimiento terrible, quizás porque caí en la cuenta de lo efímera que es la existencia, la experiencia se me agarró al alma como una garrapata.

Me dolía tanto que busqué desesperadamente ayuda. Había supuesto que la religión, cualquier religión, también la nuestra, tenía por misión mitigar el dolor a base de aportar explicaciones o de pintar esperanzas, sin embargo, las palabras del rabino produjeron en mí el efecto contrario. No aludo a la calidad de su discurso, las frases con las que recordó a mi padre fueron sentidas y profundas, sino al oscuro camino que sus palabras dibujaron. Lo explicaré con un par de ejemplos.

Acababan de depositar el féretro en el hueco excavado en la tierra. Como señala el rito, sus amigos, ayudados por una pala, empezaron a tomar puñados de tie1ra y a lanzarlos sobre la fosa abierta. La caja se cubría mientras mi alma se desgarraba. Aun así, me fijé en que, en vez de pasarse la pala de unos a otros, la dejaban sobre la hierba, obligando al siguiente a agacharse. Le correspondía el tumo al doctor Levy, un profesor anciano y enfermo que apreciaba mucho a mi padre. Para evitarle el esfuerzo, me adelanté, recogí yo misma la pala de manos del último en depositar su puñado de tierra y se la tendí. Como si tuviera un resorte interno, el rabino dio un salto y me arrebató la pala de entre las manos. Mis ojos húmedos le interpelaron.

—¡No hagas eso, niña: es preceptivo que la pala toque el suelo! De no evitar el contacto, podrías trasmitir desgracias a otras personas… —me susurró con voz ácida.

—¿Desgracias, qué desgracias? ¡Mi desgracia es la muerte de mi padre!

—Quien entra en contacto con un cadáver queda impuro. Tras el entierro, tú también debes purificarte, no te ocurra algo malo.

Sus palabras me sacaron de mis casillas. Aquel rabino de rostro ratonil trataba a mi padre, el único ser al que he querido en mi vida, como una cosa y, además, impura. Aun así, no repliqué; dejé que la ceremonia continuara, dispuesta a olvidarlo. Pero no me lo permitió. A punto de concluir, antes de que la gente se dispersara, el sacerdote tomó de nuevo la palabra para pedir públicas disculpas por los errores que yo hubiera cometido durante el proceso de preparación del entierro. Lo hizo con tal sentimiento, con tal solemnidad y dureza en la voz, que no pude aguardar a llegar a casa. Le tomé en un aparte y le interrogué. Quería saber qué había hecho mal. Como

quien adoctrina a una oveja torpe y descarriada, me explicó que, en apariencia, había cumplido con todos los preceptos, pero que podría haber pasado algo por alto. Si tal era el caso, de no mostrar arrepentimiento público, el muerto podría enfadarse conmigo y perseguirme hasta que yo satisficiera esa deuda.

Le escuché estupefacta. ¿Cómo podía aquel hombre imaginarse a mi padre persiguiéndome en forma de fantasma por no haber inclinado la espalda lo suficiente? ¡Era mi padre! ¡Muerto incluso, lo era!

Salí de allí a toda prisa y me dirigí a casa buscando un poco de paz, pero la encontré tomada por una masa informe de gente y una multitud de bandejas rebosantes de comida. Ambos llenaban la cocina, el salón, la biblioteca y el jardín. Departían y comían. Comían y departían. Charlaban sobre mí padre, sobre el tiempo, las noticias o el campus, mientras se zampaban los sándwiches de pavo y la ensalada de col. Embutida en mi traje de chaqueta negro, que había adquirido para exponer mi trabajo doctoral, y cuyo bolsillo izquierdo la mujer del rabino rasgó verticalmente según la costumbre, soporté lo mejor que pude aquellas largas horas. No soy desagradecida: correspondí a las condolencias y pésames con una sonrisa, pero solo deseaba que aquellas personas se marcharan y me dejaran sola para poder iniciar el luto por mi padre muerto… o levantarme la tapa de los sesos con la escopeta que colgaba en la pared de la biblioteca.

Porque los elogios que de su persona escuché aquel día no lograron maquillar el dolor ni matar el maldito silencio que de inmediato se apoderó de la casa. Sin su presencia, mi vida carecía de sentido. «Nadie que haya contemplado el universo puede creerse algo más que una minúscula mota de polvo, Ruth», solía decirme. Luego, me guiñaba un ojo y añadía: «Salvo tú, mi pequeña princesa, porque tú no eres una mota cualquiera: tú eres polvo de estrella». Ese día de septiembre, la princesa perdió el trono y la estrella, el brillo. Apagaron la luz y las cosas, las personas, la propia vida disiparon sus contornos.

Varias horas después, cuando los últimos rayos de sol atravesaban el gran ventanal del salón, quedaban apenas media docena de personas en casa, todas mujeres, que se afanaban por dejar recogida la vajilla extendida por cada rincón de la casa: platos con restos de comida, vasos sucios, cubiertos de plástico, bandejas con sándwiches de todos los colores. Las despedí en la puerta, prometiendo que congelaría la comida sobrante, que era mucha y amenazaba con estropearse. Enfilaba hacia mi habitación cuando me di cuenta de que, junto a la chimenea, de pie, descansaba un hombre, un tipo vulgar, lacio. Vestía traje oscuro y corbata negra. Me acerqué y le estreché la mano —hostil, insípida— mientras mascullaba un agradecimiento. Ni siquiera sonrió.

—Tengo entendido que es usted la última pariente viva del doctor Kaufmann, y que ahora esta propiedad es suya, técnicamente hablando —aseveró.

Asentí con la cabeza. Quince años antes, mi padre había adquirido la casa en la que estábamos: siete acres en los alrededores de Cambridge, con una coqueta casa

georgiana en el centro. Contaba con una pequeña cocina y una inmensa biblioteca con una chimenea de leña, que iluminaba hasta los sueños. Era espaciosa y acogedora, llena de libros, de muebles viejos y de recuerdos alegres, en suma, un precioso hogar muy bien localizado que pedía a gritos una urgente reforma.

Iba a decirle que no era un buen momento para tratar de herencias, pero no me permitió hablar. Sin el menor miramiento, me informó de que ese día vencía el recibo del préstamo suscrito. Habían intentado cobrarlo, pero no había dinero en la cuenta.

—¿Que no hay dinero? ¡No puede ser! Mi padre tenía un buen sueldo y casi no gastaba…

—Es cierto. Ahorró y se hizo con una nutrida cartera de valores, que hoy no valen nada. Y, por si fuera poco, ha tenido un funeral de primera. Dígame, ¿ha pensado cómo solucionar el asunto?

Naturalmente, le dije que no. No estaba preparada para afrontar la muerte de mi padre, cuanto menos nuestra ruina. Al ver la expresión de su rostro, el miedo se sumó al dolor.

—Hemos sopesado todas las posibilidades, desde el montante de su beca y los bienes muebles a los seguros de vida suscritos y a los gastos de mantenimiento de la propiedad. Con base a ese juicio, creemos que la única solución posible es la venta inmediata. Ponga la casa en el mercado y saque el mejor precio posible.

—Pero yo… —balbucí.

—Sin peros, señorita Kaufmann. Estoy autorizado a comunicarle que se le conceden dos meses de carencia, pasados los cuales, el banco ejecutará. Es tiempo suficiente si se pone en marcha enseguida.

—No pueden hacerme esto…

—Culpe a su padre y a su gestor de fondos, señorita, no a nosotros. Reciba mi más sentido pésame —dijo, y se fue.

Me dejó en medio del salón, muerta por el dolor y angustiada por el futuro.

10

La atmósfera de la casa se hallaba muy cargada. Por eso, aunque hacía frío, dejé abiertas puertas y ventanas. Con una manta en la mano, salí al jardín y me senté en el balancín. Estaba agotada, cansada de besar a gentes desconocidas, de estrechar manos extrañas. De tanta sonrisa forzada, me dolía hasta la mandíbula. El día me había parecido un año; un tiempo psicodélico, casi irreal. El dolor seguía machacándome las entrañas, pero, curiosamente, no lograba hacerme a la idea. Y, para mi vergüenza, sentía hambre. Desde el té de por la mañana, no había tomado nada.

¿Quién puede pensar en comer en tal situación? Para quitarme la idea de la cabeza, miré hacia el cielo. Era uno de esos atardeceres que matan la indiferencia. El último resplandor del sol, rojo pasión: la estela, blanco nieve, de un avión cruzando el cielo, azul subido, a punto de ser invadido por las imparables tinieblas. Un marco perfecto para llorar por él. Pero no pude, ni siquiera una lágrima.

En vez de eso, me pasé la noche buscando papeles, facturas y pliegos de condiciones de los seguros. Y haciendo números. No sé para qué: el tipo del banco tenía razón, no había otra salida posible que la venta.

Saltándome todas las normas dictadas por la tradición, que el rabino me recordó detalladamente (durante el shivá, los siete primeros días de duelo, no se debe abandonar la casa salvo por asuntos muy urgentes; deben taparse todos los espejos y dejar la puerta abierta para facilitar la entrada de las visitas), a la mañana siguiente, abandoné la casa, que cerré con llave, y recorrí las agencias inmobiliarias de la zona. Todas ellas me aseguraron que el valor de la propiedad rondaba los ochocientos mil dólares (el préstamo pendiente ascendía a ochenta y tres mil), pero que la coyuntura del mercado aconsejaba dilatar la venta al menos un año. No podía esperar tanto, y pusimos un anuncio.

Permanecí durante días pegada al teléfono, pero nadie llamó. Quienes podían permitirse el lujo de adquirir una casa como aquella sabían a quién pertenecía y cuáles eran las circunstancias. No era difícil obtener esa información: en los alrededores, todo el mundo conocía a David Kaufmann. Cualquiera hubiera podido enterarse de que dejaba una heredera única, una beca, una hipoteca por pagar y los gastos de un entierro de primera. Un comprador inteligente aguardaría hasta que estuviera desesperada. Entonces, ofrecerían un precio que sería más un robo que una compraventa mercantil.

El tiempo pasaba y el plazo se acercaba. Y yo, vestida de negro por dentro y por fuera, me limitaba a sufrir. Me sentía como si alguien hubiera metido las manos en mis tripas y me estuviera arrancando el estómago. Solo mientras dormía, y eso a base de pastillas, me sentía calmada. Pero, en cuanto despertaba, empezaban el dolor y las funestas reflexiones. Cada vez pensaba menos en la casa, que daba por perdida, y más en mi padre. ¿Se habría evaporado en la nada? ¿Estaría por ahí dando vueltas, como el rabino había insinuado, o quizás estuviera en algún tipo de paraíso celestial?

Todos me decían que el tiempo curaría aquella herida. Un médico que pasó por casa se atrevió incluso a predecir el momento: entre seis y ocho semanas. Otro amigo de mi padre me recordó, recurriendo a Cicerón, que la vida de los muertos se halla en la memoria de los vivos. Todos esos pensamientos me sacaban de mis casillas. Yo no quería añorar a mi padre, ni llorarle, ni sentirme mejor: yo quería A MI PADRE. ¿Dónde estaba?, ¿podía escucharme?, ¿seguía existiendo? Nunca hasta entonces me había formulado esas preguntas. Empecé a darme cuenta de que, si esto acaba en una tumba bajo tierra, la vida no merece ser vivida. Si no iba a verle nunca más, nada tenía sentido.

Nada.

Sumida en una angustia cada vez más profunda, desconecté el teléfono. Dejé de comer y de llorar. Solo deseaba morirme, desertar. Me pasaba las horas sentada frente a la escopeta de caza de mi abuelo, observándola, intentando reunir el valor suficiente. Hasta que un día el director de mi departamento se presentó en casa. Estuvo llamando a la puerta durante, lo menos, media hora, hasta que, por aburrimiento, abrí. Me debió de ver en tal estado que me obligó a meterme en la ducha y ponerme ropa limpia. Cuando salí, había preparado huevos revueltos y té. Los tomamos en la cocina.

No hubo riñas ni discursos. Habló como si nada hubiera ocurrido. Comentó que había terminado de leer mi trabajo doctoral, que le había gustado mucho y que habría una plaza para mí en su equipo al curso siguiente. Pero antes necesitaba pedirme un favor personal: catalogar la biblioteca de una antigua villa de la campiña romana que uno de sus donantes principales, un tipo de Kansas, había adquirido a unos condes empobrecidos por la friolera de veinte millones de euros. Al parecer, la villa contaba con una magnífica biblioteca: primeras ediciones, incunables, manuscritos. Se trataba de un trabajo sencillo: separar la paja del trigo, desechar falsificaciones y clasificar los hallazgos según su valor. «Tres semanas, cuatro a lo sumo, muy bien pagadas; alojamiento, manutención y viajes incluidos», añadió. No me cabe duda de que mi jefe había visto los anuncios de venta de mi casa y que trataba con ello de echarme una mano…

Lo siento Había olvidado mencionar que soy historiadora y que poseo una especial habilidad (un don, creo yo) para los idiomas. Hablo francés, italiano, ruso, polaco y alemán. El inglés es mi lengua paterna; la materna, que mi padre conservó pese a que mi madre falleció siendo yo muy niña, el español. En todo caso, si me llamaron no fue tanto por ninguna de esas habilidades cuanto por mis conocimientos sobre catalogación, amén de sobre latín, griego, arameo y otras lenguas muertas.

No lo dudé un momento. Al día siguiente, estaba en un avión rumbo al aeropuerto de Fiumicino, con pasaje de primera clase cortesía del tipo de Kansas. Allí me esperaba una limusina blanca, tan espectacular como carente de gusto para llevarme a la famosa villa…

La campiña italiana me pareció magnifica, un lugar espectacular, donde el reloj

parecía detenerse. ¿Y la villa? Pues era una de esas casas de ensueño: cuatrocientas hectáreas con un castillo en el centro. El lugar estaba plagado de preciosas antigüedades, armaduras, pinturas y frescos, blasones familiares, parques, fuentes y juegos de agua. No las disfruté lo más mínimo: nada más instalarme, me puse a trabajar. Pretendía acabar pronto, cobrar rápido y detener el embargo; el tiempo se agotaba.

La biblioteca, ubicada en el ala norte, ocupaba una extensión de ciento cincuenta metros cuadrados, con seis metros de altura. Las estanterías, de suelo a techo, confeccionadas en maderas nobles primorosamente talladas, estaban llenas a rebosar, con cerca de ocho mil volúmenes. Almacenadas de cualquier manera, había también cajas de cartón y hasta bolsas de plástico que contenían manuscritos de diversa antigüedad, libros viejos y cómics mezclados con papiros… Me alegré de haber aceptado. El lugar era el sueño de cualquier amante del género.

Tras un primer vistazo, concluí que, si bien en la biblioteca había algo de paja, por lo demás, resultaba tan inmensa como valiosa. Le hice saber al propietario que tardaría mucho más de lo previsto porque contenía piezas únicas. Se puso tan contento que prometió pagarme el doble de lo estipulado. Al ver mi cara, interpretó mal el gesto y procedió a pagarme lo equivalente a dos meses de trabajo por anticipado. Entonces, la que me puse contentísima fui yo, pues esa cantidad me daba un respiro, al menos unos meses de margen. A la mañana siguiente, tras enviar una trasferencia al banco, redoblé los esfuerzos. Estaba segura de que, si lo hacía bien, lograría una buena propina, una propia de un millonario de Kansas.

Fue más o menos a mediados de la segunda semana cuando me topé con ello. Recuerdo que acababa de catalogar un ejemplar, una primera edición bien conservada del Commentarii de Julio César, publicado en Milán en 1478 y firmada por Philippus de Lavagnia. El libro contenía algunas anotaciones al dorso y dos de sus páginas aparecían parcialmente arrancadas, pero tanto la encuadernación como la portada permanecían tan impecables como el primer día. No era un incunable especialmente raro, pero calculé que su valor rondaría los dieciocho mil euros; quince mil como mínimo.

Cuando terminé de cumplimentar la ficha, me dejé caer en uno de los sillones de cuero, levanté los pies y los estiré sobre una caja de cartón blanco con publicidad de horno microondas que descansaba en el suelo. Con el peso, los bordes se doblaron, volcó y su contenido, una colección de rollos antiguos, en distinto estado de conservación, cayó al suelo.

«¡Qué barbaridad!», recuerdo que pensé. Una criada hacendosa y limpia hubiera tirado su contenido a la basura sin ningún miramiento si yo no hubiera prohibido a mi llegada la entrada.

Me agaché para reparar el desastre y mis ojos se toparon con una paenula de cuero atada con cordones, un ejemplar soberbio, de aspecto regio. La envoltura parecía muy antigua y tenía el lacre intacto. En la época romana, ese tipo de funda era

habitual en el transporte de rollos de papiro, pues aseguraba su conservación durante los complicados viajes de esos tiempos. Recuperé los guantes de algodón que acababa de quitarme, lo recogí del suelo y con extremo cuidado lo deposité sobre mi mesa de trabajo. Lo primero que llamó mi atención fue el destinatario: Tiberio, césar de Roma. Si aquello era cierto, el material resultaba antiquísimo, cerca de dos mil años, y mucho más valioso que el resto de la biblioteca en su conjunto. Me pudo la curiosidad y, sin tomar más precauciones que cubrirme la boca con una mascarilla, rompí el sello y lo examiné.

Se trataba de un rollo mediano, no llegaba a un volumen, formado por seis pliegos de trece dedos de anchura, unidos por engrudo como era costumbre en aquellos tiempos; su extremo estaba encolado a un umbilici, una especie de bastón que facilita la lectura al desenrollarlo. Se había empleado papiro hierático, un material de calidad en sintonía con su función administrativa, y estaba escrito en griego, la lengua culta del Imperio. Solo el encabezado estaba teñido de rojo; para el resto del texto, distribuido en columnas por la cara interior, tinta negra.

Las manos me temblaban bajo los guantes. Cogí la lupa, extendí la primera parte del documento y empecé a leer. Al segundo, supe que era un hallazgo de los que hacen época. Me pasé la noche entera revisando sus características, su estado de conservación —casi milagroso—, su belleza y, sobre todo, su contenido…

Frisada el alba, con la traducción concluida, no salía de mi asombro. El material, a todas luces, parecía auténtico, pero lo que decía…, en fin, resultaba imposible… Parecía una broma de mal gusto. Le di vueltas y más vueltas sin hallar respuestas coherentes. Por eso, en cuanto el sol entró radiante por la ventana, me fui en busca del propietario de la finca, que desayunaba en pijama en la terraza que miraba al lago, junto a una bella jovencita italiana.

Pese al imaginario que se tiene en Europa de los millonarios de la América profunda, el señor Drews no viste *jeans* ni camperas de cuero: su ropa a medida es exquisita y, cuando se cala un sombrero, no es precisamente de *cowboy*. Sin embargo, amén de la excéntrica limusina, había dos cosas que le delataban: su acento, innegable, y su gusto por las mujeres fellinianas. El tipo se pirraba por las jóvenes morenas, con generosas curvas, talla ciento veinte de sujetador y más cadera de lo imprescindible, exactamente la que tenía a su vera.

Le disgustó mi intromisión, pero me escuchó sin protestar. Le expliqué que tenía varios posibles hallazgos verdaderamente antiguos entre manos. Podían ser valiosísimos, pero para datarlos necesitaba contar con una técnica especial que llevaban a cabo un puñado de laboratorios en el mundo, el más cercano, en Sevilla, España. Debería trasladarme allí. En cuanto escuchó que debía incurrir en algunos costes añadidos, se puso como un basilisco, una reacción curiosa en un hombre tan rico, pero finalmente accedió. Cogí el primer avión: estaba deseando comprobar si el documento era auténtico.

11

Dicen que, cuando se tiene la mente entretenida, olvidas hasta respirar. Es falso: no somos espíritus puros. Bueno, ni puros ni espíritus. Por irresistible que sea el entretenimiento, antes o después, los más prosaicos instintos, las necesidades más pedestres se abren paso y te obligan a recordar. La lectura estaba resultando la mar de entretenida, pero mi estómago, que llevaba rato doliéndose de mi abandono, al escuchar la referencia al dinero, empezó a rugir.

Miré el reloj. Eran las once menos cuarto. Con razón, mis tripas protestaban. No lo pensé dos veces. Me calé el chaquetón, y salí en busca de algo para cenar. Me había comido las uvas, regalo de Encarna, y no quedaba nada más, ni siquiera un triste litro de leche. Al día siguiente, sin falta, tendría que ir al supermercado y llenar la nevera. Llevé conmigo el cuaderno.

Madrid había prendido las farolas.

No tenía muchas ganas de andar y la temperatura era baja, de modo que me dirigí al cercano paseo de Recoletos en busca de algún restaurante apañado. Es una zona algo más cara, pero tenía mucho que celebrar: un buen piso, un alquiler moderado y una historia por descubrir. No llegué. Antes de hacerlo, me topé con el minúsculo Carlota. Pese a ser un sitio de tapas, tiene unas generosas ensaladas por seis o siete euros, y no suele haber mucho ruido. Pedí una, con queso de cabra, pollo y costrones de pan (siete euros; más pan que pollo), y una cerveza grande muy fría (dos euros diez). Y brindé conmigo mismo por mi primer día de libertad fuera de la Pensión Real.

Mientras traían la comida continué con la lectura.

El centro de datación de la ciudad de Sevilla confirmó lo que intuía: se trataba de un documento del primer siglo de nuestra era, años 25-40. Amén de la verificación, de por si suficiente, las fechas cuadraban a la perfección con las identidades y cargos del emisor del informe —Poncio Pilatos, prefecto de Judea— y su receptor —Tiberio, emperador de Roma—. En suma: el memorándum era auténtico.

Encontrar un pliego de esa época, tan extenso y en tan buen estado de conservación, te zambulle sin antesala en los anales de la historia. Si, además, se trata de un acta largamente buscada, ya que no se conserva ninguna de las emitidas por Pilatos, la gloria se encuentra asegurada. La simple mención a Jesucristo haría que el Vaticano pagara millones por él. Debería hallarme pletórica, dando saltos de alegría, pero me sentía confundida, inquieta. La culpa de mi turbación la tenían los últimos párrafos del texto en cuestión.

Intentaré exponer mis cuitas con claridad.

Lo que tenía entre manos era el acta que el prefecto de una diminuta provincia romana perdida en los confines del mundo enviaba al mismísimo césar. Algo así como si el alcalde de Centennial, Colorado, por poner un ejemplo, envía una carta al presidente de los Estados Unidos para darle cuenta del estado de salud de sus 35 960

ciudadanos con derecho a voto. Habida cuenta de cómo lo encabezaba, Pilatos era plenamente consciente de la distancia que lo separaba del receptor y de que a este debía darle cuenta de los asuntos que a Tiberio interesaban: seguridad y recaudación de impuestos: estado de tropas y de las arcas; relaciones con sacerdotes, príncipes y ciudadanos principales; impartición de justicia o condenas a muerte. Hasta ese punto, todo resultaba previsible. Sin embargo, en la última parte de su informe, Pilatos se soltaba la coleta y cambiaba de tono al incluir una historia de fenómenos extraños, fantasmas y apariciones, que le hacían parecer enajenado. Era un discurso tan imprudente que comprendí que decidiera no enviarlo, lo que explicaría que el lacre estuviera intacto.

Aunque parezca imposible, cuanto Pilatos refería dos mil años atrás en esos últimos párrafos me afectaba a mí tan personalmente que casi se me detiene el corazón. Al concluir la lectura no salía de mi asombro, y consciente de lo que tenía entre manos, decidí hacer dos copias, una en lengua original y otra con su traducción al inglés, y no hablar de ello con nadie de momento. Tomé de nuevo el avión, regresé al palacio italiano y escondí el original en la biblioteca, suficientemente oculto para que el nuevo propietario no lo encontrara fácilmente.

Aquí tienes esos párrafos, los mismos que mostré al profesor Múgica:

Pontius Pilatos, gobernador de Judea, te saluda, oh, divino Tiberio. ¡Salve! Paz y prosperidad a ti, glorioso césar, que riges con mano firme el Imperio, pero prudentemente lo gobiernas con buen consejo y sabiduría.

Habiendo recibido recientemente la visita del tetrarca Herodes, y teniendo en cuenta que en Jerusalén todo el mundo habla de lo sucedido, incluso con cierta necedad, oh, gran césar, tengo por cierto que no te será ignoto el asunto que paso a exponerte. He tardado en redactar esta nota porque de los rumores rara vez se cosecha autenticidad. Siendo esta una crónica para ti, divino Tiberio, y tratándose de un tema tan confuso, me pareció preferible recabar información de varias fuentes y redactar un despacho completo sobre lo acontecido aquellos días. Trayéndolo muchas veces a la memoria y percibiendo en ello tantos prodigios recónditos, inexplicables por el mero ingenio de los hombres, oh, glorioso césar, me pareció oportuno averiguar de dónde procedían, investigar y buscar las causas. Para ese fin, hablé con los varones más doctos e insignes en las artes y las ciencias que florecen a este lado del Imperio, que no son muchos. Y ahora, oh, divino Tiberio, me propongo poner en tu conocimiento los hechos según la visión de los varones más esclarecidos y de mi propia observación. Y todo ello sin aún comprender. Porque con verdad puedo decir que he averiguado todo cuanto he podido. Y con verdad debo suscribir que no ha sido suficiente. Porque así que hube empezado, no hubo sabio que no consultare. Sin embargo, cuanto con más vehemencia perseguía una explicación, menos la obtuve y, en el día de hoy, sigo sin poder revelar algunas cosas que, sin duda, van algo más lejos de lo que ordinariamente ven nuestros ojos.

Vivamente deseo que estas explicaciones te sean suficientes, oh, divino Tiberio.

De buen grado te las ofrezco a ti que muchas veces has manifestado complacerte en la paz, aunque, como sabes, la aspereza del carácter de los habitantes de estas desaliñadas tierras y su orgullo desmedido los convierten en cultivadores de griteríos y revoluciones. Les importan más sus arengas y sus cultos formalistas, a los que se dedican con ardor, que la propia justicia, que es lo que guía a un juez romano.

Antes de mi narración, oh, divino césar, debo decir que hubiera sido mi deseo enviarte los extraños animales de los que voy a hablarte: altos como hombres espigados, preparados para permanecer erguidos, de los que ningún sabio consultado había tenido noticia jamás. Pero ¡oh, Tiberio!, cuando se descubrieron ya estaban muertos. Es más, empezaron a oler enseguida y hubo que arrojarlos al fuego. Sin embargo, para regocijo de tus ojos, previamente hice que nuestro mejor amanuense realizara un exacto dibujo de los dos ejemplares, macho y hembra al parecer. Lo incluyo con el fin de que puedas hacerte una idea de su apariencia. Parecían proceder directamente del centro de la tierra, con esa cola larga y anchísima. A uno de ellos, probablemente la hembra, una cabeza pequeña, idéntica a la suya, le brotaba de una bolsa del vientre. Las orejas de ambos estaban adornadas con un extraño artefacto: una pequeña inscripción con líneas negras y signos extraños, confeccionada en una tela desconocida.

Pues a nadie profeso tan buena voluntad como a ti, paso a exponer la información recabada parando mientes en la grandeza del asunto, aunque sea extraordinario y dificultosísimo.

Nos hallábamos en uno de los momentos más complicados del año, los días previos a la fiesta llamada de la Pascua, que los judíos celebran con gran pasión y que siempre ocasiona alborotos. La solemnidad congrega en Jerusalén a cientos de personas, la población se multiplica casi por diez, de manera que cada calle de la ciudad parece estar en ebullición, por no hablar del templo, repleto de gentes procedentes de todos los puntos del orbe conocido dispuestas a realizar los sacrificios rituales. Como puedes adivinar, divino Tiberio, la guarnición estaba en estado de alerta.

La víspera de esa pascua, muy de mañana, el Sanedrín en pleno, junto con otras figuras principales de la ciudad, se presentaron ante mí trayendo atado a un hombre de nombre Yoshúa, procedente de Nazaret, pero asentado en Galilea. Los espías ya me habían hablado de él: se decía que curaba enfermedades, devolvía la vista a los ciegos, expulsaba malos humores e incluso había resucitado a un muerto, un tal Lázaro, natural de Betania. Seguía sus hazañas sin preocupación, porque, lejos de incitar a la violencia, predicaba la paz y el perdón de los enemigos.

Me extrañó el momento y la propia denuncia: lo acusaban de sedición contra su templo por hacerse pasar por el Mesías, un libertador al que aguardan desde antaño y de quien hablan las profecías que constantemente recuerdan. Una cuestión religiosa que, sin embargo, derivó en un asunto civil en cuanto me informaron que el acusado había declarado públicamente ser rey de los judíos. Tras una cierta disputa, pues al

inicio trataban de inculparle sin pruebas ni testigos, algo indigno de un romano, lo envié al tetrarca Herodes y luego lo interrogué yo mismo. Hallé en Yoshúa de Nazaret un filósofo interesante y un gran taumaturgo, pero no hay más rey que el césar, de modo que firmé su sentencia de muerte, y fue colgado en un madero, en el lugar habitual.

Estaba claro que los sacerdotes, levitas y el resto de las personas principales lo reprobaban con gran odio, porque a aquellas alturas, con el reo colgado en la cruz, perdiendo toda su dignidad, chillaban, lo escupían y maldecían como si verle morir no fuera suficiente desagravio.

No obstante, mientras permanecía en ese tormento, sin aviso previo, súbitamente, el cielo se oscureció. Entre la hora sexta y la nona, no hubo vestigio de luz en la ciudad, lo que cortó de raíz la vana locuacidad de los sacerdotes y levitas. Se trató de una oscuridad tan densa que, de no haber encendido las lámparas, nos hubiéramos chocado unos contra otros. Instantes después, esa oscuridad se disipó como por ensalmo.

¿Hay cosa más regia que lo que ocurre en el cielo? ¿Cómo no admirar lo que allí acontece? No deteniéndome en los más pequeños detalles, diré que es conocido que, en ocasiones, la conjunción de los astros convierte el día en noche. Pero, consultados los sabios astrónomos, juzgan imposible que lo referido se debiera a un eclipse de sol, pues en el solsticio de primavera hay luna llena. A falta de mejor explicación, otros apuntan a un siroco negro, un viento cargado de arena procedente del desierto que durante esas fechas suele azotar Jerusalén. No me parece plausible: he vivido otros sirocos, con gran sufrimiento de mi garganta, mientras que en este se respiraba con normalidad. Los propios judíos, por boca de un tal Amós, un granjero al que tenían por profeta, señalan que el fenómeno apunta la venida del Mesías. Pero ya sabes, oh, emperador, qué fácil es hablar.

Poco después de aquel suceso, se personaron dos ciudadanos principales y pidieron que les entregara el cuerpo del ajusticiado. Tras certificar su muerte, se les concedió permiso para enterrarle, cosa que hicieron en una tumba nueva a las afueras de la ciudad. Los judíos vinieron después a pedir que se custodiara la citada tumba, porque el reo había amenazado con resucitar de entre los muertos. Pese a lo absurdo de la petición, para evitar más alborotos, se les concedió la petición.

Terminada la jornada festiva, Jerusalén fue poco a poco retomando a la calma. La tregua, no obstante, habría de ser corta. La siguiente prueba llegó de inmediato: acababa de amanecer cuando la tierra se estremeció. El enjambre de sacudidas se sintió en todo Jerusalén. El terremoto duró poco, pero hizo que la población se conmoviera y saliera asustada a las calles y plazas. Por efecto de los temblores, se resquebrajaron paredes, se cayeron viviendas y se abrió una enorme grieta en el muro oriental, que me apresuré a inspeccionar.

Estaba evaluando los daños *in situ*, junto a un constructor, cuando me avisaron de la llegada del sumo sacerdote, en un estado tal que su cólera parecía escaparse por los

poros de la piel. Le envié recado de que fuera a palacio, donde le recibiría. Y me dirigí hacia allí. A cada paso, me detenían gentes varias, ciudadanos romanos incluso, que aseguraban haber recibido la visita de antepasados muertos, que les hablaban con gozo de la apertura del gran sello, y de la «puerta del abismo» o «de los cielos», así lo llamaban indistintamente.

Las obras de los espíritus no pueden explicarse con ningún alarde de elocuencia, de modo que no voy a intentarlo, pero el hecho es que pude averiguar que aquella mañana algunos sepulcros amanec1eron abiertos. Un judío no tocaría un cadáver, pues, según sus leyes, quedaría impuro, y nuestras tropas temen a los dioses. Sin dilación, y sin comprender nada, oh, divino Tiberio, apreté el paso. Pero antes de llegar al pretorio, volvieron a detenerme. Habían encontrado la tumba del ajusticiado Yoshúa de Nazaret abierta y vacía; la mortaja dentro, doblada. Los guardianes decían haber caído en un extraño letargo y sostenían que sus secuaces habían robado el cuerpo, cosa extraña si se habían entretenido en doblar la mortaja.

Cuando por fin alcancé el pretorio, el sumo sacerdote me aguardaba. Su expresión era inequívoca: estaba rojo de rabia. Dijo que venía a ordenarme (¡insufribles estos judíos!) que hiciera justicia y detuviese de inmediato al ladrón.

—¿Te refieres a quien se ha llevado el cuerpo de Yoshúa de Nazaret?

—¿De ese? ¡No! ¡Eso lo han hecho sus discípulos! Se dispersarán, no merece la pena seguirlos.

—Pero, entonces, ¿a qué vienes? ¿Qué te han robado? —le pregunté extrañado—. Solo un enajenado osaría robar al sumo sacerdote.

—Un rebaño de bueyes, procurador: setenta cabezas en total, propiedad de mi suegro Anás. El pastor y el perro tampoco aparecen. Conducían el ganado desde el monte donde se hallaba estabulado hasta el templo para el sacrificio, pero en el camino han desaparecido. Se han esfumado. Es como si se los hubiera tragado la tierra. De hecho, en el lugar del suceso, se ha abierto un pozo y han aparecido unas extrañas bestias. Pero yo quiero mis bueyes.

»Debo decirte, aunque es probable que ya lo sepas, que el negocio de los animales para el sacrificio, muy lucrativo, está en manos de Caifás y su suegro.

—¿Setenta cabezas? —repliqué—. ¿Quién podría proyectar un robo así? Es imposible ocultar un rebaño tan grande.

Esa es la pura verdad, es de todo punto imposible. Para los hombres…

—¡Mierda, mierda, mierda! —chillé, sin preocuparme por los que cenaban a mi alrededor. Porque en el preciso momento en que la cosa se ponía interesante, el relato quedaba detenido; al cuaderno le habían arrancado lo menos diez páginas. Las siguientes hablaban de un médium y de unas extrañas ceremonias que, a primera vista, no entendí.

Enseguida se personó ante mi uno de los camareros, un jovencito con acento argentino y cara de susto.

—¿Le ocurre algo, señor? ¿No está buena la ensalada?

—Sí, sí, buenísima… No sabes cuánto siento haber levantado la voz. Es que he recibido una noticia terrible… Por el móvil —mentí—. Perdóname, no quería molestar. ¿Serias tan amable de traerme la cuenta? Debo marcharme.

Llegó enseguida.

Mientras volvía a mi nueva casa, de un humor de perros, maldije a Ruth, a Múgica, a Encarna, a la farmacéutica, a las meigas… Porque, aunque una novela es una novela, no resulta agradable quedarte sin saber el final. Cuando entré en el ático, eran ya las doce. Acaricié la idea de sentarme en la terraza con el oboe y alguna sonata de Vivaldi, pero estaba cansado. Demasiadas emociones en tan poco tiempo.

Me puse el pijama y me metí en la cama.

12

Si no hace mucho calor ni mucho frio, y tienes buen dormir, en el barrio de Salamanca se descansa casi tan bien como en Ribadeo.

Como si la autoridad tocara retirada, en cuanto la luna empieza a enseñar las enaguas, el estruendo del tráfico y esa especie de confusión barroca que de día impregna esta zona se calman. A eso de las siete o las ocho, los que solo trabajan aquí vuelven al extrarradio a soñar que viven en un pueblo. Pocas horas después, mientras se desvanece el olor a queroseno, y los erasmus se acaban la caña y el bocadillo de jamón, el barrio acaba por sumirse en su agradable duermevela y te parece que estás en la mismísima ría, al abrigo de los vientos.

En el ático no se oía ni una mosca y yo estaba rendido. Si en el portal hubiera acampado un motorista con ganas de exhibirse, no me hubiera enterado. Rodeado de las tinieblas brindadas por las persianas bajadas, y al amoroso amparo de la colcha de corazones, en segundo y medio me sumí en un sueño tan profundo que no oí el despertador.

Cuando abrí los ojos, era tan tarde que hube de abandonar el ático a la carrera. No me dio tiempo más que a una ducha rápida y a coger mi cartera.

Seguía un curso sobre literatura y nuevas tecnologías para profesores de educación secundaria que se impartía los martes en el Centro Cultural Maestro Alonso, sito en la homónima calle, en el mismo distrito de Salamanca. Barajé durante unos instantes la posibilidad de hacer novillos. Me interesan bien poco las nuevas tecnologías y, como suele ocurrir, el desafecto es mutuo: tampoco les gusto a ellas. Escribo a mano todo lo que redacto y solo trascribo a Word lo que no me queda más remedio. No obstante, en razón de la beca recibida, estaba obligado a asistir y, para que constara, pasaban lista. Reconozco que la semana anterior había salido hastiado de tantos iconos y megabytes. A mí lo que me gustan son los libros, el negro sobre blanco, el tacto del papel y la ternura de las letras que se combinan con una suerte de magia para no repetirse nunca, y decirte cosas y más cosas al oído.

Me di tanta prisa que cuando llegué al edificio me sobraban quince minutos. Si la temperatura hubiera sido agradable, como cabía esperar, me hubiera sentado en uno de los bancos del parque próximo, dedicado a Eva Perón, o en la misma calle Alcalá, y consumido los minutos sin hacer otra cosa que ver pasar a la gente, tipos de toda clase arrastrando sus vidas en pos de una meta sobre la que me divierte especular a tenor de la visión de sus precipitados rostros. Pero hacía frío. Y había humedad en el aíre. El día, de hecho, estaba tan gris que antes de salir, carpeta en mano, cogí el paraguas. Lo compré en un chino un día que llovió. Las dos perras que me costó van en consonancia con su aspecto, infame, pero es lo suficientemente pequeño para meterlo en la carpeta y no tener que acarrear más bultos. Como digo, visto lo visto, olvidé el banco y decidí entrar en una cafetería y tomarme una buena taza de café y una tostada con aceite de oliva. Aguantaría mejor a aquel informático petardo, que no

había leído un libro en su vida ni visto jamás a un estudiante de secundaria, si llevaba el estómago lleno. Al lado del Centro hay un local muy chic donde sirven desayunos, pero tenía pinta de caro. En el pequeño bar de enfrente pagué dos con ochenta por el menú, que incluía un zumo de naranja pequeño recién exprimido.

Un par de minutos antes de la hora, atravesé la puerta y me dirigí a la sala. El pasillo no estaba demasiado limpio y olía raro, pero en el local no cabía un alfiler. A los doce asistentes fieles (aquellos que firmábamos en la hoja donde figuraban nuestros nombres, como si de condenados se tratase) se había sumado una caterva de personas de edad a las que la Comunidad, el Ayuntamiento, o quien fuera que pagara las facturas, había abierto las puertas.

No hay público más agradecido que el que compone eso que viene a llamarse Tercera Edad. Pueblan los locales, sea cual sea el tema, haya o no haya café. Aquel día lo hubo. Café y porras, de las que di cumplida cuenta, tanto que me ahorré el almuerzo y aproveché el hueco vacío para hacer acopio de comida en un supermercado cercano. De esa manera, cuando el curso concluyera, podía ir directamente a casa, que estaba a unos cuarenta minutos andando despacio. Porque despacio es como iría con todas aquellas bolsas en la mano. La cajera del establecimiento fue muy amable y me permitió dejar allí la carga hasta que acabara con Microsoft o él conmigo (esto último mucho más probable).

Nada más terminar con el aprovisionamiento, me tomé otro café con leche y volví a la sala; tenía que firmar de nuevo (el curso era tan pesado que nos hacían poner la huella antes de cada clase, no fuera que abandonáramos el redil antes de la cuenta).

Tocaban sesiones prácticas sobre lo explicado por la mañana y había bastante jaleo en el aula. El profesor no daba abasto: a quien le funcionaba correctamente el programa, no recordaba cómo copiar la fórmula y extenderla por la columna; a quien no se le había bloqueado el teclado, había olvidado la clave. Incluso a la señora que tenía delante le dio un ataque de nervios y la emprendió a bolsazos con el pobre ordenador. Y o, como se comprenderá, no tenía especial interés en hacer probativas con esa cosa verde llamada Excel. Sin embargo, me mantuve en mi puesto sin moverme ni siquiera para ir al baño. La razón es muy simple: todos los ordenadores contaban con conexión a Internet, una tentación irresistible…

En cuanto el profesor nos dejaba tiempo para lo que llamaba «trabajo personal», momentos que él aprovechaba para salir a fumar a la calle, o se veía obligado a explicar por enésima vez el sistema a algún rezagado, yo me dedicaba a navegar. Al leer el cuaderno de Ruth, me había quedado con ganas de saber más sobre el tal Pilatos.

No quisiera fardar, pero me manejo medianamente bien por la Red y logré hacer una búsqueda, si no exhaustiva, sí bastante completa. Por eso puedo decir que Pilatos es lo más parecido a un fantasma. Pareciera que alguien hubiera lanzado sobre él una maldición y enviado su rastro a lo más profundo del infierno. Veamos. Hay certeza de que el emperador Tiberio lo designó prefecto de Judea, entonces provincia romana, y

que permaneció en el puesto al menos entre los años 26 y 36 de nuestra era. Y eso es lo raro. Porque si yo, que no soy más que encargado de clase en un instituto de secundaria, tengo que presentar un montón de informes al trimestre sobre la marcha del curso, Pilatos, que fue gobernador durante más de diez años, tendría que haber dictado docenas de sentencias, redactado cientos de notas, despachos o minutas. Supongo que escribiría cartas, contando esto o aquello, que pediría favores por escrito o que agasajaría a sus jefes con mil y una lisonjas. Sin embargo, Ruth tenía razón: no se conserva ni uno solo de esos escritos. Escribir, escribió; Flavio Josefo, Filón y algunos otros escritores de la época mencionan las Acta Pilati, pero no queda de ellas ni siquiera un vestigio. Incluso al libro que todos los historiadores consultan para tener datos sobre este periodo, los Anales de Tácito, le faltan los capítulos correspondientes a los años 30 y 31, momento en el cual debió de tener lugar el juicio que llevó el nombre de Pilatos a la historia. En fin, que, como digo, parece que se cerniera sobre él algún tipo de maldición.

De lo que sí pude hacerme una idea al consultar la web fue de cómo vivió. El puesto que ocupaba no era una milonga, ni mucho menos: tenía que recaudar impuestos, mantener el orden con sus cinco mil soldados y asegurar los intereses comerciales del Imperio, que debían de ser pocos. La región, en sí, era de segunda o tercera categoría, y el territorio de Judea, en concreto, inhóspito y aburrido, con la actividad ruando casi exclusivamente alrededor del culto. Jerusalén estaba formado por un puñado de callejuelas y el gran templo judío. Su palacio, donde residiría establemente una guarnición, estaba situado en una colina, al poniente, desde la que se contemplaba toda la ciudad. La vista podía resultar atractiva para ir de visita un par de días, pero no para pasar diez años. Allí no había hermosas mujeres dispuestas a agasajar a un romano, tampoco baños concurridos o ricas viandas, y el vino era peor que el agua. No abundaban los letrados griegos, los músicos o los poetas. Ni siquiera los lugareños eran amables; más bien se decía que eran tercos como mulas, y radicales, siempre dispuestos a organizar algún follón.

Por eso, en cuanto podía, Pilatos se marchaba a Cesárea, junto al mar, y regresaba a Jerusalén, a poco más de cien kilómetros al sudeste, coincidiendo con las fiestas judías o cuando no le quedaba más remedio. Los artículos que leí decían que tuvo sus más y sus menos con las autoridades a cuenta de los símbolos del emperador, de la construcción de un acueducto, y algún otro etcétera. Y que, en dos ocasiones, Tiberio le quitó la razón, dándosela a los jefes del pueblo… En fin, ese era Pilatos: un don nadie que pasó a la histot1a por el juicio de Jesús (Yoshúa) de Nazaret.

Curiosamente, de ese juicio encontré casi tan pocos datos como del propio Pilatos. Los relatos se limitan a decir que el romano hizo ejecutar a Jesús y que fue en un momento un poco tenso para el Imperio, lo que quizás explicara la decisión de Pilatos de condenar a quien creía inocente.

La silla en la que estaba sentado era tan ergonómica que resultaba mortal para la espalda, y decidí moverme un rato, pero antes comprobé un par de detalles. Creía

haber hallado dos fallos en el cuaderno de Ruth, pero el equivocado era yo. El primero, el idioma. La chica decía que el manuscrito estaba escrito en griego. Pero Pilatos era romano… En Internet encontré que en los primeros siglos de nuestra era, en el área oriental del Imperio, la soldadesca hablaba un latín vulgar, pero la lengua empleada en el lenguaje administrativo era la koiné griega. El segundo, la falta de sintonía del Moleskine con lo descrito en los Evangelios. Consulté las narraciones de los cuatro evangelistas. Ellos relatan el terremoto, las tinieblas, las apariciones de muertos y los demás fenómenos celestes, que siempre había tomado como alegóricos. Pero los sitúan justo después de la muerte de Jesucristo, como si la tierra entera llorara el atropello. Sin embargo, en el relato de Ruth, Pilatos distinguía entre lo acaecido en el momento de la muerte (el extraño siroco que nubló el cielo) y lo ocurrido posteriormente, supongo que alrededor de la resurrección: el movimiento de tie1ra y sepulcros y la aparición de fantasmas que anunciaban a sus familiares la apertura del «gran sello».

«Bueno, una licencia literaria», pensé. Por descontado, la chica había sido lista. Desde el punto de vista de un novelista, un personaje como Pilatos era una bicoca. Todo el mundo conoce su existencia, pero nadie sabe nada sobre él, de modo que se puede poner toda la imaginación que se quiera.

Pero yo ya estaba cansado de la pantalla, de la silla ergonómica y de Pilatos. Me levanté, puse cara de pena, y me acerqué al profesor para decirle que no me encontraba muy bien. El estómago. Algo me había sentado mal. Lo cierto es que no le había dado la lata ni una sola vez, y él me lo agradeció dejándome salir media hora antes que el resto.

13

Eran las cuatro y media de la tarde. Fuera, llovía a cántaros. La buena noticia es que tenía paraguas; la mala, que debía sujetarlo en alto, con las manos llenas de bolsas, y los ojos cosidos al asfalto, que, por lo irregular, forma charcos en cuanto caen cuatro gotas.

Me armé de valor y emprendí la marcha animándome a mí mismo con la imagen de la pieza de salmón que escondía uno de los bultos y que me zamparía nada más llegar. Llevaba el itinerario memorizado para no perderme: Alcalá, Villanueva, Gil de Santibáñez, Cid y, por fin, Doctor Vivancos. El pescado llegó sano y salvo: yo, calado hasta los huesos por la lluvia y el sudor. Cuando, casi tres cuartos de hora después, contemplé de nuevo el anciano ascensor, me pareció más bello que Marilyn Monroe y más atractivo que la misma Scarlett Johansson, actriz por la que bebo los vientos desde que vi su boca de guinda en Match Point.

Cuando entré por la puerta del ático, era temprano, pero sin pensarlo dos veces me preparé el salmón a la plancha adobado con finas hierbas y una ensalada de tomate y cebolla. Esa es una de las ventajas de vivir solo, fijar tus propios horarios. Puse los manjares en una bandeja y me fui al salón. No hicieron falta más que unos instantes recorriendo con la mirada la habitación para concluir que en aquella casa no había televisión. Sería la única en todo Madrid. La única en España, quizás en el mundo. «Bueno, no es tan grave», me dije. Pero lo era. Reconozco que la televisión es una pérdida de tiempo y la mayor parte de las veces también un tostón, pero es un agradable ruido de fondo cuando uno vive solo y llega cansado del trabajo. A mí me tranquiliza más que divertirme. Poco importa lo que pongan, me amoldo; cualquier programa me anestesia y de inmediato dejo de pensar, que es justo lo que pretendo.

Cené en silencio, prometiéndome que al día siguiente por la mañana compraría un televisor. Con un aparato pequeño y barato bastaría (lo de barato era fundamental, pues andaba apretado. Sobrevivir en Madrid resulta mucho más caro que hacerlo en Lugo). Concluido el festín, que me supo a gloria, me puse el pijama y me lavé los dientes. Luego, cogí el oboe y un par de partituras y, pertrechado con la psicodélica colcha de mi cama, tomé posesión del balcón acristalado dispuesto a disfrutar, por fin, de la vida lejos de la Pensión Real.

Mozart, tiempo, la tripa convenientemente satisfecha y mi oboe: ¿qué más podía pedir a la vida? Estaba saboreando la merecida tregua cuando mis placeres se vieron bruscamente interrumpidos: sonó el teléfono. Ni siquiera sabía que el piso tuviera ninguno, de modo que era evidente que la llamada no era para mí. Quizás alguien que preguntaba por el profesor. Quizás el casero…, razón de más para no contestar. Sonó unas cuantas veces y luego enmudeció.

Al cabo de un par de minutos, lo que sonó fue un timbre. Un ruido excéntrico, ensordecedor. Me alarmé. Especulé con la posibilidad de que el casero tuviera un infiltrado y quisiera enviarme de vuelta a la pensión y con la idea de que mis vecinos

quisieran renegociar el alquiler, a todas luces, regalado.

Me desplacé con sigilo por el piso, arrastrando los pies para evitar que las tablas del suelo crujieran, y me acerqué disimuladamente a la mirilla, para toparme con la cara de la portera, que sonreía como si supiera (lo sabía) que la observaba. Entreabrí la puerta. Doña Rosa llevaba el mismo vestido de lunares con el que la había conocido el día anterior, y una chaqueta negra por encima; en la mano, un paquete con seis rollos de papel higiénico. Había ido a la peluquería y su níveo pelo, perfectamente empaquetado, lucía bajo el influjo de la luz de la bombilla.

—Buenas noches, querido profesor. Verá, un vecino ha encontrado este paquete abandonado en el ascensor. Como le he visto entrar con tantas bolsas, me he dicho: «Debe de ser del buen Gerardo. Se trata de un artista, un director de orquesta nada menos, es lógico que sea olvidadizo». ¿He acertado?

—Si se refiere al papel higiénico, si, doña Rosa, es mío. Gracias por subírmelo.

En aquel momento, debió de reparar en mi atuendo.

—Vaya, ¿le he despertado?

Puse cara de agotamiento.

—Precisamente estaba metiéndome en la cama en este momento. Estoy bastante cansado… —mentí.

Se demoró unos instantes, pero finalmente se decidió.

—Pues yo hoy no tengo nada de sueño. Duermo muy poco. Y mal, además. Y aprovechando que tenía que traerle el papel higiénico, me he dicho: «¿Por qué no subo a ver si al nuevo vecino se le ofrece algo?». Y aquí me tiene. ¿Puedo pasar un momento?

Al ver lo que se me venía encima, bostecé ostensiblemente, y añadí:

—Se lo agradezco mucho, vecina. Lo cierto es que ya lo tengo todo listo… Además, estoy en pijama.

Extendí la mano para coger el paquete con los seis rollos de dos capas, pero ella no lo soltó. Muy al contrario, avanzó dos pasos. Antes de que pudiera protestar, estaba dentro.

—Por el pijama no se preocupe. No soy más que una vieja. Mis ojos están para el arrastre. De hecho, casi no veo.

Me hizo gracia la observación. Lo había intuido, y lo comprobé con el tiempo: a la buena de doña Rosa, lo mismo que a Encarna, la ceguera les acecha solo cuando les conviene. Claudiqué y cerré la puerta tras verla dirigirse a la cocina. Como Pedro por su casa; de hecho, conocía el piso mucho mejor que yo. Me puse a toda prisa un jersey y un pantalón sobre el pijama, que está bastante usado y la zona de la bragueta se abre, y la esperé de pie en el salón.

Volvió de la cocina casi con más decisión de la que había exhibido al entrar y, sin preguntar, se sentó en el sofá. Y o permanecí donde estaba, para no darle pie a que se instalara.

Se me quedó mirando, como esperando algo. Pero yo estaba espeso y cansado y

no lo comprendí. Le dije lo primero que me vino a la cabeza.

—Muchas gracias por todo. Pero no se moleste por mí…

Fingió que no me había oído, sorda y ciega, y me espetó:

—¡Siéntese, hombre! No sea tan formal, solo soy la portera… Por cierto, ¿me equivoco o ha comido pescado? Huele a salmón. ¡Hace años que no lo tomo! Es carísimo… Con el tufillo, se me ha hecho la boca agua. Todavía estoy sin cenar.

—He cocinado para dos días. Si quiere, le doy el trozo que sobra y se lo baja.

—Podría tomarlo aquí si le parece bien —susurró—. Y de paso le cuento más detalles sobre su predecesor. Encarna presume de conocerlo bien y de ser la única que posee información de esa que llaman «sensible», pero se equivoca: yo sé cosas que ella no sabe. Por ejemplo, que el profesor Múgica era de buena familia…

A aquellas alturas, me había dado por vencido.

—¡Buena idea! Póngase cómoda, voy a calentar el salmón.

Aquella noche, entre bostezo y bostezo, cigarrillo y cigarrillo (creo que se fumó seis), me enteré de la procedencia del profesor Múgica.

—… Aunque le parezca extraño, le aseguro que es totalmente cierto. Vamos, que lo sé de buena tinta: el profesor proviene de una buena familia. De la burguesía catalana, que es más o menos como decir de la alta sociedad, pero a lo catalán, ¿me comprende?

Volví a emplear mi truco. A saber por dónde iba aquella mujer. —Burguesía catalana…

—Sí, el padre de Múgica pertenecía a esta gente. Se casó con su madre porque era hija de otro empresario y así unían los patrimonios y se hacían fuertes. Según me han contado, a su padre, que le llamaban don Sixto, y que llegó a ser teniente de alcalde, se le respetaba mucho en Barcelona porque había expandido sus negocios por medio mundo… Era un hombre que atendía a su familia como debía. Vamos, que su esposa tenía buenas pieles, joyas, veraneos en la costa, y su hijo estudió en los mejores colegios… Pero, al mismo tiempo, mantenía a una amante oficial, una cabaretera muy guapa, a quien medio Barcelona había visto las piernas y mucho más que eso, y a sus tres vástagos: dos procedentes del semen de don Sixto; otro previo. También se le conocían otras aventuras esporádicas. La madre mantuvo el tipo mientras pudo, pero luego, en fin…, supongo que el dolor o la vergüenza le pasaron factura. ¡Pobrecilla, tener que aguantar esa soledad!

—¿Quiere decir que murió?

—Sobredosis de somníferos, eso me han dicho. Para tapar el escándalo, el médico de la familia lo hizo pasar por un infarto, un derrame o algo así. Múgica era muy joven, pero se enteró de todo. Pidió una beca a no sé qué institución y como era un cerebrito se la dieron. Se marchó a América y se quedó mucho tiempo allí… Por cierto, es el mejor salmón que he comido en años.

—Apostaría que es el único salmón que ha comido en años, doña Rosa. No tiene usted criterio para juzgar.

Se puso en pie y, tras dejar el plato en la cocina, echó a andar hacia la puerta.

—Bueno, un placer hablar con usted, Gerardo. Gracias por todo. Ha sido muy amable.

Y a estaba abriendo la puerta metálica del ascensor cuando caí en la cuenta del detalle y la detuve.

—Perdone, doña Rosa, me surge una duda: ¿cómo es posible que Múgica viviera en estas condiciones, siendo de buena familia y habiéndose doctorado en Norteamérica? No tiene sentido.

—Eso no lo sé, Gerardo. Pero tiene razón, como todo lo que rodeaba al profesor, es bastante raro…

14

«Extenuación». Esa es la palabra que mejor define el estado en el que quedó mi mente tras ser sometida a la inmisericorde verborrea de doña Rosa. Sin embargo, no lo dudé un segundo. Nada más cerrar la puerta, corrí en busca del cuaderno de Ruth y me metí con él en la cama, bien abrigado con la colcha. La mezcla de un tipo oscuro como Pilatos, una judía perpleja y un astrofísico de buena familia que mea fuera del tiesto resultaba sobradamente fascinante para no dar cancha al cansancio. Y, por encima de eso, estaban los hechos. Quería enterarme de cómo resolvía la escritora la desaparición de esa ristra de bueyes delante de las narices de toda una cohorte romana. Quién, pero sobre todo cómo. Porque aquella evaporación era digna del mismísimo Houdini.

Como creo haber dicho, al cuaderno le habían arrancado varias páginas, pero pensé que era posible que examinando las siguientes me enterara de lo ocurrido. Me arropé con la colcha, abrí el cuaderno y continué leyendo.

Con el hallazgo quemándome bajo el brazo, volví a Roma. Terminé lo más rápido que pude la primera fase del proceso de catalogación de la biblioteca e informé a míster Drews que debía ausentarme un par de semanas. «Una cuestión personal: unos problemas con la herencia de mi padre», le aseguré. A aquellas alturas, le había proporcionado un facsímil único, veinte primeras ediciones, tres incunables y un largo etcétera, tantas alegrías que no protestó. Cogí el primer pasaje barato que pude conseguir y volé a España. Concretamente, a Madrid.

Te preguntarás por qué Madrid. En estas semanas he llegado a coger cariño a esta ciudad, a su magia desordenada, a su cocina, al sol y a la gente que pasea por las calles y al arte que esconde cada esquina, pero entonces no tenía ningún afecto especial por ella. En realidad, era mi primera visita al país y no se trataba de un viaje turístico; ni la perspectiva de una buena paella ni la visita obligada al Museo del Prado condicionaron la elección. Fueron dos nombres, el de dos hombres pintorescos —un físico y un metafísico— a quienes conocí tiempo atrás en casa de mi padre, los que me trajeron hasta aquí. De ellos esperaba obtener respuestas para la pregunta que martilleaba mi cerebro. Porque, cuando quise darme cuenta, era tarde: la sutil insinuación de las Acta Pilati se había apoderado de mí.

El primero de esos hombres, Lalo Múgica, un experto mundial en agujeros de gusano, fue colega y amigo de mi padre. De él esperaba recabar respuestas sobre ese extraño cruce entre épocas. El segundo asistió en bastantes ocasiones a las tertulias que organizaba mi padre, pero entonces no era sacerdote, ni, que yo supiera, católico. Se dedicaba a la psicología y colaboraba con algún organismo gubernamental en la elaboración de perfiles criminales. Coincidí con él en un congreso y me contó el cambio: se había ordenado y se dedicaba a la escatología. No sabía si podía fiarme de él, pero no conocía a nadie más que pudiera hablarme del cielo y de lo que podía encontrarse allí.

Sé que parece una locura, pero el tiempo ha demostrado que, a veces, son las chifladuras y los absurdos los que te acercan a la verdad. Además, a mí no me sonaba tan extraño. A causa de la especialidad de mi padre, he compartido infancia y juventud con la física cuántica. Ni siquiera comprendo la teoría de la relatividad, pero sé suficiente para afirmar que, pese a ignorarlo, Pilatos estaba describiendo la apertura de un puente entre dos regiones del espacio-tiempo. Algo impensable en la época del gran Imperio romano, pero de lo que David y sus amigos hablaban con asiduidad.

Desde que tengo memoria, y creo que se remonta a los tres o cuatro años, los sábados por la tarde, mi padre organizaba una tertulia en casa, con otros colegas del claustro. Solía extenderse hasta bien entrada la noche y muchas veces hasta la madrugada. Acudían físicos, matemáticos, filósofos, astrónomos y otros cerebritos que no dudaban en vaciarnos la despensa y la bodega mientras discutían sobre los asuntos más peregrinos. A veces, me desvelaba y acudía al salón. Mi padre me sentaba en su regazo, al calor del fuego procedente de la chimenea, y terminaba durmiéndome en sus brazos, mecida por aquellas complicadas pero seductoras palabras: «materia exótica, gargantas, agujeros de gusanos, cuerdas, universos elegantes…». Porque a ninguno de los tertulianos les interesaba especialmente la política, el fútbol o la guerra. Lo que tenían en común era el hechizo del cosmos, en el más amplio sentido de la palabra.

Una de sus discusiones preferidas era el tiempo, la más extraña variable que conozco. No les importaba tanto la posible existencia de puentes con momentos futuros (algo que todos daban por supuesto) cuanto las dificultades que provocarían las rasgaduras en el espacio-tiempo. Recuerdo que por ellas llegué a poner mote a uno de aquellos visitantes, un hombre joven y muy delgado, profesor en Boston University, que se ataba los pantalones con un cordel y que llevaba unas gafas redondas con un cristal gordísimo, al que bauticé como «míster Inestable», porque invariablemente, antes de marcharse, sentenciaba: «Si se pudiera, cosa que no creo posible, la boca del puente sería altamente inestable».

Lo curioso de todo aquello, ahora que lo veo con perspectiva, es que discutían sobre cómo transportar un protón en el tiempo e imponerle *a priori* el lugar y el momento de su emergencia, mientras que las Acta de Pilatos hablaban de un peso ingente y en movimiento. No digo que todos los problemas se hubieran solucionado: los animales encontrados en Jerusalén habían muerto durante el viaje, pero no se habían convertido en picadillo ni se habían desintegrado, como pronosticaba míster Inestable…

De acuerdo, sé cómo suena esto: absurdo.

Ciertamente, nadie ha regresado del cielo para contarnos qué desayuna el padre Abraham; ni tampoco lo han hecho del espacio, tras vencer a la velocidad de la luz. Sin embargo, mi cabeza no estaba dispuesta a considerar la opción que restaba, la que me había ofrecido el rabino: un cuerpo muerto, lleno de gusanos, que convertía en

impuro todo lo que tocaba y que, si se enfadaba, podía perseguirme hasta hacerme la vida imposible. No, mi padre no era un espíritu vengativo, ni un cuerpo maloliente. Seguía siendo mi padre, y debía encontrarle.

Por lo que a mí respecta, viajar en el tiempo me traía sin cuidado. Lo que deseaba era alcanzar esa otra dimensión, la región donde estuviera mi padre. Y lo que ofrecía Pilatos era una vía. Repito lo dicho: sé que suena a paradoja mental, a absurdo entre los absurdos. Pero por estólido que parezca, estaba en sintonía con lo que sostenían mi padre y sus amigos superdotados. Si esa puerta existía, si la muerte de Yoshúa de Nazaret la había abierto, tenía que encontrarla, buscar cómo atravesarla y reunirme con mi padre. Claro que quedaba un pequeño escollo, pues los animales llegaron muertos… En fin, un riesgo que correr, aunque no absoluto. Los cristianos sitúan a dos personas de carne y hueso en el más allá, esté donde esté: Jesús de Nazaret y su madre. Y nosotros, los judíos, afirmamos que Elías fue arrebatado a los cielos en un carro de fuego, con el «cuerpo puesto».

Dejando aparte las especulaciones, estaba claro que con lo descrito por Pilatos no tenía datos suficientes para encontrar esa puerta y traspasarla, por eso fui en busca de esos dos hombres…

En ese preciso instante, comprendí el argumento de la novela y los porqués de esa machacona insistencia en la puerta del cielo. Hasta ese momento, todo me parecía confuso; demasiada ciencia ficción y poca lógica. Si lo que Pilatos describía podía entenderse como una especie de máquina del tiempo, lo natural hubiera sido viajar hacia el pasado y detenerse unos días antes de la muerte de David Kaufmann. Obligándole a acudir a la consulta de un cardiólogo, todo se hubiera solucionado: un par de stents, un marcapasos, y como nuevo. En vez de eso, Ruth decidía buscar esa puerta y traspasarla para encontrarse con su padre en otra dimensión.

¿Por qué otra dimensión?, ¿de qué manga se la sacaba? Estaba a punto de desechar el cuaderno y recuperar el oboe cuando lo entendí… Lo cierto es que la escritora había sido muy hábil. Lo insinuaba, se entreveía, pero no lo mostraba del todo, dejando al lector que terminara de dibujar el escenario. Y resultaba bastante consistente, salvo por el hecho de que Ruth era judía, y muchos judíos no creen en la divinidad de Jesucristo; algunos ni siquiera apuestan por la inmortalidad del alma.

Pero en fin, el argumento, tal como yo lo entendí, era el siguiente: la resurrección de Jesucristo había provocado un terremoto visible y otro, mucho más potente, invisible, que había abierto las puertas del cielo. Por ellas salieron las almas de los justos que se aparecieron a sus familiares. Por ellas entró Jesucristo. Y por ellas quería irrumpir Ruth. Ese era el motivo por el que, en lo escrito, separaba el siroco (ocurrido en el momento de la muerte de Jesucristo) y el terremoto (ocurrido durante la resurrección). Y también por ello mencionaba el tema del sudario. En el relato Pilatos aseguraba que en el interior de la tumba del ajusticiado de Nazaret habían encontrado la mortaja doblada.

Ese detalle llamó mi atención. Consulté los Evangelios y decían lo mismo: la

mortaja apareció doblada. Parecía un contrasentido. De haber robado el cuerpo sus discípulos, no hubieran perdido el tiempo doblando sábanas usadas, se lo hubieran llevado tal cual, embalsamado como estaba. De haberlo hecho sus enemigos, no se habrían tomado la molestia. Muchas hipótesis quedaban abiertas, pero una de ellas era, desde luego, que fuera Jesucristo mismo el que, tras resucitar, hubiera dejado las cosas en orden. Eso demostraría que estaba vivo y que, superada la barrera de la muerte, hubiera abierto el gran sello: las puertas que conducirían al cielo.

Me di cuenta de que empezaba a desbarrar. Y decidí olvidarme de mi sesgada imaginación y seguir leyendo.

No sé bien lo que estoy diciendo. Tengo los nervios a flor de piel. Creo que me he perdido en la maraña de recuerdos. Vuelvo al principio, al documento en cuestión. Si había de creer lo relatado por Pilatos, un texto cuya autenticidad acababa de verificar un laboratorio experimentado, tras un terremoto (o lo que fuera que significara el estremecimiento de la tierra) habían desaparecido unos animales y aparecido otros.

Mirando los dibujos del amanuense, no cabía lugar para la duda: las bestias no eran monstruos mitológicos, salidos del interior de la tierra, sino canguros. Y lo que marcaba sus orejas no eran adornos ceremoniales, sino crotales con códigos de barras. Dicho de modo telegráfico: lo que separaba ambos tipos de animales eran tanto miles de kilómetros como miles de años. Bueyes judíos del siglo primero de la era cristiana habían sido suplantados por canguros australianos de un periodo histórico muy posterior: finales del siglo XX o principios del XXI. Miles de kilómetros y miles de años en un instante, y todo coincidiendo con la muerte de Yoshúa de Nazaret, conocido como Jesucristo…

—¿Canguros? ¡Eso sí que no! Á puta merda!

Me levanté de la cama convertido en un basilisco. La sangre me ardía en las venas. Fui a la habitación pequeña, arrojé el cuaderno sobre el catre y cerré de un portazo que escuchó hasta la portera. Calenté un vaso de leche con cacao, me lo tomé con una pastilla para dormir y me metí en la cama dispuesto a frenar el torbellino de recuerdos que golpeaba mi memoria. Pero, como solía decir mi madre: «Con augas revoltas non vaias pescar que perdes o tempo».

15

Salvo en fotografías, nunca he visto un canguro. He leído que son pacíficos si no te metes con ellos y que se alimentan fundamentalmente de pastos verdes. Pero eso a mí me da lo mismo: cuando escucho ese nombre, el miedo me llena el cuerpo y el frágil hilo del que pende mi serenidad se quiebra.

Hay gente que teme a la oscuridad o que le horripilan las arañas. Los hay que sudan ante las alturas o no se acercan a los gatos negros. Es lo que tienen las fobias, son tan caprichosas como irracionales. Una mujer de sesenta kilos es mil doscientas veces mayor que el ratoncillo que se coló en su cocina, pero es ella la que se sube a la silla y grita despavorida.

Supongo que esos estúpidos temores serán secuela de algún trauma infantil, de una película especialmente realista o de algún complejo asunto relacionado con el cerebro. Poco importa el detonante; las fobias son fobias. La memoria se paraliza y el entendimiento se congela. Pierdes el sentido de la mesura y, pase lo que pase, sales corriendo.

A mí me causan fobia los canguros. En cuanto oigo mencionarlos, me deshago. Mis intentos de recomponerme no suelen dar muchos frutos. De hecho, la única manera que conozco de recuperar el sentido común es olvidarlos, concentrándome en otra cosa. Aquel día, sin embargo, no pude hacerlo porque, de pronto, se me metió en la cabeza que la tal Ruth había descrito canguros a propósito. Para una traslación espacio-tiempo, había mil y una posibilidades de elección. Le hubiera servido una pareja de búfalos; unos koalas, con lo monísimos que son; o unos enormes osos panda. Pero no. Tenían que ser canguros. Eso me daba muy mala espina. Aunque, claro, ella no tenía por qué saberlo.

De hecho, no lo sabe nadie.

La persona que me habló de los canguros inoculándome el miedo en el mismísimo sistema nervioso murió hace veinte años y yo no lo he compartido con nadie. Pensaba que estaba medio inmunizado; que, oculto bajo mil capas, el recuerdo estaba a punto de expirar cuando me topé con ese maldito cuaderno. Y todo volvió a empezar.

¡Menuda mierda!

Y encima, ¡maldita la gracia que me hace!, me veo en la obligación de dar explicaciones. Porque mi antagonismo con los canguros no es puramente irracional. En ese caso, no tendría que justificarme.

Nuestra desafección es algo más compleja. Es como una de esas heridas cuyo dolor retorna de cuando en cuando, y cada vez atormenta más.

Mi madre guardaba un botiquín en su dormitorio, una caja blanca, de plástico, con el emblema de una mutua, cuyo nombre he olvidado. De ordinario, estaba medio vacío, porque usábamos las pócimas y pomadas que confeccionaba mi tía Ermita, pero lo que nunca faltaba era un bote de agua oxigenada, un paquete de algodón y un

frasquito de Mercromina: el antiséptico más usado en aquellos años en España. La Mercromina debía de ser buena en lo suyo, pero era la mar de aparatosa. Su color rojo teñía la piel y tardaba en quitarse, lo que permitía exhibir durante días las heridas de guerra. Lo malo es que, si no tenías cuidado, lo ponías todo perdido.

No es que yo me metiera en demasiados líos. Solía llevar a casa las magulladuras que un crío normal de nueve o diez años cosecha en el patio de la escuela, jugando al futbol o peleándose con los colegas. La mayoría de las rozaduras se arreglaban solas, con agua y jabón Lagarto, que según mi madre era el mejor del mundo. Pero, a veces, la cosa iba a mayores y mis heridas requerían visitar el botiquín.

Eso solía ocurrir los fines de semana. Los sábados por la tarde y los domingos por la mañana cogíamos las bicis y nos íbamos al bosque a cazar pájaros con el tirachinas; o al río a pegar pedradas a las ratas, gordas y negras como el miedo. De cuando en cuando, con sogas improvisadas, nos descolgábamos por la boca de las cuevas cercanas, donde se criaban champiñones y, a veces, el tabaco de contrabando. Como resbalaras, la soga te dejaba tales quemaduras en las manos que no podías disimularlas, y al llegar a casa te esperaba un buen zapatillazo. Otras veces, saltábamos las tapias de los huertos e íbamos a por manzanas o la emprendíamos con las pobres gallinas. Pero nuestro pasatiempo preferido eran los hormigueros… Si nos habíamos hecho con una botella de plástico y lográbamos birlar un mechero, teníamos la batalla asegurada. Sujetábamos la botella con un palo y le prendíamos fuego. El plástico se deshacía poco a poco convertido en bolitas ardientes, que empleábamos a modo de bombas teledirigidas sobre la colección de hacendosas hormigas que salían del agujero. Las pobres bichas corrían despavoridas. Recuerdo que emitían un extraño crujido cuando se deshacían… Y también recuerdo que nosotros chillábamos como cerdos en día de matanza cuando una de esas bombas nos caía por error sobre la piel. Dolía tanto que no me explico por qué los chinos no han usado el método en sus tremendas torturas chinas. Dejaban una marca imposible de borrar y siempre conllevaban el escozor del agua oxigenada, convertida en una nube efervescente, y la Mercromina.

Me encantaba el color rojo de la Mercromina. Para cuando me la ponían, el dolor primigenio casi había desaparecido y solo quedaban las cicatrices. Cicatrices rojas, heridas de guerra, medallas…

«Aquí viene Frankenstein», bromeaba mi tía Ermita cuando me veía aparecer. Una exageración, por supuesto: estoy cosido más o menos como cualquier niño cuya infancia ha discurrido en un pueblo. Aun así, todavía recuerdo cómo me hice las heridas principales: las que requirieron puntos y las que necesitaron del botiquín de mi madre; las de las bombas caseras y las de las sogas. Sin embargo, a la larga, ese tipo de cicatrices no duelen. Las heridas que se ven son tan evidentes como fugaces. Dejan su furia en la piel y, luego, se esfuman para siempre.

Luego están las que no se ven. Las que se abren paso en las noches oscuras, las que no se pueden esquivar con un par de puntos o con un algodón pintado de rojo.

Esas se meten tan dentro que no salen. Y crían y crían dolores.

Si aquella noche, en el ático, no pude dormir fue por una de esas heridas invisibles. Conforme los minutos corrían, más y más me convencía de que las olvidadas profecías iban por fin a cumplirse.

Que emplee la palabra «profecía» puede resultar fuerte para el oído. En efecto, es una palabra imponente —terrible, incluso— que utilizo con pleno conocimiento de causa. Profeta es el que genera predicciones en virtud de algún don sobrenatural, y profecía es la predicción generada. Yo, que dispongo de ese don sumamente desagradable solo un poquito por encima del resto de los mortales, poseo una profecía en propiedad. Una que, obviamente, he tratado de enterrar, pero que, como ocurre con los naufragios, resurge de cuando en cuando.

Nada de lo que digo parece tener sentido, lo sé. Y es que tal y como lo he expuesto no lo tiene. A este puzle le falta una pieza. Y, aunque me repatea hablar de ello, para ser justo, tengo que explicarme. No estoy seguro de saber hacerlo con suficiente claridad, pero lo intentaré.

En Ribadeo, tuve un buen profesor de Ciencias Naturales, un simpático hombrecillo que repartía sus amores entre el comunismo militante y el empirismo radical.

—No creas nada que no puedas tocar —solía decirme, en los paseos hacia mi casa, después de la escuela.

—Pero hay muchas cosas que no vemos y existen, como el amor —le decía yo con picardía.

—Eso puede explicarse con reacciones químicas, Gerardo, aunque eres un poco pequeño para comprenderlo —replicaba inalterable.

Me acompañaba a menudo no porque yo fuera un alumno brillante o el pedigrí de mi familia lo mereciera, que no era el caso. Si me escoltaba, ayudándome a cargar incluso con los libros y la pesada cartera, era porque estaba perdidamente enamorado de mi tía Ermita y algo le hacía pensar que aquellas reacciones químicas que yo, por mi corta edad, no alcanzaba a entender, discurrirían de modo más fluido si camelaba a su sobrino. A simple vista, mi tía Ermita no parecía corresponderle, pero yo me fijé en que, cuando venía, no echaba sal en las cerdas de la escoba panza arriba, que era lo que hacía con otros pretendientes (por cierto, que el remedio le funcionaba la mar de bien. Yo lo he intentado con doña Encarna y con doña Rosa, sin éxito).

Cuando le ponía otros ejemplos, don Roque, que así se llamaba mi profesor, meneaba maquinalmente la cabeza y cambiaba de conversación, de modo que el resto de las preguntas moría en mi boca y quedaba sin respuesta. Porque ambos éramos gallegos. Habíamos mamado la bruma, las hojas de eucalipto y la luna llena hasta ser conscientes de que, las más de las veces, en nuestra tierra, lo intangible resultaba muchísimo más real que lo palpable, lo visible y hasta que el queso de tetilla. Ambos estábamos familiarizados con todas esas fuerzas telúricas, tan difíciles de explicar, y con las que no venían de la tierra, sino de los cielos, estuvieran estos donde

estuvieran y nos pusiésemos o no de acuerdo sobre quién los gobernaba.

Como creo haber dicho, mi tía era tildada de «bruja» por alguna gente ignorante procedente de los pueblos cercanos. Eso no ocurría en el nuestro. En Ribadeo, y se repitió luego en Lugo, se la trataba con distanciamiento pero con deferencia. Quien más quien menos venía a comprar alguna de sus pomadas, pócimas o ungüentos. Respecto a lo demás…, en fin, a mí me mandaban a la cama.

Reconozco que, aunque contaba con una madre (una bendita mujer que cumplía con todas las obligaciones que se supone deben asumir las madres, y que hacia la mejor tortilla de patata de Lugo y provincia), a mi quien me crio fue mi tía. De haber nacido niña, hubiera sido, sin duda, su sucesora en el negocio, un establecimiento inexistente que, sin tener objeto social, pagar impuestos o hacer publicidad —la discreción era una de sus virtudes—, daba suficiente para vivir los tres sin estrechuras. Pero nací varón. Y eso la frenó, creo que para mí desgracia. Me hablaba mucho, pero no me enseñaba nada; me llevaba a muchos sitios, pero me obligaba a quedarme en la puerta. De hecho, cuando tenía alguna aprendiza, parecía olvidarse de mí y dejaba de prestarme atención.

Diez años más joven que mi madre y mucho más guapa, enfermó de repente, se negó a ir al hospital, empezó a consumirse y murió en poco más de tres meses, sin haber tenido ocasión de decir a don Roque que le correspondía.

A mí sí tuvo tiempo de decirme algo.

Mi profecía.

Era un día frío y ventoso, entoldado. Gallego, para que se me entienda. Regresaba del colegio y me pasé por su habitación para ver cómo se encontraba. Don Roque no me acompañó en aquella ocasión. La encontré muy pálida y casi sin aliento. Su gesto se alegró al notar mi presencia. Me hizo sentarme a su lado y me sujetó las manos. Las suyas eran ya un saco de huesos.

—Tengo que hablar contigo antes de que sea tarde —susurró.

Su voz rebosaba ternura, pero su semblante era serio y el tono empleado lo suficientemente solemne para que fuera consciente de que iba a contarme algo importante. Pensé en la receta secreta de alguna pócima y rogué para que fuera una que me permitiera crecer al menos diez centímetros, ya que era el más bajito de la clase, por lo que me ganaba todos los sopapos habidos y por haber. Pero no, nada de pócimas, sino una advertencia. Me avisó de algo que habría de ocurrirme en el futuro.

Era la primera ocasión en que lo hacía. Como yo sabía que poseía ese don, le había pedido varías veces que me ayudara, pero jamás lo había hecho. «Solo se vive el presente, filliño, el futuro no interesa», repetía. Sin embargo, aquel día, *in extremis*, cambió de opinión y me informó de que, sobre mí, se cernía algo tan fuera de lo común, tan peligroso, que merecía su advertencia.

Fue parca y poco precisa. Pero, como manejaba sus silencios mejor que sus palabras, aguardé. Estaba pendiente de sus labios, esperando ser capaz de interpretar el mensaje, cuando empezó a vomitar. Luego, vomité yo. Porque lo que salía de su

boca no era otra cosa que heces de olor nauseabundo. Tengo que confesar que, al principio, lo tomé como una maldición, un pago por sus múltiples pecados contra la fe del nuevo señor cura. Pero luego me enteré de que don Roque estaba en lo cierto y había una explicación más racional. Se trataba de un tumor que le obstruía por completo el intestino. A falta de salida natural, los deshechos del cuerpo optaron por aflorar por donde buenamente pudieron.

Estoy seguro de que, acudiendo al médico, habría vivido mucho más. Pero no quiso. Quizás influyó el hecho de que don Bernardo, el médico del pueblo, la miraba de soslayo. Y, sin más, se fue. Murió aquella misma semana, sin poder completar su advertencia, de la cual solo tuve acceso a tres pequeños detalles: el primero, que lo que tuviera que ocurrir sucedería en una capital muy grande y sin mar; el segundo, que me daría la felicidad si sabía manejarlo bien, o me hundiría en la desgracia de no hacerlo, porque junto a mí tendría un «ángel y un demonio»; el tercero, que no me acercara a los canguros…

¿Nada más? Nada más. Habían pasado más de quince años desde aquello… Pero mi subconsciente ató cabos, porque doña Encarna tenía razón: Madrid no tenía mar. Y aquellas bestias, según el cuaderno de Ruth, eran marsupiales de la cabeza a los pies. Esas eran las únicas coincidencias. Y, no obstante, al despertarme, bañado en sudor y el corazón machacándome el pecho, de lo primero que me acordé fue de mi tía Ermita y de su maldita profecía.

En fin, que siendo partidario del empirismo de don Roque, sé que hay muchas cosas que mis ojos no ven, pero que mis «otras» antenas perciben casi mejor que si las viera. No se trata de que la ficción suplante a la realidad. Tampoco de que, a lo inventado o soñado, se le otorgue estatuto de hecho. Pero creo que toda profecía que se precie tiene raíz verdadera. He espiado incontables veces detrás de la puerta de mi tía. La he oído hablar sola en muchas ocasiones. Y, en un par de ellas, mis propios oídos han escuchado respuesta: empirismo del más puro.

Tía Ermita nunca negó mantener buenas y fluidas relaciones con algunos ángeles. Tampoco desmintió temer a ciertos demonios, especialmente a uno, al que llamaba Deón, que parecía atormentarla de tal modo que nunca llegó a perderle el miedo. Y yo siempre la creí. Incluso a este último llegué a escucharlo una vez. Su voz era…, no sé cómo expresarlo, inhumana. Respecto al cura, pues como todo. La persona y no el cargo es lo que importa.

El párroco de nuestro barrio era un venerable anciano cuya madre tuvo la mala leche de bautizarle con el nombre de Canuto, cosa que a la chavalería nos divertía especialmente. «Don Canuto, ¿quiere usted un canuto?», le cantábamos ocultos tras el muro de la iglesia. Él, lejos de enfadarse, se reía con nosotros y, a veces, cuando hacía mucho frío, nos permitía echar un traguito de la botella de vino dulce que usaba para consagrar.

Don Canuto cultivaba un pequeño huerto tras la iglesia —romero, perejil, tomillo… y también cicuta, solano, mandrágora o beleño— y compartía semillas y

conocimientos con mi tía sin ningún pudor. Por aquel entonces, ella acudía a la iglesia cuando no había nadie y mantenía largas charlas con el sacerdote, que la tenía por sabía, la más alta de las categorías entre las meigas buenas.

Pero el señor obispo tuvo a bien nombrar a don Canuto canónigo de la catedral de Lugo, y envió para sustituirle a un jovencillo con alma de inquisidor. Su primer sermón versó sobre la lucha contra la superstición y la brujería, y, si bien no mencionó directamente a mi tía, el negocio cayó en picado. Su siguiente medida fue destrozar el huerto de su antecesor, con gran contento del médico del pueblo. Tía Ermita no volvió a la iglesia. Y de no haber llamado a don Canuto cuando enfermó, no se hubiera puesto a bien con Dios.

Ella llegó a tiempo, pero yo me perdí para siempre. Aquel segundo cura de nombre vulgar —don Antonio— me arrancó la poca fe que me quedaba. Me arrimé definitivamente a don Roque, y aquí estoy, impío, pero creyendo en las meigas y en los ángeles. Y en esa maldita profecía…, y echando a correr cada vez que alguien menciona un canguro.

16

En algún momento indefinido de la noche debí de quedarme dormido. Sí soñé con marsupiales o con generales romanos no puedo precisarlo, lo que sí recuerdo es cómo me dolía el costado derecho cuando desperté.

El malestar me hizo abrir bruscamente los ojos. La habitación estaba en penumbra, de modo que, con cierta prevención, me tanteé la zona. Nunca he padecido cólicos, lumbalgias o cosas por el estilo.

Achaqué el dolor a la picadura de un bicho perteneciente a la fauna, amplia, del ático. Pero lo que rozaron mis dedos me dejó de piedra; tenía el Moleskine clavado en las costillas.

Encendí a toda prisa la luz. Y comprobé en vivo y en directo que, en efecto, el cuaderno estaba allí. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Porque, si cerraba los ojos, podía verme yendo a la habitación pequeña y tirándolo sobre la cama, para salir luego dando un portazo. Sí, aún podía escuchar el contundente golpe. No tenía sentido. Los cuadernos no vuelan, ni abren puertas, ni se meten como putas en la cama de la gente.

Bajé a toda prisa del lecho y, mientras me daba friegas en el costado y calibraba los hechos, logré encontrar un amago de explicación: a veces, piensas que vas a hacer algo y crees que ya lo has hecho, pero no. Podría tratarse de algo así. Esas cosas pasan cuando se tiene sueño.

«Vale, aceptemos pulpo como animal de compañía. Pero una y no más, porque ahora estoy completamente despierto».

Lo cogí por una esquina y lo llevé de vuelta al sitio donde lo había encontrado. Para más seguridad, puse la cajonera de cara a la pared, y arrastré la cama hasta cerrarle el paso, de forma que no pudiese abrirse. Luego, regresé a mis feudos.

«No te sugestiones, Gerardo», me dije tratando de convencerme.

Como no lo lograba y empezaba a acelerárseme el corazón, me metí en la ducha y consumí de una tacada la dosis de una semana (gracias al cielo, pese a ser un ático, el agua sale muy caliente). Luego, me preparé un café, y volví a meterme en la cama. Era miércoles.

Me gustaría pasar a la historia como el hombre que fue miércoles: es el único día de la semana en el que no tengo que poner mi huella en ningún sitio. La mañana está vacía y el curso de por la tarde, como es bueno, es de asistencia voluntaria. Nunca me lo pierdo; primero, porque versa sobre literatura hispanoamericana que me encanta, y segundo, porque se imparte nada menos que en Casa de América, un lugar que merece la pena visitar.

Pero, como digo, eso ocupa las tardes. Las mañanas son para mí. Me levanto y desayuno con calma, a mí aire, sin prisa, como si fuera rico… Esa sensación de libertad me rejuvenece. Y aunque suelo ir un rato a la Sala Cervantes de la Biblioteca Nacional, porque, en razón de la beca, debo hacer un estudio comparando la escritura del de Lepanto con la de Shakespeare, lo más importante del día es mi café.

Un café. Pero no un simple café: el café de los miércoles.

A escasos doscientos metros de la Biblioteca Nacional, se alza el Gran Meliá, un hotel de un preciosismo barroco que tiene una cafetería con terraza mirando a la plaza de Colón. Se trata de un lugar donde pagar duele tanto como ir al dentista, pero cuyo ambiente proporciona una experiencia única. Suelo sentarme en una de las butacas que rodea la chimenea, mirando hacia el exterior, y pido un café solo, que trae el cumplidisimo camarero, junto a una selección de azúcares de todos los colores y un par de pastitas minúsculas. Rodeado de maderas nobles, alfombras mullidas y hasta de un en01me sillón morado en forma de trono psicodélico, me siento como un señor, con tiempo y dinero sobrantes. Y allí sentado, paso un buen rato imaginando qué hubiera podido llegar a ser mi vida. Me veo como el descendiente de un zar de Rusia, que se gana la vida traficando con iconos y otras valiosas antigüedades. O como un próspero comunista chino, forrado hasta las cejas de cochinos dólares capitalistas, que busca un edificio emblemático en venta. O como un bohemio cineasta retirado, enamorado de la luz española.

Aquel miércoles, me salté la visita a la sabia biblioteca y me quedé en la cama, hasta las once, leyendo por simple placer. Y aunque echaba de cuando en cuando un ojo a mi alrededor por si el cuaderno volvía, disfruté. La sesión de la tarde versaba sobre la poesía de José Carlos Becerra, un joven poeta mexicano fallecido en un accidente de coche. Yo soy más hombre de prosa que de poesía: de bacalao y lacón con grelos que de delicatesen. Pero había leído alguna cosilla del mexicano y me apetecía sentir sus versos cerca. Por eso, había sacado en préstamo uno de sus poemarios y me dediqué a leerlo.

Me gustó tanto que, cuando me levanté, decidí llevarlo conmigo. Era miércoles e iba a celebrarlo por todo lo alto, tanto como lo que permitiera el billete azul de veinte euros que había metido en la cartera; tenía que estirarlo para que alcanzara a pagar el café, el almuerzo y la cuenta del supermercado.

Provisto de cazadora y paraguas, ya que hacía fresco y amenazaba lluvia, salí a pasear por Madrid. Más tarde, confesaría a Noa (un poco de paciencia, llegará el momento de hablar de ella) que fue en aquel paseo cuando tomé la decisión que cambiaría mi vida: quedarme para siempre en Madrid.

En las ciudades pequeñas se hacen rodar miles de rumores sobre las grandes urbes: la inseguridad, la contaminación, el ruido, la inhumanidad («incluso te mueres y nadie se entera», dicen). Supongo que, con todo ello, los Gobiernos intentan evitar que la gente se fugue y deje desérticas las provincias. No dejan de tener algo de razón. Por ejemplo, en Madrid no se oyen pájaros y hay coches por todas partes. El aire huele a queroseno y no se ven gallinas picoteando el camino, ni vacas pidiendo a mugido limpio un ordeñe por caridad. Se encuentran manos tendidas y chavalillos sucios amantes de lo ajeno por obligación. Del suelo nacen papeles y el cielo produce humo gris. Ni sonríes ni te sonríen. Y, además, si vives lejos, te pasas una hora en el metro o en el cercanías.

Pero, con todo y con eso, a la altura de la gasolinera de Goya, esquina Velázquez, me dije que nada de lo citado tenía importancia para mí. Desde que había pisado ese magnífico ático, me sentía otra persona. Y el cambio, tan inesperado como implacable, iba profundizándose hasta convertirse en una necesidad de mi espíritu. Era como si la vida me tendiera la mano, sin yo merecerlo. Como si me ofreciera un tazón lleno de ambrosías, dulce néctar reservado a los dioses, y me pidiera que decidiese si deseaba o no beberlo.

En Madrid.

Treinta y tres años de pacifica vida, sin grandes dolores ni grandes alegrías, en una cómoda grisura pueblerina: esa había sido mi vida. Una vida que sabía a poco, pero que no estaba nada mal. Sin embargo, habían sido suficientes dos días para que me azuzara una extraña prisa por «reconstruirme» y volver a empezar. Mi madre y mi tía Ermita estaban bajo tierra. Salvo un piso, relativamente céntrico, relativamente espacioso, que siempre podía ponerse en venta, nada me ataba a Lugo. Ni siquiera mi trabajo, una ocupación que no me llenaba.

Por eso y por mucho más, en aquel paseo decidí que me quedaría en Madrid, pasara lo que pasara. Y nada más tomada la decisión, noté cómo se me henchía el corazón en el pecho. De estar en la cima de una montaña a dos mil metros de altitud respirando un aura purísima, no me hubiera sentido mejor.

Estaba plenamente decidido. Solo existía un pero, o, mejor, un resquemor.

No me preocupaban los funerales por mi otro yo, no derramaría una lágrima. Lo que me inquietaba hasta desasosegarme era la artera presencia de ese cuaderno negro. No comprendía por qué el sabio destino había escogido aquel sendero tan tortuoso. Me refiero, naturalmente, al hecho de poner a mi alcance aquel texto. No hubiera hecho falta. Mi nueva vida no se había decidido en virtud de su presencia, sino del olor de la Cibeles, del eco del fantasma del palacio de Linares y de tener el Museo del Prado como cuarto de estar. ¿Qué añadía el cuaderno de tapas negras? Nada. Y ese era el problema, que el destino no da nunca una puntada sin hilo.

Y eso me daba mala espina. Muy mala.

Porque «Meigas, habelas hainas».

El desplazamiento del cuaderno me preocupaba muchísimo. Por más que me autoconvenciera, sabía que yo no lo había movido. El cuaderno no hablaba de mí, sino de canguros con códigos de barras, procuradores romanos, agujeros negros y una judía chinada amiga de un superdotado de la alta sociedad, catalana, no andaluza. Trataba de una niña malcriada a la que no le salen bien las cosas y decide buscar un camino para cambiar de dimensión espacio-temporal (hay que decirlo dos veces para ser consciente de lo mal que suena) en vez de un buen psiquiatra y una caja de Prozac. Aquello, estaba claro, no podía influir en mi vida de manera alguna. Se mirara por donde se mirara, nada tenía que ver conmigo. Y, sin embargo, había amanecido con el cuaderno clavado en las costillas.

Mi instinto, que para estas cosas está bastante desarrollado, olió el peligro en el

aire. Los vapores procedían de ese Moleskine, de modo que me dije que, en cuanto llegara a casa, lo tiraría a un contenedor de reciclaje y todo se acabaría.

Tomada la decisión, traté de dejar de pensar y concentrarme en los escaparates por donde pasaba. Al fin y al cabo, empezaba una nueva vida y solo quería conocer Madrid.

17

Paseando, derivé en El Jardín de Serrano, que no es ningún jardín, aunque sí está en Serrano, esquina con la calle Goya. Se trata de un pequeño centro comercial festoneado con tiendas muy bonitas (zapaterías, joyerías, *boutiques* varías), cuyos productos escapan del bolsillo medio o, al menos, del mío. En la explanada del sótano, se ubica un restaurante abierto servido por un conocido cáterin madrileño.

Olía muy bien. Un aroma de calamares en su tinta y en su punto cubría sutilmente el ambiente. Merodeé por allí un rato sin terminar de decidirme No tardé en ver el cartel. Anunciaba el menú y los precios. Me mantuve a una prudencial distancia. De pensarlo detenidamente, acabaría, como casi siempre, en un burger pidiendo una ensalada de plástico. Sabía que el sitio no era barato, aunque tampoco prohibitivo; si pedía solo un plato, era un pecado venial. Pese a que debía andar con cuidado (a ese paso, me fundiría los veinte euros sin pasar por el supermercado), mi bolsillo todavía era capaz de celebrar mi nueva vida afrontando un buen plato de calamares. El paseo me había abierto el apetito. Y, lo que es casi más importante, me encantan los calamares; a la plancha, guisados con cachelos, rebozados… y, sobremanera, en su tinta. La idea de paladear esa salsa negra y espesa inundó mi mente y, sin contrición, me lancé a ocupar la mesa que quedaba libre al fondo, justo al borde de la escalera mecánica.

Me quité la americana, me senté y pedí una cerveza. No tenían Voll-Damm. Hube de conformarme con una San Miguel, que me sirvieron junto a unas tiras de zanahoria cruda y un cuenco con alguna salsa para acompañarlas y aguantar mejor la espera. Sonreí pletórico. Tras tomar la decisión de mi vida, me encontraba feliz. Saqué el poemario y, relajado, mientras daba cuenta del aperitivo, me dispuse a seguir leyendo historias de penas y esperanzas.

Entonces, ocurrió. Fue algo sumamente extraño, la segunda de las cosas extrañas que me sucederían aquel día. Por mucho que me he empeñado, no he logrado encontrar una explicación más o menos satisfactoria, y la que encuentro me guardaré bien de contarla. De hacerlo, me tacharían de loco.

El servicio era bastante rápido. El humeante plato llegó incluso antes de acabarme la cerveza. Los calamares tenían buena pinta, pero estaban muy calientes. Decidí dejarlos enfriar, y aprovechar el pan. Estaba en ello cuando, entre el sonoro silencio que suele reinar en estos sitios, se elevó una voz que me iba dirigida. Alcé extrañado la cabeza y me topé con una señorita de edad media y talla pequeña, rubia. Iba bien vestida y había pasado por la peluquería. Lucía un complicado moño, más propio de una fiesta que de un día de compras. En su cara bailaba una sonrisa, entre lasciva e irónica, que aportaba ciertas pistas. Pero ni su atuendo ni su modo de desenvolverse confirmaban la impresión primigenia. No era, no parecía, una puta buscando plan. Tampoco yo, para qué vamos a engañarnos, doy el perfil de presa del barrio de Salamanca. Lo que todo aquello parecía era el resultado de una absurda

equivocación: me había tomado por otro.

—¿Por qué comes solo? —me preguntó. Su voz resultaba envolvente, insinuante.

Me quedé sin palabras. Mira que de estos lances se puede salir de mil formas. Pero, en aquel momento, a mí no se me ocurrió ninguna y me limité a poner cara de bobo y a mirarla extrañado, mientras notaba cómo se me contraía la vejiga y se me coloreaban las mejillas. Finalmente, logré hacer un gesto con los hombros.

—Tienes una manchita negra en el labio —me advirtió.

Se agachó, y de un tirón me robó la servilleta que había colocado entre las piernas y se inclinó para limpiarme la supuesta mácula. Se arrimó tanto a mí que pude sentir el roce de su blusa de seda en mi pechera. Casi me meriendo su aroma. Su piel exhalaba el olor de Esencia de Loewe, una fragancia masculina que conozco bien. Tras recorrer suavemente la comisura de mis labios, volvió a incorporarse y culminó la faena dejando la servilleta, inmaculada, sobre la mesa. Y o seguía atónito sus acciones.

—Un poquito de tinta, eso es todo.

Creo haber pronunciado un «Gracias». Intenté vocalizar, pero me temo que no llegué a hacerlo, aunque se entendió la intención. Volví a bajar los ojos, incómodo. Pero ella no cejó.

—Un hombre tan apuesto como tú no debería desperdiciar así sus encantos…

Para qué hacer comentarios. Esas cosas no se dicen a desconocidos y mucho menos a uno como yo. Protesté con un gruñido y una risa nerviosa. La tipa se puso en jarras, con cara de ofendida. Los múltiples collares que adornaban su chorrera repicaron al moverse. Parecían campanas tocando a muerto. Siguió hablando.

—¡Qué típico! Un adonis que se cree un oso. ¡Y pensar que los orgullosos exhibicionistas son un atajo de sosos con atributos de hormiga! No te minusvalores, mi amor. Seguro que tú eres mucho mejor que ellos.

¿Apuesto? ¿Encantos? ¿Mi amor? Aquella mujer había perdido un tomillo. ¡Qué digo un tornillo, lo menos una docena! Otra vez, me quedé sin palabras. Se cambió el enorme bolso de brazo. Vestía una americana marrón de terciopelo y vaqueros claros ajustados.

—Soy buena fisonomista. Y diría que tienes cara de profesor y que no eres de por aquí. ¿Acierto?

Asentí sin mucho convencimiento. Desconocía dónde quería llegar y eso me ponía nervioso.

—Yo soy médico. Cirujana, para ser precisa. Deberías verme vestida con el pijama verde de quirófano.

Empecé a notar el sudor perlándome la frente. No conseguí aguantarle la mirada y finalmente bajé la vista y, ostensiblemente, continué leyendo el poemario. Pero ella ya tenía la pregunta en la boca.

—¿Puedo sentarme un ratito? Todas las mesas están ocupadas y tengo hambre. Además, me gustaría conocerte mejor.

Esgrimí una excusa, tan tonta como verídica.

—Tengo que terminar de leer esto antes de las cuatro.

Lo siento.

—Quedan muchos minutos hasta las cuatro. ¿Puedo? Si quieres te lo leo yo ¿Pero qué veo? ¿Becerra? Me gusta. «Piensas en mí, alguien apresura el paso dentro de tu alma y así en tu rostro el amor se confunde con la noche» —recitó.

Ya tenía la mano sobre el respaldo de la silla de teca, un modelo básico de jardín. Levanté de nuevo los ojos y la miré fijamente. Se había soltado dos botones de la blusa y se atisbaba su minúscula ropa interior (un sostén de seda de color rosa palo, festoneado con encaje blanco) que dejaba ver la mayoría de sus abundantes pechos. Su piel carecía de arrugas, como su rostro, pero desde luego había pasado de los treinta y cinco.

—Me temo que soy más anticuado que tú…

Se llevó la mano hasta el moño, quitó una especie de horquilla que lo sujetaba y se soltó el pelo. La melena le llegaba por la cintura.

—¿Es porque no nos han presentado? ¡Eso se arregla enseguida! Me llamo Anna, y nací en Suecia, pero vivo aquí desde los cinco años. ¿Y tú?

La duda persistió quizás una décima de segundo. Pero finalmente contesté.

—No puedes sentarte. La silla está ocupada.

—¡Noooo! ¿Te vas a hacer el estrecho ahora, con lo que a ti te gusta jugar a los médicos?

Aguanté la rabia apretando mucho los dientes. Eché mano a la cintura, donde tenía colgado el teléfono, y marqué el 911. Luego, le mostré la pantalla.

—Tienes dos opciones: o te largas inmediatamente o aprieto el botón. Escoge.

Suspiró, un suspiro triste, cargado de resignación; quizás de sabor a fracaso. Se acercó y me susurró al oído:

—¡Qué imperdonable despilfarro, chaval, tantos años soñando para nada! Te aseguro que no tendrás jamás una oportunidad como esta.

Con aire triunfante, reprimí una sonrisa mientras veía cómo se alejaba. Por un instante, la decisión mostrada me serenó. Por el rabillo del ojo, vi que tomaba la escalera mecánica que conducía a la planta baja. Cuando se hallaba a una cierta distancia, me chilló.

—¡Te veo esta noche, cariño! ¡Te doy mi palabra de que me vestiré de enfermera, como a ti te gusta, pero tienes que prometer que no me pegarás muy fuerte!

Reacción en cadena. Se hizo el silencio. Me di cuenta de que todos los que ocupaban las mesas contiguas seguían la escena con atención. Me levanté y salí en busca de los servicios, que estaban a dos metros. Vacié la vejiga y me lavé la cara con agua fría. Cuando volví, la gente cuchicheaba, pero no hice caso. Llamé para que calentaran los calamares. Los comí tan atropelladamente que no me supieron a nada. Luego, pedí un café, e imploré al camarero que le añadiese un chorrito de *brandy*; necesitaba calmar los nervios. El tipo, cubano por el acento, que había presenciado la

escena, se inclinó y me aconsejó al oído que lo probara con ron, a lo que accedí sin reparos. Me daba lo mismo una cosa que otra; cuanta mayor graduación tuviera, mejor. El camarero, compasivo, fue de lo más generoso. Me lo trajo en un vaso largo, con hielos, y bastante lleno. El carajillo, del que no mucho más del diez por ciento era café, me supo a gloria, tanto que repetí y llegué a Casa de América la mar de contento, por no decir que con una buena castaña, habiendo casi olvidado el incidente.

Solo casi…

Lo que he contado puede parecer una situación desagradable, de esas que ocurren de ciento en viento. Nada grave, ya se sabe que hay gente muy tocada por el mundo, incluso chicas despampanantes. De hecho, podríamos achacarlo a mi mala suerte de no ser por el hecho curioso de que esa chica representó fielmente mi pesadilla. Me refiero a esa que me visita periódicamente desde que era crío.

No voy a hablar de mi vida íntima si puedo evitarlo. Solo diré que en mi sueño aparece una chica rubia, que me saca un par de lustros, vestida con pijama de quirófano y que huele a Esencia de Loewe. Debe operarme de apendicitis, pero termino por saber de qué color se compra la ropa interior.

Ese es mi sueño, una propiedad privada que esa tía había violado. ¿Cómo era posible? Nunca se lo había contado a nadie. Sentí una aterradora sensación de agobio, que se incrementó al recordar el Moleskine volador clavándoseme en los riñones y la alusión a los canguros. Todo aquello rozaba la paranoia. Ese fue el motivo por el que llamé nuevamente al camarero y le pedí un segundo café mientras le guiñaba un ojo. El licor me permitió sofocar el pánico. Temporalmente.

18

A las cuatro, hora de la península, tres en Canarias, con los ojos resacosos y sin lograr quitarme de la mente a la tía roba-sueños, me presenté en Casa de América, paseo de Recoletos número 2.

Me dirigí a la última fila y me senté en la esquina derecha, la posición más alejada de la puerta, no sin antes ponerme el antifaz de hombre raro y reconcentrado. Se trata de una maniobra defensiva o, más bien, evasiva que suelo emplear. He comprobado que a este tipo de cursos, sin excepción, asiste un espécimen especialmente puñetero del que hay que huir como alma que lleva el diablo. Me refiero al del hombre sonriente, simpático y abierto pero cargante, que antes de entrar en la sala ya está buscando alguien con quien compadrear. Uno de esos que se te pone al lado, se presenta, empieza diciéndote que la vida es maravillosa y el ponente magnífico, y termina pidiéndote tu número de móvil para invitarte un día de estos, mañana mismo, a correr de madrugada por la calle Atocha. Le dices que no puedes. Pero él sigue insistiendo, tratándote como un amigo del alma, vamos, de toda la vida, hasta que, por simple educación, te das por vencido. Y, entonces, estás muerto. No sé por qué, pero ejerzo una extraña atracción en ese tipo de sujetos, atracción irónica teniendo en cuenta que no haría *footing* a las seis de la madrugada ni aunque me fuera la vida en ello.

Con cinco minutos de retraso, precedido por el coordinador, obsequioso hasta la náusea, llegó el experto. Se trataba de un catedrático de mediana edad de no sé qué universidad, especialista en literatura latinoamericana. Era alto y delgado. Vestía traje y corbata. Tenía la tez blanquecina; el pelo rubio, liso y fino, y una barbita perfectamente descuidada, de esas que se han puesto de moda entre los gilipollas con pretensiones. Lo único que le faltaba para ser perfecto era un baño de sal. Porque el tipo, de voz estrangulada sorprendentemente joven para su ancianidad mental, era un auténtico coñazo.

Se pasó media hora hablando acerca de las influencias de Pellicer, Perseo Lima en el poeta, y otra media intentando convencemos del inconformismo de Becerra, algo que a todos los presentes nos resultaba evidente. Farragoso, acodado en detalles estúpidos, varado en su complacencia, ni siquiera nos deleitó con la lectura de alguno de los versos del buen poeta.

Cuanto más hablaba, más vacía se nos antojaba su exposición. Lo que sus palabras infundían eran ganas de levantarse en armas y apearle del atril. Dada la inconstitucionalidad de la medida, solo quedaba Morfeo o la imaginación.

Mi vecina de asiento, una señora de unos sesenta años, optó por el primero y terminó apoyando su cabeza en mi hombro para dormir con más comodidad. La mujer vestía de paisano, pero, a todas luces, era una monja. Esa es, a mi juicio, una de las profesiones que imprime carácter de manera más indeleble. Un día monja, monja siempre. Se les nota en el andar, en el hablar, en el corte de pelo, en la falda elegida…

No intenté zafarme, era muy amable, y no pesaba. Pero dejé de escuchar a aquel plasta y terminé pensando en el cuaderno de Ruth y, naturalmente, en la chica del restaurante. Algo me decía que aquellas dos cosas guardaban alguna relación.

A las cinco menos cuarto, mientras la monja y la mitad de los compañeros roncaban sin complejos y el cargante catedrático explicaba las inquietudes reconcentradas del poeta, me asaltó el deseo arrollador de hacerle callar. En circunstancias normales, mi educación espartana hubiera pugnado para mantenerme quieto. Pero las dos extrañas experiencias de por la mañana, mezcladas con el ron, dulce y peleón, que había trasegado, lo cambiaron todo. Y lo que transitaba por mi mente no logró oposición para filtrarse hasta mi boca…

Y levanté la mano.

Como si nunca le hubiera ocurrido algo semejante, el profesor se detuvo espantado.

—¿Le pasa algo, caballero?, ¿no se me oye bien?

Retiré con suavidad la cabeza de mi vecina, que seguía apoyada en mi hombro, me puse en pie y negué varias veces con la cabeza.

—Se le oye perfectamente, y sí, me ocurre algo. Con todo respeto, me gustaría saber si ha leído usted a Becerra. Me refiero al original, al que escribía poesía, versos que le sallan de dentro, del estómago, del vientre, de los huevos, del alma que creía no tener… El que hablaba de ganchos de hierro y de bellas durmientes, de pieles hechizadas y muertos vivientes de vuelta a Betania. Porque yo tengo la sensación de que habla usted de otra persona…

Cuando me escuché diciendo eso (tardé en darme cuenta de que era mi voz la que hablaba de huevos en público), creí morir. E inmediatamente me detuve.

Pero el mal ya estaba hecho. No por pequeña mi acción había sido menos decisiva: prendió una mecha muy peligrosa. Tres filas por delante de donde estaba sentado, una chica se puso en pie y continuó lo que yo había empezado. Era de talla pequeña y parecía una mosquita muerta. Calculo que tendría mi edad. Llevaba aros en las orejas, un antiestético flequillo asimétrico y mascaba chicle. Vestía normal, vaqueros y algo encima, nada especialmente llamativo, pero su voz gastaba aires de revolucionaria radical.

—Oye, tío, el compañero tiene razón. No tienes ni puta idea de quién era Becerra. Ni puta idea. Así que mejor que dejes de largar sandeces y te vayas a tu casa, a estudiar, o a leer al poeta. Y que sepas que pediré explicaciones a los organizadores. Porque si tú eres un fraude, eso es señal de que alguien ha malgastado el dinero público. Y eso, camaradas, es intolerable…

Alguno de sus vecinos le susurró que era suficiente. El mensaje había llegado a su destino. Pero, lejos de amilanarse, su boquita de piñón siguió lanzando improperios, a cual más subido de tono. Curiosamente, se ganó el aplauso unánime de los que estaban despiertos, y de los que se despertaron al saber que el profesor, con un gesto displicente, daba por terminada la sesión y abandonaba la sala con expresión

ofendida.

Hasta la monja aplaudió. Yo, sin embargo, no lo hice. Estaba paralizado.

A los ojos de un desconocido hubiera podido pasar por un matón de pacotilla, resabiado y orgulloso, amante de provocar disputas. Nada más lejos de la realidad. No soy un tipo beligerante. Todo lo contrario. Siempre me he mostrado enemigo del conflicto y adicto al sosiego; odio ver reñir a la gente; odio los gritos y los insultos, sean o no procedentes. De hecho, suelo ocultar entre mis muchos pliegues cualquier salida de tiesto antes incluso de que asome. Sin embargo, aquella tarde… No lo sé. Estaba fuera de mí. Desde luego, el alcohol y la chica habían tenido su papel divorciándome de mis arraigadas costumbres. Pero había algo más. Desde que había encontrado ese cuaderno, tenía los nervios a flor de piel. Me sentía inquieto, observado.

De lejos, percibí la cara del coordinador del programa, el que nos pasaba para firmar las hojas de asistencia. Y, como por ensalmo, el efecto del ron se evaporó y la artificial euforia fue sustituida por una inmensa inquietud. ¿Y si, por aquel episodio, me retiraban la beca? ¿Y si, por estúpido, me condenaban a galeras y me veía obligado a volver a Lugo, fracasado y con el rabo entre las piernas? Eso no podría soportarlo. Sobre la marcha, decidí que lo mejor sería escabullirme de inmediato. Pero mi arranque fue tardío. El coordinador me había visto y, con gesto umbrío, vino directo hacia mí. Tragué saliva y dibujé una sonrisa forzada.

—Gerardo…

No le dejé continuar.

—No sabes cómo lo siento Lamento no haber sabido calibrar lo que ocurriría. Debí quedarme callado y morderme la lengua. No sé qué me ha pasado por la cabeza para hacer esa estupidez. He debido de mezclar Coca-Cola con algún medicamento… Yo…, en fin. Mis más sinceras disculpas. Te aseguro que no volverá a pasar.

—No te preocupes. De haber podido, yo habría hecho lo mismo; ese tío será un gran catedrático, pero es un pésimo poeta. Si Becerra pudiera levantarse de la tumba, se le tiraría al cuello. En todo caso, para la próxima, lo mejor es pasar una nota *a posteriori*. Así no se crean polémicas. Las polémicas no son buenas cuando paga el Ministerio…

—No habrá más ocasiones porque lo estáis organizando estupendamente, pero, si por un casual muy remoto, remotísimo, las hubiera, por supuesto que lo haré como dices. Gracias por la comprensión.

Tanto me temblaban las piernas que, a riesgo de parecer una viejecita con artrosis, mientras descendía por la empinada escalera principal, puro mármol de Carrara, me sujeté a la balaustrada. Y cuando por fin logré tocar suelo, dando gracias al cielo por la segunda oportunidad, se me vino a la cabeza que aquella sensación tan desagradable solo cesaría ingiriendo sin respirar otro par de aquellos carajillos culpables. Aunque era imposible: no me quedaba ni un duro.

Además, el gélido viento que azotaba Madrid, a pocos metros del edificio, me

despejó lo suficiente para saber que donde tenía que irme era a casa, a dormir la mona, o el susto, o simplemente el sueño.

Apenas eran las cinco y media, cuatro y media en Canarias.

19

Estaba siendo un miércoles cojonudo. Sí, cojonudo. Seguí andando.

Por Recoletos, corría un aire que te congelaba hasta el aliento, pero regresé despacio, casi paseando. Al punto de cruzar la calle Serrano, vi una dotación de la policía. Habían trincado a un par de ladronzuelos que, si acaso, levantaban metro y medio del suelo y los estaban interrogando. Sí, aquello era la vida real. Había logrado hacerme con un piso precioso a un precio módico. Pero si seguía dejando volar mi imaginación, terminaría cometiendo alguna torpeza que me devolviera a Lugo para siempre.

Lo cierto es que estaba perplejo. El extraño episodio de la mujer del sostén rosa evidenciaba que ese cuaderno hacía aflorar sugestiones que mostraban a un Gerardo que no me gustaba. Bueno, algo sí me gustaba. Había disfrutado haciendo sudar a aquel catedrático soberbio. Yo, Gerardo Vilela, alias el prudente, alias aliento gris: yo, bastardo profesor de secundaria venido de provincias, había llamado idiota a un universitario de la capital, siendo aplaudido largamente por ello. ¡Quién te ha visto y quién te ve!

Había estado bien, pero no podía ser.

«¡Se acabó! —mascullé para convencerme—. En cuanto llegue a casa, me deshago del cuaderno, devuelvo el anillo y borro las fotografías del móvil. Y mañana mismo me compro una televisión, y me entretengo como todo el mundo».

Entré con decisión en el número 12. Cogí el ascensor, abrí la puerta del ático y me dirigí directamente a la habitación pequeña. Retiré la cama, giré la cajonera y, a renglón seguido, como si fuera un trapo sucio, arrojé el cuaderno al cubo de la basura. Le puse la tapa y lo dejé allí amancebado con las mondas de naranja y las espinas del pescado. De las fotografías almacenadas no pude desprenderme. Pese a que lo babia cargado por la noche, sorprendentemente, el móvil se babia quedado sin batería. Lo enchufé a la red y me olvidé. Con el anillo tuve más dificultades. Debía de tener los dedos hinchados porque, ni siquiera empleando jabón, conseguí sacármelo del dedo.

«He de tomar algún alimento diurético», reflexioné.

Dicho y hecho. Cené una tortilla francesa, una lata pequeña de espárragos y una rodaja de piña natural, que, según decía mi madre, es muy buena para esas cosas. Tenía aliado el ordenador, con el fin de localizar ofertas interesantes de televisores. Todos eran bastante caros, pero compraría uno de todas formas. Luego de fregar los platos, tomé el oboe, la partitura de la sonata de Vivaldi y la colcha, y anidé en la terraza. Desgraciadamente, no pude tocar bien. Tenía los dedos entumecidos y, lo que es más importante, la mente embotada. Quien cultive un instrumento, no importa cuál, comprenderá lo que digo: un oboe es como una mujer. No la puedes asaltar por las buenas; requiere cariño y dedicación previa, prolegómenos que yo, en aquel momento, no estaba en disposición de ofrecer. Me sentía inquieto, nervioso. Como si

incubara una gripe, aun sabiendo que no se trataba tanto de un virus pillado por la calle cuanto de algo interno, una extraña quemazón en el estómago.

Traté de acallar aquella voz y decidí leer un rato. Había cogido de la biblioteca un librito delicioso, que narraba, por boca de su segunda esposa, la biografía de Juan Sebastián Bach. Por él me enteré de que Bach no regalaba flores a su esposa, le componía canciones. Pero ponía condiciones. Le permitía cantárselas y enseñárselas a los niños, pero le exigía que no las escribiera. No quería que quedaran para la posteridad, puesto que eran solo para ella. Yo jamás de los jamases habría hecho algo así. Esa debe de ser la diferencia entre un tipo como yo, al que le sale bien una de cada mil, y un genio como Bach, que se permite el luj o de enterrar sus talentos. Ni siquiera el librito anónimo logró sosegarme. Nada más recostarme en aquel sillón de dudosa limpieza, volví a verme luchando contra mí mismo. Pero estaba decidido: aquella noche solo deseaba matar el tiempo y olvidarme del maldito miércoles.

—¡En la basura, allí es donde debe estar! —manifesté en voz alta.

En ese preciso instante, la puerta de mi dormitorio se cerró de un portazo. El susto fue de infarto. Me incorporé de un salto. Tras unas milésimas de segundo de confusión, me convencí de que aquello no era sino fruto de un golpe de viento (fuera, se fraguaba una tormenta) y volví a sentarme. Me quité los zapatos, puse los pies sobre la mesa, me arropé con la manta y cerré los ojos. En este trance debí de quedarme dormido.

Recuerdo que ya no había luz cuando me despertó el olor, un aroma extraño, agrio, como de almendras amargas Al principio era borroso, difuso, pero enseguida fue cobrando fuerza hasta resultar mefítico, nauseabundo, y alcanzar la terraza donde me encontraba. Me levanté y me dirigí a la cocina. Abrí el frigorífico, pensando encontrar un alimento estropeado, pero todo estaba en orden. Acudí al cuarto de baño, por si aquella pestilencia subía por las cañerías. Tampoco. La intensidad aumentaba. Miré por todas partes hasta que vi la bruma blanca. Parecía proceder del suelo; surgía de los resquicios abiertos entre las tablas de madera. A aquellas alturas, el piso hedía. Salí al descansillo; el aire estaba limpio. El extraño efecto únicamente perturbaba mi casa. Sentí un sudor frío y otra punzada en el estómago.

Dejé la puerta entreabierta, por si necesitaba salir a la carrera, tragué saliva y regresé al interior.

Debo decir antes de continuar que me resulta difícil narrar este episodio con orden y concierto. A decir verdad, no puede plasmarse con palabras y menos en un texto como este. Parecerían las figuraciones de un loco. No es que esté cuerdo del todo (a veces, me sorprendo a mí mismo, casi siempre para mal), pero puedo dar fe de que me mantengo en la media. Sin embargo, en aquel momento sentí cómo aquel olor (entonces no sabía a qué achacarlo) se apoderaba de la casa y empezaba a ahogarme con su veneno. Era intangible, impreciso como un fantasma, pero lo notaba tan cerca como mí respiración. Allí había algo… o alguien… No lo veía, pero lo percibía.

Estaba empezando a entrar en estado de pánico cuando un zumbido pertinaz se me incrustó en el oído. Era una voz lejana, de pito, un eco chillón que pronunciaba palabras en un idioma que no entendía. Traté de poner algo de cordura en aquella locura y pensé que se me estaba formando un tapón de cera. Pueden llegar a ser muy molestos y producirte incómodos pitidos y sensación de vértigo. Me acercaba al cuarto de baño en busca de un bastoncillo (aunque sé que no sirven para nada, yo los uso) cuando me fijé en la pizarra verde, la de las ecuaciones, la misma que había limpiado con un paño húmedo hasta dejarla inmaculada. La pintura estaba bien conservada, a excepción de la esquina inferior derecha, cuarteada. Creí ver cómo aquel pequeño desconchado avanzaba hacia arriba e iba arrugando desde dentro, como un enorme gusano, el resto del tablero verde. Era un efecto verdaderamente extraño. Hice un esfuerzo para sosegarme y me acerqué. No había duda: aquella cosa progresaba por la pizarra a modo de virus colonizador.

Di dos pasos hacia atrás. No podía retirar de ella la mirada, pero mi mente ya estaba con un pie en la puerta, dispuesta a salir en estampida. Entonces, la lámpara del escritorio empezó a apagarse y encenderse intermitentemente. No estaba preparado para aquellas eventualidades. Podía enfrentarme a algo físico, tangible, incluso a un tipo que me moliera las costillas, pero no a un ser incorpóreo con malas pulgas. Era evidente: debía escapar. Pero me había quedado completamente rígido. Como una barra de hierro o un bloque de granito, como un cadáver que respira.

Cerré los ojos varias veces por si todo aquello desaparecía, sin resultado. Y allí quieto, atado al suelo, esperando la puntilla final, hice algo tan estúpido como tratar de disimular: me puse a cantar en voz alta y a todo pulmón… Yesterday.

¿Por qué Yesterday? Ni idea. Ni siquiera es mi mejor Beatles; fue lo primero que me vino a la mente. Pero escuchar aquellas declamaciones desenganchó lo suficiente mis músculos para permitirme llegar a la cocina. La cocina del ático es pequeña y está estratégicamente situada. Con la espalda cosida al frigorífico se domina casi toda la sala. Hasta se alcanza a ver la puerta.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, con un cuchillo en la mano, buscando una explicación racional a lo que ocurría. Y ya se sabe lo que se dice: el que busca, tarde o temprano, halla. Y o la encontré.

Ratones.

Si, en las casas viejas, los ratones se mueven a su antojo por entre los falsos techos. Se reproducen como ratas, nunca mejor dicho, y cuando no encuentran qué comer, se llevan por delante todo lo que pillan. Podían haber roído algún cable y creado un pequeño incendio, de ahí el humo. También una colección de roedores explicarla los desatinos de la lámpara. Lo de la pizarra, no, claro. Debía de haber sido una sugestión mental provocada por el miedo. O un efecto retardado del ron. Además, el olor había desaparecido. Finalmente, bajé el cuchillo y abandoné mi defensa. No las tenía todas conmigo, la verdad, pero traté de avanzar con paso firme.

Atravesé la sala y me dirigí a mi habitación. Apresuradamente, sujeté el pomo de

la puerta y empujé. No logré abrirla. Apliqué el hombro, sin resultado. Estaba cerrada. Bueno, cerrada no, porque el cuarto no tiene cerradura ni llave.

«Con el golpe, los goznes deben de haberse desencajado», razoné juiciosamente. Una forma de tranquilizarme que me puso terriblemente nervioso, porque en aquel momento observé que el cuaderno de tapas negras, el que acababa de tirar a la basura, con las naranjas y las espinas del pescado, estaba sobre el escritorio.

Me acerqué. No me había equivocado. Era el cuaderno de Ruth, el mismo que aquella mañana se me había clavado en las costillas, el mismo que había arrojado al cubo de la basura. Estaba abierto por donde había terminado la lectura. En ese preciso instante, caí en un detalle que se me había pasado por alto: el día que lo encontré, la húmeda cajonera de pino estaba llena de polvo, sin embargo, el cuaderno de tapas negras permanecía impoluto. Tenía cerca de un año y era de calidad mediana. La habitación rebosaba humedad, pero ni las hojas ni la tapa se habían combado.

Estaba empezando a entrar en crisis cuando sentí ruidos de pasos. Carreras. Me pareció que sonaban en el techo, lo cual es imposible en un ático. Inmediatamente después, escuché correr el agua en el lavabo del baño. El grifo debía de haberse roto. Fui hasta allí y lo cerré. No le pasaba nada. Pero pude notar que dentro hacía un frio espantoso. Me froté las manos y mis ojos se toparon con el anillo. Mirándolo, chillé impaciente:

—¿Quién eres?, ¿qué es lo que quieres?

A aquellas alturas, mi conducta era totalmente errática. Hubiera hablado con las paredes, los muebles y hasta con la fruta que descansaba en un plato en la cocina. De pronto, como por ensalmo, todo aquello desapareció y la casa volvió a ser el idílico y frío lugar que conocí el primer día. Pero yo ya había sucumbido a los estragos del miedo. Azuzado por él, cogí la cazadora, el paraguas comprado en los chinos, y salí de allí como un enajenado.

La puerta entreabierta me facilitó el paso.

20

Bajé por las escaleras —el ascensor es demasiado lento— y abrí el portón de entrada, pero no salí. Observé la calle desde el portal desierto. La noche era tan apetecible como la pitanza de los jueves en la Pensión Real. Potaje y filete de ternera; así es como llamaba la dueña a aquella cosa: «ternera». La tormenta arreciaba; el agua había formado un pequeño arroyo, que corría calle abajo arrastrando hojas caídas, colillas y papeles arrugados. A lo lejos, se escuchaba el aullar de los coches; de cerca, se oían los truenos. Pensé en lo que acababa de pasar y me convencí de que se había tratado de una pesadilla. Nada más que eso: me había quedado dormido y había tenido una extraña alucinación. Tras una sobredosis de crítica literaria en bruto, es lo menos que puede pasar.

«Sí ha sido eso. Eso y los ratones. Y la electricidad estática, que causa siempre malas pasadas». Así explicaba mi madre los desmanes de mi tía Ermita que le resultaban imposibles de comprender. Consecuentemente, traté de persuadirme de que lo más lógico era tomar de nuevo el ascensor, entrar en casa con la cabeza alta y meterme en la cama al abrigo de la colcha. Si seguía allí, iba a pillar un catarro monumental.

Pero no me moví. Bueno, en realidad, sí, pero no en esa dirección. Porque, de pronto, por el inicio de mi calle, sorteando las vallas amarillas colocadas por el Ayuntamiento para protegernos de los agujeros hechos por el Ayuntamiento, emergió un taxi con la luz verde. Como en un impulso, abandoné el portal e hice ostentosas señas con la mano. Para mi sorpresa, el conductor obedeció mi gesto y se detuvo. ¡Se detuvo! Quien viva en una gran ciudad sabrá de qué tipo de milagro hablo. Que un taxi circule por una zona en obras (no recuerdo si he mencionado que mi calle está en obras. Lo estaba cuando lo que narro aconteció, y sigue estándolo en este momento, aunque unos metros más adelante) durante un aguacero, a altas horas de la tarde, ya es para nota. Pero que encima se detenga cuando lo llamas es como para tirar cohetes.

Ni me lo pensé. Me metí en el asiento trasero y agradecí efusivamente al conductor, que arrancó enseguida, el servicio.

—¿A dónde, señor?

Sin pensarlo mucho decidí que fuera el destino quien me guiara. La única pega es que el taxista, un iraní que llevaba diez años residiendo en España, pero que conservaba intacto su acento materno, quería una dirección concreta. Y, naturalmente, no la tenía.

—Usted conduzca, ya le indicaré —respondí.

Detuvo el coche con un frenazo brusco, a resultas del cual me golpeé la cabeza contra el respaldo del asiento delantero. No se disculpó. Por el contrario, me lanzó un rayo fulminante desde el espejo retrovisor. Me di cuenta entonces de que temblaba como un flan. Hasta mis pestañas se movían a su antojo.

—Dime que no eres un yonqui, por favor —me pidió el conductor, con toda

naturalidad y, curiosamente, con todo respeto.

—No te preocupes, ni siquiera fumo, aunque, últimamente, me he pasado un poco con el alcohol —le tranquilicé.

Suavizó el gesto y se giró. Continuábamos detenidos. Me observó durante unos largos instantes y, luego de suspirar, concluyó:

—¡Una mujer, ¿verdad?! Son como el vino blanco: delicioso pero cabezón. Lo malo es que todos los hombres somos unos borrachos.

Negué con la cabeza.

—¿Dinero?

Volví a negar. Pero esta vez la cosa no quedó ahí. Sin saber cómo, me encontré filosofando con aquel tipo de nombre tan poco castizo como Abdel. Estábamos a veinte metros de mi casa. El taxi metro parecía correr la maratón de Nueva York, pero a mí no me importó. Atropelladamente, le hablé del ático, del cuaderno de Ruth y de los fenómenos extraños (pero omitiendo lo de la chica), de Lugo y del instituto. Y, sobre todo, charlamos sobre el destino, el incomprensible y puñetero destino.

—Dime, Abdel, ¿por qué venías por mi calle? Ningún taxista lo hace. O te quedas atrapado o te toca volver marcha atrás.

—En circunstancias normales no me habrías pillado aquí. Pero llevaba a una anciana inválida. Tuve que dejarla en el mismo portal, donde la esperaba la hija con una silla de ruedas. Lo cierto es que ya daba por finalizada la jornada, pero olvidé apagar la luz. Y cuando te vi levantar la mano con tanta decisión, pensé que necesitabas urgentemente un transporte y a mí no me importaba hacer otro servicio.

—¡Ves, otra casualidad! Si hubiera salido un par de minutos después, no te habría encontrado. De hecho, si aquel día no me hubiera dolido el estómago, no habría ido a la farmacia, ni me hubiera topado con la farmacéutica que me habló del ático. Una simple palabra, un gesto, puede cambiar el rumbo de la historia. Unos minutos de retraso, un catarro un chaparrón pueden desordenar los astros y hacerte pasar de villano a héroe, o viceversa.

—Eso es cierto; cuando sales de casa, nunca sabes si vas a volver ni cómo… Gerardo, querido amigo, no quiero parecer descortés, pero el taxímetro sigue sumando y yo tengo que estar en otro sitio dentro de media hora. ¿Sabes ya a dónde vamos?

—Cuando me subí a tu taxi, me dije que dejaría al destino decidir el siguiente movimiento. Y eso es lo que voy a hacer. Lo dejo en tus manos, llévame a donde quieras.

Arrancó con una sonrisa burlona en los labios. No aguanté más de diez segundos y le pregunté. Pero él continuó con su mueca a la que añadió un «Ya lo verás. Cierra los ojos y relájate». Lo cierto es que lo hice. Me recosté y me dejé llevar por el sonido del CD de música árabe que había conectado. Seis euros después, se detuvo.

Abrí los ojos y me encontré de nuevo ante el portal de mi casa.

—¡Ah, no, eso sí que no!

Abdel me interrumpió.

—Gerardo, si dejas que la realidad te avasalle una vez, lo hará cientos. Enfréntate a ella cuanto antes, ya mismo… Tu miedo vive ahí, ¿no? ¡Pues adelante! Hazme caso, yo he sentido mucho miedo. Fui catedrático de Mecánica en la Escuela de Ingeniería de mí país, pero… En fin, es una larga historia. De la que aprendí, querido amigo, que hay que plantar cara a la suerte. Pero ahora tendrás que apañártelas solo. Bueno, solos tú y tu destino. Yo tengo que ir a buscar a mi hija que está en clase de alemán.

Echó el brazo hacia atrás y me abrió la puerta. Iba a pagar, pero la cartera estaba vacía. Había olvidado coger dinero.

—¡No sé qué me pasa hoy! Espérame un segundo, bajo ahora mismo. Te dejo mi DNI para que sepas que vuelvo…

Me sonrió comprensivo.

—No es necesario, Gerardo. Paga el destino. Salam.

Con un fuerte apretón de manos, me despedí de él y descendí. Luego, permanecí allí, en medio, quieto, temblando bajo el paraguas, mirando cómo se alejaba. La luna, pequeña y flaca, se asomaba tímidamente por entre las nubes. No se dejaba ver entera, solo su reflejo, pero era suficiente para recordarme que no era una tarde normal. Parecía de solsticio, de contratiempos, de lobos y carcajadas satánicas. Y seguía lloviendo a mares.

—Ratones y electricidad estática —me repetí.

Nada en mí se lo creyó. Como mi canguelo alcanzaba dosis tóxicas, cerré los ojos y traté de sosegarme añadiendo el alcohol.

—Si a los ratones y a la electricidad estática les añades las secuelas de una buena cogorza, te sugestionas. Seguro que se trata de algo perfectamente explicable…

Quizás la vecina de abajo estuviera preparando un ungüento para sus hinchadas hemorroides o para depilarse las piernas. Por experiencia sé que, pese a lo bien que ellas suelen oler, todos los potingues que usan las mujeres son nauseabundos. Quizás fuese ese el olor que subía por las paredes y se filtraba por las tablas del suelo. Sí, era razonable, salvo por el hecho de que el piso de abajo está deshabitado desde hace años.

Seguro que un ratoncillo ha roído algún cable y provocado un pequeño incendio. Quizás, o quizás no. El caso es que habiendo dejado a deber nueve euros con sesenta a Abdel, lo menos que podía hacer era seguir su consejo.

21

Pero no acumulé el valor necesario. Y, en vez de eso, eché a andar sin dirección fija.

«Me estoy volviendo loco…, loco de atar», me lamenté.

Unos veinte minutos después, dejó de llover. Cerré el paraguas y me lo colgué de la muñeca. Sin embargo, el frío no cejó, tampoco la humedad que se te atornillaba en los tuétanos. Me subí los cuellos de la cazadora y me recoloqué lo mejor que pude el jersey. Estaba agotado y quería descansar, pero la idea de cruzar nuevamente esa puerta me producía un miedo inenarrable. ¿Y si, mientras dormía, el humo blanco resurgía y me ahogaba? ¿Y si de verdad allí habitaba un fantasma, al que mi presencia molestaba? Quizás no fuera un fantasma, sino una persona procedente del futuro que acababa de colarse por un agujero de gusano…, quizás fuera el anterior inquilino, el que seguía pagando el alquiler, que regresaba montado en un canguro…

Me fascinan los misterios, eso es rigurosamente cierto, pero no lo es menos que me atraen si solo les afectan a otros. Porque yo soy alérgico al riesgo. Lo que se llama «un cagueta», vamos. El peligro y yo no pertenecemos a la misma cofradía, y que me aspen si quería enfrentarme de nuevo a eso que ayer llamaba «hogar». Continué un rato paseando. Invertí cada segundo en meditar sobre lo ocurrido. No me hubiera hecho falta tanto tiempo. Le diera las vueltas que le diera, siempre llegaba a la misma conclusión: volver a poner los pies en el ático era una locura. Un suicidio.

Para que se me entienda lo que quiero decir, voy a contar algo sobre el más allá…

Que nadie se asuste. La digresión ha de ser, naturalmente, corta porque, en realidad, lo mío es el más acá. Soy de los que necesitan toma de tierra; ver para creer, tocar las cosas con las manos, palparlas, olerlas incluso. Pero con el cariz que estaban tomando los acontecimientos, me lo planteé. Iba a decir que me viene del terruño. Pero no creo que el origen haya de buscarse allí, sino en los libros que saco de la biblioteca.

A ver si logro explicarme de una manera medianamente comprensible. Auster no es Dios; Murakami, tampoco; ni Marsé ni Borges. No lo era Hemingway, pero fue capaz de dejar por un rato la botella de *whisky* y hacerme vivir el mar como si de verdad él lo hubiera creado. Puede que lo que digo suene a herejía. Pero a mí me hace llegar a una conclusión que tengo por poco herética: si hay retazos de belleza desperdigados por tantas manos pequeñas, ha de haber alguien que tenga una caja llena y reparta. No, la idea de Dios no me es ajena. Un Dios creador tiene sentido. Lo que me resulta personalmente conflictivo es el hecho de que exista. Porque, si existe, me siento en la obligación de definir qué relación voy a tener con Él y Él conmigo. Y eso me provoca cierto nerviosismo, ya que no logro encontrar qué decir.

Pero no quería hablar de ese extremo. Lo que quería decir es que mi idea de Dios procede de un talego repleto de belleza, de bondad, de notas que se unen a otras notas para componer armónicas sinfonías en las que siempre se da cita la paz, la dulzura y el amor.

Puede que se trate de reminiscencias de mi párvula educación monjil o del sonido de mi oboe. Pero solo concibo ese nombre como antípoda de la maldad que observo a mí alrededor e, incluso, en mí mismo. ¿Y a qué viene todo esto? Pues a que, en aquel momento, llegué a la conclusión de que Dios no se manifestaría sacando humo blanco y nauseabundo de las rendijas de las tablas del suelo. No me lo imaginaba dando portazos, ni abriendo grifos, ni asustándome hasta el punto de hacerme salir corriendo de mi domicilio realquilado. No. Aquellos extraños e inhumanos fenómenos no debían de proceder del bando de los buenos. Pero, solo de pensar en la respuesta a la obvia pregunta —si no venían de ahí, ¿de dónde lo hacían?—, los cuatro pelos que me quedan se me erizaban.

Había dado media vuelta y estaba ya a la altura de la calle del Cid, a un tiro de piedra del ático. Tenía que decidir. Merodeé por los alrededores hasta recalar en la acera de enfrente del número 12, donde me estacioné a la espera de quién sabe qué.

«Todo es fruto del ron —me repetía—. Debería darme vergüenza ser tan capullo». Pero aquellas meditaciones en estéreo no produjeron fruto alguno y continué como un pasmarote, plantado ante aquel portal abierto.

Calculo que un minuto después, quizás dos, pero no mucho más, una ventana de la planta baja se abrió. Por ella salió ruido de televisión y la blanca cabellera de doña Rosa, algo menos cardada que el día anterior.

—Gerardo, ¿qué hace usted ahí parado?, ¿espera a alguien? Lo digo porque lleva un buen rato y va a pillar un catarro. ¿No prefiere esperar en el portal? —No fui capaz de deletrear siquiera un monosílabo—. ¡Vaya, menuda cara se le ha puesto! Cualquiera diría que ha visto un fantasma.

Sin más, se me saltaron las lágrimas. Bueno, algo más que las lágrimas. Aunque traté de ahogar los lamentos, no lo conseguí. Lloré como si me hubieran quitado la colección de cromos, como si me llamaran bastardo por primera vez. Doña Rosa salió en bata y zapatillas de su casa y vino a recogerme. Me sujetó por el brazo y, con cuidado de sortear los charcos que se habían formado en la calzada, me metió en la portería. Tanto insistió que terminé tomándome una taza de su ponche de huevo. Estaba templado y sabía a rayos… Bueno, a rayos y a coñac Veterano, el de antaño. Lo que faltaba.

—¡Le juro, doña Rosa, que no puedo más! Si ahí arriba siguen ocurriendo sucesos anormales, me va a dar un patatús. No sé si lo sabe, sospecho que sí, pero de todos modos se lo cuento: el ático está embrujado. Hay algo, o peor, alguien que no quiere que yo viva allí… ¡No me extraña que Múgica saliera por piernas!

—¡Pero qué cosas dice, profesor! Lo que está usted es cansado. Trabaja demasiado.

—¡Que no, doña Rosa, que es cierto! Allí arriba están pasando cosas muy extrañas…

Meneó la cabeza varias veces. Y tras unos segundos de reflexión, añadió:

—De acuerdo, puede que usted tenga razón. A veces, ocurren fenómenos

inexplicables. Lo de la desaparición del profesor también fue raro, la verdad, pero no debe inquietarse porque tiene solución.

Me pareció adivinar un cierto retintín en su tono y repliqué.

—¿Solución? ¿Acaso me va a servir otra taza de ponche? ¡Quizás si me trae la botella de coñac y empino bien el codo…!

—¡Pero qué cosas se le ocurren, hombre! Hablo de una solución definitiva. Espere, voy a por ella.

Se levantó y desapareció tras la puerta del fondo. La portería de doña Rosa, del tamaño de un dedal, contaba con poco moblaje, pero sobre cada mueble había un tapete. Eran de distintos colores y representaban motivos diversos, pero todos llevaban flecos. Fue como volver a casa; a mi madre le encantaban los tapetes, especialmente si llevaban flecos. Naturalmente, así suele ocurrir, a mí me espantan. También me llamó la atención que, a diferencia de mi casa donde mi madre tenía cuadros por doquier, no había nada colgado en las paredes, a excepción de la marca negruzca dejada en la pintura por una pieza grande y cuadrada, justo en el medio del salón.

Doña Rosa regresó al cabo con dos velas (una de color negro; otra, roja) y una figura de pasta en la mano. Representaba una especie de fraile con rasgos ligeramente latinoamericanos. Digo una especie porque yo nunca había visto a un santo que fumara puros, luciera sombrero, corbata y bigotillo a lo Cantinflas.

—¡Aquí está! ¡San Simón! Eficiente protector de quienes le sirven. Le aseguro, Gerardo, que bajo su manto nada ni nadie volverán a molestarle.

—No se ofenda, doña Rosa, pero eso no son más que chorradas que no van a servir de…

—¿Que no? ¡Y usted qué sabrá! Dígame, ¿se apuesta algo? ¿A que no se atreve con otra pieza de salmón?

¡Cocinado, ¿eh?! Asentí divertido. —De acuerdo, acepto.

—Pues entonces, subamos. Vera cómo, en el mismito momento en que san Simón entre en su casa, todo se acabará. Ande, levante, vamos…

Mentiría si dijera que la decisión de subir al ático con la portera fue fruto de sesudas y conspicuas reflexiones sobre Dios, el diablo y los amuletos. Decidió en mi nombre mi cuerpo exhausto. Estaba tan cansado que, de pensar en morir de manera ominosa, prefería hacerlo en la cama, envuelto en el edredón de corazones. Salí del ascensor con la cabeza alta. En el descansillo el aire estaba limpio; el resto, en calma chicha.

22

No me decidía. Miré a doña Rosa y vi cómo se le iba agotando la paciencia. Pero no pude. Intenté sobreponerme y comportarme como un hombre, pero las piernas no me respondieron. Las escenas vividas resurgían a borbotones. Aquellos sucesos habían durado escasamente tres o cuatro minutos, pero moriré sin olvidarlos.

Finalmente, la portera extendió la mano y con una mirada feroz me conminó a que le entregara la llave del piso, cosa que hice de inmediato. Mejor que fuera ella, con el santón en brazos, la que traspasara el umbral. Yo me quedé a retaguardia, con las velas, con el miedo.

Entró y encendió la luz. Dudó unos segundos, pero finalmente se decidió por el cuarto pequeño. Dispuso la figura sobre la cajonera. Me pidió las velas. Las colocó a los pies del santo y las prendió.

—¡Listo! Manténgalas un rato encendidas. Luego, cuando se vaya a acostar, las apaga, no vaya a quemarse algo. Como ve, todo está tranquilo.

Lo parecía, ciertamente. Desde la puerta, escruté la habitación principal hasta donde me alcanzaba la vista, incluyendo el suelo y el escritorio.

—Dígame, Gerardo, ¿dónde tenían lugar los fenómenos extraños?

—Pues no sé, por todas partes. —Como noté que empezaba a cansarse, añadí—: Del suelo salía un humo blanco que olía a cuernos. La lámpara del escritorio parpadeaba y el grifo del baño se abrió solo. ¡Ah, y no pude entrar en el dormitorio! ¡La puerta estaba trabada!

No sé por qué, omití los datos principales: me refiero al «segundo viaje» del cuaderno, desde la basura al escritorio, y la imposibilidad de sacarme el anillo del dedo, cuando habitualmente me bailaba. La portera se acercó al dormitorio principal. La puerta no se resistió esta vez. Como si me leyera el pensamiento, añadió:

—Han debido de ser los ratones, Gerardo. A veces, provocan pequeños incendios. Pero, de todos modos, está bien tomar precauciones Ahora debo marcharme —comentó, no sin antes pasar revista a aquella burda figura de pasta que, según ella, era, nunca mejor dicho, mano de santo—. Espero que duerma bien, lo necesita. Mañana hablaremos del salmón.

Me despedí de doña Rosa en la puerta. En realidad, el ático parecía sereno. Pero yo mantuve la sensación de haber sido entregado como víctima a los lares. Cerré y, con la cabeza gacha, me dirigí a la habitación. Pero me atacó la curiosidad y asomé la cabeza para atisbar el escritorio. Para mi sorpresa, constaté que el cuaderno de tapas negras ya no estaba allí. Quizás, finalmente, todo había sido una simple sugestión. Un corte de digestión achacable al frío y al ron.

Me fui a la sala y me senté en el viejo sofá, con un par de cervezas frías en la mano y unas almendras.

«¡No bebas, Gerardiño!», dije en voz alta, imitando la voz de mi madre. Y no sé por qué, me acordé de mis cumpleaños. Casi podía oler el pastel de hojaldre y crema

que solía prepararme. Luego, llegaban los regalos. Ella, indefectiblemente, me compraba ropa: una bufanda; un pijama; unos pantalones iguales a los que tenía, pero de otro color —«así tengo la seguridad de acertar», decía—; unos zapatos; calcetines (lo de los calcetines lo llevaba muy mal, la verdad). No lo hacía por dejadez, ni porque yo no le importara: simplemente, no sabía cómo obsequiar a un chaval al que casi no comprendía. Y o lo que esperaba con ansia contenida era el regalo de tía Ermita, que siempre lograba sorprenderme: unos prismáticos, una brújula, una navaja pequeña de caza… Ella tenía una reputación bien ganada de entender las redes invisibles que unen los distintos acontecimientos para conducirlos hacia alguna parte. Y la empleaba para adivinar qué me gustaría tener.

Me hubiera venido de perlas tenerla aquel día sentada a mi lado. Ella me habría ayudado a saber si en Madrid me esperaba una fascinante aventura o un aciago destino. Si era prudente quedarse en aquel piso o tenía que salir por piernas. Si debía comprarme un gato grande para que se comiera a los ratones culpables o, con lo que había dentro, no serviría de nada.

Pero no estaba. No había nadie. Me encontraba solo, enfrentado a una historia de canguros.

A veces, la soledad resulta un exquisito manjar. Nadie que te ponga cortapisas ni restricciones, nadie que critique lo que haces o lo que dejas de hacer. Ni malas caras ni ecos de palabrería vana en el oído, justo cuando estás a punto de arrancarle la ropa al silencio. Pero, otras veces, el manjar te cae a plomo en el estómago. En noches de malos presagios como aquella, cuando puedes palpar tus fracasos y la luz del silencio se vuelve turbia, la soledad puede llegar a ser una losa insoportable.

Pero poco podía hacer contra eso. Me lavé los dientes y, descalzo, me dirigí a la terraza para recuperar la colcha que, tras mi precipitada marcha, había quedado abandonada allí.

Entonces, escuché el sonido.

—¡Ah, no, otra vez no! —susurré.

Pero mi oído me advirtió enseguida que el ruido que escuchaba era poco peligroso, algo familiar, terrícola por completo. Se oían ronquidos, unos profundos y escandalosos ronquidos.

Me acerqué un poco más y vi a Encarna profundamente dormida en el sillón de mimbre de la terraza, tapada con la colcha; el cuaderno de tapas negras descansaba sobre su regazo. Tosí a su lado. Pero mi carraspeo no fue suficiente. Le toqué el hombro un par de veces; luego, la zarandeé sin complejos. Costó, pero finalmente abrió los ojos. Se incorporó y de inmediato se recolocó las zapatillas azul pálido con borlones, a lo Marlene Dietrich.

—¡Ah, Gerardo, ya está usted aquí! Le estaba esperando y he debido de quedarme dormida… —Al ver mi cara, añadió—: ¡Lo sé, sé lo que va a decir, y tiene toda la razón! Yo no debería estar aquí. Pero ¿sabe lo que ha ocurrido? Pues que he subido para limpiarle la cocina y, de paso, dejarle un poco más de mermelada y, de pronto, al

pasar cerca del escritorio, mis ojos se han chocado con un cuaderno abierto. No he entendido lo que dice, porque está en otro idioma, pero he visto el nombre de Ruth. Casi me da un vuelco el corazón. ¡Ruth! ¿Sabe de quién le hablo? ¡Ruth, la amiga del profesor!

—Sé quién es Ruth, Encarna —contesté señalando con el dedo su regazo. El cuaderno seguía allí. Lo tomó entre sus manos, como si se tratara de una reliquia.

—¡Es verdad, aquí está! De haber podido, lo hubiera leído, pero no entiendo ese idioma. ¿Usted si?

Asentí.

—Es inglés, Encarna.

—¿Lo ha leído?

—Pues a decir verdad, lo empecé. Pero cuando llegaba al meollo de la cuestión, el texto se interrumpía. Está incompleto: le han arrancado varias páginas.

—¿Me puede detallar qué dice? ¿Da alguna pista de dónde pueden estar?

—No he terminado de leerlo aún. A ver si uno de estos días…

—¿Y no puede resumírmelo?

—¿Ahora, Encarna? ¡Llevo todo el día sin parar, y estoy reventado!

Me miró con ese ojo que naufragaba sin remedio y me susurró con voz envolvente:

—A ver qué le parece mi proposición: bajamos a casa y, mientras preparo la cena, usted me pone al día. Pero, claro, si está tan cansado como dice…

Como se imaginarán, terminé haciendo exactamente lo contrario de lo que deseaba.

¿Puede alguien en su sano juicio fascinarse con una señora de edad, con gusto más que dudoso y un ojo a la virulé? ¿Puede un tipo normal —yo, aunque pueda parecer presuntuoso— dejarse conquistar por tan pésima cocinera hasta el punto de tragarse botes y botes de empalagosa mermelada? ¿Puede una inteligencia mediana caer rendida ante una mujer casi analfabeta? La respuesta es obvia: si alguno de ustedes conociera a mí vecina del 4.° C, coincidiría conmigo en que la pregunta está mal formulada. La correcta sería: ¿puede alguien medianamente inteligente, alguien en su sano juicio, no sentirse hechizado por esa mujer? Porque todo cuanto de ella se ve se presta a confusión. Pero lo que no se percibe, lo oculto, es a todas luces fascinante. De modo que permití que me cogiera del brazo y me arrastrara hasta su casa. Por si mi memoria fallaba, se llevó el cuaderno.

23

—Se lo agradezco, Gerardo… Cuando la policía vino a registrar el piso, me disgusté mucho. Hicieron algunas pesquisas, pero antes de una semana habían dejado de buscar. Y nunca más volvieron a aparecer por aquí Yo tenía el pelo rojo entonces, ¿sabe? Me puse de luto en su honor, aunque a mí la melena negra no me favorece, ni tampoco me gusta. Tiene tufillo a muerte, ya me entiende.

—Entonces cree que ha muerto. Lo digo porque su pelo continúa siendo negro —repliqué.

Me hallaba en el cuarto de estar de doña Encarna, una sala espaciosa con muebles de roble tallado, bastante horteras para mi gusto, pero sin tapetes. Estaba de rodillas. Intentaba conectar los tres cables que salían del DVD en los dos agujeros que había descubierto en la televisión. Creo que, de haber leído previamente las instrucciones, la cosa hubiera sido algo más sencilla. Se lo habían regalado a mi vecina hacía unos meses, pero no sabía qué debía hacer para ver las películas y aprovechó que yo pasaba por allí.

—Pues lo cierto es que yo no creo que hayan muerto. Lo creí al principio, cuando la policía regresó y trajo al piso a esa gente con guantes que rebuscaba por todas las esquinas. Pero luego, no. Y no piense que es por lo que dicen Nati y el cartero. No, yo me dejo guiar por mi corazón.

Me pudo la curiosidad.

—¿Y qué es lo que dicen Nati y el cartero, si puede saberse?

—¡Ah, pues ambos aseguran que el profesor Múgica se les ha aparecido en sueños, levitando, cubierto con vestiduras blancas, como si fuera un profeta! Dicen que ha adelgazado, se ha cortado el pelo y que sonríe muy amablemente. Para mí, eso son solo tonterías.

No pude por menos que reirme y seguirle la corriente.

—¿Y por qué cree que son tonterías, Encarna?

—Porque conozco mejor que ninguno de ellos al profesor. Teníamos una relación muy especial los dos, y sé que nunca se presentaría vestido de blanco, no va con su carácter. Si la túnica hubiera sido de color marrón, quizás me lo hubiera creído. Pero de blanco, jamás.

Esta vez, me costó disimular: parecía un juego de despropósitos. Encarna seguía erre que erre.

—¡Era tan especial! En un visto y no visto, te llenaba una hoja blanca de ecuaciones muy hermosas, apretaditas, ordenadas, llenas de letras griegas (quizás eran romanas, no me acuerdo de dónde me dijo que venían). Luego, me la regalaba. «Tenga, Encarna: si va usted a la facultad, con esa demostración la pasan directamente de curso», me decía. Conservo todas las hojas, guardadas a buen recaudo, lo mismo que sus detalles. ¡Era un gran hombre; el corazón no le cabía en el pecho!

—¡Bueno, esto ya está! —le informé. El dibujo de las instrucciones (en siete idiomas y en colores), que finalmente había decidido leer, era del todo ilustrativo.

—¿Qué película le apetece ver después, Gerardo? Tengo tres: Ben-Hur, Gladiator y Cleopatra…

—Le gustan los romanos, por lo que veo.

—Pues no especialmente, pero son las que regalaban. Casualidad… Y hablando de casualidades, ¿qué le parecen unas albóndigas con patatas?

—Suena muy bien —le respondí, mientras pensaba qué relación habría entre la causalidad y las albóndigas.

—Pues entonces véngase conmigo a la cocina, y me va contando lo que dice el cuaderno. El guiso estaba bastante bueno. Incluso repetí. La que no comió nada fue mi vecina. Se pasó el rato secándose las lágrimas y sonándose los mocos con un pañuelo blanco con florecillas bordadas que se sacaba del escote, y que retomaba allí tras el uso.

—Bueno, pues eso es todo, y ahora…

Me cortó. De pronto, sus ojos, huérfanos de la alegría del día anterior, parecieron resucitar:

—Usted me está ocultando algo, Gerardo. Está nervioso y azorado. Dígame, ¿ha tenido algún problema con el piso?

Un aluvión de imágenes acudió a mi cabeza. Pero debía poner coto a mi lengua o todo el vecindario me tomaría por un loco y terminarían echándome del ático. De modo que traté de parecer convincente al decir:

—No, Encarna, nada de eso. Es esta historia, que me tiene en ascuas. Y la soledad, sobre todo la soledad. En ocasiones, estar tan solo no es bueno. Sin ir más lejos, hace un momento me encontré recordando el pastel de cumpleaños que me hacía mi madre.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes? Le hubiera cocinado una tarta. Pero eso lo vamos a arreglar ahora mismo. Hoy duerme usted aquí conmigo. Y cuando se despierte, le voy a preparar un desayuno que se va a chupar los dedos. No se preocupe: teniéndome aquí a mí, no volverá a echar de menos a su difunta madre.

De haber asistido Abdel, el taxista, a nuestra conversación, sin duda hubiera recriminado mi actitud. «El verdadero miedo es el que puede seguir asustándonos», hubiera dicho (o algo similar). Pero yo estaba muy cansado. Mi única aspiración era dormir una noche seguida, sin preocuparme por caer muerto a manos de un fantasma con mal aliento, venido de quién sabe qué pasado remoto. De modo que puse cara de perrito apaleado, la misma que tan rápido efecto producía en mi madre, y doña Encarna corrió a buscar sábanas limpias y un pijama sin estrenar, y me puso a dormir en el cuarto-memorial del prófugo de su hijo, ese que solo regresaba cuando se le congelaba la cartera.

Me preocupaba el desayuno, para qué negarlo. Si con la mermelada, extremadamente fácil de preparar, Encarna tenía tan poca mano, me podía imaginar

lo que ocurriría con el bizcocho. Pero, bueno, con las albóndigas no me había ido mal. Además, tras pernoctar tantas semanas en la Pensión Real, estaba cierto de poder soportarlo.

24

Somnus interruptus.

Salvando las distancias, así es como duermo. De un tiempo a esta parte, me cuesta y, cuando logro conciliar el sueño, lo fastidio enseguida. Me acueste como me acueste —agotado aquel día— y a la hora que me acueste, hay un instante en medio de la noche en el que mi sueño se interrumpe bruscamente. La ruptura se produce a las tres y veinte. En punto. ¿Qué pasará por mi cabeza a esa hora? ¿Por qué no ocurre a las cuatro menos cuarto o a las cinco y cinco? ¿Por qué no a horas distintas según los días? No puedo explicarlo. Debe de tratarse de otro de esos incomprensibles mecanismos del cerebro, lo que no quiere decir que no tenga una explicación sencilla y racional, sino que nosotros no somos capaces de captarla.

En esta ocasión, el brusco despertar venía con una imagen enhebrada: la de las dos velas encendidas en honor de san Simón. Doña Rosa me había advertido, pero, con las prisas, había olvidado apagarlas. Tras cavilar unos minutos, llegué a la conclusión de que lo más lógico era ahuecar la almohada, excesivamente blanda para mi gusto, dar media vuelta y tratar de recuperar la modorra. De haber ocurrido una desgracia, seria ya inevitable. Como nadie había aporreado la puerta a media noche alertando del incendio, había que suponer que las velas se habían consumido completamente. De modo que era mejor esperar al día siguiente. Cuando el sol estuviera alto y la claridad se derramara sobre el piso, subiría y comprobaría el estado de las cosas.

Sin embargo, en vez de hacer lo que había decidido, me levanté y, tal y como estaba, es decir, en pijama (el del hijo de Encarna), salí. Tenía la certeza de no molestar a mi vecina. Sus ronquidos se oían incluso en el descansillo, donde la oscuridad era casi plena.

Solo cuando te enfrentas a los espacios de noche puedes decir con verdad que los conoces. Con el sentido de la vista atenuado, los demás despiertan hasta permitirte captar detalles que de otro modo nunca acertarías a observar. Así, escuché por primera vez la música de las tablas del suelo de la escalera; palpé el tacto rugoso de las paredes, en las que me sujetaba al pasar; y me di cuenta de que la distancia entre peldaños era un poco más corta de lo habitual.

A la altura de la puerta, a una distancia prudencial de ella, para ser franco, me detuve. Valentía y miedo, curiosidad y prudencia se sucedían mientras me planteaba qué hacía allí, con lo bien que estaba abajo, al abrigo de la magnífica colcha de ganchillo gentileza de Encarna. Lo de haber cogido algo de abrigo, dicho sea de paso, no me hubiera venido mal, porque del techo brotaba una corriente glacial que, si bien no me hizo desistir, logró que me temblaran hasta los labios.

Avancé con decisión, abrí la puerta y alargando la mano prendí todas las luces. Luego, con los ojos cerrados, entré. Respiré un par de veces, y los abrí. Desde mi posición, el piso parecía en calma o, al menos, dormido. No olía a quemado ni había

restos de humo. El aire estaba limpio. Había polvo suspendido, pero ni rastro de apariciones o plasmas. Un alivio. De puntillas, sintiendo el frío de las tablas del suelo en los pies, y tratando de no hacer ruido, cosa imposible en un pavimento tan viejo, avancé hacia la habitación pequeña.

«Todo está bien», me dije.

Sujeté el pomo de la puerta y conté hasta tres: uno, dos, tres… Iba a abrir cuando me llegó el olor. Olía a Esencia de Loewe, olía a calamares en su tinta y a lencería de seda rosa. Olía al puro del santo de la corbata. Todos los contornos de la escena retomaron. Entonces, tuve un instante de pánico, por la inquietud de no ser capaz de moverme. Pero en cuanto mi cerebro dio la orden, mis piernas salieron huyendo. Recuerdo que cerré de un portazo, que tropecé escaleras abajo, que me golpeé en el tobillo y en el muslo y que me hice bastante daño.

Lo siguiente que recuerdo es el olor a huevos fritos con panceta llenándome las pituitarias. Abrí los ojos. Había salido el sol, que se filtraba por las rendijas de la persiana de madera. Encarna, a medio metro de mi cama, vestida con el chándal turquesa de listas blancas en los laterales con el que la había conocido, sonreía con dulzura mientras me mostraba, en un plato de loza, sus artes culinarias. Me eché a reir: se había tratado de un sueño.

—¡Gerardo, qué bien que se haya levantado! No, no me mire así; son solo las ocho y cuarto, pero es que se me ha ocurrido algo.

—No me asuste, Encarna, que tengo débil el corazón y todavía no he tomado café.

Si captó mi ironía, ni se dignó sonreír.

—Verá, mientras le preparaba los huevos fritos, me vino la inspiración. Algo a la cabeza, ya sabe, un nombre. ¿Se acuerda de que, en el cuaderno, Ruth decía que había venido a España a visitar a dos hombres?

—Lo recuerdo, sí; uno era su amigo el profesor Múgica, Encarna.

—Efectivamente. El segundo era un sacerdote católico. Ruth no dice quién es, pero yo lo sé…

—¿Lo sabe?

—Sí, es el mismo que denunció a la policía la desaparición del profesor Múgica. Indagué, más porque se suponía que debía hacerlo que por otra cosa. A aquellas alturas de la película, ya no sabía ni por dónde me daba el aire.

—¿Y quién es, si puede saberse?

—El padre Koldo Otxotorena. —Se echó a reír—. ¡Sí, me hago cargo de lo mal que suena! Es que es del Norte. Y muy majo, ya lo verá. Y porque sea exorcista no se preocupe. ¡Ni se le nota! —Debió de verme la cara, porque inmediatamente añadió—: Se lo aseguro, no da nada de grima.

Ese dato no lo tenía.

—¿Un exorcista? ¿Por qué un exorcista? ¿Para qué?

—Ni idea. Lo único que sé es que hablé con él dos veces, una cuando vino a

entrevistarse con el profesor y la otra el día de la desaparición. Él fue quien me explicó que, a veces, los endemoniados aúllan.

—¿Cómo dice?

—Que los endemoniados aúllan, ¿no lo sabía?

La piel de gallina, el nudo en la garganta y los ya se sabe de corbata… Nada de esto puede explicar lo que sentí cuando mi vecina se levantó, buscó una guía de teléfonos, apuntó en un papel su número y me animó a reunirme con aquel tipo.

—Llámele desde aquí si quiere. Es un buen momento, los sacerdotes madrugan. Si está en Madrid, seguro que le recibe. Dígale que es amigo mío. La última vez que le vi, le regalé un bote de mermelada. Estoy segura de que se acordará.

—No es buena idea —susurré. Pensaba tanto en la visita como en la mención a la mermelada. Aunque en el fondo también sopesé que contarle a un tipo así lo que pasaba en mi casa podría venirme bien. Encarna seguía hablando.

—¡Que sí, hombre! No me cabe duda de que el padre Koldo le gustará —me respondió con esa voz cantarina que parecía recitar versos—. Y ahora, cómase los huevos, que se le van a enfriar.

No es que Encarna sea más o menos convincente, es que tiene tal imperio sobre mí que hago siempre lo que me pide. Algo similar me ocurría con mi madre, y con mi tía Ermita. Debe de ser por la diferencia de edad. En fin, sea por lo que sea, el caso es que a las nueve menos cuarto de la mañana estaba con el teléfono en la mano con el número del arzobispado castrense marcado y pidiendo una entrevista con un exorcista vasco. ¡Si al menos se hubiera llamado Pepe! Porque un Pepe que sabe de demonios parece mucho menos peligroso que un tal Koldo de apellido largo y sinuoso.

«¡De esta, seguro, me arrepiento!», me dije mientras que, con cierta prevención, subía a casa para vestirme y asearme.

Abrí y entré con decisión. No olía más que a humedad y a vejez. Lo mío había sido un sueño.

25

Cuando no existe más que una opción, por muy descabellada que parezca, decidir resulta sencillo. Claro que la posibilidad de no hacer nada, de olvidar y mirar hacia otro lado, no puede pasarse por alto, pero, en aquella situación, estaba descartada. Si bien ponerme delante de un cura exorcista no me apetecía lo más mínimo, tal y como estaban yendo las cosas, era consciente de que debía acudir. Esperaba, eso sí, que el encuentro no fuera el preludio de algo todavía más desagradable. Ya se sabe, yo entonces no lo sabía, pero ahora sí, que con los demonios uno debe andarse con cuidado.

Supongo que, antes de continuar, ustedes esperarán que les diga que el ático se comportó y pude acicalarme sin problemas. Y, en efecto, así fue. Estaba vacío y en completo sosiego. Lo recorrí despacio, sin hallar nada sospechoso ni excéntrico. Nada ni nadie. De la colonia de la chica del sostén rosa no quedaba rastro alguno; de ella, tampoco y, cuando entré en la habitación pequeña, solo hallé perchas, el extraño santo y las dos velas apagadas.

El aire estaba libre de cualquier miasma sobrenatural; el polvo y la humedad, más o menos, como siempre. Pero fue la paz y no el ruido lo que me hizo estremecer. Fue el olor a nada y no el humo. Porque ese microscopio con el que el alma está dotada me decía que era mera apariencia; una apariencia que confirmé en la ducha, al observar el enorme moretón que adornaba mi muslo derecho y la tímida inflamación del tobillo, enrojecido. Y, pese a lo que afirmo, me sentía totalmente tranquilo. Fuera quien fuera mi enemigo, me concedía un respiro.

—De acuerdo, firmemos una tregua —dije en voz alta, antes de salir, con la convicción de que la otra parte aceptaba.

Decidí ir a pie. Se trataba de una buena caminata, más de media hora, en la que tenía que cruzar Madrid de un extremo al otro, pero, tal y como tenía los nervios, prefería despejarme un poco antes de hablar con aquel sacerdote al que, por cierto, no sabía qué iba a decirle. Dejé la plaza de la Cibeles a la derecha y cogí Alcalá. Entonces fue cuando me vino a la cabeza lo ridículo que sonaría presentarme en el despacho del cura, darle los buenos días y hablarle de un cuaderno con vida propia que había encontrado abandonado en un cajón perdido de un piso realquilado y preguntarle si, por un casual, no había pasado por allí y le había sisado unas cuantas hojas. «Si le digo eso quizás me maldiga», pensé, para rectificar de inmediato. Me estaba obsesionando. Al fin y al cabo, el tipo no era un demonio, sino un cazademonios; un sacademonios, más bien.

Aceleré. Picaba el frío. Dejé la calle Sevilla y continué por la animada plaza de Canalejas. A aquellas alturas había imaginado de todo y creía estar preparado para cualquier cosa, pero entonces la palabra regurgitó: «cazademonios», y se me ocurrió pensar dónde guardarían los demonios que sacaban de la gente. Porque en algún lugar tendrían que almacenarlos, ¿no? Noté que el corazón se me aceleraba como si

estuviera corriendo para pillar el último autobús hacia la salvación. Porque, que yo supiera, a los demonios no se los puede matar y enterrar. De modo que si se los sacas a alguien y no tienes cerca una botella para encerrarlos dentro y sellarla con un corcho, era mucho más que probable que se quedaran rondando por ahí, vagando hasta cobrarse otra pieza. La secretaría del exorcista me había citado en su despacho. Me pregunté si sería allí donde el tal Koldo realizaba los exorcismos porque, en ese caso, debía andarme con cuidado, no pillara un endemoniamiento y se me colara algún ser extraño que me arruinara la vida.

No sé si fue el viento gélido de la mañana o el miedo sobrevenido. El caso es que con aquellos pensamientos en la cabeza me puse a temblar y tuve que meterme en el primer bar que encontré para entrar en calor y serenarme. El local en cuestión no recuerdo en qué calle estaba exactamente, pero olía como todos los locales de Madrid a las diez de la mañana: estupendamente. Pero no tenía estómago para porras, bocadillos o pinchos creativos. Me senté en la barra, pedí un cafecito bien caliente y traté de recuperar la compostura. Enfrente, colgados de sendos ganchos, descansaban dos jamones de piel oscura, una ristra de pimientos rojos secos y otra de ajos. Mi mirada fue fugaz. Aun así, me acordé de los vampiros, y se me revolvieron las tripas. Porque yo, al igual que todos los que hayan visto una película de vampiros, sé que los dientes de ajos se emplean como protección contra los chupasangres y que las dagas de plata los matan. ¿Qué funcionaría contra los demonios? No tenía la menor idea. Por si acaso, pedí al propietario que me vendiera un diente, preferiblemente envuelto en papel de plata para evitar el olor. El tipo, flaco y barbilampiño, ni pestañeó. Se cambió de lado el palillo que chupaba y sin decir ni pío hizo lo que le pedí y luego me clavó un euro por la excentricidad.

Tras el breve momento de distensión, reanudé la marcha. No quería llegar tarde. La amable secretaria me había avisado que su jefe tenía una mañana muy complicada y que probablemente, es decir, seguro, me iba a tocar esperar. Prometió, eso sí, que, si acudía con puntualidad, trataría de colarme en el primer hueco disponible, lo cual, sin embargo, no me garantizaba que la espera fuera corta ni que, finalmente, lograra entrevistarme con él. Me hizo gracia la actitud de aquella señora o señorita: por la voz, no parecía muy joven. A juzgar por su comportamiento, deduje que estaba acostumbrada a las peticiones más extravagantes. Lo cierto es que yo no deseaba mostrar mis cartas tan pronto y me limité a decir que el asunto que debía tratar con el padre Koldo era privado.

¡Ah, la privacidad!, ¡gran palabra que da derecho a casi todo! Por ella le aseguré con voz misteriosa que no, que no le conocía de antes, pero que sí, que alguien me había facilitado su nombre y sus coordenadas. No, prefería no decir quién. Cuando la buena mujer vio que nuestra conversación carecía de la menor perspectiva de mejora, y que mis palabras eran cada vez más huecas, comprendió. Tosió para aclararse la garganta y me espetó:

—Don Gerardo, ¿de verdad necesita hablar con el padre Otxotorena? Lo digo

porque es un hombre muy ocupado. Me refiero a que el pobre está agotado de tantos líos. No para de recibir a gente. Y luego están las clases, los seminaristas, los libros y… los otros. Si su tema no es urgente (pronunció la palabra «tema» con un tono lleno de complicidad), le ruego que no insista.

—Le aseguro, querida señora, que es imperativo que lo vea. Todavía no lo sabe, pero la reunión es tan importante para él como para mí.

Cuando colgué, contento como unas castañuelas, le había arrancado la promesa de que me buscaría un hueco a la menor oportunidad. Salirme con la mía había resultado mucho más fácil de lo que había previsto.

«¡Mi tema!», murmuré entre risas, que no duraron más que un instante. ¿Qué habría pensado esa mujer que era mi tema? ¡Seguro que me había incluido en el grupo de los otros! Me ruboricé. Cuando tuviera que enfrentarme cara a cara con aquella voz, me moriría de vergüenza.

26

Me había facilitado la dirección exacta, calle del Nuncio número 13 (hasta los números se nos ponen en contra), pero no sabía dónde quedaba exactamente, y antes de salir consulté Internet, la única nueva tecnología con la que congenio. Por una de sus páginas me enteré de que allí se alzaba el palacio de la Nunciatura, en el corazón del Madrid más antiguo, entre la Puerta Cerrada y el costanillo de san Andrés. Desde luego, el emplazamiento le iba que ni pintado a los de su profesión. Si el demonio es el señor de la mentira, aquella zona fue en el pasado uno de los mentideros más famosos de Madrid.

El edificio, que había pasado de mano en mano, como la falsa moneda, perteneció primero a la casta de los envidiosos (marqueses y marquesas que nunca tienen suficiente); luego a la de los envidiables (entonces, todos querían vivir como un cura), que ubicaron allí el tribunal de apelaciones de la Rota, lugar curioso donde los hombres desunen lo que dicen Dios ha unido; y, finalmente, a los de las pistolas, el Ministerio del Ejército. La página no indicaba a quién pertenecía en este momento, solo que allí se encuadraba el arzobispado castrense de España, que el tribunal de la Rota seguía en su sitio y que estaba protegido por algún plan de la Comunidad.

Por fin, llegué al número 13 y me topé con un típico palacete del barroco madrileño, volcado sobre una plazoleta. Era modesto para Madrid, pero su encanto era innegable. En su fachada ondeaba una bandera de España, de no pequeño tamaño.

—¡Vaya por Dios! —exclamé.

Como buen gallego, siento debilidad por las banderas y los himnos, aunque no fue eso lo que me preocupó. En la Red había leído que se trataba de un edificio militar, pero no había caído en que Defensa era Defensa y que lo que había funcionado con la amable secretaria del exorcista podía no servir con un sargento de cuchara con bigote y malas pulgas. Tragué saliva y atravesé la sencilla portada de almohadilla con la cabeza baja. Nadie me detuvo. Avancé por un patio rectangular y llegué hasta el otro extremo. Me paseé por entre las coquetas bóvedas de arista de la galería sin toparme con un solo uniforme. Bueno, ni uniformes ni nada, entendiendo por nada desde personas hasta carteles indicadores.

Tras un rato mirando a derecha e izquierda, atisbé de lejos a un caballero vestido con traje talar. Avancé hasta abordarle. Me dijo que trabajaba en las oficinas de la Rota y que no conocía al padre Otxotorena, pero, muy afable, se ofreció a acompañarme hasta donde creía que se ubicaba el arzobispado castrense. Nos llevó unos cinco minutos dar con la gentil secretaria, que resultó llamarse Noa (¡aquí está: todo lo bueno se hace esperar!). A ella, le llevó otro medio minuto encerrarme en una sala de espera, un lugar en el que el mundo parecía haberse detenido allá por los tiempos de la Inquisición: los cuadros, el mobiliario, la alfombra, las lámparas…, sobre todo, las lámparas, con esas pantallas tan cursis, rematadas por pasamanería. Todo resultaba viejo y tétrico, clerical.

La habitación, que no era muy grande, estaba llena. Dos curas imberbes (quizás no fueran sacerdotes; no sé mucho de jerarquías eclesiásticas; lo que sí puedo decir es que ambos lucían alzacuello) y una monja mayor, con hábito marrón, sandalias con calcetines de deporte y un cordel en la cintura, esperaban cuando yo llegué.

Los tres parecían normales. Entiéndaseme bien: quiero decir que, en apariencia, no había rastro de demonios, espumarajos en la boca o extrañas levitaciones. Eso me tranquilizó. Mucho, la verdad. Me relajé y la sensación de caminar hacia el abismo se redujo considerablemente. En aquellas últimas jornadas había corrido tanto que me había visto arrastrado por los acontecimientos. Necesitaba calmarme y tomar de nuevo las riendas de mi vida.

Entregado a la reflexión, la llegada de los nuevos clientes me pilló descolocado. Se trataba de una familia: un matrimonio (una pareja de mediana edad, cincuenta o cincuenta y cinco) y un joven, aunque ya no un adolescente, sentado en una silla de ruedas. La mujer, una señora rubia, oronda y bajita, llevaba, sin duda, la voz cantante. En su mano derecha lucía una pulsera gruesa de oro de la que pendían monedas del mismo metal que tintineaban cuando se movía. El marido —traje gris, amplia calvicie y cara de funcionario municipal— empujaba la silla no sin esfuerzo: primero, porque el chaval pesaba; segundo, porque la alfombra, mullida y gruesa, dificultaba la marcha. Todos nos levantamos para ayudarle. Como me di cuenta de que estorbaba —demasiadas manos—, me quedé un poco rezagado y me fijé en el chico, que yacía medio tumbado en la silla, con la cabeza inclinada hacia atrás. La mirada se le había perdido en algún lugar del techo; sin embargo, en sus labios gruesos, pálidos, me pareció adivinar un gesto vagamente irónico; impúdico, incluso. La verdad, provocaba más repelús que pena.

Volví a mi asiento. La señora, rubia de bote de peluquería barata, ocupó la plaza de mi derecha. No pasó más de un segundo y ya la tenía acercándose para darme las gracias. Aunque la cosa no quedó ahí. Con las señoras como ella, nunca quedan ahí. Un minuto después me estaba poniendo al día de su vida y milagros, algo que acepté con un mohín de resignación.

Acababan de bajarse del tren procedente de Albacete, tras andar dando tumbos de hospital en hospital, de especialista en especialista. Primero en voz baja; luego, elevando el tono de modo que todos los presentes pudiéramos compartir la descripción, regoldó:

—La nuestra es una historia muy dolorosa, caballero. ¡Dolorosísima! Figúrese que este chico es nuestro primogénito, llamado a ser el heredero de una saga. ¡Mírelo ahora! Nos hemos gastado una fortuna consultando con internistas, neurólogos, psicólogos, psiquiatras, pero no hemos logrado nada y cada vez está peor. ¡Mire esas ojeras, son negras como el betún! Tiene diecinueve años y se le está llenando el pelo de canas. Vomita sin parar; le duele la cabeza permanentemente, sin que los medicamentos le alivien; le crecen de manera inusual las uñas: y se le está paralizando el cuerpo poco a poco, tanto que, como ve, nos hemos visto obligados a

comprar una silla de ruedas. Además, no duerme. Dice que cuando lo haga, la lámpara se desplomará sobre él y lo aplastará.

—¡Santo Dios! —exclamó la monja, que no pudo aguantar las ganas de santiguarse. Lo cierto es que, bajo la parca luz del cursi quinqué, sus confesiones sonaban de lo más sombrías.

—¡Ah, pues eso no es lo peor! Una noche nos llamó chillando. Acudimos a su habitación y no dirá qué vimos: ¡la lámpara del techo se movía, y cómo se movía! No era un movimiento normal, daba tumbos como si alguien le diera cuerda.

—¡Pero no te das cuenta de que lo había hecho el chico! —masculló el marido.

—¡No empecemos, Isidro, no empecemos!

—Yo no empiezo nada. Lo que quiero es terminar con esta farsa de una vez. Y que, de paso, dejes a estos señores en paz. Nuestras miserias no les interesan.

Desvié la mirada hacia el suelo. Oír reñir me exaspera, más cuando lo hace la gente que, como aquel matrimonio, en algún momento, se prometió amor eterno. Porque la acritud de uno y el desabrimiento de la otra resultaban corrosivos, dañinos para el oído, el alma y hasta el olfato.

—¡Eres un ser despreciable! Ya me darás la razón cuando el padre Otxotorena le saque el demonio. Entonces, tendrás que tragarte todas tus palabras.

—¿Cree usted que está endemoniado, señora? —se atrevió a preguntar uno de los curillas, el más joven.

—¿Qué otra cosa podría ser? Además, diga lo que diga mi marido, hay hechos concluyentes. ¿Les he contado lo de la niña? —Todos, incluyéndome a mí, que apretaba fuertemente el diente de ajo, y con excepción del marido que enarcó las cejas como pidiendo paciencia a cualquier ser superior que quisiera escucharle, negamos con la cabeza. Naturalmente, la mujer se explayó. ¡Y cómo!—: Pues lo peor, lo verdaderamente espantoso, es lo que ocurre cuando se le acerca su hermana. Tiene ocho años, un regalo de Dios después de tanto tiempo. Cuando la pequeña le busca, empieza a agitarse, y pronuncia frases extrañas, palabras que no entendemos. Es como si se hubiera inventado un lenguaje. Resulta tan…, tan…, no sé cómo expresarlo. El caso es que nos hemos visto obligados a enviar a la pequeña con su abuela.

Tememos que pueda hacerle daño. Y eso no es todo: regentamos una empresa familiar, que va de mal en peor. Es verdad que la crisis nos afecta a todos, pero, en este caso, las reglas de la lógica se comportan de forma extraña: robos, accidentes, incendios… La mala suerte parece cebarse con nosotros. ¡Nos acecha una maldad terrible!

—¿Y creen que el padre Otxotorena puede ayudarles? —preguntó la monja, que había perdido el color de la cara.

—¡Naturalmente! Por eso estamos aquí. Me han dicho que, entre los exorcistas, don Koldo es el mejor. Dice que saca demonios de los más gordos. Poderosos, quiero decir. En fin, que estoy convencida de que saldremos con el niño andando, erguido,

gallardo y orgulloso como era antes.

—¡Pero qué majaderías dices! Este chico no ha sido gallardo ni orgulloso en su puñetera vida. Es un histérico, hijo de una histérica. Y no es ningún niño. Ni demonios, ni ángeles, ni pamplinas: ¡un par de leches bien dadas, eso es lo que necesita! Si al menos te dieras cuenta de que está loco, podríamos tratarle como un enfermo. El mundo está lleno de chiflados que necesitan pastillas, no un exorcista. Pero este hijo tuyo —así lo llamó. Me quedé con las ganas de saber si era una forma de hablar o un hecho— no es más que un manipulador.

Siguieron riñendo durante unos minutos. Finalmente, él se replegó en su mutismo. A juzgar por la expresión que exhibía su rostro, y por el meneo de su pierna izquierda, que golpeaba incesantemente el parqué, aquello, la situación, el sitio o simplemente la diarrea verbal de su esposa, dispuesta a hacemos sentir su dolor, quisiéramos o no, le resultaba insoportable. Conforme la mujer fue deshojando la margarita, el ambiente reinante en la habitación fue volviéndose más opresivo. Terminé despojándome de la chaqueta y aflojándome la corbata —no suelo llevarla si no tengo curso, pero aquel día me la puse; por si acaso—. Al marido le latían las venas del cuello de tal manera que pensé que iba a levantarse y a lanzarse contra su esposa. Pero, antes de que aquello ocurriera, se abrió la puerta y apareció Noa, la secretaria, luciendo su sonrisa contagiosa.

No he dicho nada sobre ella, todavía. Pero quizás haya llegado el momento. Lo cierto es que me gustó desde el primer instante: cuarenta justos; no demasiado delgada, pero tampoco gruesa; morena, con medía melena, más o menos por los hombros; ojos grisáceos, achispados; y una sonrisa espectacular. Vestía un jersey de lana en color rosa, botas altas y una discreta falda marrón, a lo monja, justo a la altura de la rodilla.

Pero, por descontado, sus ojos no eran los de una monja.

Mientras la señora de Albacete recogía sus cosas, distribuidas en media docena de bolsas de El Corte Inglés, se me acercó y me dijo al oído:

—Después de estos señores, don Gerardo. No podrá ser mucho tiempo.

Asentí y le devolví la sonrisa, mientras disfrutaba del olor de su colonia.

27

Desconozco en qué momento me quedé dormido, pero lo hice; no en balde, me había acostado tarde y paseado de madrugada. Me desperté sobresaltado por el ruido de un portazo. Me incorporé de un salto. La sala, poco antes repleta, estaba vacía. Miré el reloj. Eran las dos menos cuarto. Inspiré y solté el aire poco a poco, mientras me ubicaba de nuevo en el espacio. Tenía el cuerpo entumecido. Un hilillo de baba reseca perfilaba mi boca. Me froté para eliminar las pruebas del delito y salí en busca de Noa. Di con su despacho enseguida. Llamé con los nudillos.

—Perdone —dije.

Nada más. Ni por qué ni cuándo ni dónde. Solo perdone. Es decir: sigo aquí, por si se ha olvidado de mí, pero no se preocupe, tengo muchísima paciencia. O, más bien: me ha desilusionado incumpliendo su promesa y permitiendo que todos se me colaran, pero sepa que no voy a irme sin verle.

—¡Ah, don Gerardo! No sabe cuánto lo siento. La familia en cuestión acaba de marcharse. Los demás desistieron hace horas. Pero como usted me dijo que no tenía prisa… Además, le he visto tan cansado que me ha parecido que le vendría bien dormir. ¿Por qué no vuelve a la sala? Le voy a buscar enseguida. Y esta vez enseguida es ya, porque son casi las dos, y a esa hora don Koldo almuerza y yo termino mi jornada.

—Gracias —dije.

Nada más. Pero esta vez quería decir que sentía haber dudado de ella y que, si no tenía cita para el almuerzo, me encantaría convidarla a lo que fuera y donde fuera.

Volví a la sala de espera, cogí una revista sobre la evangelización de África y empecé a pasar hojas. No leía. Ni siquiera miraba las fotografías. Sopesaba qué me depararía el destino. Como suele ocurrir, no acerté ni por aproximación. Estaba en la inopia cuando entró la secretaria. Me sonrió, me levanté y, sin mediar palabra, seguí su falda marrón por el pasillo hasta un despacho.

Permítanme unas palabras sobre la citada falda.

Según la creencia popular, el asesino sueña con su presa; el cerdo, con sus bellotas; y el león, con una cría de gacela herida. Es decir, cada uno sueña con sus deseos. Y o nunca había soñado con faldas monjiles, pero aquella falda marrón…, en fin, igual que el cerdo con sus bellotas…, dejémoslo aquí.

Al abrir la puerta del despacho, me topé con un escritorio antiguo, muy grande, ocupado por un frailecillo que parecía perdido en aquella inmensidad con volutas. Se levantó y con andares decididos se acercó a saludarme. No soy alto; sin embargo, le sacaba lo menos un palmo. Ni una mísera sonrisa me brotó. ¿Quién demonios era aquel cura? Porque el tipo que sacudía mi mano con decisión era un caballero de rasgos orientales y voz amable. Al menos mirado de frente, no contaba con un ápice del carácter lóbrego que se espera de un exorcista, ni de la consistencia de un vasco cuyo apellido incluye la «tx». «¡El Domund en vivo y en directo!», pensé al fijarme

en sus ojos achinados, su cara de pan y su cabello negro y lacio.

Lo menos, era chino.

—Koldo Otxotorena, encantado. Siento haberle hecho esperar. Usted es Gerardo, ¿verdad?

Fue algo impulsivo; una tontería, lo reconozco. Y me arrepentí de inmediato, pero lo cierto es que cuando le oí pronunciar su nombre, con ese acento, se me escapó una sonrisa socarrona.

—Perdone, padre, esperaba…

—Una chapela, supongo.

—Lo siento, yo…

—No se disculpe, le entiendo perfectamente. A todo el mundo le ocurre. Mi padre, bilbaíno, era embajador. Conoció a mi madre, coreana, en uno de sus destinos. Saqué los rasgos de mi madre y el carácter de mi padre. El acento lo tengo por los muchos veranos pasados en Getxo, pero sepa que mi euskera supera con creces al del lendakari, y que soy orgulloso como todo ser nacido en Las Arenas.

Como me había quedado mudo, me hizo sentarme.

—Bueno, Gerardo, me dice Noa que tiene un secreto entre manos… Por cierto, debe de ser usted un tipo excepcional, porque es raro que alguien logre saltarse su filtro, más efectivo que un muro de hormigón. Dígame, ¿de qué se trata?

Estaba tan desconcertado, tan confuso, que no supe qué responder. Me quedé quieto y permanecí callado, como un imbécil. El sacerdote me miró fijamente. Capté un deje de ternura en su mirada.

—No se preocupe, relájese y cuénteme con naturalidad qué le trae por aquí.

Por fin reaccioné.

—El caso es que… En fin, se trata de un cúmulo de casualidades; sí, lo podríamos expresar así… Aunque no solo eso. Es como si alguien, alguien que no está presente, pero sí, me hubiera elegido para algo que no comprendo.

¡Qué horror! Cuanto más claro intentaba explicarme, peor lo ponía. Él me escuchaba atento, sin perder la sonrisa. ¿Era para animarme a seguir o para despedirme? Ya no sabía cómo salir del atolladero y decidí volver a empezar.

—Perdone, estoy un poco nervioso.

—Tranquilícese. De momento, no me he comido a nadie, ni siquiera a la hora del almuerzo, aunque reconozco que estoy hambriento.

—De acuerdo. Verá, cuando vine a Madrid me fui a vivir a una pensión; la comida era horrible, rebozados grasientos y cosas así, de modo que, finalmente, decidí cambiar de alojamiento y alquilé un piso en el barrio de Salamanca…

—¡Ah, eso está muy bien! Es un buen barrio, yo diría que de los mejores. Y ese piso, ¿le causa algún problema?

Aposté fuerte.

—Salvo el frio y la humedad, y una amplia colección de alucinantes fenómenos paranormales, es magnífico. ¡Nada menos que un ático! Pero no hace falta que le dé

muchos detalles sobre él porque creo que usted lo conoce: está en la calle Fermín Vivancos, en el número 12.

No hubo gesto de alarma. Se contuvo a la perfección, pero la línea de sus ojos achinados se elevó unos milímetros. Hubiera resultado casi imperceptible de no estar yo al acecho. Lo estaba y lo capté.

Antes de continuar, debo advertir que nunca he tenido en mis manos un tratado de psicología. El único escarceo con esa ciencia lo tuve una noche a esas horas en las que los niños duermen, las viudas lloran y los viejos aprovechan para morir en paz. No recuerdo la cadena, ni el nombre del programa, solo que era uno de esos productos de relleno que las televisiones repiten en momentos de mínima audiencia: solo friquis, colgados o insomnes. Dejé el *zapping* porque la voz del presentador, profunda, envolvente, me gustó. Desvelaba con cierto ocultismo las lecciones que sobre desciframiento de la conducta recibían los agentes de los servicios secretos. Con una convicción envidiable, desgranó las pistas que buscaban, cómo las interpretaban y valoraban. Nunca pensé que aquello que, en su día, juzgué una estupidez me sería tan útil. Porque lo cierto es que, tras pensar un poco, fui capaz de detectar aquellos detalles, todos y cada uno de ellos, en el comportamiento del peculiar exorcista vasco. Las pupilas le delataron, y también la comisura de los labios, y la tensión en los hombros y el gesto de las manos y su intermitente parpadeo.

Es curioso. Se supone que alguien que observa a los demás, que es capaz de interpretar sus gestos, debería ser bueno a la hora de ocultar su propio rastro. Aunque ahora que lo pienso, no tiene por qué ser necesariamente así: los médicos también enferman, y los asesinos no soportan el color de su propia sangre. Bueno, sea por lo que sea, como dice una escritora de misterio que me gusta leer, la mente es una dama caprichosa. En el caso de Koldo Otxotorena, caprichosa o no, le había jugado una mala pasada. Me había mostrado la yugular, y estaba dispuesto a tirarme a su cuello.

Tras un brevísimo instante de duda, sorprendentemente, el cura salió por peteneras: me convidó a almorzar.

—Conozco un sitio estupendo aquí cerca, quizás quiera acompañarme. Charlaremos.

—Me parece perfecto, padre.

—Prefiero Koldo, si no tienes inconveniente. Si vamos a hablar del profesor Múgica, es preferible dejar los formalismos aparte.

28

Koldo Otxotorena me llevó a Ene, un local refinado, y no muy barato, situado a dos pasos del seminario castrense, en la misma calle del Nuncio. Ahora ya no me llama tanto la atención, pero, recién llegado, a un lucense como yo, no dejaban de sorprenderme esas fusiones entre lo oriental y el Madrid más castizo.

Cuando entramos, estaba lleno a rebosar. Una suculenta colección de olores llenaba el ambiente. Por la forma en que le recibieron, concluí que el sacerdote era cliente habitual. Esperamos unos minutos en la barra, tomando una cerveza, y finalmente ocupamos una mesita estrecha al fondo del local.

—¿Qué quieres comer, Gerardo’?

—¿Por qué no pide usted, padre? No conozco las especialidades del lugar, aunque domino la sangría —bromeé.

Él rio con ganas.

—¡Sangría, eso sí que no, ni en Cuaresma! Un buen vino. Un rioja. Mejor, un ribera del Duero. Y hemos quedado en que nos tuteariamos. Veamos la carta.

Otxotorena pidió *tempura* de pulpo, lomo de cebón de Cantabria y una degustación de postres. Me pareció una barbaridad. No suelo almorzar tanto. Sin embargo, probablemente a causa del nerviosismo, estaba hambriento, de modo que no protesté. Eso sí, sugerí compartir la ración de cebón, a lo que él accedió.

—Un sitio estupendo, gracias, padre.

—¡Y dale con lo de padre! Koldo, ¿vale? Y respecto al sitio, vengo a menudo, pero no a comer así. Suelo tomar algún pincho. Me gusta la comida oriental, y aquí la cocinan muy bien. Es curioso, soy occidental por educación, cultura y por la mitad de mi dotación genética. Y, sin embargo, la otra mitad de mi ADN sigue tirando de mí —murmuró.

Durante el almuerzo, delicioso en todos los sentidos, me preguntó por mi profesión, por el motivo de mi estancia en Madrid, por mis aficiones… No hizo mención a mi estado civil, algo que siempre hacen los curas. Puede que lleve un cartel de soltero colgado en el cuello y no haga falta. O puede, eso es lo que creo, que Koldo es especial, quizás solo distinto al estereotipo de cura que mi mente se había forjado.

—¿Y te gusta lo que haces? Me refiero a habitualmente, en el instituto de Lugo.

No tuve que pensarlo mucho.

—El gusto no tiene nada que ver. Lo hago y punto.

—De modo que no te gusta.

—Vale, lo admito: no me gusta. Enseñar en una escuela de secundaria es como jugar al ajedrez solo. ¿A qué chaval le importan hoy las oraciones subordinadas o el correcto uso del gerundio? Ellos hablan otro idioma y emplean otra escritura. Podemos decir que es lenguaje de besugos, pero es el que utilizan: ni vocales, ni haches, ni tildes, ni música. Mi trabajo está abocado al fracaso. Es como intentar

mezclar agua y aceite.

—Pues es una pena. Trabajar en algo que no te motiva resulta una carga pesada.

No me apetecía seguir hablando del instituto ni de mí, de modo que desvié la conversación.

—Y a ti, Koldo, ¿te gusta tu trabajo? Porque, desde el desconocimiento, no es que parezca demasiado atractivo. Si estuviera aquí uno de mis chicos, diría que te has agenciado un curro muy pero que muy chunga.

Su cara mostró un deje extraño que no supe interpretar. Podía ser pena, cansancio o quizás desaliento.

—Hombre, «agenciarse» no es el verbo más acertado. La actividad de exorcizar levanta recelos, provoca un cansancio enorme y algo de miedo, y, para colmo, no produce ninguna renta; un mirlo blanco, vamos. No te quepa duda de que preferiría dedicarme a otras actividades, pero alguien tiene que hacerlo. Viendo mis antecedentes, el obispo aseguró que yo era el candidato más idóneo. Si te soy sincero, creo que no tenían más.

—¿Qué quieres decir con antecedentes? ¿Habías tenido… experiencias personales?

Se echó a reir e hizo un gesto al camarero, que trajo otra botella de vino, la segunda. También la terminamos.

—Me refería a mi formación. Dime, ¿eres de los que rechazan de plano la existencia de los demonios?

—Soy de Lugo —repuse. Que era como decir que, habiéndome criado entre meigas, estaba predispuesto a favor.

—Comprendo.

Entonces, me contó sus avatares. Me explicó que, siendo su padre diplomático, había recorrido el mundo de embajada en embajada, de colegio americano en colegio americano. Cuando llegó el momento de escoger carrera y universidad, no tuvo dudas: Psicología y Harvard. Tras una carrera brillante, recibió una beca para hacer el doctorado, y se enfrascó en el estudio de cómo las emociones afectan a nuestros procesos cognitivos y al juicio moral, especialmente en las mujeres, más inclinadas a otorgar protagonismo a las emociones. Resultó ser bueno, y comenzaron a lloverle ofertas. Se decidió por Georgetown. Cogió los pocos bártulos que decoraban su apartamento de Boston y las docenas de libros que llenaban las estanterías de su despacho y se trasladó a Washington.

Pero en Georgetown no encontró interesantes retos, sino a Dios. Allí entró, por primera vez, en contacto con lo que, hasta ese momento, no era para él más que un concepto y un leve recuerdo de su más tierna infancia en Getxo (al parecer, su padre no practicaba y su madre era budista). Cuando se dio de bruces con un ser infinito capaz de emocionarse con los hijos de los hombres, quedó completamente prendado. A los treinta y cinco años, tras su repentina conversión, cambió la exploración de la mente por la del cielo y el infierno, y la ropa informal por un incómodo alzacuello.

Desde entonces, era director y profesor de Escatología en el Seminario Castrense de Madrid. Sus conocimientos de psicología, su estabilidad emocional y su probada fe le valieron que el obispo de la diócesis de Madrid le confiara el encargo de ejercer como exorcista por un periodo de dos años que se babia ido prolongando *sine die*.

—Verás, Gerardo, los poseídos sufren frecuentes cambios de personalidad. Sin embargo, existen muchas enfermedades que cursan con síntomas parecidos, y nada tienen de sobrenaturales. La primera misión de un exorcista es juzgar esas manifestaciones extrañas y separar la paja del trigo. La epilepsia, por ejemplo, es una enfermedad, aunque hay posesos que sufren crisis tónico-clónicas. Lo mismo ocurre con algunos histerismos, donde el sujeto habla empleando varias voces; o con las neurosis obsesivas. Es por ello necesario trabajar con médicos, psiquiatras y psicólogos, aunque a veces, como hombres de ciencia pegados a la tierra, sean reacios a creer.

—Bueno, si se trata de enfermedades, entonces…

—No solo. ¡También existen los dones sobrenaturales! Te pongo un ejemplo: muchos demonios leen el pensamiento, pero también esa habilidad se da en personas no poseídas. Hay célebres prestidigitadores en la historia que lo han demostrado. El doctor Alexis Didier, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XIX, mostró al mundo su capacidad para leer libros cerrados, ver cosas ocultas o jugar (y ganar) partidas de cartas o de ajedrez con los ojos vendados. Y no es el único. Se trata de personas con dones poco comunes, pero eso no significa que estén relacionados con el infierno.

Pensando en mi tía Ermita, que, más que leer el pensamiento, te taladraba el alma, pregunté:

—¿Y cómo haces para distinguir entre unos y otros?

—Poseemos algunas pruebas fiables. En todo caso, las posesiones son raras; pienso primero en lo más común: en una enfermedad, física o psíquica, conocida o infrecuente. Solo cuando los signos son irrefutables, se puede admitir una posesión. Te aseguro que cuando los veo los distingo: son inequívocos y muy poco agradables.

Iba a seguir preguntando cuando le sonó el móvil. Contestó con monosílabos, pero, con cada uno, la sonrisa se le ampliaba un poco más. Cuando colgó, satisfecho, me dijo:

—Un ejemplo más: me llamaba un médico amigo para confirmarme otra falsa alarma.

La palabra «alarma», quién sabe por qué, me retrotrajo a la sala de espera del palacio de la Nunciatura y al chaval de la silla de ruedas. Me decidí a preguntarle.

—Siento dejarme llevar por la curiosidad, pero la verdad es que me he quedado en ascuas con la familia que te visitó esta mañana. La madre me explicó que su hijo estaba poseído por…

Me cortó.

—Pondría la mano en el fuego: no existe tal posesión. El que acaba de llamar era

el doctor Plágaro, un médico con el que suelo trabajar. Tras pedir consentimiento a los padres, le envié al chaval para que lo ingresara. Es especialista en enfermedades del sueño y las habitaciones de su clínica están dotadas de cámaras para filmar al paciente, aunque el chico lo desconocía. Al parecer, meterle en la cama ha sido todo un número, pero finalmente lo han logrado. Durante la primera media hora, ha permanecido rígido, retorcido, emitiendo extraños sonidos. Pero, luego, se ha relajado. Cuando creía que nadie le miraba, ha empezado a cambiar de actitud. Creo que en breve podremos confirmar que no es «paciente» mío, sino del psiquiatra: lleva años fingiendo. Si te soy sincero, de este caso lo único que me preocupa es el padre: si le dejan solo, se merienda al chico y a la madre. Gracias a Dios, la mayoría de las personas que trato son de ese tipo.

—La mayoría… —mascullé.

29

Se empeñó en que tomáramos un chupito y una infusión. Insistió en sus propiedades digestivas y se decantó por un licor de avellanas y una tisana a base de regaliz. Prefiero el de hierbas, pero el de avellanas, fresquito, no estaba mal. Pero, en cuanto la camarera depositó las dos pequeñas teteras sobre la mesa, supe que consumiría la mía sin respirar: olía como el brebaje que mi tía Ermita me preparaba cuando tenía fiebre. Un sabor vomitivo. Él, sin embargo, parecía disfrutarlo. Y, mientras lo saboreaba, sonrió con un gesto cómplice, y dijo:

—Creo que va siendo hora de que me cuentes algo sobre tu casa, Gerardo.

A aquellas alturas, habíamos dado cuenta de unas cervezas durante la espera, un par de botellas de un Ribera del Duero, fuerte y espeso como sangre de toro, y un par de chupitos de avellana. Es decir, que tenía bastante suelta la lengua. ¡Y pensar que en Lugo no pasaba de una cañita de vez en cuando! En cuanto me preguntó, no me anduve con chiquitas.

—De acuerdo, hablemos. En mi casa, los grifos y las puertas se abren solos. De cuando en cuando, huele a almendras amargas y las cosas cambian de sitio por sus propios medios. Y todo eso, según mi modesta opinión, tiene que ver con el cuaderno Moleskine que encontré en el ático. He leído una parte, hasta las páginas arrancadas… Puede parecerte descabellado, pero, hablando de ello con Encarna, mi vecina del cuarto, he llegado a la conclusión de que quizás tú tengas las páginas que faltan, o sepas quién puede tenerlas.

—¡Ah, doña Encarna! Supongo que te referirás a la señora del pelo rojo. ¡Magnífica mujer! Mala cocinera, pero muy intuitiva. Naturalmente, me acuerdo de ella, pero no sé nada de un cuaderno. Dime algo más sobre él, ¿de qué se trata?, ¿por qué te interesan tanto esas páginas?

—En realidad, Koldo, a mí ese cuaderno me importa un bledo. Lo único que quiero es vivir en paz. No sé si me comprendes. Quiero poder meterme en la cama sin pensar en ratones o en fantasmas. Si para eso tengo que perseguir el cuaderno, lo haré.

Me observó con cara de perplejidad. O era un gran actor, o no sabía de qué le hablaba.

—Espera, Gerardo, vayamos por partes. ¿De quién es ese cuaderno?

—No sé de quién es, pero lo firma una tal Ruth Kaufmann. Cuenta su vida.

Se puso en guardia de inmediato.

—¿Ruth Kaufmann, la historiadora norteamericana?

—Asentí y clavé los ojos en él, para ver su reacción, que, de nuevo, fue de extrañeza. —Es la primera noticia que tengo: no sabía que escribiera un diario. ¿Y qué tipo de información contiene?

Me concentré para no hablar más de la cuenta. Había ido a buscar información, no a compartirla, pero, dada la situación de mi alcoholímetro, no las tenía todas

conmigo. Le hablé de una Ruth enlutada, anegada en lágrimas, con dificultades para pagar la hipoteca de la casa. Le conté el trabajo ocasional, los motivos de su venida a Madrid y el quiebro en el relato.

—… Como digo, al texto le faltan varias hojas. Encarna pensó que podrías tenerlas tú.

—Me temo que no sé nada de ese escrito. Reconozco que hablé con Ruth en un par de ocasiones. Conversaciones largas, interesantes, casi siempre en mi despacho, pero nunca me habló de nada secreto.

—¿Y por qué vino a verte? Me resulta curioso que una chica judía llegue a Europa y vaya precisamente a visitar a un cura.

—Vino porque me conocía. Asistí muchas veces a la tertulia que tenía su padre en Harvard. David Kaufmann era un gran hombre y un extraordinario científico, inteligente y tenaz donde los haya. Además, había coincidido con ella en algún congreso.

—¿Y de qué hablasteis, Koldo?

Enarcó las cejas.

—¡Ah! Fueron profesionales. Me refiero a mi profesión, claro: hablamos del cielo.

La cosa iba cuadrando. Ruth afirmaba que había ido en busca de un metafísico. Koldo continuó hablando. Me pareció que elegía cuidadosamente lo que decía, de modo que puse cara de bobo e insistí por si le pillaba en un renuncio.

—¿Cómo dices? ¿Del cielo? ¿De qué se habla cuando se habla del cielo?

Al descender, el sol superó el límite, penetrando con toda su fuerza por la ventana del restaurante. La cara del sacerdote se pintó de luz, una especie de curioso antifaz. Sin embargo, él siguió concentrado, inamovible en el gesto, con la espalda erguida. Sin arrancar los ojos de la bebida humeante de regaliz, narró:

—Te sorprenderías. Hay miles de libros que versan sobre el cielo. ¡Tendrías que ver mi biblioteca! Pero lo que a Ruth Kaufmann le preocupaba, o eso fue lo que me dijo, era algo muy concreto. Cuando empezó a pedirme detalles sobre mi religión y a citar de memoria los Evangelios, pensé que buscaba escribir una novela escandalosa, como algunas que circulan por América. Pero no, solo quería hablar del cielo. Recuerdo que le pregunté sobre qué exactamente: la vida eterna, el purgatorio, el juicio final, los cuerpos gloriosos… Me observó durante unos segundos, recuerdo que tenía la misma fijeza que su padre en los ojos, y después me dijo con voz firme: «Quisiera saber dónde está el cielo». Naturalmente, me alegré mucho.

Continuaba pesando al gramo sus palabras. Pensé inicialmente en una precaución teológica, pero luego concluí que, como yo, se guardaba las espaldas y se cuidaba de hablar de más. Intenté tirarle de la lengua.

—Te alegraste…, y eso ¿por qué?

—Hombre, Gerardo, no hay mucha gente inteligente y culta interesada en estos temas. Y es curioso que así sea. Mueren nuestros vecinos, hermanos y colegas, pero

nunca pensamos en que, más temprano que tarde, nosotros correremos la misma suerte. Por eso, mi materia está tan poco cotizada.

Echó mano al bolsillo y extrajo un paquete de cigarrillos, haciéndose con uno, que encendió. Un humo ceniciento envolvió su rostro.

—Uno de mis vicios —explicó——. No está permitido fumar, pero he llegado a una entente con uno de los camareros. Le doy unas caladas y él se acerca para recordarme la prohibición. Entonces, lo apago.

En efecto, tras dos caladas, en las que se deleitó con evidente placer, llegó el camarero. Koldo procedió como dijo.

—De acuerdo, te preguntó por el cielo, ¿y qué le contestaste?

El sacerdote se echó a reir.

—¡Que de poco sirve tener una cátedra sobre tales asuntos! Lo único que pude decirle es lo que sé, es decir, lo que no hay allí.

—¿Y qué no hay? —le interrumpí. Me había picado la curiosidad.

Con voz melosa recitó:

—En el cielo no hay muerte, ni sufrimiento, ni hambre, ni dolor, ni fatiga, ni penas, ni desengaños, ni llanto, ni desamor, ni luto, ni juanetes. Ni espacio, ni tiempo, tal y como lo conocernos hoy. Pero, claro, Ruth hablaba de otra cosa.

Me fascinó, extrañamente, el tono de su voz o, más bien, su convencimiento, y seguí indagando.

—Hablas del cielo como si lo conocieras, como si, de alguna forma que no logro comprender, lo hubieras experimentado.

—¿Sabes que a algunos mutilados les duele el miembro que les amputaron? A esa sensación se le llama «dolor del miembro fantasma». Y duele de verdad, horriblemente, incluso; no se trata de una mera ilusión. Así nos ocurre a los hombres con el cielo. Lo tuvimos, lo perdimos, y en nuestros genes está el dolor de la pérdida, y el deseo de una felicidad plena, que no acaba. Es como una nostalgia; una morriña de infinito, para que me entiendas. ¿Tú no la sientes?

—No —reconocí sin ambages.

Se encogió de hombros.

—Pues, al parecer, Ruth sí la sentía. Hablamos de ello.

—¿Estás tan seguro de lo que dices como aparentas?

—Mira cómo voy vestido. ¿Crees que hubiera elegido esta vida de no estarlo? Sé que hay un cielo y que allí seremos felices y estaremos completamente en paz. Y, pese a todo, a veces, dudo. ¡Gracias a que Dios es comprensivo!

—Ojalá tengas razón. Eso nos beneficiaría a todos —concedí—. Dime, ¿de qué más hablasteis Ruth y tú?

—No lo sé, de nada concreto. Me pidió bibliografía para orientarse. Concluí que era el dolor por la pérdida de su padre lo que motivaba sus preguntas. Es lógico: cuando muere alguien joven, inesperadamente, se produce un terrible desgarro.

—¿Y eso fue todo?

—Más o menos, sí: cielo y más cielo.

Tomó aire un instante, y luego añadió:

—Estoy encantado charlando contigo, Gerardo, pero se me ha hecho tarde. Tengo mucho que hacer y debo marcharme. Y, respecto a lo que ocurre en tu piso, no suena demasiado bien. Si quieres, me acerco y te lo bendigo. Las infestaciones diabólicas no son demasiado frecuentes, pero existen, y provocan situaciones muy desagradables.

—Espero que no sea necesario, pero gracias. Oye, Koldo, no hemos hablado de Múgica —le dije mientras salíamos—. ¿Lo conocías?

—¡Claro! De Harvard, de casa de David Kaufmann y también de Madrid. Trabajaba en el Centro Superior de Investigaciones Científicas y daba clases en la universidad. Por cierto, Gerardo, ¿te importarla que echara un vistazo a ese cuaderno?

—Lo siento. Esta mañana lo he tirado a la basura.

—Lástima. En fin, si vienes conmigo, avisaré a Óscar, mi chófer, para que te acerque a donde quieras ir. Es un gran tipo, militar retirado, que conoce Madrid mejor que la palma de su mano.

—Te lo agradezco, pero prefiero pasear. He almorzado demasiado.

30

Callejeaba por los alrededores de Canalejas, desfondado, con el ánimo por las alcantarillas y la infusión de regaliz pateándome el estómago, cuando me di de frente con la marquesina del autobús urbano, o, más bien, con el cartel que ocupaba su zona publicitaria. Nada que no hubiera visto antes: un anuncio que trataba de convencer a los viandantes de que denunciar las sospechas de maltrato era una vía de solución para ese desgraciado, pero no incurable, cáncer.

No obstante, cuando el eslogan «No te dejes engañar por las apariencias» entró en mi campo visual, lo interpreté en una clave muy diferente. Una vez que me enfrenté a la posibilidad de que el exorcista me hubiera tomado el pelo, me sentí invadido por una intensa rabia. Se mirara por donde se mirara, entre las versiones de Encarna y Koldo se abría una brecha monumental. Encarna no tenía por qué mentirme, de modo que la conclusión era obvia: definitivamente, el cura se había reído de mí. Media mañana gastada, sentado en una incómoda y lóbrega sala, rodeado por gentes sospechosas y con el riesgo de ser atrapado por cualquier presencia extraña, y todo ¿para qué? Pues para ser despedido con buenas palabras, almuerzo oriental y colon irritado. Y, por supuesto, sin un solo dato.

«Una tomadura de pelo. Pero esto no va a quedar así. De ninguna manera», mascullé, mientras daba una nueva vuelta de tuerca a mi bufanda, más como signo de decisión que por arroparme la garganta, aunque también el viento seguía tan cortante como el de la mañana y el cielo se había encapotado. —La cólera me subía ya por las pestañas cuando decidí volver sobre mis pasos. Me prometí no regresar al sosiego del número 12 (lo del sosiego es un decir) sin alguna respuesta. Pero antes me vi forzado a visitar los servicios de uno de los locales de la zona.

El regaliz…

Los retortijones me mantuvieron en el cuchitril un buen rato. La luz estaba tasada y en cuanto los segundos avanzaban me veía obligado a levantarme y palpar la pared, fría y solo medio limpia, en busca de salvación. Pese a todo, gocé del sosiego suficiente para pensar en Koldo Otxotorena. El tipo me había engatusado de la manera más burda y yo, tonto del culo, me había dejado burlar. De acuerdo, era un cura; los de su profesión tienen a gala decir la verdad. Además, su sonrisa deshacía cualquier desconfianza, pero con todo y con eso, me había dejado engañar. Estaba seguro de haber resultado un enemigo extremadamente fácil. Eso era lo que más rabia me daba. Alguno de ustedes pensará que es lógico que un egresado de Harvard, especialista en psicología y acostumbrado a batirse el cobre con demonios de todo pelaje, se meriende en un visto y no visto a un profesor de escuela que enseña Lengua y Literatura. Pero todos ustedes se equivocan. No hay enemigo pequeño. Y yo soy de Lugo, lo que, en ocasiones, puede marcar la diferencia.

«¿Quieres jugar, Koldo? Vale, juguemos. Y no pienso envidar a chica», pensé al apretar el paso.

Cuando llegué al edificio castrense, la bandera seguía en su sitio, imponiéndose, pero por los alrededores no se veía un alma de uniforme, solo un rebaño de peatones anónimos carentes de pasto, cada uno a lo suyo. El portón estaba abierto y el patio desierto, de modo que busqué las escaleras y subí a buen ritmo, casi corriendo. Ya arriba, me encaminé hacia al ala este. El pasillo se estremecía bajo el influjo de las ráfagas de vacío color cuervo. El despacho que pocas horas antes ocupara Noa estaba oscuro. De hecho, todo el pasillo se hallaba en penumbra, a excepción de una puerta, al fondo, por cuyos bajos se filtraba una tajada de luz. Avancé con gesto vacilante, no por el padre Koldo, sino porque me rondaba la vaga impresión de ser observado. Como si tuviera una extraña presencia pegada a la nuca. Me acordé de san Simón que, naturalmente, no producía efectos a distancia.

Lo cierto es que, de lo asustado que estaba, me así al ajo plateado como el niño a su chupete y aceleré. Ya en la entrada, dudé si llamar o entrar con gesto ofendido. Siendo quien soy, habrán comprendido que levanté la mano derecha y preparé los nudillos. Pero la puerta no estaba cerrada, sino entreabierta, y al contacto con mis huesos cedió, dejándome ver una habitación pequeña, que más parecía una celda. No contaba con más mobiliario que un reclinatorio y un altar. Fría, olía a cera de vela.

De espaldas, de rodillas sobre un reclinatorio, viejo como todo lo que lo rodeaba, con la cabeza gacha, y una rebeca muy usada sobre los hombros, Koldo Otxotorena rezaba. Me llamó la atención su pelo. Tenía una mata envidiable, al menos para los que nos estamos quedando calvos; con una raya impecable de esas que, aunque se despeine con el viento o al ponerte el jersey, nunca pierde su sitio. Recta, perfecta, principio y fin. Yo ya no me hago raya. Me peino todo el pelo hacia atrás para que tape la mayor superficie posible. ¿Y qué decir del color? Tenía diez años más que yo, pero, mientras mis sienes amenazan con platearse, en las suyas no asomaba una cana. No se movió ni un ápice, pero su voz, una voz líquida y brumosa, de cura pequeño, de dedos cortos y dicción medio vasca, me miró por encima del hombro.

—Llevo rato esperándote, Gerardo.

No había sombra de sarcasmo en su tono de voz, que desde luego había cambiado. No tanto como para pensar que estaba arrepentido, pero si lo suficiente para que volviéramos a empezar en una relación de igualdad. En muchos sentidos, nos ncontrábamos por primera vez.

—Pues ya me tienes aquí.

Se levantó y se dio la vuelta. Tenía los ojos húmedos y el gesto umbrío.

—¿Te apetece un café?

—Gracias, con el regaliz he tenido suficiente. Con franqueza, yo pensaba que los curas no mentiais —solté, sin calibrar mis palabras.

—Hablando con propiedad, no lo he hecho. Una cosa es mentir y otra muy distinta no contar toda la verdad.

—No me vengas con florituras, Koldo, están fuera de lugar. Necesito respuestas, las merezco después de cómo me has tratado.

Asintió y con un gesto de la mano me indicó el camino de su despacho. Recomamos el pasillo cuando la sensación de ser observado se agudizó, tanto que lo comenté con él.

—Aquí dentro, parece que las paredes te vigilan.

Se detuvo, me miró atentamente y respondió:

—Sé de lo que hablas, Gerardo, porque, desde hace meses, a mí me ocurre lo mismo, aunque llevo puesta la estola. ¿Sueles usar agua bendita?

—¿De qué estola hablas? Y el agua bendita, ¿para qué sirve? ¿Es como el ajo para los vampiros?

La primera pregunta buscaba saber. La segunda era retórica: tenía que tirar el diente que llevaba en el bolsillo y hacerme con una botella del agua en cuestión. Entramos y cerró la puerta. Se desabotonó la camisa negra (en aquel momento no llevaba alzacuello) y se sacó del interior una banda de tela. De color morado, era similar a la que emplean los sacerdotes católicos en el confesionario, pero algo más corta. Llevaba tres cruces bordadas, una en el centro y las otras dos en los extremos. Me la tendió. Estaba muy húmeda. Le interpelé con la mirada.

—La rocío con agua bendita y la oculto bajo la camisa, tocando el pecho, cuando tengo que vérmelas con un potencial caso de posesión. A los demonios les desagrada sobremanera. Son capaces de captar la presencia de agua bendita a metros de distancia, aun cuando esté oculta a la vista. Me la puse para recibir al chaval de esta mañana, y aún no me la he quitado. Esta vez, he debido de pasarme con la cantidad.

—Pues te va a dar un pasmo. La humedad es malísima para los bronquios.

—Lo sé. Pero yo también he tenido la sensación que tú describes. Me entristece decírtelo, Gerardo, pero creo que te has metido en un berenjenal de padre y muy señor mío. Algo cuyo alcance no aciertas a comprender.

Como si no hubiera tenido suficiente con el regaliz.

—¿Tienes tú esas páginas, Koldo?

—No, no las tengo. Ni siquiera sabía de la existencia de ese cuaderno.

—Pero sabes qué es lo que dicen, ¿no?

—Sabes, saber, no, pero lo intuyo. Como tú, ¿no es así?

Yo ya no sabía ni qué intuir.

—Mira, Koldo, no me gustan las adivinanzas, ni los acertijos, ni siquiera los crucigramas. De modo que vamos al grano. Te contaré lo que sé si tú prometes hacer lo mismo. Sin engaños, ¿de acuerdo? Todo lo que conoces, lo que cuentas y lo que te callas. ¿Aceptas?

—Debes comprender cuánto está en juego…

Hubiera debido reflexionar sobre lo que decía. Pensar que aquello era mucho más serio que lo que mi oído captaba, pero tenía la sangre ardiendo. Sacudí la cabeza en ademán negativo y respondí con chulería.

—No, no tengo que comprender nada. Es muy sencillo: ¿juegas o no juegas?

Se entretuvo unos instantes, enredando con una especie de rosario de cuerda

marrón que se había sacado del bolsillo. Finalmente, levantó la vista.

—Tú ganas. Dime qué es lo que sabes.

Se lo expliqué. Todo. Empecé por las Acta Pilati. Según desgranaba los hechos, su cara se transformaba y su cuerpo encogía. Acababa de apretar algún resorte secreto y dejar al descubierto la entrada a una cueva recóndita y oscura. De pronto, levantó la cabeza y me detuvo.

—¿Cómo dices que describe esos animales muertos?

—La paenula incluía un dibujo. No hay duda: se trata de una pareja de canguros, macho y hembra, al parecer.

—¿Canguros?

Me eché a reír e intenté parecer natural.

—Sé como suena, Koldo. Hasta un profesor de secundaria como yo sabe que los canguros son originarios de Australia. Es imposible que veinte siglos atrás hubiera una manada de canguros en Jerusalén. Y si restara alguna duda de su procedencia temporal, dice que estaban marcados con un código de barras plastificado.

—¡O sea, que por eso Ruth fue a ver a Múgica! La chica hablaba de conectar dos dimensiones. Australia con Jerusalén. Canguros con bueyes. Siglo I con sigloXXI… Tierra con cielo, ¿lo entiendes, Gerardo?

Me encogí de hombros.

—Pues no, Koldo, no entiendo nada. Lo único que sé es que yo te lo he contado todo y tú no has soltado prenda. De modo que empieza a largar. Por favor —suavicé.

—De acuerdo. Allá voy. Pero el misterio acaba de resolverse solo. O casi. Te voy a contar lo que creo que pasó.

31

—Ruth Kaufmann vino a verme un viernes por la mañana —relató Koldo—. Sé que era viernes porque acababa de venir de jugar mi partida de golf, que es lo que hago ese día de la semana. Como te dije, la conocí de niña en casa de su padre. Más tarde, siendo ya sacerdote, coincidimos en un par de congresos. Yo la recordaba vagamente, más por su apellido que por otra cosa. Aquel día exhibía mal aspecto. Bueno, ella no es una chica muy agraciada, con esa melena negra y lacia cayéndole por la cara, y ese cuerpo desgarbado… Pero dejemos eso. No te mentí durante el almuerzo, vino preguntando por el cielo: quería datos sobre el más allá. Pero pronto noté que tras sus palabras se ocultaba algo. Los signos eran muy claros. Tenía una idea entre ceja y ceja; algo difícil de concretar, pero real. Me costó que emergiera. Porque, en realidad, era cierto: su intención era llegar al cielo. Pero mientras yo hablaba de una esperanza intangible, ella lo hacía del cielo físico; no sé si me entiendes…

—Pues no, la verdad. Mi cultura religiosa está bajo mínimos.

Levantó los brazos en señal de protesta. Eran cortos y delgados.

—¡Venga, Gerardo, no te hagas el progre! Esto es de primera lección de párvulos y en España todo el mundo tiene un pariente eclesiástico, una monja, un cura, un jesuita… Alguno de ellos ha debido hablarte del cielo.

—De acuerdo, sé que el cielo es el lugar al que van los buenos cuando mueren y el infierno el sitio donde se destierra a los malos.

—¿Ves? Ya nos vamos entendiendo. Ruth vino con un ejemplar de los Evangelios. Me leyó un pasaje y me pidió que lo interpretara.

—¿Y se vino desde América para eso? ¿Es que no hay curas allí? No, Koldo, no me lo creo.

—Ya veo que no me sigues. —Abrió uno de los cajones de su escritorio y extrajo un libro pequeño y grueso, de tapas marrones y muy usado. Empezó a pasar páginas hasta dar con lo que buscaba—. Aquí está: Lucas 24, 36. Escucha atentamente porque este es el párrafo en cuestión:

»”Mientras aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos y les dijo: ‘Paz a vosotros’. Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían un espíritu. Pero él les dijo: ‘¿Por qué estáis turbados y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo’. Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ‘¿Tenéis aquí algo de comer?’”.

»¿Lo entiendes ahora?

Negué con un gesto al que añadí:

—No, sigo como al principio.

—Pues no es tan difícil: Ruth escogió un pasaje de los Evangelios en el que Jesucristo, que acaba de ser ejecutado, se presenta vivo ante sus discípulos. Ellos

pueden comprobar que es real, una persona viva, no un espíritu; un hombre con manos y pies, que come pan y pescado. Si Jesucristo posee un cuerpo físico, entonces a ella se le abría una ventana a la esperanza… Une esto con la presencia de un astrofísico y tienes el problema resuelto: creía haber encontrado la puerta del cielo, la entrada trasera al más allá, y pensaba atravesarla…

Se me pusieron los pelos de punta y me flaquearon las piernas al oír mencionar ese nombre: ¡La puerta del cielo! Recordé de pronto todos los fenómenos extraños que acontecían en mi casa. Y pensé que aquel sacerdote podría tener algo que ver.

—¿Y cómo diantres pudo llegar a esa conclusión tan absurda?

—Pues verás, Ruth me contó que, uno de los veranos que pasó en Israel, un rabino (un tal Jayim, creo recordar) le leyó relatos de personas que habían fallecido, pero que no llegaron a morir definitivamente. Todos mencionaban una luz intensa al final de una caverna profunda; una visión de 360 grados; una especie de túnel que las almas atravesaban mientras les salían al encuentro seres queridos fallecidos que les hablaban directamente al alma. La vida entera pasando ante sus ojos en un instante, y dejando ver huecos y sombras. Aquello fue toda una revelación para Ruth.

Le impresionó su unanimidad y…

Como buen escéptico, le interrumpí para hacer de abogado del diablo.

—La coincidencia de testimonios es un grado, pero se puede explicar por muchos otros factores. Tú eres psicólogo, sabes cómo de influenciable es nuestra mente en circunstancias extremas, y no hay nada más extremo que hallarse a las puertas de la muerte. Y respecto a lo demás, has mencionado el texto de un evangelista escrito hace dos mil años, supongo que con lenguaje metafórico.

Molesto, hizo como si no me hubiera oído y continuó:

—El rabino les presentó a un médico que se había ahogado y tras cuatro largos minutos sin latido cardiaco consiguieron resucitarle. Volvió sin ninguna secuela. Y contó que, estando muerto, su esposa le salió al encuentro al final de un largo túnel. La luz la enfocaba por la espalda y parecía flotar sobre la nada. Aseguró que distinguió claramente su rostro, que estaba bellísima, y parecía muy feliz. A Ruth le impresionó que mencionara su cara: su sonrisa, sus ojos… Esa señora estaba enterrada en Gaza. A lo sumo quedarían de ella unos huesos pelados y unos trozos de carne maloliente. Los Evangelios refieren una historia similar en el monte Tabor, donde Jesucristo se transfiguró. Sus discípulos le vieron lleno de gloria, conversando con Elías y con Moisés. Estaban tan estupefactos que uno de ellos, Pedro, le dijo a Jesús: «¿Quieres que hagamos tres tiendas, una para Ti, otra para Elías y otra para Moisés?»… En fin, lo que quiero decir es que los discípulos, que eran unos pobres pescadores, torpes y analfabetos, contemplaron a dos personas muertas, que hablaban con su Señor, y reconocieron en ellos al profeta Elías y a Moisés… ¿Cómo lo hicieron? No lo sé. ¿Eran personas? En realidad, no es posible: Moisés fue enterrado siglos atrás. Yo no creo en fantasmas, pero podrían ser espíritus con forma humana. Lo desconozco. Lo importante es que los discípulos captaron esa visión, hablaron con

ellos, convivieron con ellos.

—Mira, Koldo, soy gallego, pero una cosa es cantarle a la luna y mezclar yerbas y otra muy distinta andar relacionándose con gentes muertas o medio muertas.

Levantó la cara, me observó atentamente y, tras unos segundos, me confesó:

—Mi padre falleció una noche de abril, hace ya seis años. Estaba sentado en una butaca. Le costaba mucho respirar, por eso no podía permanecer recostado. Tras despedirse de mí, pareció entrar en coma. Me quedé junto a él, rezando en silencio. A media noche, súbitamente, despertó. Por un instante, recuperó su tono de voz, el de antaño, el que yo recordaba, fuerte y cariñoso a la vez. No me miró, pero, dirigiéndose a mí, levantó el brazo y señaló el final de la habitación mientras decía: «Ha venido a buscarme, Koldo; es tu madre. ¡Qué hermosa eres, San-Lu, por fin estaré a tu lado!». Obviamente, yo no la vi. Pero tuve la certeza de que él decía la verdad. Murió inmediatamente.

Enfrentado a sus recuerdos, Koldo pareció envejecer un poco más, pero no eran momentos para ternuras.

—De nuevo, unanimidad. Muy bonito todo, Koldo, muy esperanzador. Pero…

—Sí, ya sé: el cuaderno. Lo que quería explicarte es que, al parecer, Ruth había llegado a la conclusión de que la distancia física entre este mundo y el otro podía no ser tan grande. Que allí, en el cielo, había personas de carne y hueso. Que se trataba de un espacio físico, al que ella podía acceder. Estaba sufriendo tanto que necesitaba saber que volvería a contemplar el rostro de su padre; su cara, no una bonita idea, ni un canto lacrimógeno. Quería tener la certeza de que podría abrazarle, verle sonreír. Entonces, yo no sabía nada de ese cuaderno. Pero lo que tú me cuentas aporta la pieza que faltaba: no solo pensaba haber entendido el cielo como concepto, sino que creía haber encontrado la puerta para llegar a él. Una puerta que, de alguna manera, tiene que ver con la astronomía si pensamos en la persona que la buscó: Lalo Múgica.

A mi mente retomaron las ecuaciones de la pizarra, cuya constancia solo mi móvil retenía. Traté de no trasparentar mi ne1viosismo y pregunté con asepsia.

—¿Y a ti qué te parece eso?

No pareció dudar.

—Una tontería. No puedo explicar esas experiencias, aunque me consuela constatar que parecen buenas y que allí seremos felices. ¡Pero de ahí a buscar el cielo apoyándose en las leyes físicas! No, no es posible. El cielo es metafísico. No se trata de un sitio, como esta habitación. No es un espacio y, por descontado, no tiene puerta de atrás ni salida de emergencia.

—Pero Múgica era un científico, ¿cómo pudo creerse esa patraña?

Suspiró.

—Ruth era judía, Gerardo. Ellos ven las cosas de otra manera. Verás, la literatura judía habla de tres cielos. El primero es el del Génesis, el Jardín de Adán y Eva, para que nos entendamos: un lugar que mana leche y miel, donde el cordero y el león pacen juntos. Aunque nuestros primeros padres fueron expulsados, el lugar

permanece fuertemente custodiado por algún ángel. La tradición hebrea asegura que está situado en un lugar elevado y rodeado por un muro negruzco, visible e invisible a la vez, que solo se abre a los justos. Describen también un segundo cielo, el jardín inferior, que habitan las almas de los justos tras la muerte. Un lugar intermedio entre la muerte y la resurrección. A este cielo le atribuyen una gran luminosidad: la que refleja la felicidad de las almas, que no necesitan comer ni beber y que disfrutan de Dios y sus tesoros. Finalmente, existe el paraíso definitivo, el escatológico, el que habitarán los bienaventurados tras el juicio del Mesías. Ruth creía haber encontrado un pliegue en el tiempo que podía conducirla al segundo cielo.

—Un pliegue en el tiempo, ya…, algo que tú aseguras es imposible.

—Así es.

—Y si es imposible, ¿cómo consiguió convencer a

Múgica, con lo listo que era?

—Ni idea. Eso es lo que nunca he logrado comprender.

Respiré hondo. Me estaba poniendo nervioso.

—Vale, dejemos eso. Lo único que quiero saber es dónde están Ruth y Múgica.

Otxotorena encendió otro cigarrillo. Al ver cómo disfrutaba del humo, por un momento, deseé haber sido fumador.

—Tampoco lo sé, Gerardo. De verdad, lo que te he dicho es todo lo que sé… sobre el profesor.

¿Por qué será que no le creí?

32

Al dejar a Koldo y ceder la tensión, empecé a acusar el cansancio, tanto que, cuando abandoné el paseo de Recoletos y enfilé hacia mi casa, no me tenía en pie. La infusión me había dejado literalmente seco y me mortificaba la sed, una sed formidable: solo la imagen de la Voll-Damm que guardaba en el frigorífico y con la que pensaba resarcirme me animaba a continuar. Los ánimos no iban mucho mejor. Porque, lo mirara por donde lo mirara, regresaba con las manos vacías: sin las páginas perdidas, sin pistas ni respuestas y con la cabeza recalentada. Lo único positivo que me traía era una botellita de agua bendita, que venía sin libro de instrucciones, y, aunque les cueste creerlo, una cita. La primera en mucho tiempo.

La timidez, ya se sabe.

No siempre he sido tímido. Durante años tuve sueños. Sueños en los que era otra persona, abierta, simpática, con ingenio. El caso es que tengo bastante sentido del humor y, pese a mis dos carencias —la altura y el pelo—, no estoy mal del todo. Mi amor de párvulos, una rubita de pelo rizoso que hablaba con la «z», a la que prometí amor eterno y por la que lloré desconsoladamente cuando trasladaron a su padre, militar de carrera, al Ferrol, decía que nunca había visto unos ojos tan bonitos (los tengo de un peculiar color morado oscuro). Solía tocarme el mentón, partido, asegurando que me daba un aspecto feroz por el que, cuando creciera, todas las chicas competirían. Como adivina no hubiera tenido precio, pero lo cierto es que si me he aislado del mundo femenino no es por mi porfiado individualismo, ni por la envoltura, ni por el miedo al contacto. Lisa y llanamente: estoy picado de orgullo. Se me nota más que si padeciera viruela. La inquietud, que camuflo como timidez, de un potencial rechazo me ha hecho rehuir cualquier acercamiento; ante la posibilidad de enfrentarme a una negativa, prefiero no arriesgarme. Por eso, jamás he pedido relaciones serias a una mujer. Por eso sigo soltero. Pero, en aquella ocasión… No sé. Quizás sea el agua de Madrid. Quizás el largo colgante de plata que penduleaba en su pecho, generoso y firme, consiguió hipnotizarme. Pero el caso es que me sentí mucho más atrevido de lo habitual y me lancé sin pensarlo.

El encuentro fue casual. Otra jugada maestra del destino que no podía dejar escapar. La secretaria de Koldo había olvidado el móvil en el despacho. Subía a buscarlo cuando yo bajaba, dejando al sacerdote sumido en profundas reflexiones. La escalera hablaba en susurros de cera, y los pasillos crujían mentiras, de modo que iba apretando el paso. Casi me la llevo por delante, tantas ganas tenía de salir de allí.

—¡Bendito sea Dios, Gerardo! ¡Vaya susto me ha dado!

Había cambiado la falda marrón por unos vaqueros, y el jersey rosa por una camisa blanca y una americana azul, pero, para mi alegría, no se había deshecho de las sugerentes botas de cremallera y borlas.

—No era mi intención, Noa. ¡Las escaleras son tan tenebrosas!

Era cierto. La sombra de la noche ya se zampaba el crepúsculo y el edificio no

tenía más iluminación que la de emergencia.

—Ni que lo diga. Cuando me toca volver por la tarde, me pongo nerviosa. ¡Estas paredes son tan rancias! ¡Parece que encerraran almas en pena! En fin, que se me acelera el corazón. Por eso, entro y salgo corriendo.

—Si va a ir más tranquila, la acompaño. No tengo prisa.

—Bueno, si no le molesta, se lo agradecería. Solo será un segundo.

Nada más comprobar que no lucía anillo de compromiso, me animé al toro. Sin capote ni arte y, por descontado, sin espada. Un arranque a lo Curro Romero en sus mejores tiempos. Iba tras ella, guardándole las espaldas. Y, sin más, se lo solté. La voz me salió potente, convencida.

—Noa, sé que puede sonar precipitado y que me va a decir que no me conoce de nada, pero me gustaría invitarla a cenar un día de estos. Mañana viernes, si es posible.

No se dio la vuelta, pero se demoró un brevísimo instante. Luego, continuó:

—Me halaga, Gerardo, pero no sé si…

—Si lo dice por mi tema, valga la redundancia, no tema: no tengo absolutamente nada que ver con el demonio. Koldo puede certificarlo. Solo soy un profesor que quiere invitarla a un restaurante con velas. ¿Le gustan las infusiones?

—Pues la verdad es que no, prefiero el café.

¡Almas gemelas! Si ya lo decía yo.

—Entonces, ¿le viene bien mañana?

Se tomó su tiempo, pero respondió con voz decidida:

—De acuerdo, acepto. Aunque debo reñirle por hacer estas cosas, ¿y si yo tuviera algún tema?

Eso no me lo esperaba. Y a primera sangre, me lo tomé en serio.

—¿Tema?, ¿quiere decir que…? —Lo pensé apenas una micromilésima de segundo, así me va cuando dejo suelto el corazón, y añadí—: Pues ¿sabe una cosa. Noa? ¡Nadie lo diría! Lo lleva usted estupendamente. La presencia le favorece muchísimo.

Se río con mi ironía, y así, sin más, me vine con una cita en el bolsillo.

Una buena cita, al menos desde mi punto de vista.

Sé que otros no opinarían lo mismo porque, si bien Noa tenía sonrisa de colegiala, desde luego no lo era.

Sin duda, estaba mucho más cerca de los cuarenta que de los treinta, si es que no los había rebasado ya. Yo tengo treinta y cuatro; entonces, tenía uno menos. Pero a mi esa diferencia no me importaba. Es más, si tengo que escoger, opto mucho antes por las arrugas que por las risas bobas y las lágrimas histéricas. Esas tonterías me sacan de quicio.

Sin embargo, la edad tenía su riesgo si se miraba el otro lado de la ecuación. Quizás por el poco pelo que me queda, quizás por el modo de vestir o por mis modales, parezco mayor de lo que soy. Si Noa me había echado años encima, no había problema. Pero si había visto en mis huesos una de sus últimas oportunidades

para ser feliz, una salida de emergencia, un partido rebajado, no me hubiera hecho ninguna gracia. Decidí ver el vaso medio lleno y pensé que, por una vez, mi incipiente alopecia iba a resultar un buen negocio.

33

Regresaba flotando sobre una nube. Pero al llegar al número 12 el sueño se transformó en pesadilla. Y con eso quiero decir que no habían pasado más de dos minutos desde que introdujera la vieja llave en la cerradura y ya tenía a Encarna apretando el timbre. ¡La buena y dulce Encarna, que parecía haber conferido un nuevo significado a la palabra «inoportuno»! ¡La bizca Encarna, cuyo ojo estrábico parecía el de Dios!

—Bueno, Gerardo, ¿cómo ha ido la cosa? Llevo toda la tarde en ascuas. Pensé que le había ocurrido algo.

—Nada de nada. Y «la cosa», como usted lo llama, simplemente, no ha ido. El sacerdote dice que no sabe nada de ese cuaderno: nada de esas páginas y poca cosa de Ruth Kaufmann. Asegura que soy la primera persona que le habla de ese diario de tapas negras.

Permaneció unos instantes pensativa, plantada como un pasmarote. Luego, caminó hasta la cocina donde dejó el consabido bote de mermelada (el tercero de la semana).

—¡Vaya, eso no me lo esperaba! En fin, habrá que buscar en otro sitio. Y por el demonio, ¿le ha preguntado?

Me puse en guardia de inmediato.

—No me confunda, Encarna, ¿por qué habría de preguntar por los demonios?

—Por los demonios, no, hablé en singular. Solo había uno merodeando por aquí. Quizás fuera él quien arrancara esas páginas.

En aquel momento, recordé que, en efecto, el primer día, después de acordar el importe del alquiler, justo cuando me colocó el anillo en el dedo, la vecina me había hablado de un demonio, pero yo ya tenía mi bote de agua bendita (y había tirado el ajo, que ya hedía), y le respondí despectivo:

—¡Qué sabrá usted de los demonios, Encarna!

Reconozco que lo hice con descortesía, casi con desprecio. Su respuesta me puso en mi sitio.

—¡Ah, pues sé bastantes cosas! Veamos: sé que su jefe se hace llamar Lucifer o Satanás. Sé que su color es el negro cuervo, y que su alma es la pura maldad. Sé que tiene un gran ejército a sus órdenes, todos espíritus malignos Sé que los hay más y menos poderosos y que, por eso, los que hablan con ellos siempre les preguntan el nombre. —Se detuvo un instante, como para tener tiempo de pescar algún recuerdo escurridizo en su oxidada memoria. Sonrió, prueba de que había tenido éxito, y luego continuó—: Sé que el nombre es importante, pero no me acuerdo bien por qué. Lo que si recuerdo es que poseen los poderes de los ángeles, porque lo son, pero los emplean para hacer el mal.

Desearían atentar contra Dios, pero como no pueden, lo hacen contra nosotros.

Al detenerse, aplaudí. Aquella mujer era increíble.

—¡Vaya una lección, Encarna! ¿Dónde ha aprendido todo eso?

—En la parroquia. Asistí a un curso que impartió un franciscano. Era gratis. Fue muy interesante. Puso muchos ejemplos e imágenes de cuadros famosos. El que vino al número 12 aquel día debía de ser importante. Eso me pareció a mí. —Sonrió con gesto inocente y me miró de frente——. ¿Ha cenado?

—¡Ah, no, eso sí que no! Después de lo que acaba de soltar por esa boquita, no se va a ir usted de rositas. Ni se le ocurra hacerse la sorda. ¿Qué quiere decir con «el demonio que anduvo por aquí»?

—¡No se ponga así, Gerardo, que le va a dar una angina! No era más que una broma.

—¡Y un jamón, Encarna, de broma nada!

Se atusó el pelo. Lo llevaba tan cardado que parecía un muelle. Tras apretarlo, volvía a su posición.

—¿Ha terminado de leer el cuaderno?

—No, aún no. Y no lo haré hasta que me diga qué ocurre con ese demonio. Recuerde que está en inglés y usted no lo entiende.

Me miró con ojos de cordero, pero me resistí. No iba a ponerme a traducir.

—Tiene razón, Gerardo, está rendido. Esperaremos a mañana. Total, lleva un año en el armario, nada va a pasar si esperamos una noche más.

—¡Encarna!

—Descanse, Gerardo —replicó mientras caminaba hacia la salida—. Por cierto, ¿sabía que el profesor Múgica trabajaba en el CSIC?

—El sacerdote lo ha mencionado, sí.

—¿Y no le parece interesante?

—En absoluto, ¿por qué?

—Pues no sé. A lo mejor, sus colegas de trabajo pueden saber algo. Podría ser un buen sitio para buscar. Pero no se preocupe, era solo una idea.

—Encarna, no se ria de mí. Usted sabe algo que no me cuenta. Venga, desembuche.

—No, Gerardo, yo no sé nada. Pero no me gusta su cara. Descanse. Ya habrá tiempo de hablar.

Acepté a regañadientes. Y ayudado por dos Voll-Damm, me metí en la cama, generosamente rociada con agua bendita. Ni que decir tiene que me acosté pensando en Noa, en sus botas, en el tintineo de su colgante de plata y cascabeles, y en el lugar donde se perdía. Y, por supuesto, en el demonio de Encarna. Creo que me dormí nada más entrar en contacto con la almohada. Pero uno es hombre de costumbres, y el hambre me despertó cerca de las cinco. Me levanté y fui a la cocina a prepararme algo de comer.

Había una partitura sobre la mesa.

¡Ah, bendito oboe! Ya ni siquiera recordaba mis dulces y manidas formas de ocupar el tiempo: mi precioso instrumento, la buena literatura sacada en préstamo de

la biblioteca, la paz del pensamiento. Desde que la casa se había hecho conmigo, basta había olvidado el propósito de comprar un televisor.

34

Más por ocupar el tiempo que por convicción, mientras ponía el aceite a calentar, me conecté a Internet. Como creo haber dicho, el piso tiene Red; o, más bien, la tiene alguien en el vecindario que responde al nombre de Charanga, y yo me conecto. Busqué datos sobre la institución que Koldo y Encarna habían mencionado: CSIC, Centro Superior de Investigaciones Científicas, donde, al parecer, el profesor trabajaba y cuyas iniciales se me antojaron tan oscuras como amenazadoras. ¿Tendrían algo que ver con la desaparición de Múgica? Si era así y yo me presentaba en la sede donde trabajaba el investigador solicitando información, quizás corriera la misma suerte.

Nunca me han gustado las siglas. Son como atajos engañosos que, lejos de llevarte antes al sitio donde quieres ir, te alejan aún más de él. Las siglas son antipalabras. No son nada, no dicen nada y lo ocultan todo. Deberíamos suprimirlas, desterrarlas de nuestro vocabulario y de la civilización. CSIC podía corresponder a instituciones tan diversas como «Centro de soluciones inteligentes para cornudos», «Comunistas sin imagen ni complejos», «Cuadernillos silábicos de inglés y caligrafía» o «Capullos sin interés comercial». Aunque, en realidad, la «I» significaba Investigaciones y la «C» Científicas.

Mal asunto.

Por la web me enteré de que el Centro contaba con un área de Ciencia y Tecnologías Físicas que tenía por misión nada menos que «abordar nuevos retos desde la perspectiva experimental y tecnológica». De haber trabajado en algún sitio, esa área parecía la más adecuada para mi predecesor. Sin pensarlo mucho decidí pasarme por allí aquella tarde para ver qué podía averiguar. Tenía, eso sí, que buscar una forma de minimizar los riesgos para no exponerme innecesariamente.

«¿Cómo voy a entrar sin dejarme ver? En un sitio tan serio, tan tecnológico y tan lleno de retos experimentales, seguro que me piden el carné», reflexioné.

«¡Calma, Gerardo, calma! Hay tiempo», me respondí. Lo había. Hasta mediada la tarde no podía ir. Tenía margen para diseñar una estrategia. Por la mañana, a las once, tenía lugar la clausura y entrega de diplomas del curso sobre Literatura e Informática, acto al que asistía algún político de tercera fila que nos ofrecía un almuerzo: asistencia obligatoria.

A eso de las seis y media de la mañana, ya tenía preparados los huevos fritos con jijas y tomate. Sé que son horas de café y tostadas, pero estaba muerto de hambre y las normas en mi casa las pongo yo.

Estaban bastante buenos, pero, quién sabe por qué, el color rojo del tomate me recordó al demonio de Encarna. No puedo decir que el pensamiento me quitara el apetito, porque no sería verdad. Lo que ocurrió es que, sin pensarlo dos veces, me fui en busca del cuaderno, a ver si decía algo sobre ese ser. Desde que la portera me prestara al santo de corbata y bigote, la casa parecía tranquila. Pero si iba a aparecer

un demonio, quería estar preparado.

Continué por el sitio donde lo había dejado.

Ruth contaba lo siguiente:

El profesor Múgica fue muy amable conmigo. En cuanto se enteró de que era hija de David, se desvivió por ayudarme. Al saber que andaba corta de dinero, me animó a dejar la pensión y a trasladarme a su casa. Lo agradecí mucho: la pensión, un antro tremebundo cerca de la plaza de la Luna, estaba llena de indocumentados de distintas razas que metían mucho ruido y daban un poco de miedo. Allí, por no haber, no había ni recepción. Los trámites se hacían en la habitación del dueño, un tipo gordo que decía llamarse Pepe y que siempre tenía a una tía medio desnuda en su cuarto (no siempre la misma, claro). Solo conseguí que el dueño de la pensión me devolviera la mitad de lo pagado por anticipado, pero, a cambio, me dio una información muy valiosa: alguien había ido preguntando por mí. A partir de ese momento, empecé a tentarme la ropa.

La casa del profesor tenía pocos muebles y menos calefacción, pero era magnífica. Cuando logré convencer a la vecina, una tal Encarna, de que no era su novia, ni su hija, ni nada por el estilo, y que, aun siendo judía, no trabajaba para el Mossad, todo discurrió como la seda.

Como agradecimiento a su generosidad, a la mañana siguiente, decidí preparar algo suculento para el profesor, que había ido a la universidad. El pobre no comía demasiado bien. En el frigorífico solo hallé medio cartón de leche, una zanahoria y una manzana. En un impulso, recuperé el abrigo de la percha de la entrada, comprobé el dinero que me quedaba y salí en busca de un supermercado.

Apenas sé preparar media docena de platos, pero con ellos me defiendo. Me decidí por la pasta. Con los hombres, al menos lo era con mi padre, suele ser buena opción. Anduve dando vueltas por la zona. Había miles de tiendas de ropa y accesorios; cientos de cafeterías y bares, pero ni un solo establecimiento de alimentación. Algunas calles a la derecha de la casa de Múgica, se abre una avenida, ancha y muy larga. La seguí. Siento debilidad, una suerte de querencia, por las calles que no acaban. Me fascina vagar por ellas sin ir a ninguna parte, pringarme del realismo de las aceras, donde no eres nada ni nadie, como el resto de la gente. Había recorrido apenas unos cientos de metros cuando me topé con una tienda regentada por chinos, en la que había de todo, desde tomillos o juguetes a ultramarinos. Dudé unos segundos: me apetecía seguir caminando, pero se impuso la cordura y entré. Si lo dejaba pasar, era posible que a mi vuelta no lo encontrara.

Compré espagueti, especias, nata y beicon. Añadí a la cesta leche, huevos, azúcar, fiambres, té y pan recién hecho. Con el peso repartido entre las dos manos, y el bolsillo vacío, salí, y recorrí la larga avenida en sentido opuesto. Iba distraída, ajena a lo que me rodeaba. Pensaba en los espaguetis, en cómo gustaban a mi padre y en cómo disfrutaba yo viendo cómo sé los zampaba. Caminaba lentamente, porque las bolsas pesaban. De pronto, ante mí, vi prenderse una farola. Curioso en pleno día.

Levanté la vista y pude comprobar que todas las demás estaban apagadas.

Me detuve. Aproveché para dejar los paquetes en el suelo y descansar las manos; tenía los dedos agarrotados. En lo alto, la luz brillaba potente, pese al resplandor del sol. Pensé de nuevo en la excepcionalidad del fenómeno. El alumbrado suele programarse por zonas, no es lógico que una pieza funcione de forma independiente. Me encogí de hombros, me agaché y recogí los bultos. Fue cuando levanté la vista que me di de plano con el cartel. Al posar los ojos en él, la farola se apagó. Pareciera que buscaba llamar mi atención.

Cuesta aceptar que un mísero cartel pueda causar tanta conmoción, pero confieso que se me demudó el rostro. Nunca, hasta aquel momento, había sentido excesiva atracción por esas cosas. Ni siquiera en los primeros años de universidad, cuando se impuso la moda de las tablas ouija. No leo los horóscopos, ni me han echado nunca las cartas. Pero, claro, antes de enterrar a David, no tenía espíritu con el que comunicarme, ni futuro que me inquietase. Entonces, el más allá era un concepto lejano y aburrido. Pero las cosas habían cambiado drásticamente. Y aquel cartel hizo que me agitara.

Era bonito. Discreto. Negro, con una pizca de rojo.

Minimalismo en su más pura expresión. En mi mente atribulada, las seis pequeñas letras rojas sobre fondo oscuro adquirieron sentido. Eran como un envite, marcaban un atajo esperanzador. Convulso y arriesgado, pero con capacidad para torcer las líneas del destino: «Médium».

Al considerar la posibilidad, la conciencia empezó a reprenderme. Pero me tapé los oídos y, parapetada tras la farola, seguí contemplando la puerta del local, íntegramente pintada de negro, pomo incluido. Y decidida sujeté todas las bolsas con la mano izquierda, y con la derecha abracé el tirador y empujé: cedió con facilidad. Ante mí se abrió un corredor estrecho, sin iluminación. El tono azabache de las paredes incrementaba la sensación de túnel. No sé por qué me hizo evocar los callejones que conducían a las fieras en los grandes coliseos. Me mantuve erguida; la espalda, recta: el peso de las bolsas tirando hacia abajo.

—¡Hola! —dije en un tono a duras penas audible.

No había nadie a la vista. Pero, al fondo del largo pasillo, se adivinaban los perfiles de una sala que se abría a la derecha, gracias a la luz rojiza que emanaba del interior. Dejé los paquetes en la entrada y coloqué la larga pieza de pan apoyada en la pared para que no tocara el suelo. Luego, tras unos segundos de duda, despacio, con cuidado de no hacer ruido, avancé hacia la luz.

Reinaba el silencio, pero, no supe entonces por qué, aquella calma no resultaba apacible. Como si, desde el vacío, el espacio chillara de dolor y de miedo. El aire estaba enrarecido por un perfume penetrante. El olor me recordó ligeramente al incienso. No había dado unos pasos y ya empecé a sentirme mal. Tenía los sentidos en tensión. Los cinco. Mi cuerpo parecía presentir una amenaza inminente. Y mortal.

En un pronto, decidí darme la vuelta y salir por donde babia entrado. Lo hice con

mucho cuidado, aguantando hasta la respiración. Sin embargo, al cogerla, una de las bolsas gruñó. Empujé rápidamente la puerta y salí huyendo. En cuestión de segundos, recibí aliviada la luz del sol. Iba a empezar a andar cuando escuché una voz a mi espalda. Liquida. Sin dejes, sin cuerpo. Procedía del lugar que acababa de abandonar.

—¡Qué descortesía por mi parte no recibirte! Espero que me perdones. Estaba preparando té.

Me giré. Un hombre me interpelaba desde la entrada del local. Era joven y bien plantado. Su cabello pajizo brillaba bajo el influjo del sol. Vestía pantalón vaquero, una camiseta negra ajustada que marcaba sus desarrollados músculos y zapatillas deportivas, negras también.

—No estoy preparada para esto. Perdona, siento haberte molestado.

El hombre obvió mis palabras y siguió acercándose basta situarse a un palmo de mi cara. Tenía un no sé qué en el rostro que le hacía hermoso, apetecible. Su cuerpo era perfecto; sus ojos, negro azabache. Con un acto de voluntad, logré liberarme del hechizo y despegar de él la vista.

—Norteamericana, ¿verdad? Por supuesto, tienes acento de Boston.

Me sonrojé al notar que me observaba con descaro.

—Siento haberte molestado. Perdona —repetí como un loro.

—Venga, Ruth, tomemos una taza de té. Así me contarás qué haces tan lejos de casa.

Di un respingo. El pan se me cayó al suelo. Se agachó a recogerlo.

—¿Cómo sabes que me llamo Ruth?

De rodillas aún, levantó la cabeza y sonrió con un deje cínico.

—Ya has leído el cartel: soy médium. Leo en la mente casi como en un libro abierto. Es mi trabajo, y te aseguro que soy muy bueno, si no el mejor. Muchos empresarios pasan por aquí cada día. Podría añadir en la puerta otro cartel que dijera: «Corredor de bolsa y riesgos».

—¿Lees la mente? ¡Eso no es posible!

—Lo es, yo lo hago. Leo la mente, aunque no siempre ni toda. Y también leo los latidos del corazón, que es mucho más difícil. Veo allí escenas pasadas y retazos de algunas que vendrán.

Su tono había ido ganando en afabilidad, en confianza. La situación empezó a resultarme extrañamente agradable, próxima, envolvente. El hombre me tendió la barra de pan. Acto seguido, alargó la mano y me acarició la mejilla, lo que me provocó un escalofrío. Junto a él, llegó la advertencia de mi conciencia que me recordó quién era y de dónde venía.

—Debo marcharme. Me esperan.

—¡Solo un té, Ruth! ¿Qué daño puede hacer un té? —replicó.

Pero logré decir que no, que tenía que irme. Y cuando el médium me preguntó si volvería otro día, no le contesté. Sujeté con fuerza los paquetes y continué caminando por la larga avenida, respirando el calor de la calle, el ruido del tráfico y el llanto de

un niño al que su madre levantaba del suelo. «Cura, sana, curita de rana», decía.

Sonreí a la vida real.

35

Cuando llegué al ático y logré soltar los bultos, respiré aliviada. Esas bolsas de plástico tan fino terminan actuando como cuchillas en las manos. Me las lavé y puse un cazo de agua en el fuego. Un té me vendría bien. Guardé la compra, dejé el pan sobre la mesa y permanecí sentada, absorta, aguardando a que el agua hirviera.

Estaba algo alterada. Casi podía oír los reproches de mi padre:

«¡Por Dios, Ruth, dónde tienes la cabeza! ¡Nada menos que un médium! Son todos unos cantamañanas. ¡Especialistas en espíritus, qué estupidez!».

«Pero este, papá, parecía especial. Podría tener el poder de acercarme a ti. ¡No sabes cómo te echo de menos! ¡Si consiguiera descifrar el mensaje contenido en la exposición de Pilatos y llegar hasta ti!».

Las burbujas brotaban gordas como granadas cuando sonó el timbre. Me asusté. ¿Quién podría ser? Nadie sabía que estaba en Madrid, y mucho menos en casa del profesor. «Quizás sea algún amigo de Lalo», pensé, aunque el profesor no parecía hombre de grandes amistades. «¡Encarna!», concluí. Seguro que venía con algún guiso. Abrí sonriendo, pero la sonrisa se me borró de la cara al ver que a quien tenía delante era al médium. Se había puesto un jersey oscuro sobre la camiseta y me observaba fijamente con una mirada preciosa y extraña. Me fijé bien: su iris era inmenso, como si se lo hubieran dilatado artificialmente. Los ojos oscuros suelen ser expresivos. Los suyos no lo eran, parecieran carbón, pero emitían un brillo glaciar.

—Tal vez te sorprenda verme aquí, pero no podía dejarte ir cargando con esa losa. He visto tu corazón…

—¿Cómo has sabido que vivo aquí?

Se echó a reir.

—Podría decirte que lo leí en los posos del café, pero mentiría. Lo confieso: te he seguido. Espero que perdones mi atrevimiento. —Permanecí callada, sujetando la puerta entornada—. ¿Me invitas a pasar?

Negué varias veces con la cabeza.

—No es mi casa, lo siento.

Se cruzó de brazos.

—Y bien, ¿qué podemos hacer? Me gustaría charlar contigo, tratar de quitarte esa tristeza que te atenaza, pero tú no me dejas entrar en tu guarida ni quieres acompañarme a la mía. ¿Qué te parece si buscamos un sitio neutral, una cafetería en alguna esquina, y volvemos a empezar? —Yo seguía dudando. Él insistió—: Sé que eres reacia a hablar de tus problemas, pero tienes una espina clavada en el corazón y la única curación posible es extraerla. Solo te ruego que me escuches.

—Lo siento, no dispongo de fondos. Yo… Él se retiró ofendido.

—¿Crees que hago esto por dinero? ¡Qué poco me conoces!

—Si algo me ha enseñado Harvard es a no dejarme engañar por las palabras bonitas. Nadie como tú da algo a cambio de nada. El desinterés es tan anómalo como

las perlas negras. Tu ayuda tendrá, con toda certeza, un precio.

—Mira, no me falta dinero, solo busco ayudarte, como alguien debió hacer conmigo cuando estuve en una situación similar a la tuya.

Después de aquella confesión, se me acabaron los razonamientos. Y accedí a acompañarle. Salimos del número 12 y buscamos un lugar, apenas a un par de manzanas. Y en aquel café de barrio, pequeño y sucio, del que no guardo más recuerdo que el abundante número de máquinas tragaperras, terminé poniendo al tanto de mis circunstancias a aquel médium desconocido. En mi descargo diré que solo sucumbí parcialmente. Cierto es que le hablé del fallecimiento de mi padre y del estado de abatimiento de mi alma, pero omití hacer referencia al hallazgo. No me resultó fácil. Si aquel hombre, como afirmaba, era capaz de leer la mente, la omisión no bastaría: debía borrar de mi imaginación cualquier rastro que le permitiera tirar del hilo y explorar mis recuerdos. Traté por ello de concentrarme en la imagen de mi padre desplomado en el suelo, sin respiración, y no abandonarla en ningún momento. No sé si lo conseguí. Solo puedo decir que, si leyó algún detalle que había logrado evadirse del férreo cerco, no lo manifestó.

Conversamos sobre esto y aquello. Fue al hablarle de la tristeza que sentía por no haber podido siquiera despedirme de mi padre cuando noté el cambio. En su rostro, tan bello como anormal, destacó un inusitado fulgor, un brillo satisfecho, hinchado, casi presuntuoso. Chasqueó la lengua produciendo un ruido peculiar y con notable entusiasmo me ofreció de inmediato su ayuda:

—Si el motivo de tu tristeza es no haber podido decirle adiós, has dado con la persona adecuada. Y o le llamaré y haré que hable contigo.

—¿Cómo estás tan seguro de poder hacer eso?

—Bueno, no niego que hará falta que emplee toda mi pericia, pero puedo asegurarte que lo conseguiré.

Le observé atentamente unos instantes. Finalmente, suspiré.

—Mira, no pretendo dudar de tu competencia profesional, pero creo que eres demasiado optimista. Ni siquiera sabemos dónde está, ¿cómo podemos tener la certeza de que acudirá a tu llamada?

—Verás, Ruth, no solo poseo los dones precisos, también dispongo de los medios necesarios para obligarle a…, para atraerle —rectificó.

Mientras le escuchaba, por un instante me lo imaginé en un laboratorio lleno de probetas, alambiques, animales enjaula dos y tarros de cristal llenos de sustancias de colores vivos y olores penetrantes.

—Supongamos que acepto tu ayuda, ¿qué tipo de…, en fin, qué procedimiento emplearías?

—Existe una ceremonia larga, pero no difícil. La he realizado en muchas ocasiones. Solo necesito algún objeto que haya estado en contacto con el difunto; una prenda, unos cabellos o, en su defecto, una fotografía donde se perciban claramente los rasgos de su cara. Y, por descontado, la voluntad de quien lo convoca.

—¿Me estás hablando de un conjuro?

—¡Vamos, Ruth, sabes perfectamente de qué hablo!

Tenía razón. Nunca me lo explicó. No formuló su propuesta ni mostró las condiciones o la letra pequeña. Pero a mis ojos sus palabras resultaron nítidas como el agua trasparente. Es cierto, su contrato carecía de sombras. Sabía de qué hablaba y quizás por ello noté que mi agitación se acrecentaba.

—¿De veras crees que con palabras en arameo, una fotografía y polvo de hadas puedes hacer levantarse a alguien de la tumba? —repliqué.

Negó varias veces con la cabeza.

—¡Te equivocas! Vas dando palos de ciego, porque desconoces el escenario en el que te mueves. Verás, Ruth, entre esta realidad y las demás existen muchos planos intermedios. Solo tenemos que averiguar en cuál de ellos está tu padre.

—¿Planos intermedios? No sé a qué te refieres.

—Hablo de la vida fantasmal, del reinado de los espíritus, de la morada de las sombras, de las potestades celestes… Te hablo de mi mundo. ¡No me digas que eres de las que nunca han hablado con un espíritu!

—Nunca. De hecho, no creo en los espíritus, ni en los fantasmas.

Una sonrisa indolente se dibujó en su boca.

—Pero entraste en mi local, Ruth. No ibas a comprar el periódico.

—Fue un error imperdonable. Y a me he disculpado por ello.

—¡Créeme! El error no fue entrar, sino haber tardado tanto tiempo en hacerlo. Lo quieras o no, los espíritus viven a tu alrededor. Esta cafetería, por ejemplo, está plagada de ellos. Van y vienen, pero nunca están demasiado lejos. Y, quién sabe por qué, mi voz es para ellos como una cinta transportadora: los traigo hasta aquí desde el supramundo y desde el inframundo. Ellos me utilizan como vehículo para volver.

Le miré indecisa. Sentía un cierto apuro. No sé fingir y lo que decía sonaba a cuento chino. Sin embargo, tenía que preguntárselo. Procedí con cautela.

—No me has dicho cómo te llamas…

—Ferlucci. Sabor italiano, aunque he nacido en el mismísimo Vaticano.

—Ferlucci, de acuerdo, ¿puedes contestarme a una pregunta?

—Adelante. No debes temer, estoy aquí para ayudarte.

—De acuerdo. Quiero saber si eres capaz de traer de vuelta a mi padre, de resucitarle.

Se echó a reír con grandes carcajadas, que hicieron girar la cabeza a algunos de los clientes del local. Y o tomaba un té; Ferlucci, café negro.

—¿Resucitar, dices? Verás, Ruth, los cuerpos vuelven al sitio de donde salen, pero has de saber que no son importantes. Lo que cuenta es el espíritu. El de tu padre, que por cierto es bellísimo, sigue entre nosotros. Si lo deseas, si me lo ruegas, puedo contactar con él. Pero debes pedírmelo.

Tenía la mirada clavada en él y la mente en otro sitio. Su voz se mezclaba con otra, la del rabino de Jerusalén, el mismo que nos enseñaba historia hebrea durante

los campamentos de verano, y que en ese momento parecía advertirme: «No lo hagas».

—Ese maestro tuyo era un ignorante —me espetó.

Aturdida, salí de mi ensoñación.

—¿Qué has dicho?

—Que ese maestro tuyo, el hebreo, era un ignorante… ¡Ruth, Ruth, recuerda que te lo advertí! Leo los pensamientos de la gente. Se llama «telepatía». Verás, el cerebro emite vibraciones correlativas a las imágenes que forma, que, a su vez, están correlacionadas con las ideas, sentimientos y deseos. Casi todos los cerebros son buenos emisores de esas vibraciones, pero hay pocos que son buenos receptores. El mío es uno de ellos Funciona más o menos como si tuviera un aparato de radiotelegrafía y los demás emitieran mensajes. Tú emites los tuyos. La imagen de ese rabino y también ese pensamiento tan profundo. Me refiero al suicidio, a esa escopeta que cuelga de la biblioteca de tu casa. ¿De veras has sopesado la posibilidad de suicidarte? Si te quitaras la vida, te reunirías inmediatamente con tu padre, y tu angustia desaparecería.

—Lo he pensado, pero sería una cobardía.

—¿Cobardía? ¡No! ¡Hay que ser muy valiente para suicidarse! Perdona hija —dijo, pegándome un golpecito en la frente—, pero tienes la cabeza llena de serrín. Tengo ganas de contactar con tu padre para que él te explique lo crédula que eres. Esos maestros judíos te han ofuscado la mente de una manera feroz. En fin, ¿qué querías preguntarme?

«De acuerdo, allá voy».

—Ferlucci, ¿has oído alguna vez mencionar la expresión «puerta del cielo»?

El hombre contrajo el rostro en un rictus rabioso que duró apenas un segundo. Luego, recuperó la compostura. Al responder, sonreía:

—Nunca, ¿acaso te choca? El cielo no existe. Y por las mismas, no tiene entrada que valga.

—Pero, entonces, ¿dónde está mi padre, dónde mi madre y tanta gente?

—Planos intermedios, ya te lo he dicho.

—Solo para espíritus.

—Sí. El más acá y el más allá son el mismo sitio, Ruth. Vivimos errantes hasta que encontramos la paz. Que te duela tanto el corazón indica que tu padre anda buscándote. Probablemente, necesita decirte algo, que le ayudes a llegar a su destino. Te necesita y yo puedo aliviar su dolor.

—Dices que tiene que llegar a su destino. ¿Cuál es?, ¿dónde está?

—Debe llegar a su morada. Convocaré a su espíritu y sabremos por qué no puede alcanzarla.

De pronto, me sentí con fuerza suficiente para replicarle.

—Desde niña, he escuchado decir que los espiritistas como tú eran de la misma casta que los falsos profetas: mentirosos, embaucadores y farsantes a quienes anima

un interés bastardo.

Volvió a reírse, pero su carcajada sonó falsa, agria.

—Supongo que ahora me dirás que todos nosotros, los espiritistas, quiero decir, somos hijos del gran Satán. Pero yo puedo recordarte que vuestros magnos reyes israelitas requirieron siempre de nuestros servicios. Es más, ellos mismos fueron magos. Muchas de las invocaciones y fórmulas que empleo, y, desde luego, los instrumentos que utilizo, están descritos por el mismísimo rey Salomón en su Clavícula. Por no hablar de Séfer Raziel HaMalakh o de Ben Yehudah de Worms, judíos ambos.

Asentí con la cabeza varias veces.

—No voy a negarlo. Pero cometer un error no es lo mismo que desconocer que se trata de un error.

Ferlucci permaneció unos instantes pensativo, momento que yo aproveché para decidir que había llegado la hora de marcharme. De hecho, incliné el hombro hacia atrás para recoger mi mochila, colgada en la trasera de la silla. Pero él, sin mediar palabra, me sujetó la mano y me hizo volverme. Al tacto, su piel parecía fría y resbaladiza.

—¡Mi preciosa jovencita, creí que eras más inteligente! Pero veo que eres influenciable. Cuando te vi en la puerta de mi local, no imaginé que te hubieras dejado arrastrar por gentes tan cortas de mira que solo desean controlar tus sentimientos. Hazme caso, los conozco. Ellos quieren ver por ti, sentir por ti, amar por ti. Ellos son los supersticiosos, no yo. Ellos son los equivocados. Digan lo que digan, los espíritus son una realidad innegable.

—No quería ofenderte, Ferlucci, solo decirte que ese no es mi mundo.

—No me has ofendido. Veo que necesitas más tiempo; yo tengo una eternidad, no hay prisa.

Me levantó la manga y con un bolígrafo que surgió de quién sabe dónde escribió: 666 —666— 666.

—Mi número de móvil. Lo pedí expresamente a la compañía telefónica. Es fácil de recordar, y mis clientes son muy importantes para mí. Llámame cuando estés preparada. Como te digo, no tengo prisa. Aunque, claro, yo no tengo a mi padre sufriendo. Lo que quiero decir es que se trata de tu decisión. En todo caso, me ha gustado mucho conocerte.

Se llevó las manos al cuello y se soltó algo que llevaba colgado. Lo observé con curiosidad. Era un pequeño objeto negro, con forma de hueso, traspasado por un simple cordel. Acercó sus manos a mi cuello y trató de ponérmelo.

—¿Qué haces?, ¿qué es eso?

—Un talismán. Alejará de ti cualquier fuerza inconveniente.

—Eso es una estupidez. ¿Cómo puede una piedra alejar un espíritu?

—Si piensas que es una estupidez, no tendrás inconveniente en llevarlo, ¿verdad? Imagina que es un simple adorno, un regalo que te hago. Llévalo en mi honor, ¿vale?

Asentí sin mucho convencimiento y dejé que me lo colgara. Mientras lo hacía, me preguntó:

—Y, hablando de regalos, dime, ¿hay algún hombre en tu vida?

Mientras hablaba, recorría mi mano derecha, extendida sobre la mesa, rozándola con la uña de su dedo índice. En un rápido movimiento, la retiré y la oculté bajo la mesa, entre las piernas.

—No —respondí.

—¿Y se puede saber por qué? Tu aspecto indica que no le das demasiada importancia a tu cue1po. ¿Se trata de algún tipo de filosofía de vida o es que tienes…, digamos, otros gustos?

Disgustada por la insinuación, fui contundente.

—No he encontrado aún al hombre adecuado —zanjé.

—Nadie es suficientemente bueno, ¿verdad? Ninguno le llega a tu padre a la suela del zapato.

—Exactamente.

A aquellas alturas, me sentía verdaderamente incómoda, e hice ademán de levantarme.

Ferlucci sonrió procurando desdramatizar. Se incorporó.

—¡Es hora de irse! Demasiadas cosas nuevas para un día. Estás ante una disyuntiva y tienes que tomar una decisión. Necesitas tiempo. Te acompañaré a casa. Prometo no hablar más de mis amigos los espíritus.

Ni siquiera protesté. Cogí la mochila y le seguí. Se empeñó en subir conmigo en el ascensor. «No te dejaré hasta que te vea en casa, segura», argumentó.

Ante la puerta abierta del ático, le tendí la mano. Pero él se acercó y se despidió de mí con un beso en la mejilla, en el que se entretuvo más de la cuenta.

—Hasta cuando quieras, princesa. Tienes mi número —me susurró al oído antes de dejar que su boca resbalara por mi mejilla hasta alcanzar mi cuello.

Todos los pelos se me erizaron. No podría decir si fue por cómo me llamó —«princesa», el término que invariablemente empleaba mi padre—— o por cómo me supo aquel beso. Pero jamás he sentido algo similar. Casi me deshago.

—¡Ese va a por ti, Ruth! Ten cuidado —dije en voz alta. Aquella historia se estaba poniendo de lo más interesante, pero se me echaba el tiempo encima y tenía que marcharme.

36

Mientras fregaba el plato y la sartén en la que había frito los huevos, continué pensando en el relato de Ruth.

Trataba de decidir sí debía pensar en Ferlucci como en un demonio al servicio de las fuerzas del mal, el demonio de Encarna, un tipo del que hay que huir como de la peste, o de sí se trataba de un simple tipo raro, un estrafalario ser, conquistador de jovencitas pánfilas, que jugaba a ser el número seis.

Supongo que, en estas circunstancias, la mayoría de la gente se inclinaría por la primera opción, pero yo no. Entre un tipo raro y un demonio hay más o menos la misma distancia que entre una meiga y un médium: un largo infinito.

Créanme que de eso sé mucho. Recuerdo cuánto me molestaba escuchar de labios de la gente del pueblo la expresión «Ermita, la bruja», o que se refirieran a mí como «o sobriño da meiga da ponte romana». Si alguien me lo decía a la cara, siempre les respondía la misma cantinela: «A mi tía, por trajinar con hierbas, le llaman “meiga”, y a Fleming, haciendo lo mismo, le dicen “sabio”». Por las mismas, el tal Ferlucci merecía el beneficio de la duda.

No existían datos concluyentes de que fuera otra cosa que un médium, salvo el número del móvil, que, por otro lado, resultaba ridículo. Y, no obstante, como me ocurrió en mi infancia, mi olfato me decía que los chismosos estaban en lo cierto.

Me di una larga ducha y me arreglé, sin poder quitarme de la cabeza a mi tía Ermita. Y a aquella gloriosa tarde…

Permítanme que se lo cuente.

Corría el mes de julio, tendría yo unos diez años, y mi tía Ermita me llevó con ella una semana a Finisterre, donde tenía que hacer no sé qué negocio relacionado con las hierbas que cultivaba, y de paso asistir a las fiestas en honor a la Virgen del Carmen, patrona de la gente del mar. Nos instalamos en casa de unos parientes en Corcubión. Recuerdo que lo pasé pipa, entre las barcas y las redes, pastando libremente por los alrededores. La noche antes de volver a Lugo, mi tía me advirtió de que tenía que acudir a una visita en el interior. Como no sabía cuándo volvería y no quería dejarme solo, debía acompañarla. La esperaría jugando en el bosque cercano. Me pareció estupendo. Cogí las canicas, el tirachinas y un trozo de pan de maíz con una sardina que había quedado de la fiesta y esperé en la calle a que saliera.

Cuando apareció me quedé de piedra, creo que hasta le silbé. Se había puesto de lo más elegante. Era guapa, pero no solía arreglarse y siempre iba de negro. Aquella tarde se había soltado el pelo, coloreado las mejillas y vestido con una túnica azulona que nunca antes había visto ni nunca vi después, pese a que ayudé a recoger su armario cuando murió. Se la notaba algo apabullada con la situación. No dijo ni una palabra durante el trayecto (no demasiado largo; quizás, una media hora) ni permitió que le llevara la bolsa con las hierbas, que parecía pesada. Finalmente, llegamos a una casa de piedra de dos plantas, una especie de pazo a lo pobre ubicado en medio

de un bosquecillo de pinos y eucaliptos. Estaba bastante nerviosa cuando acercó los nudillos a la puerta. Salió a abrir un caballero, por llamarlo de alguna manera. Era, más o menos, de la misma edad que tía Ermita. Contaba con una nariz muy grande y un cuello ancho como de toro y, al contrario que a mi parienta, que odiaba la parafernalia, resultaba obvio que a aquel le encantaba sobreactuar. Casi al momento, llegó un coche, del que bajaron tres personas, dos hombres y una mujer, y los cinco se recluyeron dentro.

Hasta que anocheció, anduve explorando los alrededores, enredando con los animales del establo y tratando inútilmente de cazar pájaros con el tirachinas, algo en lo que nunca he sido demasiado hábil.

Finalmente, me aburrí y me dirigí a la casa. La encontré cerrada por dentro. Obviamente, allí estaba pasando algo interesante de lo que tenía que enterarme sin falta. Di varias vueltas buscando otra entrada, pero la única opción era la parra que trepaba por la fachada hasta morir en el balcón. No lo pensé dos veces: sabía que me exponía a un buen cachete si me pillaban, y a un porrazo si el tronco, delgado, no aguantaba mi peso. Pero, naturalmente, lo intenté.

Me destrocé las manos, me llené de bichos y, para colmo, metí la sandalia en un macetero lleno de agua de lluvia que descansaba en el balcón, pero logré echar un vistazo al interior. Los presentes estaban alrededor de una mesa redonda, donde se amontonaban varios tipos de hierbas y ungüentos, y una jaula con un par de gallinas. Permanecían en pie, con las manos entrelazadas, entonando cantos en un idioma que yo no conocía. De pronto, una de las mujeres se subió a la mesa y empezó a bailar de modo extraño. Parecía borracha o drogada, o ambas cosas a la vez. De repente, sin mediar palabra, se quitó la túnica y quedó completamente desnuda. Era mi primer desnudo integral. No recuerdo bien lo que sentí, pero sí que la paisana no se parecía, ni de lejos, a Claudia Schiffer: tenía caderas de matrona, pandero descomunal y pechos que le colgaban hasta la cintura.

Hasta para un mocoso como yo resultaba evidente lo que hacían. Se incrementó el tono de los cantos. Todos estaban concentrados, todos menos mi tía que parecía tener un cabreo supino. Subió otra mujer. En ese momento, Ermita se soltó las manos y, lanzando improperios, chilló que se marchaba y que no volvieran a llamarla jamás.

Aquella tarde me llevé un sopapo portentoso, ya que tía Ermita me pilló en medio de la parra, y encima perdí dos canicas; una no valía gran cosa, pero la otra era de las gordas, de un color verde precioso. Me llevó a rastras de vuelta al pueblo. Pero esta vez si «cantó», y además en gallego, idioma que empleaba cuando se enfadaba: «Unha merda, Gerardiño: a todos eses impostores hai que colgalos polos collóns».

—¿Tú eres una meiga, tía Ermita? —indagué, con las manos preparadas por si me arreaba otro bofetón.

Lejos de eso, me cogió «en el colo», me dio un abrazo y susurró:

—A mellor de Galiza, filliño, pero non llo digas á mamá.

¿Sería tan certera mi intuición en el caso de Ferlucci? Mi cabeza decía que no. Mi

corazón que si. Decidí que necesitaba más datos. Y que haría esa visita al CSIC.

37

Con la corbata anudada al cuello, y el regusto del desayuno en la boca, salí de casa para recoger mi diploma de «experto informático». Pero antes, telefoneé al despacho de Noa, nervioso como un primerizo con acné, dispuesto a poner hora a la promesa del día anterior.

Contestó ella misma y de inmediato me ofrecí a recogerla allá donde quisiera. Declinó mi oferta, alegando que tenía previsto salir de compras y que prefería encontrarse conmigo directamente en el restaurante.

Al menos, no se había vuelto atrás.

Pensándolo bien, no desvelar el emplazamiento de su domicilio a un extraño tan extraño como yo, conocido en no menos peculiares circunstancias, entraba dentro de lo razonable. Siempre hay locos con cara de prudente profesor de escuela capaces de rebanarte el gaznate con un hermoso cuchillo con empuñadura de nácar.

Sí, demostraba prudencia.

Antes de enfilar hacia el instituto donde se celebraba la entrega de diplomas, me detuve en la pequeña panadería situada en los bajos del número 12 y pedí un café. En casa no tengo cafetera. Múgica regaló la suya, y un buen café es un lujo del que no me quiero desprender. Nacho, el chaval que atiende en la barra, me debió de ver cabizbajo y, con su habitual ceceo, interrumpió mis cavilaciones:

—¿Qué te pasa, profe? Hoy tienes cara de viejo.

Nacho «padece» (¿será esa la palabra correcta?) síndrome de Down, pero tiene más pesquis que muchos. Al menos, a los clientes habituales nos tiene completamente calados.

—Tengo un problemilla y no sé cómo resolverlo —le confesé.

—¿Por qué no me lo cuentas? A lo mejor, entre los dos, encontramos solución.

Me hizo gracia. Sonreí porque me creí suficientemente inteligente para no necesitar la ayuda de un niño grande, pero, como no quería ofenderle, se lo expliqué.

—El caso es que tengo que entrar en un sitio peligroso que se llama Centro Superior de Investigaciones Científicas y no tengo invitación.

Dio un par de palmadas y se echó a reír.

—¡Pues vaya una cosa! Yo he estado allí. ¿Solo necesitas entrar?

—Bueno, una vez dentro, tengo que buscar a alguien.

—¡Anda, qué listo, no vas a ir a robar! Pero quieres entrar.

Asentí, mirándole con curiosidad. Me dejó con la palabra en la boca y se marchó. Me olvidé de él y me concentré en mi magnífico café solo, negro y ardiente. Nacho volvió en segundos con el ordenador portátil de la tienda en la mano y Teresa, la encargada, tras él, protestando porque lo había desenchufado.

—¡Mira! —me dijo—. Esta es la página de tu CSIC. ¿Qué ves?

La había consultado por la mañana.

—Pues no sé, datos.

—¡Tonto, mira a la derecha, en los anuncios! Siempre dan conferencias y son gratis. Yo fui a dos para hacerme más listo, aunque decían cosas muy raras y no he vuelto más. Mira, esta tarde hablan sobre…

Lo leí yo para que él no se esforzara y pudiera devolver el portátil a Teresa, que echaba humo. Al parecer, le había fastidiado la contabilidad al desconectarlo de la red.

—Conferencia sobre gravedad y cosmología. Entrada libre. ¡Y es hoy a las siete de la tarde!

Dejé al chaval una buena propina y también una sentida disculpa, modo gallego.

—¡Tú sí que eres un genio, Nacho!

A lo que él replicó.

—Eso mismo dice mi mamá, pero de las mamás, ya se sabe…

Con la mente sumergida en aquellas siglas inoportunas, tenía la certeza de que el día se me haría largo y espeso.

Pero tenía una cita, y eso lo compensaba todo.

38

El día, en efecto, fue un completo tostón. Del llamado «almuerzo» posterior a la entrega, mejor no hablar. Solo mencionaré que era comida propia de la Pensión Real, pero en dosis diminutas. Lo único decente fueron los pinchitos de tortilla de patata, que volaron casi antes de entrar en la sala. Yo no llegué a tiempo de probarlos. Pero, al menos, se cumplió el horario y, a media tarde, estaba en posición, delante del objetivo: el Centro Superior de Investigaciones Científicas. Y allí me quedé durante un tiempo, observando el edificio con la fascinación del actor que mira el decorado de su próxima escena, la más arriesgada, la que interpretará sin la ayuda de un doble.

Con esas líneas neoclásicas y esa escalinata de acceso tan larga y empinada, tan del régimen, el edificio del CSIC —Serrano, 117— no podía albergar otra cosa que una película de nazis, mis preferidas. Dejé fluir mi imaginación y, ya convertido en Smith —capitán Richard Smith, espía al servicio de Su Majestad—, me descubrí buscando la esfinge del Führer por entre las ventanas de la primera planta.

En realidad, no me gusta tanto el cine, pero no quería hacer lo que había ido a hacer y cualquier excusa para retrasar mi entrada en aquel santuario de siglas me parecía pertinente. Y por eso permanecí allí un rato, disimulando, a fin de que nadie hiciera saltar por los aires mi cuidada tapadera. Creo que mis renuencias son comprensibles habida cuenta de los días que llevaba. Una señora que se cuela en mi subconsciente y me enseña su ropa interior; un cuaderno negro que se niega a ser abandonado; un piso que se toma la revancha y me hace salir huyendo de mi propio cuarto de estar; dos canguros, un exorcista y un tal Ferlucci, que bien podías; un pobre diablo o un demonio camuflado… Demasiado. Me sentía atrapado por una tupida tela de araña y, lo que era peor, tenía la sensación de que, en aquel edificio tan sobrio y tan feo, me esperaba la siguiente prueba. Quizás la mismísima tejedora aguardaba dentro para merendárseme.

No sé cuánto tiempo estuve allí, pero no debió de ser poco porque, en el intervalo, se secaron las nubes y la temperatura cambió drásticamente. Hasta pasé algo de calor. Miré el reloj. Faltaba media hora para las siete. Debía darme prisa. Con la excitación a niveles tóxicos y el miedo en Hiroshima, finalmente, me rendí a la evidencia, atravesé los jardines y subí uno a uno los veinte escalones que conducían a la recepción.

No había entrado ni salido nadie del edificio mientras estuve plantado al otro lado contemplándolo, pero justo cuando iba a traspasar el umbral, hube de retirarme para dejar paso a una señorita de tacón alto y bolso pequeño, a quien mi presencia entorpecía la marcha. Bloqueé la puerta con el hombro, y le sonreí. Solo media sonrisa, lo propio del capitán Smith. En aquel momento, me hubiera gustado llevar sombrero para haberla saludado como es debido, pero, a falta del instrumento adecuado, me limité a inclinar la cabeza y a susurrar en tono tan apagado que ni yo mismo me oí:

«Auf Wiedersehen, *frau* Hilda, y buena suerte».

Luego, dejé definitivamente atrás mis tonterías, y penetré en el inmueble, tratando de mostrar un dominio sobre mí que no tenía.

Con cara de despistado, me dirigí al policía de la puerta, un tipo pequeño y calvo, con una barriga imponente.

—Perdone, ¿es aquí la conferencia sobre la gravedad? Con un gesto casi imperceptible del mentón, me señaló el mostrador de información, a cuyo cargo estaba otro caballero. Repetí la pregunta.

—Es en el salón de actos, y la entrada es libre. Pero ha llegado pronto, empieza a las siete.

Lo que me temía. Pero llevaba la respuesta preparada.

—Lo sé, es que no quiero quedarme sin sitio.

El hombre rio de buena gana. Tenía la piel tan tostada que parecía habérsela barnizado. En ella, destacaban unos pequeños dientes muy blancos.

—Si corriera a cargo de Penélope Cruz, todavía. Pero la imparte un tipo con jersey de cuello alto. Tendremos suerte si acuden más de una docena de personas. De modo que usted tranquilo, paisano, que hay sitio para todos.

Paisano.

Se ve que, nada más abrir la boca, el funcionario había calado mi acento. Y viceversa. Resultó llamarse Roberto y ser de Mondoñedo, un pueblecito de unos cuatro mil habitantes al norte de la provincia de Lugo. Enseguida encontramos un primo común, tercero en mi caso. Eso es lo que tiene ser gallego: somos gente universal. No perdí el tiempo. Le conté, miren qué casualidad, que había alquilado un piso que anteriormente ocupara una persona que trabajaba allí. Y, sin más, le di el nombre. Y, fíjense ustedes qué coincidencia, se acordaba de Múgica, aunque vagamente. Me dijo que era ayudante de algo.

Declaró llevar tiempo sin verle. Naturalmente, no le expliqué los porqués de esa eventualidad, soy gallego; y él, gallego también, ni preguntó ni me facilitó información alguna sobre el profesor, pero en la conversación salió como de pasada el nombre de uno de sus jefes, un tal Carambó. No intenté sonsacarle la ubicación de su despacho, ¿para qué? Me despedí cariñosamente, fingí encaminarme a la sala de conferencias y, tras el primer meandro, me dediqué a peregrinar por los pasillos del centro que, dicho sea de paso, se asemejaban a los de mi instituto

Tardé unos diez minutos en dar con una placa que rezaba «Joan Carambó». Además del apellido, ponía el cargo: «director». Eso sí lo recuerdo. Lo que no consigo recordar es qué dirigía, pero, desde luego, lo que fuera sonaba tan ininteligible como importante. Adopté postura de hombre serio, di un par de toques en el cristal y abrí. Dentro, había un hombre sentado ante una mesa de sobre de madera laqueada, rodeado de papeles ordenados en pilas, de forma que la superficie útil quedaba reducida a la mínima expresión. Levantó la vista y esbozó una sonrisa. Cuando nuestras miradas se cruzaron, tuve la certeza de que aquello saldría bien.

—¿Sí?

—Perdone, señor Carambó, ¿conoce usted a Lalo Múgica? Gonzalo Múgica, en realidad.

—Naturalmente, ¿y usted?

Vaya, esa pregunta no la esperaba.

—Bueno, en persona no. Pero tengo en mi poder muchas de sus pertenencias…

Eché mano al bolsillo de la cazadora, saqué los papeles y se los tendí. Eran unos folios repletos de fórmulas y cosidos por una grapa. Los había cogido del ático. Estaban sobre la mesa de estudio de Múgica. Sé que había prometido a Encarna no tocar nada, pero, en fin, necesitaba contar con alguna prueba que certificara que el tal Lalo existía y que no me estaba volviendo loco.

Carambó bajó los ojos y, al reconocer la caligrafía de Múgica, sonrió ampliamente. Entonces, me decidí.

—Me he trasladado a su antiguo piso. Llevo unos días viviendo allí… El caso es que el profesor olvidó recoger muchas de sus cosas. La casa está llena de libros y papeles, y de algunos otros objetos personales, tantos que, como no los saque, no podré meter los míos. Por eso ando buscando su nuevo domicilio para enviárselos. Me han dicho que trabajaba aquí. Si tuviera usted alguna pista sobre su paradero, me sería de gran utilidad.

Carambó seguía con los ojos cosidos a aquellas fórmulas. Liquidó el primer folio y pasó al siguiente sin dejar de gesticular. No pronunció palabra hasta que completó la lectura, pero, a renglón seguido, me devolvió el trabajo y se puso en pie. Calculé que tendría mi edad, o un poco más. Era alto, bien plantado y mejor planchado. Llevaba corbata cara y traje de buen corte; el pelo muy colocado, con raya impecable, a la antigua usanza, y gafas de montura al aire. Salvo el exagerado tamaño de la boca, tenía traza de actor con sexapil, aunque no de nazi; era moreno y de piel agitanada.

—Lalo Múgica también se fue de aquí sin avisar. No recogió ni su casillero. En él, además de su bata y de un paquete de caramelos de fresa, encontramos un ensayo inconcluso sobre el caos recursivo. Uno de los mejores equipos del CSIC lleva un año intentando concluirlo, pero no han sido capaces de avanzar ni un ápice. Se toparon con un bucle del que no pudieron salir. Los folios que acabas de enseñarme son la continuación de aquellos que encontramos. Te aseguro que jamás se me hubiera ocurrido una solución tan elegante. ¡Desde luego eres un genio, Lalo, aunque estés como una cabra! —dijo, desviando los ojos hacia el techo. Luego, me tendió la mano —. Por cierto, mi nombre es Joan, Joan Carambó, ¿y tú eres…?

—Gerardo Vilela, un placer.

—¿Del gremio?

Negué vivamente con la cabeza, con cierto azoramiento. Creo que hasta me puse colorado.

—Soy profesor de Lengua y Literatura e inglés en un instituto. Lo que hacéis aquí me sobrepasa.

—Si eres capaz de entender a Shakespeare, ya eres más listo que yo. Adelante. Siéntate, por favor.

39

Carambó resultó ser un tipo afable. Nada de esas exageradas reservas que tienen los científicos con los que no son de su panda. Me señaló una silla y me animó a ocuparla. Lo hice, pero, al sentarme, los ojos se me escaparon tras sus papeles sembrados de fórmulas y dibujos en tinta azul. Siempre he admirado a quien es capaz de jugar así con los números, de expresar conceptos complejos en forma tan constreñida. A mí me hacen falta cientos de letras para mostrar lo que pienso, y aun así, no logro hacerlo con la precisión que deseo. A ellos les basta con un par de líneas, una creativa mezcla de nueve o diez y tres o cuatro letras, a cual más bella: α, β, γ…

Sintonizamos enseguida. Debido, supongo, a que él es un gran tipo con pocos convencionalismos sociales, y yo soy un profesor de Literatura al que había fascinado el brillo de sus fórmulas. Al minuto de mi llegada, estábamos charlando sobre mi antecesor en el número 12.

—Lalo es muy inteligente, ¿sabes? Un genio. Pero, un buen día, se esfumó. Se fue sin despedirse. Y no le hemos vuelto a ver. De eso hace más o menos un año.

—¿No ha dado señales de vida desde entonces?

—A decir verdad, sí. Envió un sobre desde Jerusalén con un comentario a un artículo mío sobre el que le pedí opinión. El sobre no traía remite, de modo que nunca pude agradecérselo. —Carambó rebuscó entre sus pilas de papeles hasta dar con el que buscaba. Me lo enseñó. Eran varias páginas salidas de un ordenador, llenas de anotaciones a lápiz—. Mi última investigación sobre el Gran aniquilador. Le pedí a Múgica que me hiciera sugerencias.

—¿El Gran aniquilador?

Rio de nuevo.

—Suena a Superman, ¿verdad? En realidad, es la réplica enana de Sagitario A*, un agujero negro supermasivo que domina el centro de la Vía Láctea. Por fortuna, se trata de un gigante dormido; en otro caso, estaríamos muertos. Es el tema de mi tesis doctoral; sé mucho sobre él. Sin embargo, aún estoy lejos de desenmarañar algunos de los comentarios que Múgica escribió. Puedo asegurar que es lo más avanzado que se ha escrito jamás…

—Háblame de él. ¿Lo conocías bien?

—Nadie conoce bien a un tipo como Múgica. Los de su casta son todo un misterio. Estuvo algunos años trabajando aquí, como asistente de investigación…

Le interrumpí.

—De tus palabras se desprende que le consideras un genio, pero cuentas que trabajaba como asistente de investigación. Eso suena a poco, ¿no?

Joan se echó hacia atrás y colocó los brazos bajo la nuca, dejando ver grandes manchas de sudor. Bueno, al fin y al cabo, era de carne y hueso.

—No es fácil ser un genio, ¿sabes? Un listillo, sí. Pero no un genio.

—¿Tú eres un listillo o un genio?

Sonrió con picardía y se encogió de hombros.

—Más bien un listillo. Me gradué en Ciencias en Harvard. Me doctoré en Física Teórica en la Universidad de Berkeley y he sido varios años profesor en Princeton. Luego, de vuelta a España, he dirigido centros de investigación y publicado en las mejores revistas, pero, por muchos años que pasen, no podría haber escrito los folios que acabas de enseñarme. Nunca. Soy inteligente a un nivel, y lo suficientemente listo para aprovechar las oportunidades. Pero de mi cota a la de Múgica hay un salto descomunal. Un abismo.

—¿Por qué, entonces, tú estás aquí sentado y él es asistente de investigación?

—Bueno, es una larga historia, amigo.

—Por mi parte, no hay prisa. Soy todo oídos.

—De acuerdo. Allá voy. Conocí a Múgica en Harvard, siendo yo un pipiolo y él profesor numerario. Era grandón, de aspecto desastrado, pero con cara de buena persona. Terminó la carrera de Ciencias a los dieciocho años y se doctoró con veinte. Era un científico nato y un gran profesor. Asistí a alguna de sus clases, se movía por la pizarra con la misma soltura que la materia oscura lo hace por el universo. En Harvard no pasó desapercibido y, un par de años después, le dotaron de una cátedra. Dinero ilimitado y medios humanos para estudiar el multiverso.

—¿Multiverso? ¿Y eso qué es?

—Muchos creemos que solo somos capaces de ver una pequeñísima parte de la realidad física existente. Observamos un universo, pero hay muchos otros, paralelos. El conjunto de todos ellos es lo que conocemos como «multiverso». Múgica estaba convencido de que existían puentes que permitían pasar de un universo a otro y dedicaba todo su tiempo y sus capacidades a descubrir su naturaleza.

—¿Y los encontró? —pregunté excitado.

—En Harvard, no. Lo expulsaron sin contemplaciones.

—¿Lo expulsaron de Harvard? ¿Por qué?

—Pues, en realidad, por bobo. Tenía un coeficiente intelectual impresionante, pero en cuanto abandonaba su escenario, se convertía en un ser torpe e inseguro. Es muy habitual en los superdotados extremos: todo lo que les sobra de inteligencia les falta de madurez psicológica. Viví los hechos en primera persona porque, durante algunos meses, compartimos apartamento; un sitio microscópico, pero con muchísima luz en Archstone Kendall Square, en la esquina entre la Tercera y Binney. Todavía lo recuerdo. Como compañero era un desastre, pero como persona y como científico era inmejorable. Hasta que apareció Elizabeth…

—¡Naturalmente, una mujer!

—Te equivocas, Elizabeth no era mujer, era una caja registradora. Primero me echó a mí del apartamento; luego, expolió el alma de Múgica. Era una tipa guapa, pero de mente mediocre, casi vulgar. Estaban a punto de rescindirle el contrato en la universidad cuando alguien le presentó a Múgica. Ella vio los cielos abiertos. Él se

enamoró tan perdidamente de ella que permitió que firmaran juntos algunos de sus artículos sobre la teoría de cuerdas. Esos trabajos le valieron un puesto de profesora estable. En cuanto lo consiguió, tiró a Múgica a la basura y se casó con el director del Departamento de Astronomía. Eso hundió a nuestro amigo. Empezó a beber y a consumir, dejó de acudir a clase… Llevaba una buena cantidad de cocaína en sangre cuando atropelló a una joven alumna que iba en bicicleta. A resultas del accidente, ella quedó inválida. Harvard es implacable en este tipo de cosas: antes de tres semanas, lo habían expulsado. Volvió a España.

»Cuando regresé de Boston, lo busqué. Me costó casi seis meses localizarle: estaba hecho una piltrafa en un albergue para indigentes. Lo recompuse lo mejor que pude y le busqué trabajo aquí y en la universidad: trabajos sin riesgo de grandes catástrofes. Localicé un piso barato, un ático de renta antigua en el centro, si no me equivoco, el tuyo. Pero antes, naturalmente, le hice pasar por un programa de desintoxicación. La cosa fue más o menos bien. Al cabo de un tiempo, empezó a normalizarse, a coger ritmo, y volvió a su ser. Al multiverso, quiero decir. Múgica solo vivía para encontrar esos puentes. Eran su sueño, su trabajo, su descanso, su vida… Su obsesión.

—Pero no consiguió encontrarlos, ¿verdad?

—Pues no sabría qué decirte, Gerardo. Verás, desde que vino a trabajar aquí, todas las tardes, a eso de las seis, bajaba a saludarle y le convidaba a uno de esos infestos cafés de máquina: capuchino con avellanas. No era más que una pausa de diez o quince minutos, pero me permitía hacerle ver que seguía siendo alguien, al menos para mí. Además, por qué negarlo, así yo me aseguraba de que permanecía sobrio. Al p1incipio, solo hablaba yo. Le contaba cómo iban los proyectos y mis investigaciones. Él escuchaba con atención, sonreía, y de vez en cuando hacía un breve comentario. Enseguida, empezó a coger confianza y a llevar la batuta y, naturalmente, a hablar del multiverso. De pronto, hace cosa de un año, no sabría precisar cuándo exactamente, su tono empezó a cambiar. De un torbellino incesante de palabras sobre cómo construir esa conexión pasó a una absoluta reserva. Estaba como ido, siempre con un papel en la mano, redactando fórmulas y más fórmulas. Fue tal el cambio que le interrogué. No obtuve una respuesta coherente. Solo me contó que había recibido una visita inesperada, alguien del pasado, que llamaba a su puerta. Pensé que había vuelto a beber, la verdad. Y me quedé muy preocupado. Debió de notármelo, porque para tranquilizarme me palmeó en la espalda y me dijo:

»«La puerta existe, Joan. El multiverso me espera».

»«¿Has dado con la fórmula?, ¿y qué pasa con la materia oscura?», le interrogué.

»«No he sido yo. Ella ha venido a buscarme».

»No le comprendí, pero no me pareció prudente insistir.

»Esa fue la última vez que lo vi.

40

Todo empezaba a cuadrar. Bueno, todo no. Pero sí algunas cosas, las suficientes para certificar que el contenido de ese cuaderno de tapas oscuras no era fruto de la calenturienta imaginación de una chica a la que el dolor prensaba el corazón. Sabía que el profesor existía porque había visto su ropa, sus libros y sus cazuelas. Pero hasta aquel momento no había tenido evidencias de que fuera la misma persona que Ruth describía o la que Encarna apreciaba como a un hijo de la vejez. Contar con esa certeza me hizo sentirme más tranquilo. Al menos, algo tangible se ocultaba tras esa historia. Desde luego, ininteligible para mí, pero real.

Según la versión de Carambó, Múgica era un superdotado extremo, obsesionado con los universos paralelos, que se había encontrado con la horma de su zapato. La carta de Pilatos podía corresponderse con esa llamada del pasado y su desaparición podría estar relacionada con el hallazgo de ese supuesto puente. Pero aún había muchas cosas que permanecían confusas. Por ejemplo, qué relación existía entre la puerta de Múgica y las cosas extrañas que me ocurrían a mí.

De pronto, se me pasó por la cabeza que ese agujero estuviera ubicado justo en el ático, y sentí un sudor frío. ¡Qué digo frío! ¡Helado! Porque, de ser así, lo mejor sería salir por piernas. «¡Va, qué tontería! Esas cosas no se esconden en casas de pisos. Aunque, en las Crónicas de Narnia estaba nada menos que en el armario… Pero, claro, era un libro de ficción». Pensaba en esas cosas y en otras aún más sicodélicas cuando caí en la cuenta de que tenía ante mí a un especialista (él decía un listillo, pero a mí me parecía, lo menos, un geniecillo) y que podía aprovechar la ocasión para salir de dudas.

—Oye, Joan, ¿puedo preguntarte algo relacionado con la física?

—Poder, puedes, por supuesto, lo que no prometo es contestar. Yo sé bastante sobre un tema muy pequeño y muy poco sobre todo lo demás.

—Verás, he leído un documento extraño en el que se detalla la desaparición de un rebaño. En menos de un segundo, ¡puf!, se evaporó. En su lugar, apareció una marca en el suelo, una especie de cráter, y otros animales muertos que procedían de un lugar lejano en el tiempo y en el espacio.

No me miró con displicencia ni con asombro, más bien con curiosidad.

—¿Se trata del guion de alguna película?

—No, el documento es muy antiguo. En aquel momento, ni siquiera existía televisión en blanco y negro.

—¿Y dónde está la trampa?

—No creo que la haya.

Permaneció unos instantes ensimismado. Luego, levantó los ojos y me sonrió con complicidad, como si fuera a contarme un chiste verde, y dejó fluir lentamente las palabras mientras se limpiaba las gafas, impolutas.

—Por rocambolesco que parezca, lo que refieres suena a cambio de dimensión

espacio —temporal.

Enarqué las cejas y le miré boquiabierto. Claro que, como él no sabía el porqué, interpretó mal mi gesto.

—No me mires de esa forma. Estamos empezando a conseguir grandes avances en el teletransporte. Es cierto que no somos capaces de reconstruir todavía la materia viva, pero estamos en ello. En fin, lo que quiero decir es que no veo más explicación para lo que dices que un agujero de gusano.

Me hice el tonto.

—¿Un agujero de gusano? ¿Lo que Múgica estudiaba?

—En efecto. Y supongo que ahora querrás saber qué es. No es mi especialidad, pero intentaré explicarlo… Veamos, un agujero de gusano es una especie de atajo cósmico, un tubo espacio —tiempo que permite evadir las limitaciones impuestas por la velocidad de la luz…

—Ya me he perdido.

Se quitó las gafas de nuevo y se frotó los ojos, pero no con desesperación, como doliéndose de mi falta de inteligencia. Más bien, buscaba en su cabeza algo más simple que yo pudiera comprender.

—¡Qué pena que Múgica no esté aquí! ¡Con él te habría parecido más sencillo que el tres en raya! Yo no soy tan hábil. Veamos, ¿tú crees, Gerardo, que puede viajarse al futuro?

—Nunca lo he pensado, pero me imagino que no.

—Pues te equivocas: el futuro no es otra cosa que el presente que nos espera. Siéntate, ten paciencia y el futuro vendrá a buscarte. Quieras o no, llegará cuando toque, como las mareas.

—¡Eso es trampa, Joan! —me quejé.

—¿Por qué? Lo que digo es estrictamente cierto. Si quieres viajar al futuro, no tienes más que esperar. Aunque, si no tienes paciencia suficiente, puedes coger un vehículo más rápido y plantarte mañana en el año 2200.

—¿Estás hablando en serio?

—En teoría es posible. De hecho, en la tierra recibimos partículas procedentes del centro de nuestra galaxia que, en condiciones normales, habrían tardado miles de años en recorrer esa distancia. Se tendrían que haber desintegrado, pero no ha sido así. ¿Por qué? Es muy posible que esas partículas hayan sido aceleradas a una velocidad cercana a la de la luz, de modo que, mientras en la tierra transcurrían miles de años, para ellas solo fueron segundos.

—Vale, mintamos y digamos que lo entiendo. Pero has dicho en teoría, ¿en la práctica es posible?

—Aún no. Construir esa máquina excede los conocimientos técnicos de nuestra civilización. No estamos preparados, de momento. Pero lo estaremos pronto. Sin embargo, lo que tú planteas es algo mucho más complicado. Si te he entendido bien, los animales viajaron desde el futuro hacia el pasado.

—¿Qué más da ir hacia delante que hacia atrás?

—¡Nada que ver! La fecha espacio —tiempo se orienta siempre hacia adelante. Esa es la diferencia. Si te sientas a esperar, vendrá el futuro, no el pasado.

—De acuerdo, viajar al pasado es complicado, pero ¿puede hacerse?

—¿Conoces a alguien que venga del futuro, Gerardo? ¿Te has topado tú o alguien a quien tú conozcas con un ciudadano del futuro? —Me eché a reír. Él me secundó—. ¡Nadie! Piénsalo bien, porque no deja de ser una paradoja. Cada día sabemos más cosas acerca de la física cuántica y es innegable que la tecnología avanza deprisa. De aquí a unos años, pongamos cien en el peor de los casos, deberíamos contar con esos conocimientos. Si fuera así, los hombres de las civilizaciones futuras (digamos, del año 2200) hubieran debido venir a visitarnos. Y sin embargo no ha sido así. Lo que indica la dificultad de ocurrencia.

Pero yo no estaba dispuesto a claudicar.

—Es difícil, vale, pero ¿podría suceder?

—¡Veo que no vas a cejar! De acuerdo, si quieres que te hable despacio de los agujeros de gusano, lo haré. Pero son complicados de explicar y también de entender. Luego no digas que no te lo advertí.

—¡Adelante, te escucho!

—Como quieras. Un agujero de gusano es, te lo decía antes, una especie de atajo cósmico. Imagina que tienes una rosquilla. Y quieren pasar de un extremo a otro. Atravesar la rosquilla por el agujero resultaría más rápido que hacerlo rodeando el exterior de la rosquilla. Si la luz viajara por el exterior y tú por dentro, ganarías. ¡Ganarías a la luz en velocidad en términos netos! No podemos ir más deprisa que la velocidad de la luz, pero podemos coger atajos. Salvar la limitación de la velocidad de la luz es el primer paso. Un agujero de gusano es simplemente eso: un atajo que nos permitiría retroceder en el tiempo. En teoría es una máquina similar a los diábolos con los que jugábamos de niños, ¿te acuerdas de ellos?; dos conos conectados por una garganta. —Asentí y él continuó—: Nosotros entraríamos por uno de los extremos y, al salir por el otro, conectaríamos nuestro universo con otro paralelo o nuestra posición con otra del mismo universo. Me quedé de piedra.

—¿Así de fácil?

—No he dicho que sea fácil. De hecho, es muy complicado; para empezar, hace falta una determinada cantidad de materia exótica en la garganta, lo cual es una gran complicación. Pero es que, además, lo más probable es que, al violar las condiciones de la energía, el sistema se volviera inestable y la materia se desintegrara. Pero, si lográramos salvar esos escollos, sería posible y explicaría la desaparición de tu rebaño. Y la aparición de objetos procedentes de otro tiempo y otro lugar.

Demasiado para mí. Aunque la palabra «inestable» me hizo evocar a Ruth, no pregunté más. Me levanté y me despedí de Carambó con un efusivo apretón de manos.

—Ha sido un placer conocerte, Joan. De veras. Me has aclarado bastantes cosas

sobre el espacio y sobre el profesor Múgica. Cuanto más sé de él, más lamento no haberle conocido personalmente.

41

Cuando abandoné el edificio del CSIC tenía una espesa nube cortejándome la cabeza. No pude detenerme a considerarlo porque había quedado con Noa a las nueve y media y tenía que cambiarme. Raudo, puse rumbo al número 12.

Había estado dudando si llevarla a la arrocería Mediterráneo de la calle Jorge Juan, un local aparente y no demasiado caro, o a El Espejo del paseo de Recoletos. Me decidí por este último, y no porque estuviera más cerca de mi casa (que lo estaba, a escasos diez minutos), sino porque es un restaurante con encanto. En ese local, estilo art nouveau, el reloj parece retroceder un siglo; es un ambiente que se te queda grabado, y tener algo que recordar es importante tratándose de una primera cita. A ella le pareció bien, eso fue lo que dijo; un detalle, la verdad, porque el sitio no es lo que se dice barato y pagaba yo (más bien, mi beca de media semana).

Me puse como un pincel, pajarita incluida, una azul con topos granates (la única que tengo), y me dispuse a acudir a la cita. Salí de casa con mucha antelación, en parte porque el ático —santo incluido— seguía causándome cierto desasosiego, en parte porque la noche era espléndida. Como dije anteriormente, la meteorología había cambiado drásticamente. Después de unos días severos, con lluvia, viento y temperaturas bajas, había regresado el buen tiempo. El veranillo de San Martín, supongo. Siguiendo la estela de la tarde, la noche amaneció cálida y mimosa. Apetecía el paseo.

Tenía casi media hora por delante. Hubiera podido dedicar el tiempo a planificar el encuentro, me refiero a pensar en qué decir o en cómo decirlo. Pero no me había fijado ninguna meta para aquella noche. Solo deseaba disfrutarla con ella. Cenar, charlar, conocerla mejor. Una copa después, si se prestaba, y volver a casa con un segundo encuentro en la cartera. En Lugo, no hubiera actuado así. Estoy seguro de que habría elaborado un amplio catálogo de respuestas inteligentes para preguntas interesantes… Y luego lo hubiera jodido todo al carecer de respuesta a la pregunta imprevista. Pero estaba en Madrid. Por eso, dejé correr el momento y me limité a disfrutar de las circunstancias.

Al resto de los madrileños les había ocurrido algo similar y en la calle había mucha gente sin prisa. El ambiente era pariente del que se forma tras un buen concierto: ha concluido, pero no quieres marcharte porque te ha sabido a poco y sigues por allí revoloteando remolón, hasta que el de seguridad te echa. Rebasé el palacio del marqués de Salamanca y crucé la calle para acceder a la amplia mediana arbolada que tanto me gusta. Me detuve en la terraza del Café Gijón, a tomar una cerveza, y luego continué. Iba distraído. El veranillo me había recordado a mi casa. «Polo San Martiño, castañas e viño», solía decir mi madre. Era la época de recoger los membrillos. El huerto se plagaba de su olor penetrante; de postre, lo tomábamos con queso de tetilla. Lo cierto es que echaba de menos la compañía, y el recuerdo me puso algo melancólico. Pero, de pronto, mi subconsciente dio la voz de alarma.

Agucé la vista y, en efecto, a mi retina llegó una imagen familiar: la de Noa jugando con su collar de cascabeles.

Estaba sentada en uno de los bancos del paseo, frente al restaurante. Miré el reloj y comprobé que aún faltaban diez minutos para la hora prefijada. Las mujeres no suelen adelantarse a los hombres en este tipo de encuentros. Imagino que pensarán que el gesto puede trasparentar cierta ansia, algo nada conveniente. Al menos eso fue lo que pensé yo, que no lo esperaba. Me quedé unos instantes quieto, como un pasmarote, sin saber qué debía hacer. Mientras estaba calibrando la situación, fortuitamente, ella se giró y me vio. Con un gesto de desagrado, se levantó y me tendió la mano.

Estiró mucho el brazo. Parecía querer indicarme que no pensara en pasarme porque estaba dispuesta a mantenerme a raya. Mi rostro debió de trasparentar mi desconcierto porque, mientras inclinaba la cabeza para acercar mis labios a sus dedos regordetes, ella me explicó, con altanería mal disimulada, que era maniáticamente puntual y que esa costumbre femenina de hacer esperar a los hombres le parecía insufrible, algo solo propio de rubias teñidas y torpes. Añadió que había salido con tiempo porque no recordaba exactamente dónde se ubicaba el local, que, finalmente, había resultado fácil de localizar. Y o lo que pensé, aunque me abstuve de manifestarlo, es lo que suelo decir a mis estudiantes: «excusatio non petita, accusatio manifesta».

N o calzaba botas, sino zapatos de tacón alto. Se había puesto medias de cristal, que torneaban sus piernas rellenitas, de tobillos finos. Le ceñía un vestido negro con escote (discreto, pero mucho más expresivo que el del día anterior) y una colonia completamente embriagadora. La única concesión a lo ya visto era el citado collar.

Fue una noche memorable, al menos la primera parte. Hablamos, hablé, de Lugo, de mis estudiantes, del frío, de mi tía Ermita y de sus potingues de hierbas, de aquel verano en Finisterre, de la beca recibida… Finalmente, le pedí que me contara algo sobre su vida. Me explicó que era viuda. Se había casado muy joven y su marido había muerto en un accidente dos años después de la boda. No tenía familia, de modo que centraba sus energías en el trabajo y en la costura: se confeccionaba su propia ropa. Aseguró que le gustaba el cine si la película acababa bien, las playas del norte y leer novelas de detectives. Luego, como si me quisiera decir que no le preguntara más, bebió un poco de vmo, y añadió:

—Bueno, pues esa es mi vida.

No sé por qué en aquel momento decidí sacar la cabeza a la superficie y compartir mi intimidad con ella.

—¿Tú crees en el cielo, Noa? —solté a bocajarro.

Me miró con fijeza y noté que los ojos le brillaban hasta humedecerse. Pero, enseguida, sonrió dulcemente.

—¡Naturalmente! ¿Tú no?

—No.

—¿Ateo?

—Pues no sabría contestar. Soy, más bien, un hombre horizontal. O lo era, porque, últimamente, no sé ni por dónde me da el aire. En fin, que, hasta hace un mes, no necesitaba el infinito para nada y, de necesitarlo, estaba seguro de que no se hallaba cerca.

—Pues no tienes pinta de horizontal, la verdad.

Me eché a reír.

—¿En qué te basas para decir eso?

—Es evidente: tocas el oboe, enseñas literatura, lees… La música y las letras no son actividades de un hombre horizontal, precisamente.

—Deleitarse con la música o la buena literatura es como erigir un tótem contra la inhumanidad, un salvoconducto para no convertirte en oveja. En eso estamos de acuerdo. Pero yo te he preguntado por el cielo. La religión se localiza en otra dimensión.

—A mí me parece la misma. Beethoven o Cervantes son alimentos del espíritu. Si ellos te estimulan es porque tienes un alma que reverbera en tu interior. No eres una oveja, de alguna manera estás por encima de la hierba que comes. Respiras un aire más profundo que el que te dan tus pulmones. Además, es evidente que tienes una inquietud: nadie pregunta por algo que no le interesa, ¿no crees?

—¡Eres una romántica empedernida, Noa! Te equivocas conmigo, pero me encantará dejarme convencer. ¡Soy todo oídos!

Se encogió de hombros.

—Ni siquiera soy universitaria. No entiendo de filosofía ni de teología. Soy pura y simplemente una secretaria con idiomas. No soy quién para tratar de convencerte.

—Si te sirve de algo, no creo que seas tonta.

—¡Pues claro que no soy tonta! Pero no hay peor sordo que el que no quiere oir. Me parece que a ti te gusta discutir, pero en el cielo se cree o no se cree por una experiencia personal, no por una teoría.

—Y, por lo que veo, tú la has tenido.

—Algo así. Verás, en una ocasión, gracias a Dios solo en una, me tocó escuchar la conversación que don Koldo mantuvo con un demonio. Nunca la olvidaré. En aquellos largos minutos comprendí lo que es la maldad absoluta. Aquel espíritu era todo odio, agrura, rabia… Cuando salí de allí, temblando, me fui al hospital a cuidar a una amiga que babia tenido un bebé. La pobre había estado de parto treinta horas, pero no le importó lo más mínimo, porque tenía a su hijo en los brazos. Esa mujer hubiera dado la vida por ese pequeño. Blanco —negro; bondad— maldad. Mi amiga contaba con una chispa de humanidad. Creo que esa chispa es el reflejo de una luz brillantísima que se llama Dios. Creo que la música, la literatura, un beso, un pastel de cumpleaños, esta deliciosa cena son pruebas de que tenemos un Padre bueno: bondad infinita, luz eterna…

—¿Y por qué, si es tan bueno, asegura que existe el infierno y que está lleno?

—Si hubieras visto a ese demonio, lo comprenderías. Por mucho que lo hubieras envuelto en ternura, se mantendría en su odio y en su rabia. Él es el infierno, y vive en un sitio a su medida.

—Pero tú estás segura de no ir a ese infierno.

—¿Segura? No, no estoy segura de nada, pero voy comprando papeletas, a ver si alcanzo el premio.

De inmediato me vino a la memoria mi mala suerte en las rifas, y me vi metido en un pozo ardiente, junto a una colección de demonios colorados y pequeños, que no se cansaban de jorobarme con sus tridentes. Noa seguía intentando explicarse.

—Verás, Gerardo, cuando me enfrento al espejo y veo asomar arrugas y canas, me lleno de tristeza porque la vida pasa deprisa y va quedando menos. Pero enseguida rectifico. Porque mis arrugas encierran mucha vida acumulada, recuerdos que me hacen sonreír. Ellas son mi felicidad pasada y mi felicidad posible, mi futuro. Un futuro que, curiosamente, no tiene arrugas… En fin, lo que quiero decir es que yo soy mis recuerdos. Cuando muera, ellos vendrán conmigo. Si he aprendido a odiar, el cielo será un infierno. Si he aprendido a querer, será un buen sitio donde ser feliz. Porque, ¿cómo voy a querer lo que no conozco? Por eso tengo prisa, ¡debo aprender un montón de cosas que deseo tener allí! Si no sé lanzar el sedal, en el cielo no pescaré. Quiero que la paz, el amor, la felicidad formen parte de mi memoria, y entonces viviré en armonía, siendo amada y feliz allí.

Me sonrió. Noa posee una sonrisa única. Cuando se alegra, se le forman dos pequeños hoyuelos en las mejillas que aniñan su gesto y, al tiempo, la hacen parecer fascinante.

—¿No dices nada? —me preguntó.

—Pues la verdad es que no sé qué decir. Soy bastante torpe para estas cosas. Pensaba que hablábamos del cielo, y que en el cielo lo importante era el anfitrión, pero tú no has hablado de Dios en ningún momento.

—¡Cómo que no! ¡Ver las Meninas es alabar a Velázquez! Aunque, naturalmente, allí tendremos a ambos. De cría, pasábamos los veranos en Orio, un pueblecito de Guipúzcoa. Mi padre me compró una caña pequeñita y me llevaba a pescar al pantalán. Nos levantábamos muy temprano, entre luces. Casi no hablábamos, pero no nos hacía falta. Me sabía querida, acompañada, protegida, en paz. Mi padre era muy alto, yo muy bajita, la más bajita de mi curso, pero mi admiración le arrancaba siempre una sonrisa. Eso es lo que creo que pasará en el cielo con Dios. Cuando mi padre murió, dejé de pescar, no fue un cambio de paso, fue una decisión consciente. Lo volveré a hacer allí arriba.

—Pero, entonces, ¿solo vives para esperar?

—¡Todo lo contrario! Como te decía, ¡me quedan muchas cosas por aprender! —Pero…

Me sujetó la mano un instante. Luego, como si se arrepintiera, me soltó y añadió:

—No pienso decir una palabra más. Te toca ——dijo. A aquellas alturas de la

noche, ya nos tuteábamos—. Cuéntame algo más sobre ti. Por ejemplo, por qué te interesa tanto el cielo. ¿Tiene eso que ver con tu visita a don Koldo? Lo cierto es que siento una profunda curiosidad. Si no quieres decírmelo, no importa, pero me intriga que fueras a verle con tanta urgencia no siendo teólogo, ni militar, ni estando endemoniado.

Algunas noches, desvelado, me viene a la cabeza ese instante. Me refiero al momento en que ella me preguntó por qué y yo, inocente como un niño de teta, estúpido como un anciano borracho, le hablé de Ruth Kaufmann y de su cuaderno Moleskine. Mi corazón debería haber dado la voz de alarma. Pero no lo hizo, y, ya que estaba en ello, la puse al día sin dejar gran cosa en el tintero. Le hablé del profesor, de las trastadas de la casa, de las jugarretas de mi imaginación, de la puerta y de la existencia de un ser siniestro desconocido cuya presencia en la historia adivinaba sin entenderlo. En esas vigilias eternas, me asalta siempre la misma duda. Me pregunto cómo hubieran discurrido los hechos si en aquella velada hubiera dejado correr la maldita pregunta; qué habría acaecido si me hubiera limitado a conquistarla. Podía haber pedido más vino o haber apelado al socorrido pasado; mi infancia, su infancia, los días felices y los tristes. Dónde estaría, dónde estaríamos ahora, si la hubiera dejado mentir sobre sus sueños de niña, sobre sus novios inexistentes, ricos y guapos, todos ellos, o sobre el dulce profesor de Latín. Pero, en vez de eso, me apresuré a ponerla al día de mis pesquisas. Tímidamente primero, luego a borbotones, le narré mi vida, la interesante, la de los últimos días, sin dejarme nada… Lo hice con tanta pasión que acabé por invadir su alma e inocularle el virus que yo padecía.

—Y por eso fui a ver a Otxotorena, Noa, porque hay una puerta y quiero encontrarla. Necesito saber a dónde conduce y atravesarla hasta dar con el profesor. Sé que suena a película de ciencia ficción, de tercera o cuarta clase, pero presiento que existe un punto verosímil en todo esto. No sé cómo explicarlo… Bueno, en realidad, no puede explicarse. Yo ni siquiera lo comprendo. Pero, por primera vez, eso del cielo no me suena tan artificial. Pensarás que estoy loco de atar y quizás estés en lo cierto, pero al oírte hablar a ti de esa manera… Tú eres una persona honesta, integra, nunca mentirías sobre algo importante.

Llevaba tanto tiempo hablando casi para mis adentros que, cuando la miré de nuevo, me sorprendí al distinguir en su gesto evidentes muestras de nerviosismo. Es comprensible que uno se altere cuando le hablas de este tipo de cosas. Pero no se trataba de eso. Fijándome en sus facciones, reconocí otra Noa cuya imagen me desconcertó completamente.

—¿He dicho algo que te haya molestado? —le pregunté.

Acababan de retirarnos los platos de postre, milhojas de manzana con salsa de albaricoque. Sobre la mesa solo quedaban las copas de vino; entonces, una de ellas se volcó.

No sé en qué momento llegué a alcanzar la certeza de que la dejó caer a propósito. Pero, cuando balbuceó una excusa y aseguró que tenía que marcharse, no

me cupo duda de que no era su vestido, empapado, pegado a sus piernas regordetas, lo que daba por finalizada la velada. No era el temblor, que llegó enseguida con el contacto frío, sino un extraño sentimiento que deseaba ocultar a toda costa.

Y a en pie, la observé con aire comprensivo y le recordé que era de Lugo, medio brujo, medio marino (de interior, los mejores), y traté de husmear en su mentira tan bien representada. Ella tragó saliva y se pasó la servilleta blanca por el vestido negro, tiñéndola de rojo, y se retiró como si hubiera llegado el toque de queda.

Me hubiera gustado detenerla, pero no se me ocurrió qué decir y la dejé partir. Pero antes le pregunté si podíamos volver a vemos, e insinué que me gustaría cocinar para ella un buen rape con almejas.

No respondió.

Tampoco me dio su número de móvil ni su dirección. Pero no hacía falta. El número 13 de la calle del Nuncio no se movería. Koldo Otxotorena seguiría allí y Noa tendría que coger el teléfono cuando sonara. Aunque habría de esperar al lunes, porque era viernes y había dicho que el fin de semana no trabajaba.

Conozco muchas personas que, antes de sentir el mordisco del dolor, prefieren meter la cabeza debajo del ala; cantar para no escuchar el sonido de su corazón atribulado. Y o no pertenezco a ese grupo. Me disgusta dejar las cosas correr; prefiero saber qué he hecho mal o qué no he hecho bien. No hay en esa actitud ningún sentimiento de superación, nada como «Conoce tus errores para enmendarlos». Se trata, más bien, de una forma de colocar las cosas en su sitio y de situarme yo en el mío. Pero ante aquella inusual situación no pude cumplir con mi rutinaria costumbre de examinar mis meteduras de pata. No pude, sencillamente, porque no tenía la menor idea de lo que había ocurrido. Los recuerdos de aquella cena pasaban ante mí uno tras otro, colocados en una larga y ordenada fila, sin que, al contemplarlos, pudiera encontrar la nota discordante.

«¿Qué he dicho? ¿Qué?».

Resultaba exasperante no recibir respuesta. Pero tenía una pista: fue al mencionar el cuaderno cuando la expresión de Noa cambió. La clave debía estar allí. Por eso, nada más llegar al ático, con andares decididos, fui en busca de esa libreta de tapas de cuervo, dispuesto a traducir hasta que no quedara una línea. Concluí a eso de las tres de la madrugada.

Así acababa Ruth su relato:

Tras mudarme a casa del profesor, estudiamos detalladamente el manuscrito. Sería más correcto decir que lo estudió él. Y o, amén de que me lo sabía de memoria, no podía aportar nada. Me limité a permanecer a su lado y a escuchar el ruido de la lluvia, que cayó impenitentemente durante días. Múgica dedicó tiempo y esfuerzo, con una concentración que a mí, que no logro permanecer mucho tiempo quieta, me resultó pasmosa. Me hizo ir a la biblioteca en busca de libros y más libros sobre la Jerusalén de la época de Pilatos, sobre la Judea romana, sobre Tiberio y sobre Sejano; me pidió planos de la ciudad y libros sobre los llamados Santos Lugares.

Así pasamos varios días, hasta que un domingo por la tarde todo acabó. Me llamó y me hizo sentarme en el pequeño y destartalado sofá del salón. Tragué saliva mientras esperaba que sus palabras despejaran la terrible incógnita. Múgica hablaba con suavidad, pero me anunció sin aditamentos lo que yo temía: el inminente abandono de la búsqueda.

—Todo esfuerzo es inútil, Ruth. Ese documento tiene un exuberante aroma a agujero de gusano, lo que, habiendo sido escrito hace dos mil años, resulta portentoso e imposible de explicar. Pero no nos conduce a ninguna parte: esa puerta está tan lejos de nosotros como antes de encontrar ese escrito. Sé que mis palabras te van a defraudar, pero, llegados a este punto, tenemos que rendimos y abandonar la búsqueda.

En efecto, sus afirmaciones aturdieron mis sentidos y tardé un poco en reaccionar. Pero, finalmente, protesté:

—¡Todavía hay cosas por intentar! Podemos ir a Jerusalén y buscar personalmente el sitio. Si todo esto fue causado por la muerte de Jesucristo, basta con buscar la ubicación de su tumba. Seguro que allí encontramos algo.

—¿Dónde, Ruth, dónde fue enterrado? Han pasado más de dos mil años, no perdurará ni rastro de aquello. Ni siquiera sabemos dónde buscar. Sobre los supuestos restos han edificado iglesia sobre iglesia. No queda casi nada original allí. —Sus palabras hicieron acudir a mis ojos una marea de lágrimas. Múgica movió varias veces la cabeza en señal de contrariedad—. Verás, yo también he pasado por eso. Me refiero al dolor, ese que parece que te va a partir el alma en dos. Para él no hay más solución que la desesperación o la aceptación. Eres muy joven; debes optar por la segunda. Poco a poco el sufrimiento irá aminorando y, aunque no se quitará del todo nunca, se diluirá.

La tristeza comenzó a impregnar mi alma, pero por encima de ella se elevó la irritación. Protesté airada:

—No puedo rehacer mi vida como si estuviera remodelando una casa: tiro este tabique, construyo esta pared… Sin mi padre, nada tiene sentido. Ni tengo otra cosa ni quiero tenerla.

Me sujetó por los hombros y me miró fijamente a los ojos.

—Puedes odiar la mezquindad de la vida, Ruth. Puedes aborrecer a tu padre por morirse o a mí por no haber sabido encontrar lo que buscabas, pero eso no cambiará las cosas. Debes seguir viviendo. Debes aceptar que David no volverá.

Huelga decir que su veredicto era del todo certero. Los muertos no vuelven así como así. Pero escuchar aquella obviedad en voz alta me machacó porque, se mirase como se mirase, era cierto que debería esperar una eternidad hasta encontrarle.

Me encerré en mi cuarto para sufrir aquel parto largo y desgarrador, que solo alumbraría dolor y líquido amniótico. Y entonces, como una obsesión, como si fuera una grabadora encerrada en un bucle, la idea de que Múgica no era suficientemente competente me poseyó.

«Si mi padre pudiera leer el informe de Pilatos, lo descifraría», me dije.

En ese preciso instante, las palabras de Ferlucci volvieron como un soplo de aire fresco.

«Si quieres hablar con tu padre, llámame».

Recordaba el teléfono, ¿cómo olvidarlo? Y, desoyendo la voz interior que me chillaba que todos los médiums eran un atajo de embusteros que vendían mentiras, lo marqué.

Ferlucci respondió al primer tono.

—Hola, Ruth. Esperaba tu llamada. ¿Qué tal estás?

Sin prestar atención a sus amables gestos, respondí con aspereza.

—Mira, dejémonos de palabrerías. No tengo ganas ni tiempo. Dime, ¿puedes contactar con mi padre o no?

—¿Todavía tienes dudas? ¡Por supuesto que puedo contactar con él! La pregunta

es si tú estás dispuesta a hacerlo.

Cerré los ojos e intenté contestar con serenidad.

—Lo estoy.

—¿Segura? ¿Estás preparada para pagar el precio?

—Como te dije, no tengo dinero ahora. Pero lo conseguiré muy pronto. En cuanto venda la casa, te pagaré lo que me pidas.

—¡Tienes mala memoria, querida! Ya sabes que el dinero no me interesa.

No quería preguntarlo, pero debía hacerlo. Y lo hice.

—Si no quieres dinero, ¿qué es lo que buscas?

—¿De verdad te hace falta averiguarlo? —Sentí ese extraño escalofrío recorriéndome el cuerpo. Estaba sentada en la cama. Me cubrí con la manta. Ferlucci insistió con terquedad—. ¿Sabes o no qué es lo que quiero?

—No —mi voz salió como un susurro.

—¡Qué mentirosa eres, y cómo me gusta que lo seas!

Pero te lo diré de todas formas: me interesas tú.

El frío se intensificó y aseguré:

—Yo no valgo nada.

—Para mí, sí. Venga, ven. Ahora estoy con otra persona. Pero en veinte minutos me encontrarás donde nos conocimos. Te espero.

—¡Aguarda un momento! Yo…

—Te espero —dijo. Y colgó.

Salí de inmediato.

43

En la calle hacía un frío polar; dentro del local, calor. El contraste me provocó un potente estremecimiento, pero, haciendo de tripas corazón, atravesé el largo pasillo, bruno y solitario, y me dispuse a penetrar en los sombríos dominios de Ferlucci. No había avanzado unos pasos y ya naufragaba en una tormenta de dudas. Aun así, me forcé a continuar. Aquella era la única alternativa.

Desde la entrada, se percibía un fuerte aroma a incienso. Resultaba tan intenso que, de cerrar los ojos, hubiera apostado que me hallaba en el interior de un santuario en día feriado. Los magos, brujos y hechiceros son dados al uso de amuletos y hierbas, al empleo de nombres ocultos y pergaminos antiguos, pero, debido a su precio y, sobre todo, a su condición idólatra fuera del templo, el abuso del incienso resultaba chocante en un médium corriente como Ferlucci.

Avancé.

El estrecho corredor se abría a la derecha, dando paso al verdadero local: dos estancias consecutivas separadas por una cortina liviana. Levemente trasparente, caía desde el techo hasta el suelo, dejando entrever el siguiente recinto, casi exento. Me hizo esperar en la primera cámara, pobremente iluminada, mientras él se perdía tras la cortina. Miré a mi alrededor. El sitio no contaba con muchos muebles, solo una mesa redonda de madera oscura y media docena de sillas. No había títulos ni diplomas. De las paredes colgaban cráneos de animales, alguno de los cuales no fui capaz de identificar. En una de las esquinas, sobre una columna redonda, dormía un acuario, también circular. Los peces, todos ellos iguales, minúsculos, con una línea azul cruzando el vientre rojo, recorrían una y otra vez el pequeño cilindro de cristal. Lo hacían en silencio, sin dejar siquiera estela, como si estuvieran atados a una noria invisible. Admiré extasiada su ligereza. Y la ligereza del medio. Y por un instante deseé ser líquido, carecer de forma, de color y de olor; de textura. Desaparecer como una gota en el océano. Me hubiera gustado pensar que nada me ataba a esa rueca. Que todo concluiría si me dejaba llevar y abandonaba esa eterna noria. De entender así el destino, hubiera terminado con todo hacía tiempo. Una cuchilla de afeitar y una bañera caliente, o la escopeta de la biblioteca. Pero sabía que, aunque me quitase la vida, no moriría. Desgraciadamente, no era un pez tratando de abrir un surco en una estúpida pecera de cristal.

Un crujido cercano me hizo levantar la vista y olvidarme de los peces. Era Ferlucci, que regresaba. A mi llegada, vestía de la misma manera que en nuestro anterior encuentro. Pero en aquel momento se adornaba con una túnica larga de mangas muy anchas, también oscura. Del cuello, pendía un enorme medallón dorado con una serpiente retorcida en el centro.

—Perdona que te haya hecho esperar.

Me limité a sonreír y a poner cara de circunstancias, mientras él me observaba. Lo hizo con tal detenimiento que me sonrojé y desvié la vista hacia la pecera. Acto

seguido, me cogió de la mano y tiró de mi sin que yo opusiera resistencia.

—Ven. Todo está dispuesto.

Separó el cortinaje y me hizo ingresar en la siguiente sala. Allí el humo del incienso se hallaba tan concentrado que me irritó los ojos. A Ferlucci no parecía afectarle. La luz era aún más pobre que en la cámara anterior. Procedía de unos quinqués con pantallas rojas, situados en sendas mesas auxiliares. Las paredes estaban vacías, a excepción de una de ellas en la que descansaba una estantería atestada de tarros de cristal conteniendo sustancias de distinta textura y color. El centro de la cámara lo ocupaba una mesa larga y estrecha de un mármol parecido al ónix. Por la forma y la disposición, me recordó a un altar. No había nada más, ni siquiera una mísera silla.

Sobre la tapa de mármol descansaba una jaula. Los barrotes encerraban una paloma de plumas blancas, que miraba nerviosa lo que la rodeaba. Junto a ella, una hoja de buen pergamino, un pequeño cuenco de cristal, una pluma de ganso antigua, muy afilada, y, sobresaliendo sobre todo lo demás, un libro muy voluminoso. Por su aspecto, tenía siglos a sus espaldas. Desde mi posición, no alcancé a ver el título. Soy algo miope, de modo que no puedo asegurarlo, pero las letras me parecieron las propias del alfabeto hebreo.

—Bien, Ruth, aquí estamos. Este es mi despacho, mi cátedra. Yo estoy dispuesto. Dime, ¿lo estás tú?

De mi boca no había salido una sola palabra. Continuaba debatiéndome, presa de sensaciones encontradas. En uno de los platillos de la balanza, la voz suave de Ferlucci, que me envolvía con su cálido manto repleto de promesas y ponía al alcance de mi mano la posibilidad de escuchar una vez más la voz de mi padre. En el otro, el zarpazo de la culpa, que me ocasionaba un dolor agudo. Mi conciencia se mostraba severa e implacable, y me repetía como en una retahíla que aquello no era una buena idea. Ferlucci leyó mis pensamientos.

—Es lo que quieres, ¿verdad? Si no lo deseas, no puedo proceder con la ceremonia. Tu voluntad es indispensable.

—¿Qué harás?… Me refiero a cómo lo harás —pregunté al fin. Mi voz surgió más cortante de lo que pretendía.

—No te preocupes, relájate. ¿Has traído algo que perteneciera a tu padre?

Hice una seña de asentimiento con la cabeza, pero mi movimiento debió de ser tan leve que Ferlucci hubo de repetir la pregunta. Con cuidado, como si resultara un objeto inmensamente frágil, extraje la fotografía de la cartera y la observé durante unas milésimas de segundo. Mostraba a mi padre en el acto de entrega del premio Dannie Heineman en Astrofísica, concedido por la Sociedad Americana de Astronomía y el Instituto Americano de Física. Mi padre vestía traje y corbata, algo raro en él, y se había engominado el pelo; parecía un dandi. Sonreía tímidamente. Ferlucci no me dejó seguir contemplándole. Me quitó la fotografía de las manos y la examinó.

—Más que suficiente, princesa. ¿Empezamos?

Asentí. Sin mediar palabra, Ferlucci se acercó y me besó en los labios. De nuevo, todo mi cuerpo se estremeció. Aquel hombre parecía extraer de mí algo que yo desconocía, un aspecto que no casaba con mí carácter. Sonrió al ver mi confusión, y, finalmente, me soltó.

Se acercó a la estantería y trajo consigo dos botes, uno en cada mano. Señalé el primero.

—¿Qué es eso?

Lo levantó hasta situarlo a la altura de sus ojos. Contenía una sustancia grisácea.

—Sangre humana coagulada mezclada con polvo de huesos, también humanos. Es un potente atractor, ningún espíritu se resiste a esa llamada.

—¿Huesos? Los cadáveres son sagrados, no deberían profanarse. Además, mi padre odiaba la vista de la sangre —respondí mientras recordaba el día en que tropecé en la pista de hielo y me hice una brecha. Mi padre acudió presto a levantarme, pero, al ver manar la sangre, se desmayó y hubo que atenderle a él primero. Ferlucci seguía hablando.

—Tu padre tenía esas manías cuando estaba vivo. Ahora que está muerto, las cosas han cambiado. No te inquietes, mezclaremos una parte de este polvo con las cenizas de esa fotografía y volverás a oír su voz.

—¿Tienes que quemar su fotografía? —Así es.

Me apenó mucho, pero no protesté.

—Y ese otro tarro, ¿qué contiene?

—Tierra procedente de una tumba del cementerio. La de un discípulo.

—¿Discípulo de quién?

Levantó el mentón hacia el cielo.

—¡Preguntas, preguntas! ¡No haces más que preguntar! No es necesario que sepas nada más. Relájate y déjame hacer a mí. Empezaré enseguida. ¿De acuerdo?

Lo confirmé con un gesto.

—Perfecto.

Quitó los dos marbetes al libro y lo abrió. Me fijé en su rostro: resultaba evidente que estaba disfrutando.

—Comencemos por las coordenadas.

—¿Coordenadas?

Sonrió con malicia y apuntó:

—Observa.

Abrió la jaula y sacó la paloma. La sujetó con la mano izquierda. Era un espécimen blanquísimo, níveo. Hasta sus patas, habitualmente rosadas, presentaban una tonalidad amarillenta. Ferlucci comenzó a musitar frases que no alcancé a escuchar. El animal se agitaba calladamente. El médium interrumpió su farfullar, y con la uña del dedo meñique, inusualmente larga, de guitarrista, le recorrió varias veces el lomo, de suerte que la paloma quedó como hipnotizada, completamente

quieta, con los párpados desplegados. Sin dejar de mirarme, cogió la pluma de ganso y acercó la punta afilada a la paloma. Se detuvo un instante, poco más de un nanosegundo en el que clavó los ojos en mí, y luego, de un tajo, le rebanó el cuello. El pájaro no emitió sonido alguno, pero, en medio de los pequeños espasmos, sus estúpidos ojos perdieron definitivamente el brillo.

Mientras moría, algo que ocurrió de forma abrupta, Ferlucci aproximó el cuenco de cristal y recolectó cuidadosamente la sangre, que brotaba abundante, mancillando sin remedio las plumas blancas. Al cabo de unos instantes, los borbotones dieron paso a un hilillo rojo que quedó suspendido en el arre; finalmente, se convirtió en gotas esporádicas, como si se tratara de una ubre recién ordeñada. A renglón seguido, el médium dejó el cuerpo de la paloma sobre la mesa. Lo hizo despectivamente; ya no era más que carne, carne muerta.

Toda aquella operación me conmovió. Se me escaparon las lágrimas, pero lo que más me sorprendió fue la soltura con la que Ferlucci la llevó a cabo. Pareciera que la hubiera repetido cientos de veces, que fuera un matarife.

Volvió a leer mis pensamientos.

—Un sacerdote ha de ser hábil y diestro en su trabajo, que no es otro que ofrecer sacrificios, ¿no crees?

Mientras hablaba, un último espasmo sacudió el cuerpo de la paloma, que derramó unas gotas de sangre sobre el mármol negro. El médium recogió una de ellas con el dedo índice y la observó con detenimiento. Luego, se llevó el dedo a la boca y lo saboreó con los ojos cerrados. Fue apenas un instante, pero me pareció captar un punto de locura en su mirada que me hizo estremecer. Intenté dominar mi turbación, cosa harto difícil ante un hombre que lee tus pensamientos.

Sin solución de continuidad, Ferlucci retornó a su retahila de plegarias. Aquella vez, capté algunas palabras, que, desde luego, se formulaban en hebreo. Llamaba a algún tipo de ángel, ninguno de los que yo conocía, y empleaba frases de humillación y alabanza. Fue en algún momento durante esta parte de la ceremonia, quizás al ver morir a ese pobre animal, acaso al ver su destreza, cuando supe que no podía seguir allí. Dentro de mi cabeza, el convencimiento de que era estrictamente necesario escuchar una vez más a mi padre y preguntarle cómo llegar hasta la puerta del cielo se fue licuando. Una voz imperiosa me aseguraba que estar allí no era una buena opción. Y no tanto por las reticencias morales (esas convivían conmigo desde el principio) cuanto por propia eficiencia; algo que requiere la muerte de un inocente rara vez puede solucionar tus penas. Por no hablar de mi estómago, al borde de la náusea. Aun así, permanecí quieta, en pie, junto a Ferlucci, observando, sin perder de vista sus extraños gestos ceremoniales.

Dejó el libro por un instante y tomó el pergamino. Empleando la sangre de la paloma como tinta y el arma como pluma, empezó a dibujar en el centro grandes e historiadas letras capitales. Poseía una hermosa caligrafía, impecable, perfecta, eso debo reconocérselo, de modo que cuando se retiró y pude ver que había escrito

«DAVID», el nombre de mi padre, me sentí conmovida.

Levantó los ojos y me sonrió. Como no le secundé, volvió a agacharse y siguió escribiendo y mascullando al mismo tiempo. Esta vez en letras pequeñas y sencillas, en la esquina superior izquierda del pergamino estampó tres letras del alfabeto hebreo: mem fmal, sámek y waw.

Miró su obra satisfecho. Abrió el segundo frasco y derramó parte de la tierra en el altar. Puso sobre ella la fotografía y encima el pergamino con el nombre de mi padre. Finalmente, tomó un puñado de polvos del primer bote y espolvoreó con ellos todo lo anterior. Con la mano izquierda se hizo con una de las velas y me la tendió.

—El momento ha llegado, Ruth. Préndelo.

No me moví. La extraña sensación que se me había despertado al llegar alcanzó el punto de petrificarme.

—Un momento. Dime qué significan esas letras. Las de la esquina.

—¿Y qué importa eso?

—A mí me importa —le corregí.

Con un gesto de disgusto, me respondió:

—Representan números, lenguaje cabalístico. Forma parte del ceremonial.

Buceé en mi memoria a ver si daba con la clave. Tiempo atrás, en la universidad, estudié el valor numérico que los místicos cabalistas daban a las letras del alfabeto hebreo, pero aquellas enseñanzas quedaban lejos y no retenía los datos exactos. Sabía que sámek equivalía a 60, pero no recordaba los otros dos. En todo caso, aquello terminó por hacer la situación insoportable.

—Ferlucci, ¿a quién convocarás para hacerle venir? ¿De qué tumba es esa tierra?

Él sonrió con cinismo.

—¿Te hace falta saber todas esas cosas? Tú quieres hablar con tu padre y yo voy a conseguirlo, ¿qué importa cómo lo haga? Me limito a seguir las reglas del rito, ancestral por otro lado.

—¿Qué pretendes obtener?, ¿qué quieres de mí? Y ni se te ocurra decirme que ya lo sé, porque no es así. Y, aunque lo fuera, quiero oírlo de tus labios.

—Muy bien; quiero dos cosas. La primera, que me lleves contigo.

—¿A dónde?

—Al sitio que con tanto ímpetu buscas, el mismo que tu padre te ayudará a encontrar. Es un precio muy bajo para un servicio tan especial, por eso quiero algo más: me entregarás un poco de tu sangre.

Contuve la respiración asustada. ¡Mi sangre! ¿Para qué?, ¿por qué? ¿Qué documento escribiría con ella? Contrataqué.

—Soy O+, un grupo de lo más corriente.

Negó vivamente con la cabeza.

—No, Ruth, tú eres virgen. Casi tan pura como esa paloma blanca cuya esencia acabamos de robar. Tengo ese bote vacío y necesito llenarlo con urgencia. No temas, será muy placentero, te lo aseguro. Te conduciré al mismo paraíso.

Fue en ese instante cuando desperté de aquella ensoñación.

—Es un precio demasiado alto —susurré.

—¿Cómo dices?

No hacía falta leer el pensamiento. En el silencio que siguió a su respuesta, y en la firmeza de mi comportamiento, podía entreverse mi decisión. Pero estaba asustada, y para evitar males mayores suavicé mis palabras.

—Me he equivocado. No puedo hacer esto. Lo siento —respondí.

—No permitas que la novedad te turbe, Ruth. Simplemente, no estás acostumbrada al camino iniciático, es natural. Yo te guiaré. Fíate de mí, que lo he recorrido muchas veces. Y verás qué niveles de felicidad puedes alcanzar. Será un paseo muy suave, por las nubes. Ni te imaginas el placer que puedo proporcionarte.

Ferlucci trató de mostrarse calmado, pero había un atisbo de reproche en su voz. Y resultaba tan ácido que me causó miedo llevarle la contraria. Como continuaba en silencio y el mechero esperaba sobre la mesa, repitió:

—Piénsalo bien, Ruth. Dejarlo estar equivaldría a firmar su sentencia. Y sería una condena eterna, permanente. ¿Deseas eso para tu padre?

Permanecí en mis trece, callada y fume. De haber abierto la boca, no habría podido emitir más palabra que un leve gemido. Noté cómo le embargaba la decepción; luego, la rabia. Su semblante se transformó mostrándome un hombre de rostro contraído, alterado. Cogió mis manos entre las suyas y apretó con fuerza. Estaban heladas. Sentí un escalofrío recorriéndome las entrañas.

—Prende esa mecha ahora, Ruth —sugirió. Su voz trataba de mostrar calma, pero, como digo, su aspecto indicaba lo contrario.

Retiré las manos y, sin mediar palabra, di media vuelta y salí corriendo. Desgraciadamente, con las prisas, olvidé recuperar la fotografía.

Escuché de lejos la voz de Ferlucci.

—¿Dejarás abandonado a tu padre?, ¿le traicionarás? ¿Te quedarás sin saber cómo acceder a esa puerta? —tronaba.

Pero ya estaba en la calle. El día conservaba el sol; yo, mi sangre y mi virginidad.

Corrí durante unos cientos de metros todo lo rápido que pude. Luego, casi sin resuello, me detuve y me senté en un banco que encontré. Fue allí donde me di cuenta de que tenía la mano manchada de sangre. No creía haber tocado a la paloma, pero, fuera como fuera, el denso y asqueroso líquido me babia salpicado. Sobre el banco descansaba uno de esos diarios gratuitos que regalan por la calle. Lo tomé con intención de usarlo para limpiarme, pero uno de los titulares llamó mi atención.

«Israel es doblemente noticia, sin que corra la sangre», rezaba.

Eché un vistazo. Y lo vi. Aquello parecía escrito para mí. Me lancé sobre aquellas páginas como una posesa.

Lo primero que decía…

—¡Maldita sea, otra vez no! —grité.

De nuevo, al Moleskine le habían sido arrancadas algunas páginas, con la

salvedad de que, en aquella ocasión, no había vuelta atrás. El resto del cuaderno estaba en blanco.

De mal humor, me metí en la cama. Intenté no pensar en aquella paloma y en su cuello degollado. Intenté dejar de cavilar sobre la huida de Noa y la servilleta teñida de rojo sangre. Lo intenté, pero no lo conseguí.

44

Normalmente, los días de cada día, me despierta antes el tráfico que el despertador. Pero los festivos Madrid se transforma y no hay quien la reconozca. Nada de humos ni de cláxones estridentes ni de mala leche. Se puede dormir hasta tarde.

Aquel día era sábado. Sin embargo, cuando la luz atravesó las aberturas que deja la desvencijada cortina y se acercó a mi cara, me encontró despierto, tratando de decidir si Noa era un ángel caído del cielo o una espía al servicio de Su Santidad.

Mi calvario empezó a eso de las tres. Estaba en un duermevela, recordando la precipitada huida de mi cita; evocando su escote generoso, la servilleta manchada de rojo y el extraño rictus de su boca al partir, cuando un detalle se coló en mi cabeza y me agrió los pensamientos. El detalle, cómo no, procedía del cuaderno de Ruth. Al principio, me pareció una tontería. Luego, no. Y me desveló de tal manera que me levanté a confirmarlo, no lo hubiera leído mal. Pero estaba en lo cierto.

Era la escena en que Ruth describía su llegada a Madrid y el abandono de la pensión para instalarse en casa de Múgica. El cuaderno decía textualmente: «Solo conseguí que el dueño de la pensión me devolviera la mitad de lo pagado por anticipado; a cambio, me dio una información muy valiosa: alguien había husmeado en su casa y preguntado por mí».

¿Quién podía saber que Ruth estaba en Madrid y se hospedaba en esa pensión? Ella había intentado mantener en secreto su hallazgo y, en el texto, solo mencionaba a dos personas, una de las cuales, Múgica, estaba descartada. Blanco y migado: no podía haber sido otro que Koldo Otxotorena. Pensándolo, até más cabos, y llegué a la conclusión de que, además, poseía los recursos necesarios. El día que almorzamos juntos, me ofreció los servicios de su chófer, de quien dijo era militar retirado. No le habría resultado difícil hacerse con los registros de visitantes hospedados en las mil y una pensiones, dormideros y cuchitriles de Madrid y dar con ella. La pregunta, no obstante, era por qué Koldo se tomaba tantas molestias, al fin y al cabo, Ruth solo había ido a preguntarle por el cielo. Por muy importante que fuera el tema, no era urgente ni estratégico.

Sus engaños, alevosos y reincidentes, agravados al vestir vaina negra, empezaban a cabrearme. Pero si me entraron ganas de acercarme a la calle del Nuncio a cantarle las cuarenta no fue por eso, sino por confirmar cómo de larga era su sombra. La idea de que Noa tuviera algo que ver con aquella pantomima, que estuvieran conchabados, me atravesó como una flecha directa al corazón. ¿Habría aceptado mi invitación con el ánimo de espiarme? ¿Se lo habría pedido Koldo? Ese fue el pensamiento que, machacón como el zumbido de las abejas y punzante como un estilete, me tuvo sin dormir.

La duda me reconcomía. Pensándolo bien, durante la velada, Noa me había resultado una incógnita. Toda ella lo era. Tras aquella fachada de monja de medio pelo, había un punto salvaje, nunca domado, libre. Si, percibí disonancias entre sus

hoyuelos infantiles, de niña mimada, y sus labios carnosos, rosados y expectantes; entre sus ojos claros tirando a grises, todavía pueriles, ingenuos, y el modo en que inclinaba la cabeza hacia la izquierda, como retando a la vida. Y llegué a la conclusión de que Noa tenía un pasado granado. La historia del cielo había salido de su boca espontáneamente, y me había resultado creíble. Pero con toda seguridad tenía otra. Y era tan importante que su papel, bien aprendido y mejor representado, estaba tintado de color mentira.

Y, sin embargo…

Sin embargo, mi corazón no paraba de buscar argumentos opuestos a los que afet1'arse. Ya se sabe lo que ocurre con estas cosas. Ortega, el filósofo, afirmaba que el enamoramiento es una especie de imbecilidad transitoria, una angostura mental que te vuelve lelo como un pobre demente. Aun cuando uno no es completamente objetivo al juzgar, puedo asegurar que no estoy pronto a dispararme como un chaval con las hormonas borrachas. Sin embargo, reconozco que Noa me había desconcertado desde el principio. Era una incógnita andando sobre tacones.

Estaba en estas cuando sonó el timbre. Permanecí inmóvil, casi liofilizado. Quizás Encarna creyera que no estaba en casa y desistiera. Lo que menos me apetecía en aquel momento era otra dosis de mermelada. El timbre continuó con su monserga y, finalmente, me levanté. No me molesté siquiera en cubrirme el pijama con una chaqueta. Creo que mi subconsciente tenía la convicción de que, si la vecina del cuarto me veía de esa guisa, bragueta dilatada incluida, desistiría. Pero no era ella quien llamaba.

—¡Por todos los santos!

Me adecenté lo mejor que pude, que es tanto como decir que con la mano derecha me cubrí la vergonzante hendidura y con la izquierda me atusé la escasa cabellera. Supongo que estaba de foto. Pero ella no tenía mucho mejor aspecto. Su rostro, sin asomo de afeites o pinturas, y sus ojeras pronunciadas evidenciaban que no había gozado de un sueño reparador. Aun así, me pareció bellísima. Lavados, sus ojos, de un desvaído color gris, ganaban peso en su expresión y aparecían coquetamente saltones. Sonreía y su voz, modelada en tonos pacíficos, marcaba claramente la distancia con su actitud de la víspera.

—¡Noa, qué haces aquí! ¿Cómo sabes dónde vivo? En fin, quiero decir que cómo me has encontrado.

No se anduvo por las ramas.

—Aquí vivía el profesor Múgica. Me dijiste que habías alquilado su casa. No tenía pérdida.

Yo tampoco perdí el tiempo.

—De modo que tú lo conociste.

—Personalmente, no, pero hablamos por teléfono. —Se retiró un mechón juguetón de los ojos y envidó—: ¿Has desayunado alguna vez en la chocolatería de San Ginés?

—¿De quién? —pregunté, al tiempo que sopesaba esa manía de los madrileños de otorgar tanto protagonismo al santoral.

—De San Ginés. Es la más antigua de la ciudad. Sus porras son, sin duda, las mejores del mundo. Quería invitarte a probarlas junto a una taza de chocolate, si no tienes otro plan. Caminando a buen paso, tardaríamos apenas veinte minutos. Por el camino, podríamos charlar. Creo que te debo una explicación.

—¿Una explicación?

—Durante la cena, dijiste que yo era una persona honesta y que nunca faltaría a la verdad en un tema importante. Pues te equivocaste.

Pensé un instante, brevísimo ciertamente, en mi rutina del sábado, en mis abluciones pausadas y en la ropa blanca (el sábado pongo la lavadora), pero contesté retirándome hacia un lado para dejarlo pasar. Añadí al gesto una sonrisa y una frase de cortesía que decía, más o menos, que estaría encantado de acompañarla. Y lo estaba. No se me ocurría mejor plan para una mañana de sábado que tomar porras con Noa. Aunque fuera la mismísima Mata Hari al servicio de un sacerdote exorcista.

Ella no se movió.

—No es mi estilo presentarme sin avisar en la casa de un hombre al que casi no conozco, pero no tenía otra opción, no me diste tu teléfono. Si prefieres, vuelvo dentro de un rato. No sabía que dormías hasta tarde.

—No estaba dormido, solo metido en la cama, pensando. ¿Por qué no pasas y te preparas un Nescafé o lo que te apetezca mientras me doy una ducha? La cocina está por allí. —Señalé con el dedo hacia la derecha, aunque tuve la sensación de que el ático, más frecuentado que el Museo del Prado, no requería mapa de situación.

La ducha me vino bien. No hablo del agua caliente, que siempre es un placer. Me refiero a que me concedió un tiempo valiosísimo para ordenar mis pensamientos. No fue suficiente para asimilar que aquella mujer podía salir conmigo a instancia de su jefe, pero sí para permitir serenarme. ¡Y pensar que el día anterior tenía claro que, por fin, había encontrado a mi media naranja! En aquel momento, todo estaba sumido en la más absoluta oscuridad. Mi recién estrenada personalidad se hacía añicos. Mi nueva vida, construida enteramente por el caprichoso destino, frisaba su fin. Iba a volver a ser el de siempre, el de Lugo, el que, por razones obvias, permanece soltero y sin compromiso.

En el amor, nadie está a salvo de la duda. Pero lo mío, más que duda, era una certeza: Noa había venido a mi casa dispuesta a confesar.

«Se ha arrepentido muy pronto», me dije, tratando de pensar en positivo. Una estupidez como la copa de un pino; la compostura está en decir la verdad, no en arrepentirse pronto de las mentiras tejidas. Pero, cuando uno desea engañarse, todo parece suficientemente verosímil.

Abrí unos milímetros la puerta del dormitorio y la observé de soslayo. Estaba sentada en una de las esquinas del sofá, con las piernas cruzadas y las dos manos juntas sobre las rodillas. Por la postura, la falda se elevaba por encima de la

articulación y dejaba entrever parte de sus muslos, regordetes. Otro hubiera visto a una mujer anodina, que había perdido el dulce encanto de la juventud. Pero ya se sabe que incluso la piedra más preciosa puede dejar indiferente a los ignorantes, lo que no era mí caso. Tenía la certeza de que Noa era una joya. Había captado enseguida el detalle, y no porque sea muy listo. Para decir lo que digo no hace falta gran inteligencia, sino mantener el alma atenta, cosa que yo había hecho desde que escuché por primera vez su voz a través del teléfono.

Sé que muchos hombres las prefieren mansas y melancólicas, debilidades desnutridas necesitadas de un brazo protector. A mí me disgustan los brillos apagados. Y o me ensimismo con el valor, con el temple y el arranque. Prefiero los gatos monteses a los de angora. Y mis sentidos habían captado que ese algo indomable, punzante, peligroso, que ella ocultaba tan celosamente era más valioso que el oro, los pechos gordos o la cintura de avispa.

Me forcé a arrancar la vista de sus piernas y elevarla hasta sus ojos. Me extrañó: no delataban excesiva preocupación. Tras las rendijas de su gesto tampoco se percibían signos de culpabilidad. Su supuesto arrepentimiento revestía un carácter atípico, leve, como si su pecado hubiera consistido en quitarse cinco años de encima.

Hubiera debido irrumpir en la habitación y decirle, lisa y llanamente, que me había decepcionado. Pero todavía albergaba la esperanza de que existiera una explicación alternativa. Y por eso salí sonriendo, dispuesto a mantener el tipo. Porque, lo mirara como lo mirara, me había enamorado perdidamente de aquella hermosura asimétrica, oculta bajo un burka de costura occidental. Tras conocerla, mi soledad reglamentaria, tan habitual para mí, se me antojó insufrible.

No puedo explicar cómo ocurrió, pero, sin solución de continuidad, me encontré rendido a sus encantos. Y lo más grave, por lo pretencioso, es que en mi corazón anidó la convicción de que ella había descubierto en mí algo, tanto me daba qué, que la animaba a acercarse un poco más. Si se arrimaba lo suficiente, quizás terminara por explorarme por completo. Y eso que en aquel preciso momento, al verla, se agudizó aquella extraña sensación, cercana a la evidencia, de que Noa no era exactamente Noa, salvo que lo era. A ver si logro explicarme: lo que quiero decir es que sabía que asumía un riesgo, indefinido, pero no pequeño. Si llamaba a su puerta y conseguía que me abriera, quizás encontrara algo inaudito, fuera de todo lo que había soñado en mis mejores sueños o en mis peores pesadillas, quizás encontrara la mano de un exorcista o algo mucho peor.

Al percibirla arropada por aquel aroma de misterio, sentí el impulso de acercarme hasta el sofá, poner las manos en sus hombros trémulos y decirle que bebía los vientos por lo que veía y, aún más, por lo que no veía. Luego de haberlo hecho, me hubiese gustado elevar la mano hasta que mis dedos se enredaran en su cabello, donde empezaban a asomar canas resistentes, tan níveas como hermosas. Pero, naturalmente, me mantuve a distancia. Me faltó el valor y hasta el aire. Y mientras la frente se me perlaba de sudor, fui a sentarme en la otra esquina del sofá, con las

piernas juntas, como un buen chico.

A juzgar por cómo se frotaba las manos, también ella estaba nerviosa, de modo que ambos permanecimos callados, esperando que fuera el otro quien rompiese el hielo.

—Esta casa me produce escalofríos —dijo al fin. Como la miré con extrañeza, añadió—: No sé explicarlo, es como si algo raro viviese entre estas paredes.

Recordé nuestro fugaz encuentro en las escaleras de la Nunciatura. Allí había comentado algo similar, y yo, sin pensarlo mucho, y, por descontado, sin ninguna malicia, le pregunté si la sensación se asemejaba a aquella. Se tomó mal mí comentario. Muy mal, tanto que se levantó enfurecida y, mientras movía la cabeza a ambos lados, me espetó con voz acerada:

—Veo que piensas que estoy loca. En ese caso, no tenemos nada más que decirnos. Puedes estar seguro de que no volveré a molestarte.

Me levanté también, confuso, e intenté disuadirla. Ella me había contagiado su nerviosismo y era mi voz la que temblaba. Pero fui capaz de añadir:

—¿Loca? ¡No, por supuesto que no pienso que estés loca! Todo lo contrario: no sabes lo tranquilo que me deja escucharte. Porque barrunto algo similar. Hace un par de días, sin ir más lejos, salí de aquí a toda prisa porque esa sensación me asustó. Créeme, aquello no era miedo, era pavor. Como si voces mudas me llamaran…, no sé si me entiendes.

Pareció tranquilizarse y volvió a sentarse. Yo la imité. De nuevo, el silencio se apoderó del sofá. No fueron más que unos segundos, pero la mente trabaja deprisa y tuve tiempo de rememorar la sucesión de acontecimientos que me había conducido hasta ese punto. Y no pude menos que clamar:

—¿Sabes lo que más me preocupa, Noa? Que no acabo de comprender qué papel juego yo en esta historia de locos. No soy un brillante científico que entiende los movimientos de los astros, ni un exorcista que atisba los cielos. Y, por descontado, no poseo un mapa del tesoro… Quizás tú puedas decirme qué hago yo aquí.

—¿Yo?, ¿por qué yo? No tengo nada que ver con lo que te ocurre. N i siquiera recuerdo el nombre de pila del profesor Múgica. Solo lo llamé por teléfono —respondió categórica. Su frase sonó como un oráculo y me asustó.

—Gonzalo. Se llama Gonzalo, pero la gente lo conoce por Lalo. Y hablando de ese asunto, has dicho que venías a confesar tus pecados… Dime, ¿de qué se trata?, ¿a quién sirves? ¿Por qué saliste ayer corriendo?

Mis palabras cayeron sobre sus hombros como un peso muerto. Se echó a llorar, y sin mediar palabra fue a recoger su abrigo. Lo estaba haciendo fatal.

—Noa, lo siento. No quería decir eso… Bueno, no quería decirlo así. Estoy completamente sorprendido, sobrepasado por la situación.

Se giró y me miró fijamente. Sin dejar de llorar, me explicó:

—Cuando te conocí, saqué la impresión de que eras una persona fuera de lo común. Inteligente, divertido y, al mismo tiempo, sencillo. La cena de ayer no hizo

sino profundizar esa pt1mera impresión. Te mostraste como un libro abierto, por eso creo que no sería justo que sacaras de mí una impresión equivocada, y he venido a decirte que te mentí: no soy viuda, estoy divorciada. La verdad es que no veo a Beltrán desde hace más de diez años y que nunca en mi vida me he sentido casada. Solo tiene este dato don Koldo, que me insiste en que es un matrimonio nulo y que tome medidas. Pero yo no me siento con fuerza para empezar un proceso de esa naturaleza. De modo que miento a todo el mundo. Por otro lado…, en fin, tampoco soy tan inocente como crees. Cuando pasó lo que pasó con Beltrán, se me fue la cabeza. Me trasladé a Ibiza, y…, bueno, digamos que trabajé llevando un uniforme con poca tela.

Confieso que, mientras la escuchaba, dividía mis pensamientos a partes iguales entre ese tal Beltrán, que había tenido la suerte de tenerla entre sus brazos, y ese uniforme tan corto de tela. Y como Noa no tenía tipo de trapecista ni de campeona de natación sincronizada, intenté imaginármela en un club de alterne, contorsionando el cuerpo alrededor de una barra metálica, o sirviendo copas en toples. Me dije que quizás fuera esa la herencia invisible que yo había captado al verla. Aunque a lo mejor me equivocaba por completo y Noa trabajaba como bióloga encargada de la educación de los delfines en un acuario famoso. Lo cierto es que poco me importaba lo que hubiera acontecido en su pasado. Lo único que me interesaba era el presente y, naturalmente, el futuro. Me obligué a dejar de pensar en ello y volví al esquema original, es decir, a meter la pata.

—De modo que Koldo no te envía para espiarme —pensé en voz alta.

—¿Espiarte? ¿Por quién me has tomado?, ¿crees que saldría contigo porque me lo pidiera mi jefe?

Se había levantado otra vez, aquello parecía el juego de las sillas, pero en esta ocasión había atrapado el bolso y se había plantado en la puerta. Corrí hasta ella y le sujeté los hombros. Por su gesto, me di cuenta de que estaba apretando demasiado fuerte y le hacía daño. Aflojé la presión.

—¡No te vayas, Noa! Por favor, perdóname. ¡No sé lo que digo! ¡Si supieras qué cosas me han ocurrido en esta última semana! Cosas que…, cosas que no puedo explicar, inauditas. Su recuerdo me persigue y no me deja descansar.

Entonces, le describí entre sollozos el humo blanco filtrándose por entre las tablas del suelo, las puertas cerrándose sin ayuda y los grifos evacuando agua a su antojo. Y ya puestos, me desahogué narrándole aquel episodio tan extraño, tan íntimo, tan sobrecogedor, vestido con ropa interior color rosa pálido. Si me hubieran abierto en canal y sacado las entrañas, no me hubiera sentido tan desnudo.

La respuesta de Noa fue tan sencilla como las manoletinas color burdeos que calzaba.

—¿Sabes una cosa, Gerardo? Creo que son suficientes confesiones para un día. Deberíamos ir a probar ese chocolate. Temprano, sabe mucho mejor.

45

No puse objeciones.

Cerré la puerta con llave y bajamos. Lo hicimos andando porque a Noa los ascensores le provocan claustrofobia.

En Lugo, yo también empleaba las escaleras; en Madrid, no lo hago. Las del número 12 no me gustan, y las evito siempre que puedo, es decir, cuando el ascensor funciona. Las escaleras de mi casa gallega son estrechas y tengo por seguro que el horrendo terrazo del suelo es el más barato del mercado, pero tienen luz natural, y rezuman alegría, novedad, simpatía. Siempre te cruzas con una joven o con un balón de futbol y su dueño. Por el contrario, las anchas escaleras del número 12 tienen techos adornados con molduras y sus peldaños crujen a madera maciza, pero cada milímetro cuadrado canta la triste presencia de la senectud. «Vieja madera para arder», que diría *sir* Francis.

A mí me disgusta la vejez. Ni siquiera friso los cuarenta, pero ya la temo. Desde que vi declinar a mi madre, le tengo tirria. Primero lo llamaron «experiencia»; luego, «madurez» y palabras homónimas que no eran sino añoranzas de la fuerza y juventud perdidas. Finalmente, se convirtió en enfermedad y en incontinencia urinaria. Quizás por ello, aquellos peldaños gastados y sucios descubrían a mis ojos la fealdad que endosan los años, la incuria y la desgana. Y me hacía evocar a mi madre. Nunca fue guapa, pero siempre fue coqueta. «Una señora, aunque pobre», solía decir. Soportó bien la operación y las dolorosas curas, pero los pañales acabaron con ella. Al vérselos entre las piernas, dejó que la cabeza se le fuera. Murió completamente trastornada en un sanatorio de Orense.

Me alegré de llegar al portal y de descubrir que Madrid nos esperaba lozana y soleada, joven y bellísima. Cuando quiere, es una ciudad fuera de serie. Cuando se lo propone, no parece un tinglado de casas ni un tumulto de voces impertinentes ni un sembrado de coches. Cuando lo intenta, es un remanso de armonía.

Resulta curioso lo hermosísimo que puede llegar a ser el cemento, lo estético que resultan el asfalto y las aceras gris humo. Y hasta las obras. Aunque es posible que todo esto se explique por el color del cristal con el que se mira. El mío, aquel día, era rojo corazón.

Anduvimos sin prisa, a ritmo de paseo. A ratos nos quedábamos callados, a ratos charlábamos en voz queda. Recuerdo bien las risas de los niños jugando a pillar por Recoletos; las carreras de los deportistas mañaneros y los ladridos de los perros al verlos pasar. Y el orgullo de las madres, luciendo cochecitos endiabladamente feos por Alcalá, bajo las sombras protectoras de los árboles; y las terrazas, repletas. Los vendedores ambulantes no escaparon a mi atenta mirada, pero tenía la cabeza en otro sitio…

—¿Por qué me lo has contado, Noa? Los secretos deben permanecer secretos —aseguré.

Me sonrió al contestar. Su voz, que se me antojó serena, tremolaba.

—No se deben tener sigilos con las personas a las que se aprecia. ¿Necesitas conocer los detalles?

Por descontado, deseaba saberlo todo, pero hay cosas que no deben preguntarse. Por ello, le devolví intacta la pelota.

—Ese tal Beltrán…, ¿le querías?

Negó con la cabeza.

—No. Pero mi madre deseaba esa boda y no me atreví a contradecirla. Provengo de una familia de nuevos ricos; él no tenía un duro, pero le sobraban títulos: la unión perfecta.

—¿Y por qué le abandonaste?

—Cruzó la línea.

—¿Otra mujer?

Se rio con tristeza.

—Eso no hubiera sido ninguna novedad. Ocurría antes de casarnos y siguió ocurriendo después. Se trató de un engaño más elaborado. Apenas llevábamos un par de años de casados. Beltrán estaba de cacería. Aproveché la ausencia para echar un vistazo a sus estados financieros. Sabía que las cosas no le iban bien, por eso su nueva escopeta, carísima, avivó mi curiosidad. Comprobé, no sin malsana satisfacción, que sus negocios zozobraban. Las bodegas perdían dinero y su cartera de valores hacía agua. Sin embargo, vi una entrada importante que le había permitido pagar a sus muchos deudores y reunir una pequeña fortuna. Aunque contábamos con un régimen de separación de bienes, aquello me dio muy mala espina. Fui repasando una a una mis pertenencias: joyas, títulos de propiedad de los pisos, cuadros…, hasta que llegué al Picasso: fue el regalo de boda de mi familia. Es el retrato de una mujer deforme y grotesca, en el que siempre me sentí un poco representada. El que colgaba de la pared de la biblioteca era una copia de tercera. Esa fue la gota que colmó el vaso. Nunca lo recuperé.

En aquel momento, se detuvo.

—¡Vaya!

Eso fue todo lo que dije. Porque la historia lo merecía y porque, como preveía, las maldades del tal Beltrán iban a privarme de los datos de Ibiza que tan ansiosamente esperaba. Seguimos paseando en silencio.

Estábamos ya a un paso de la Puerta del Sol. Un grupo de turistas japoneses trataban de inmortalizar el momento con su pequeña cámara digital. Noa se desplazó hacia la izquierda para dejarles sitio y, en el movimiento, su mano izquierda rozó levemente la mía. Sentí un escalofrío. Uno tan especial que dejó corto al vocablo «taquicardia». A tenor del color de sus mejillas y su forma de disculparse, ella debió de notarlo también. Fue como si, en un instante, en el tiempo de un breve suspiro, se hubiera desatado una violenta y dulcísima tormenta.

Sé lo que van a pensar, pero se equivocan. Ni mojigato ni hipersensible ni

pudibundo. Si bien estoy lejos del prototipo del Agente 007, poseo experiencia suficiente para saber que una canela, más siendo fortuita, es similar a un grano de arroz en un estómago vacío. Pero reconocerán conmigo que los impulsos físicos se articulan alrededor del ser que los provoca. Hasta aquel momento, una especie de fango viscoso había amortiguado todas mis relaciones. Las mujeres me atraían por esto o aquello, pero nunca por ellas mismas. Desde mi novia de párvulos, no había habido otra mujer con la que hubiese deseado pasear sin hablar y hablar tras amar. Mis relaciones habían sido siempre interesadas, basadas en una expectativa próxima al sujetador rosa pálido y a la efervescencia de los sueños abstinentes. Pero Noa era otra cosa. No niego que la idea de contemplar fotografías de su antiguo trabajo me atrajera, lo que digo es que, de haber tenido acento francés, bata de enfermera, ropa interior de seda o labios carnosos, no habría añadido un codo a su estatura. En fin, ya lo he dicho antes, me había enamorado.

No dije nada, y seguí andando. Pero estaba tan acelerado que, al rato, fui yo el que dejó suelto el brazo, rozándola de nuevo. Creo haberlo hecho tres veces más. Finalmente, moviendo la cabeza a ambos lados, y supongo que llamándome palurdo en su interior, Noa se me colgó del brazo.

46

Giramos a la derecha para cruzar la plaza. Yo iba hinchado como un pavo. Sonreía, mirando al frente y deseando que todos los viandantes fueran capaces de adivinar y, ¿por qué no?, envidiar mi felicidad. Y me acordé de una serie que emitía la televisión. He olvidado el título, la veía de ciento en viento, pero sí recuerdo que estaba ambientada en el Madrid de la época de la Segunda República. El protagonista era un guaperas de moda que se exhibía por la plaza Mayor con su esposa del brazo. Orgulloso, seguro de sí mismo, saludaba a las personas con las que se cruzaban. A veces, solo era necesaria una pequeña inclinación de cabeza o un ademán; otras, se desprendía por completo del sombrero. Por un instante, me sentí más afortunado que él. Más guapo que él, hasta más alto que él. Y si nos hubiéramos topado con una sombrerería, sin duda habría adquirido un cloché para Noa y un canotier de paja para mí.

Estábamos bajando por la calle del Arenal, repleta de gente que, como nosotros, disfrutaba del paseo, de la compañía y de la placentera desgana, cuando Noa se soltó de mi brazo y se detuvo ante el escaparate de una pequeña tienda. El comercio vendía ropa infantil. Permaneció allí mirando fijamente los pequeños maniquíes un tiempo que a mí se me antojó una eternidad. Estaba tan contento que me resultaba difícil pensar en términos negativos, pero estaba claro que me había perdido algo. ¿Habría acabado su confesión o acaso restaba algún pequeño, nunca mejor dicho, detalle que yo debiera conocer?

He de decir que, en lo tocante a las mujeres, soy bastante corto. Mi capacidad para entender sus gestos es casi la misma que la de leer entre líneas: nula. Pero quería asegurarle que, pasara lo que pasara, estaba con ella, de modo que pregunté con voz suave:

—¿Ocurre algo, Noa?

—No estoy segura —recibí por respuesta.

Hubiera preferido una bofetada. Repasé metódicamente lo hecho en los últimos quince minutos. Casi todos estaban llenos de silencio. Al menos, no había dicho algo desafortunado. Aunque quizás lo inconveniente hubiera sido mantenerme callado. Esperé. Una décima de segundo después, Noa me miró a los ojos y susurró:

—¿No te has dado cuenta?

Me encogí de hombros, desesperado. Estaba seguro de que iba a pifiar la sin remedio.

—Soy muy despistado, Noa. —Tragué saliva y añadí—: Pero, haya hecho lo que haya hecho, lo siento.

—¡Mira que eres tonto! Hablo de esos dos hombres. El de cazadora oscura de cuero y el de la americana de pana. ¡No te des ahora la vuelta, disimula! Los vi por primera vez enfrente de tu casa cuando subí, y ahora están aquí. Cuando nos hemos detenido, ellos también lo han hecho. Es muy sospechoso.

Me eché a reír y sujeté su mano entre las mías.

—¡Como espía no tendrías precio, querida! ¿No te das cuenta de que estamos en pleno Madrid turístico? Simplemente, van como nosotros a tomarse un chocolate en el lugar que indican todas las guías.

—¡No seas estúpido! Tienen pinta de policías.

¡Policías, para nota! Sin enmascaramiento alguno, me giré y, en efecto, vi a dos hombres vestidos de la forma en que Noa había indicado. Estaban varados en la puerta de una óptica. Ambos fumaban.

—Si quieres, me acerco y les pregunto por qué nos siguen —bromeé.

—¡Buena idea!

Iba a decirle que no era más que una chacota, pero ella ya se había puesto en marcha. Y yo detrás, claro.

—Buenos días, caballeros. ¿Son tan amables de decirme dónde está el Museo del Ratoncito Pérez? —Los hombres se miraron extrañados, pero no dijeron nada—. ¿No lo saben? Bueno, no se preocupen. Seguro que me pueden decir dónde está el pasaje de San Ginés.

Al unísono, ambos tiraron la colilla al suelo, la pisaron y, sin mediar palabra, dieron media vuelta y se marcharon. Yo, que me había quedado a un par de pasos, seguía la escena boquiabierto.

—¿Ves, Gerardo? ¡Nos estaban siguiendo!

—¿Por qué habrían de seguirnos? Quizás fueran turistas que hablan otro idioma y no te hayan entendido. Además, no somos nadie. Al menos, yo no soy nadie. ¿Y tú?

—Y o sí; pago impuestos, tengo una tarjeta de crédito y otra de El Corte Inglés. Pero esto no va por mí, estoy segura de que tiene que ver con ese cuaderno tuyo.

—¡No fastidies! Venga, todavía estoy sin desayunar, necesito un café y unas porras.

Acompañé mis palabras con un gesto ilustrativo y una sonrisa socarrona. Y, aunque en realidad temía que tuviera razón, reanudamos la marcha. Un poco antes de llegar a una iglesia que se veía en lontananza giramos a la izquierda, para entrar en un precioso pasadizo. Al fondo, estaba la chocolatería. No tenía pérdida, pero tampoco teníamos escapatoria. De modo que miré hacia atrás por si veía a los dos hombres. No alcancé a verlos, pero mi instinto lucense me aseguró que seguían allí.

Noa me advirtió que el café no era bueno, de modo que me apunté al chocolate. Pedí, además, unas porras. Retiraba la camarera en ese momento la enorme pieza de la sartén. Mientras la cortaba y, a petición mía, espolvoreaba los largos churros con azúcar, miré de reojo el local. Y caí en la cuenta de dos cosas curiosas. La primera que, pese a todo, el aire estaba limpio. Nada parecido a la Pensión Real, donde el olor de la fritanga se incrustaba hasta en las sábanas. La segunda, que aquellos dos hombres estaban en la barra y pedían café. Se habían despojado de las prendas de abrigo, pero no había duda de que eran ellos.

Noa me esperaba en una de las mesas. Fui a sentarme junto a ella y le avisé entre

susurros. N o pareció irritarse, pero se puso en pie y, sin más explicaciones, se fue hasta ellos. De nuevo, fui tras ella.

—Buenos días, caballeros —manifestó en un tono suficientemente alto para que algún vecino levantara la cabeza del chocolate y siguiera con curiosidad nuestros escarceos con el lado oscuro de quién sabe qué——. ¿Serían tan amables de dejar de seguirnos? Son ustedes bastante torpes. Les advierto que ya les hemos pillado dos veces, no habrá siguiente, porque voy a llamar a la policía; diré que uno de ustedes es mi exmarido, que ha amenazado con matarme, y se liará.

De chiste. Tras mirarse mutuamente, los dos hombres pagaron y se marcharon.

Volvimos a la mesa. Nos acababan de llevar el desayuno.

47

Ni que decir tiene que tomé el famoso alimento a todo correr y de un humor de perros. Partimos en cuanto pagamos aquel robo a mano armada, y bebimos un poco de agua para pasar el susto y porque el chocolate siempre da sed.

Obviamente, pusimos rumbo a la calle del Nuncio. Digo obviamente porque aquello no tenía vuelta de hoja; mis pies hubieran enfilado ese camino aunque no se lo hubiera pedido. Si repasábamos la lista de quienes tenían noticia de la existencia del Moleskine, solo podíamos hacer escala en Koldo Otxotorena. Amén de Encarna, no había hablado de él con nadie más. Y que Koldo tuviera algo que ver pasaba de castaño oscuro. No se trataba de una zona de penumbra en un horizonte despejado. Tampoco de un cúmulo de casualidades. Era un aire negrísimo que se propagaba con la velocidad de un rumor y la peligrosidad de una nube tóxica. Si no poníamos remedio y deteníamos a ese cura, fueran cuales fueran las cosas que estuviera haciendo, acabaría con nosotros.

Como señalé antes, la mañana pintaba preciosa, pero al poner el pie de nuevo en la calle me pareció que cayeran chuzos y que la ciudad estuviera sucia y gris. De hecho, recorrimos el trecho de poco menos de un kilómetro como si lloviera y no tuviéramos paraguas. Nuestra decisión era tal que al pasar por la calle Siete de Julio bien pareciera que nos persiguiera una manada de miuras. Si alguno de los carteristas de la plaza Mayor hubiera querido robarnos, le hubiera resultado difícil. Al menos, a mí. Noa, que no tiene costumbre de andar a paso ligero, se quedó algo rezagada.

En Latoneros, le saqué tres cuerpos; un minuto, en la calle del Nuncio. Tentado estuve de subir sin ella, pero enseguida caí en la cuenta de la descortesía, y me detuve en la entrada a esperarla. Llegó sin resuello. Le dije que pretendía abordar a Koldo de inmediato y que no iba a admitir un no por respuesta. Podía ser desagradable, de modo que le dejé libertad para sumarse o permanecer al margen. Doblada hacia delante, con el corazón en un puño, me contestó con un gesto de la mano que subiera. Pero, antes de hacerlo, me miró. No cruzamos ni una sola palabra, pero nunca he tenido una conversación más luminosa. Su sabroso silencio estaba lleno de confianza, de comprensión, de apoyo. Sujeté su cabeza entre mis manos y le planté un cálido beso en los labios.

Mucho mejor que el chocolate y las porras juntos.

Subí los peldaños de dos en dos, y recorrí el pasillo hasta dar con el despacho del sacerdote. Dos golpes en la puerta, y entré. Koldo, sentado, con una pluma entre los dedos, trabajaba en algún manuscrito. Su mesa presentaba orden de revista. Una pila de papeles en blanco; otra, más pequeña, de folios rasgueados con tinta negra.

—Me has mentido, y van dos, Koldo. Pero te aseguro que no habrá una tercera.

Respiró hondo, como si necesitara armarse de paciencia, levantó la vista y me contestó:

—No he mentido. He respondido con veracidad a lo que me has preguntado. No

tengo la culpa de que no formularas las preguntas oportunas.

—Estoy seguro de que, si se lo cuento a tu Jefe, te envía al infierno de los fariseos y los cínicos. De todos modos, no te inquietes; no me chivaré. Pero por las mismas te aseguro que, si me vuelves a mentir o te callas algo, te machacaré. Así que volvamos a empezar. Formula las preguntas oportunas y contéstatelas, así nos evitamos dar vueltas innecesarias.

—Sería muy largo de contar.

—¡Ah, por eso no te preocupes! Tengo todo el tiempo del mundo.

—Pero yo tengo una…

—¿Ibas a decir una cita? —le interrumpí. Asintió—. Pues creo que tendrás que anularla. Seguro que Noa puede ayudarte en eso.

En efecto, la mujer había llegado y permanecía en pie junto a la puerta.

—No importa. Gracias, Noa, yo me ocupo.

Se detuvo, esperando a que la secretaria abandonara el despacho, pero le quité la idea de la cabeza.

—Sin comerlo ni beberlo, a ella también la has metido en esto, Koldo. De modo que se queda.

Frunció el ceño y me miró extrañado, pero omitió cualquier réplica.

—De acuerdo. Veamos, los hechos son los siguientes: la chica judia, Ruth, y su amigo el profesor Múgica iban tras la pista de algo imposible.

—Una puerta hacia el cielo, lo sé.

—Exactamente, pero esa puerta no existe. Es una imposibilidad física y metafísica. Tiene que tratarse de un engaño.

—¿Estás seguro?

—¡Por supuesto! Las almas no necesitan puertas. Ni tampoco los cuerpos gloriosos que, por cierto, pueden atravesar la materia. Si lees los Evangelios, verás que todos son unánimes en eso: Jesucristo se aparecía a sus discípulos, sin llamar antes de entrar.

—Entonces, ¿de qué estamos hablando?

—De algún tipo de ardid.

—¡No digas tonterías, Koldo! ¿Quién se toma la molestia de montar una cosa así? Y ¿para qué? —Las fuerzas oscuras que…

—¡Ah, no, tío, por ahí no se te ocurra ir! Los tipos que nos han seguido no vienen de ninguna fuerza oscura. Son de carne y hueso, y tienen cara de llevar pistola. De modo que dejémonos ya de leches y cuéntanos de qué va todo esto.

Koldo puso cara de desconcierto y musitó con un hilillo de voz:

—Era mi gente, no os preocupéis. Pedí que os siguieran. Estaba preocupado por vosotros.

Fue tal la lluvia de improperios con que le cubrí que Koldo tuvo que avenirse a razones. Tartamudeando primero; luego, a borbotones, nos explicó su historia. Una historia que dejaba a Julio V eme en la categoría de aficionado.

48

—Como te expliqué, Ruth vino a mi casa pidiendo datos sobre el cielo. Afirmó que era para uno de los capítulos de su tesis doctoral. Pero cacé su juego enseguida. Estoy acostumbrado a detectar mentiras. La gente piensa que estas salen de la boca, pero, en realidad, brotan de la mente e involucran a todo el cuerpo y, por ello, llegan siempre acompañadas de movimientos racionales de camuflaje. No me hace falta un polígrafo para detectarlas. Me basta con observar los movimientos de los globos oculares, el gesto de las manos, la cadencia entre palabras, la prontitud en la respuesta, las repeticiones. En fin, que Ruth me mintió. Andaba buscando algo, pero no logré averiguar ni siquiera por dónde iban los tiros. Mi frustración era tanta que pedí a Óscar, mi chófer, que localizase sus coordenadas. Pensaba dejar pasar unas horas, llamarla y hablar de nuevo con ella.

»Óscar no tuvo mayores problemas para obtener esos datos. Ruth se alojaba en una fonda de mala muerte cerca de la Puerta del Sol, frecuentada por inmigrantes ilegales y alguna que otra prostituta. Me quedé con el teléfono del lugar para llamarla, pero aquel día tuve bastante jaleo y cuando las gestiones del día me dieron un respiro, y pude telefonear, eran cerca de las diez de la noche. Me respondió un tipo bastante desagradable, que me informó de que Ruth se había largado unas horas antes. Pregunté si había dejado una dirección. El tío me soltó una fresca del tipo: «¿Pero de qué vas, tío? ¡Vete a dormir la mona y déjame en paz!».

»Cuando colgué me temblaban las manos, las piernas y el cuerpo entero. La única pista disponible se desvanecía tan deprisa como había aparecido. A aquellas alturas, se me había desatado de nuevo la úlcera.

—Te estás poniendo muy trágico, ¿no? Esta es una ciudad muy grande.

—Cierto. En Madrid resulta fácil perderse, pero estarás conmigo en que las cosas cambian si eres una joven e inexperta extranjera y estás sin un duro. Y, a tenor del sitio donde vivía, que andaba mal de dinero era un hecho.

—En realidad, eso carece de importancia si alguien le estaba echando un capote —apuntilló Noa, que intervenía por primera vez.

—¡En efecto, ahí estribaba el problema! Visto lo visto, la hipótesis más factible era que alguien la estaba ayudando. Y también la más aterradora, la que marcaba la diferencia entre una locura juvenil y una conspiración. Pero ¿quién? Y, sobre todo, ¿por qué? Estuve un rato dando vueltas al asunto, con el estómago en un puño, y, finalmente, tomé la decisión de pasar al combate.

—¿Al combate? Pero, Koldo, ¿qué es lo que te pasa? ¡No hay ninguna guerra!

—Es una forma de hablar, hombre. Tú que eres profesor de Literatura deberías entender ese tipo de expresiones. Lo que quería decir es que pergeñé un plan: nada complicado, pura técnica de exclusión. En primer lugar, llamé a Óscar. Este comprobó que Ruth no se alojaba en ningún otro hotel, hostal, pensión, fonda o albergue. Eso me inquietó. Como durante nuestra conversación había mencionado

que era su primera visita a Madrid, excluí la existencia de familiares o conocidos en la capital, de modo que solo quedaban dos posibilidades. La primera: la comunidad judía.

»En materia de religión, Ruth no parecía muy ortodoxa, pero el judaísmo es mucho más un pueblo que una religión. Cualquier judío ayudaría a un compatriota en apuros. Además, la comunidad judía madrileña es bastante activa, y hermética para los no judíos. Llamé a la embajada, donde tengo un buen amigo, judío y norteamericano, y le expliqué que Ruth había olvidado algo en mi despacho y que quería localizarla. Me aseguró, y le creí, que no sabían nada de ella, pero que, de aparecer, le darían mi recado. Vía muerta. Eso dejaba abierta solo la segunda opción: Harvard. Ruth bien podía haber buscado apoyo en alguien al que hubiera conocido por medio o a causa de su padre. En ese caso, la obtención de datos resultaba más sencilla. Bastaba con entrar en la página de antiguos alumnos de Harvard. Esa web conforma una magnífica red de contactos, de modo que los egresados cuidamos de mantener nuestras fichas al día. Teléfonos de trabajo, particulares e incluso móviles figuran junto al nombre de la empresa para la que facturamos, los deportes que frecuentamos o el hándicap del golf.

»Dicho y hecho. Al rato estaba conectado, y con un corto listado delante: Harvard es un club bastante selecto. Eran las diez y media, un poco tarde, aun así llamé. No me llevó mucho tiempo ni tampoco grandes esfuerzos. Una llamada, a lo sumo dos. Tres en un caso. Un par de las entradas resultaron fallidas: un economista, muerto a causa de un cáncer de páncreas, y un abogado, que había pasado a mejor vida debido a un accidente de parapente. Del resto, hablé con cas1 todos.

»El mundo es muy pequeño: a algunos los conocía personalmente; a otros, por referencias. Solo un nombre se me resistió: Gonzalo Múgica. Astrofísico. Doctor en Física Cuántica. Su ficha solo mostraba una fotografía antigua, que me resultó vagamente familiar, y un número de teléfono de Madrid. Ninguna entrada nueva en los últimos cinco años. Quizás se hubiera trasladado de ciudad, o quizás fuera el tercero en la lista de fallecidos. Sí, eso entraba dentro de lo factible. Sin embargo, decidí indagar un poco más, sobre todo porque aquel tipo se dedicaba a cuestiones astronómicas a las que Ruth había hecho referencia.

»Busqué fotografías en Internet. Encontré una, en la que Múgica compartía mesa con David Kaufmann. Al verla, le recordé. Nos habíamos visto en casa de David. Tenía un vago recuerdo acerca de sus problemas con el alcohol o con las drogas, algo le había hecho caer en desgracia. Pero eso no significaba nada. Solo explicaba que la página estuviera sin actualizar. Y era amigo de Kaufmann.

»Iba a llamarle, pero pasaban quince minutos de las once, demasiado tarde. Lo tuve que dejar para el día siguiente. Es decir, que tuve toda la noche para pensar. Por la mañana, había cambiado de opinión. Volví a llamar a Óscar y le pedí que me consiguiera datos sobre Múgica. Si era el hombre, y estaba seguro de que lo era, debería andarme con cuidado.

»«No se preocupe, don Koldo. Los tentáculos del Gobierno son largos. Si este tipo trabaja, tiene tarjeta de la Seguridad Social. Y si la tiene, le tenemos fichado. De pertenecer a los afortunados que no necesitan afanarse para vivir, pagará impuestos. En ese caso, será la hacienda pública quien le tendrá en su lista. De modo que tranquilo, en un par de horas le diré dónde vive», me respondió.

»En realidad, fueron tres las horas que empleó —ya no es lo que era— para informarme de que Gonzalo Múgica, a quien todo el mundo conocía con el sobrenombre de Lalo, tenía dos trabajos de poca monta que le proporcionaban unos ingresos brutos de dos mil y pico euros al mes durante el curso académico, y mil y poco el resto. Vivía en un ático en el centro de la ciudad por el que pagaba cerca de doscientos euros, gastos aparte, y sobre el que pesaba un expediente de declaración de ruina económica. Por decisión del juez, de su sueldo se le retenía el cincuenta por ciento para el pago de la indemnización a una joven a la que había atropellado en Boston conduciendo en estado de embriaguez. Óscar también me proporcionó los teléfonos de sus dos trabajos, en la universidad y en el CSIC.

»Probé primero con la universidad. En la centralita me dijeron que los estudiantes se habían declarado en huelga y la universidad estaba vacía. Continué con el CSIC. La telefonista, antipática, me aseguró que no tenía extensión y que dejar un recado no era buena idea: nunca llegaban. Marqué de nuevo el tercer número, el particular, sin resultado. No sé por qué aquel cúmulo de tentativas fallidas me perturbó. Y sin pensarlo dos veces, me fui a su casa. Pero no lo encontré.

El sacerdote hablaba quedo, amasando, como s1 tuviéramos todo el tiempo del mundo, como si se tratara de una historia pretérita, pero yo, a aquellas alturas, tenía la rabia tan crecida que no pude reprimir la impaciencia. La voz me sobrevino áspera, como las toallas lavadas sin suavizante.

—¡Quieres ir al grano de una vez!

—No hay más grano, Gerardo.

—¡Anda ya, me estás mintiendo otra vez!

—Más o menos lo mismo que tú. No tiraste el cuaderno a la basura, ¿verdad? —me dijo con una voz que parecía de seda.

Asentí desganado.

—Y bien, ¿puedes decirme cómo termina la historia? Deberíamos cotejar los datos por si se nos ha escapado algo.

—No termina. Las páginas finales también han sido arrancadas. Lo último que narra Ruth es su segunda visita a Ferlucci y su vuelta atrás.

—¿Quién es Ferlucci? —preguntaron Noa y Koldo al unísono.

Yo, que no había caído en la cuenta de que era el único que conocía el contenido del cuaderno, respondí extrañado.

—¡Ferlucci, el médium! ¿Quién va a ser?

En cuanto aquella frase alcanzó el oído de Koldo, el sacerdote perdió el color. Después, se desmayó. Cayó sobre la mesa como un fardo. Por el ruido que causó y el

huevo que de inmediato le brotó en la frente, se dio un buen golpe. Yo seguía consciente, pero sentía cómo el corazón se me aceleraba hasta costarme respirar.

Tumbamos al cura en el sofá. La pieza no era muy larga, pero él tampoco, de modo que pudimos estirar su metro sesenta, y aún nos sobraron un par de centímetros. Noa le despojó de los zapatos y le desabotonó la cinta blanca del cuello, y yo, ayudado por una revista, le abaniqué lo mejor que supe. No tardó en volver en sí, para alivio de la secretaria que ya se veía llevándolo a un hospital, sitio que odia casi más que los ascensores. Se incorporó. Luego, tras ubicarse en el espacio-tiempo, se disculpó.

—¡Vaya, perdonad el numerito! Tengo la tensión por los suelos y me mareo con facilidad. Siento haberos puesto en un aprieto. Ya estoy bien.

En una milésima de segundo, repasé lo ocurrido y le enseñé los dientes.

—No soy médico, ni psicólogo como tú, Koldo, pero soy de Lugo; zurdo, para más señas, y buen observador. Tanto como para asegurar que tu desmayo no tiene su causa en la presión arterial. Mencionar al tal Ferlucci y hacerte un lío ha sido todo uno. De modo que te ruego nos expliques qué ocurre. ¿Acaso lo conoces?

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

Me enfadé.

—Mexan por nós e temos que dicir que chove!

—¿Cómo dices? No entiendo el gallego.

—¡Digo que no volvamos a las andadas! No te he preguntado por el nombre, sino por la persona. ¿Conoces a ese médium?

Asintió. Esta vez, sus gestos fueron lentos, miedosos.

—Me temo que sí, lo conozco. Lo he visto una vez. Y te aseguro que tuve suficiente.

—Desembucha, Koldo.

—No puedo, de veras. Tengo que irme. Me espera el señor obispo y ya llego tarde. Solo necesito un poco de tiempo: tengo que pensar y procesar todo esto. Pero prometo llamarte esta misma tarde. Te lo explicaré todo.

Se recompuso la camisa, se calzó y nos invitó a salir para dejar cerrado el despacho. Me disponía a protestar, pero Noa me convenció de que era mejor seguirle la comente y finalmente accedí. Descendimos en silencio hasta el bello patio de columnas. Koldo avanzaba a paso vivo hacia la calle. En la mano llevaba un pañuelo con un cubito de hielo que se aplicaba a la frente de cuando en cuando. Yo caminaba tras él; Noa, a una prudente distancia. Salimos. Óscar esperaba junto al coche de la Nunciatura. Koldo se detuvo y se volvió hacia mí.

—Gerardo, el otro día te regalé una botellita con agua bendita, ¿lo recuerdas?

—Naturalmente. La metí en el bolsillo de la cazadora.

Allí seguirá, supongo.

—Pues te aconsejo que la lleves a mano, por si acaso.

—Por si acaso ¿qué?

—Por si acaso —repitió antes de subirse al coche—. Te llamo en cuanto pueda.

Detesto que me dejen con la palabra en la boca. Por eso, mientras el vehículo oscuro se alejaba, maldije a Koldo en voz alta. Noa no dijo ni pío.

—Nos vamos —le informé.

—¿Adónde?

—A visitar a un médium.

Farolas, un «chino», una puerta negra y una larga avenida suficientemente próxima al número 12: esas eran las pistas de las que disponíamos para localizar el lugar donde Ruth se había reunido con Ferlucci.

—Sin duda, habla de Alcalá —apuntó Noa pertinaz.

Yo no las tenía todas conmigo, pero ella es la madrileña y yo el inseguro, de modo que, cogidos de la mano, ya sin recato, nos decidimos a patear la enorme arteria desde la misma Puerta del Sol. Empezamos por la acera izquierda con el ánimo de continuar después por la opuesta si nuestros esfuerzos no se veían recompensados.

Por aquello de que los chinos ni cierran ni se mueren oficialmente, supusimos que la tarea iba a resultar sencilla. Pero no fue así. En la primera pasada, llegamos casi hasta la esquina con Francisco Silvela, y no encontramos un solo comercio regentado por ciudadanos de esa nacionalidad que ofreciera ultramarinos. Chucherías, chismes variados, hasta calzoncillos, pero no espaguetis. Tampoco localizamos una puerta insólitamente negra, flanqueada por un cartel psicodélico. Llevábamos ya media hora larga andando y Noa insistió en dar la vuelta. Argumentó que tenía los pies destrozados por la caminata y el calor que emanaba del asfalto, y eso llevando libres las manos. De haber tenido que arrastrar varias bolsas repletas, como había hecho Ruth, no hubiera aguantado mucho más. Naturalmente, me mostré conforme y en el siguiente paso de cebra cruzamos a la acera de enfrente y nos dispusimos a deshacer el camino, con suerte parecida y menor comodidad.

La izquierda (me refiero a la mano, no a la criatura de Marx) se hallaba mucho más destartalada que la derecha (también la mano). Había varias casas en rehabilitación, lo que nos obligó a salir otras tantas veces a la carretera poniendo en riesgo —no aminoro ni un ápice la expresión— nuestra integridad física. Por no faltar a la justicia diré que la culpa, por una vez, no podía achacarse a la ineficiencia del equipo consistorial, sino a Noa, que me informó enérgicamente que ella, por principio, no pasaba por debajo de ningún andamio. «No creas que se trata de algún tipo de superstición; lo hago por convicción: la probabilidad de que te caiga algo en la cabeza es bastante alta», me explicó. Un inciso: por si alguien empezara a dudar, he de decir que esa es la última de sus manías: ascensores, hospitales y andamios, nada más.

Cuando por fin llegamos al punto de partida, no habíamos localizado el sitio.

—¿Nos habremos equivocado de avenida? —barboteé con suavidad y sin olvidar el conciliador empleo del plural, aunque lo que de verdad pensaba era «Ya lo había dicho yo».

Noa negó varias veces con la cabeza.

—O Alcalá o Recoletos. De ser Recoletos, Ruth habría ido por la mediana y no se hubiera topado con el local. Estoy segura de que se trata de Alcalá.

—Pero nos la hemos pateado casi entera. Media hora de ida y media de vuelta. No hemos dejado un local sin…

Entonces caí en la cuenta.

—¿Qué ocurre?

Traté de reprimir mi impaciencia para evitar que lo interpretara como un reproche, pero poco quedaba ya por hacer:

—Nos hemos saltado las casas que se están rehabilitando. Quizás esos andamiajes ocultaran el local. Creo que merece la pena comprobarlo. Pero no te preocupes, me esperas antes de la plataforma y yo me acerco.

A los diez minutos, habíamos dado con el sitio.

La fachada respondía con exactitud a la descripción que Ruth dejara en el cuaderno, salvo que la puerta —de impoluto y riguroso luto— era pequeñísima, la más exigua expresión de una puerta, y el cartel minimalista que la chica judía describiera como «bonito» y «discreto» no se asomaba, ni de lejos, a lo que, en mi humilde opinión, son la belleza y la discreción. Pero allí estaba.

Como creo haber dicho, aunque quizás no sea así, en el camino desde la calle del Nuncio hasta Alcalá puse en antecedentes a Noa, que había oído el apellido Ferlucci por primera vez en la reunión con Otxotorena. No omití nada: el rito de la paloma, el polvo de huesos o el olvido de la fotografía. Al escuchármelo decir, caí en la cuenta de lo absurdo que parecía todo aquello, pero Noa volvió a demostrar que poseía cintura suficiente para creer todo lo que saliera de mi boca, incluso lo que, a todas luces, resultaba increíble. Tengo suerte de tenerla cerca. Ella ha hecho definitivamente buena la diferencia entre reír y sonreír, o, al menos, entre sonreír a y reírse de. Incluso cuando logró arrancarle alguna carcajada (se divirtió de lo lindo cuando le hablé de mi repelente casero para demonios y seres oscuros), nunca se ríe de mí, sino conmigo.

Cuando miré el cartel y se me escapó un «¡Vaya una birria!», sonrió de nuevo y me descubrió la equivocación.

—No te dejes llevar por las apariencias, Gerardo. Piénsalo de esta manera: un negocio de mediación con los espíritus, situado en pleno centro de Madrid, tal y como están los alquileres en esta zona, no debe de ser fácil de mantener. Si continúa en pie es porque tiene éxito y, si lo tiene, tiene que haber algún motivo.

Le di la razón, sencillamente porque la tenía. Y, sin más preámbulos, coloqué la mano en el pomo de la puerta, retuve unas milésimas de segundo el aire en los pulmones, y me decidí a seguir la estela de Ruth, me llevara donde me llevara.

Al contrario que la fachada, el pasillo me pareció menos angosto de lo que ella describía. En lo que no había exagerado un ápice era en la sensación claustrofóbica que la pintura de las paredes creaba. «Insufrible, peor que un ascensor», me susurró Noa al oído, aunque, en aquella ocasión, no estuve de acuerdo. La decoración de la difícil entrada de aquel local te hacia desear avanzar con el fin de alcanzar la luz y la anchura del fondo, que supongo era lo que se pretendía.

Antes de echar a andar, miré a mi izquierda y hacia el suelo, y, sin mucho esfuerzo, logré visualizar las bolsas de plástico apiñadas en la entrada, la barra de pan recién horneada apoyada en la pared y a Ruth en medio, dudando si avanzar o salir corriendo. Luego, sin pensarlo dos veces, recorrí el pasillo como si fuera el Cid Campeador y me esperaran los moros. Apreté los dientes y, como buen nihilista, me encomendé al infinito.

El pasillo moría en una sala amplia: mesa oscura, sillas y animales disecados colgados de las paredes. Había varias velas gruesas de distintos tamaños depositadas sobre la tabla; la mayoría, encendidas. Su resplandor, tenue y alargado, proyectaba pequeñas sombras sobre la oscura madera, y su vaho llenaba el ambiente de un olor peculiar, exótico, mezcla de cítricos y pachuli.

Recordé el relato y busqué con la mirada el acuario que Ruth describía. Por el tamaño, no llegaba más que a pecera, aunque, en efecto, sus habitantes azules llevaban rallado el lomo: los reconocí como tetra neones, también llamados «cardenales». De momento, los datos coincidían.

No había nadie en aquella sala, de modo que nos acercamos a la larga cortina que separaba esa pieza de la siguiente. Por la trasparencia y textura, más bien parecía un velo que una cortina. Lo apartamos un poco para echar un vistazo. Tenía todos los sentidos en tensión, y mi mente empezó a pensar que quizás Koldo tuviera razón y hubiera debido llevar el agua bendita. Pero ya estábamos allí.

Al moverlo, el rumor de la tela alertó a la persona que se encontraba dentro. Era una mujer de unos cincuenta y tantos años, pequeña y delgada, que andaba trajinando con un ventilador que, al parecer, no funcionaba. Llevaba el pelo muy corto, coloreado en dos tonos (blanco y negro) a lo Rosa María Calaf, por cierto, ¡qué gran periodista! ¡Me encantaban sus crónicas exóticas! Al sentir nuestra presencia, se incorporó, se acomodó en la nariz unas gafas estrechas que llevaba colgadas del cuello, y nos dedicó una mirada de extrañeza. Pero en cuanto se decidió a hablar, el desconcertado fui yo, porque lo que dijo fue:

—¡Gerardiño, por mis muertos, ¿eres tú?!

Asentí con cara de bobo: hacía años que nadie me llamaba así. Me fijé en que Noa sonreía. Aunque quizás hubiera debido reírse.

—Pero non sabes quen son, filliño?

Mientras me esforzaba por recordar aquella voz que, sin duda, había oído antes, negué con la cabeza. No hubiera podido hacerlo de otra manera: había perdido el habla.

—¡Soy Trini! ¡Mirame, hombre! ¡Trini, la de Mañufe, la aprendiza de tu tía Ermita, que en paz descanse! Ahora que lo pienso, creo que la última vez que te vi fue en su entierro. Aún llevabas pantalón corto.

—¡Coño, la Trini! ¡No me lo puedo creer! Estás cambiadísima, no te habría reconocido de ninguna ma… —En cuanto sentí el codo de Noa en mis costillas, rectifiqué el rumbo—. Estás estupendísima, aunque distinta.

—El trabajo, filliño. En este trabajo es importante aparentar.

—¿Trabajas aquí?

—¿Trabajar? ¡No, por supuesto que no! Tal como lo dices parece que fuera una empleada. Este es mi negocio —expresó con orgullo—. Llevo ya siete años con el consultorio abierto. No soy tan buena como tu tía Ermita, pero me defiendo bastante bien. ¡Media CEOE está en mi base de datos! Andan haciendo modelos carísimos y superferolíticos para calcular el riesgo sistémico, y como no adelantan, vienen aquí. Yo, que también leo Expansión y El Economista, hago que aflore lo mejor de ellos mismos, y me pagan en consonancia.

—Pero fuera dice que eres médium.

—Si no queda más remedio, lo intento. Ya sabes que una hace lo que debe. Pero eso no me gusta y mis otras habilidades son mucho más rentables. Y a ti, ¿qué te trae por aquí? Por la cara de sorpresa que has puesto, no venías a verme. Por cierto, no nos has presentado, ¿es tu mujer? Ya sabía yo que con esos ojos tan especiales y ese mentón partido cazarías una buena p1eza.

Cuando me di la vuelta, Noa estaba del color de las nécoras recién cocidas. Yo no tuve tiempo de pensar y terminé diciendo:

—¡Vaya descortesía! Perdona, Trini, te presento a Noa, mi prometida.

Al escuchar mis palabras, a mi proyecto de media naranja se le pusieron los ojos como platos y, a renglón seguido, su tez perdió el rojo carmesí y se volvió blanca como la cera de las velas que nos rodeaban. Me apresuré a acomodarla en una silla porque pareciera que fuera a darle un soponcio. Pensándolo bien, no era para menos.

50

Trini preparó té (¡qué manía le ha dado últimamente a la gente con el té!) y lo tomábamos sentados en unos sillones, psicodélicos pero cómodos, ubicados en el tercero y último de los cubículos del local, junto a una cocinita bastante coqueta. Mientras charlábamos, Noa se mantenía en silencio y se abanicaba con un sobre que había sacado del bolso. Hubiera debido emplearme en tranquilizarla y en combatir sus reticencias, si las tenía, pero el asunto que nos ocupaba era serio y opté por interrogar a la médium, pensando que ella comprendería mi actitud.

—Veníamos buscando a un hombre, Trini, un tal Ferlucci. Nos habían dicho que trabajaba aquí.

—No puede ser. Yo trabajo sola, como tu tía.

Le expliqué sucintamente que una amiga nuestra nos había contado que, apenada por la muerte de su padre, había buscado un médium para contactar con él y que lo había hecho en su local.

—Es absurdo. Os ha engañado o se ha equivocado de dirección.

—Pero no hay duda de que el lugar que describe es este.

Se quedó pensativa unos instantes. Luego, preguntó:

—Vamos a ver, Gerardiño, ¿en qué época fue eso?

Solo teníamos el dato aproximado, pero fue suficiente.

—¡Ves, imposible de todo punto! En esa fecha, gané un concurso en el hipermercado. Ni siquiera sabía que concursaba, pero me correspondió un crucero por el Mediterráneo con todos los gastos pagados. Dos largas semanas. Me puse contentísima. Me cogí a mi madre, una crema de protección para el sol y allá nos fuimos las dos. Avisé a los clientes habituales, y cerré el local. De modo que resulta imposible que fuera aquí.

—Salvo que Ferlucci se colara mientras estabas fuera —repliqué—. ¿Encontraste algún signo de que hubieran forzado la entrada?

—No, todo estaba en su sitio. Pero ahora que lo dices, me chocó el fuerte olor a incienso. Yo no lo utilizo. Oye, Gerardo, se trata de algo serio, ¿verdad?

—Podría ser. Resulta complicado de explicar.

Permaneció unos instantes pensativa. Durante la conversación, la mujer había estado jugando con algo que llevaba en la mano. No me había fijado en el objeto, solo en el gesto, pero en aquel momento me llamó y, sin dejarme tiempo de pensar, me lo lanzó: era un rulo de cinta aislante. Lo cacé al vuelo. La boca se le iluminó con una amplia sonrisa.

—Lo que imaginaba: eres zurdo. Dime, ¿en qué día naciste?

La observé con cariño, el mismo cariño que sentía por mi peculiar tía. Como no respondía, insistió:

—¿Abril o junio?

—Dos de abril.

—¡Lo sabía! Solo te falta ser mujer. Cuéntame, ¿por qué te interesa ese tal Ferlucci?

—En realidad, no me interesa él, sino esa amiga de la que te hemos hablado. Ha desaparecido, pero ha dejado un cuaderno donde cuenta algunas cosas; estamos intentando localizarla tirando de los hilos que deja. Y uno de ellos es ese médium.

—¡Pues andad con cuidado! Hay mucho farsante en esta profesión.

—Ni que lo digas —masculló Noa.

Trini no se sintió aludida, todo lo contrario. Se levantó, abrió uno de los cajones de la cómoda barriguda que había en la habitación y sacó una carpeta llena de recortes de periódico. Escogió uno:

—Hace tiempo que colecciono los anuncios. En esta carpeta se puede leer de todo. —Se caló las gafas y, durante un instante, se entretuvo en la selección. No tardó mucho—. Escuchad este: «Busco vampiro activo. Pongo casa y material». O este otro: «Hago llegar partículas espirituales evolucionadas que sirven para la sanación psicofísica. Se atiende por teléfono». O este: «Se venden sellos azules que disuelven ataques psíquicos provocados por la magia negra o maldición verbal y propician el amor a nivel físico, despertando el deseo y la atracción a nivel sexual». —Se echó a reír. Se le saltaban las lágrimas—. La recomendación es para nota: «Con el sello azul se debe trabajar de noche». ¡No te fastidia, también podría incluir un tanga! Puedo seguir durante horas. Detrás de la mayoría de estas prácticas se esconde alguna forma de sacar los cuartos a los incautos, que cada vez son más. Cuanto más ateo y cientifista se crea el sujeto, peor.

Noa la interrumpió.

—No me veo a un ateo o a un científico pidiendo ayuda a un médium.

—¡Qué equivocada estás! En la medida que decaen las religiones y que exhibimos más apariencia de ciencia y progreso, más proliferan las supersticiones, la magia y los engaños, algunos tan burdos que no convencerían ni a un niño de pecho. Hoy el más allá se ha convertido en un negocio que mueve millones. ¡Si vieras mi cartera de clientes fijos, te caerías de culo! Universitarios, empresarios o políticos que pagan cantidades astronómicas para que les eche las cartas o les lea su futuro en los posos del café.

Para mi desesperación, Noa estaba decidida a meter el dedo en el ojo de la dulce Trini.

—¿Estás diciéndome que los engañas?

—¡Ciertamente, no! Lo que veo claro se lo digo; y lo que no, se lo digo también. Verás, Noa, en todas las civilizaciones primitivas existieron personas especializadas en el trato con el más allá, dotadas del don de la profecía o de la sanación. A la mayoría se los tenía por elegidos de los dioses y se los distinguía perfectamente de los magos negros. Como la tía de Gerardiño, yo poseo una intuición muy fina. Es un don que me hace ver, por ejemplo, que tu prometido está metido en un asunto oscuro y peligroso. ¿Tengo razón, Gerardo?

—La tienes.

—¿Y cómo sabes que es peligroso?, ¿te lo imaginas o algo así? —insistió Noa.

Trini respiró hondo y respondió con una voz suave, en la que, sin embargo, se percibía un ápice de malestar.

—¿Serias más proclive a creerme si te dijera que todavía llevas en el alma el dolor por un matrimonio fracasado y la vergüenza por lo que ocurrió después? ¿Me creerías si te dijera que sé dónde está tu Picasso? —La pobre Noa se quedó de piedra, muda y lívida. Se olvidó de ella y mirándome fijamente me advirtió—: Solo te digo que vayas con cuidado. En algunas ocasiones, los magos no buscan dinero. Poseen intenciones inconfesables.

—No sé por dónde vas, Trini.

—Has dicho que a esa amiga tuya se le había muerto su padre y quería contactar con él. Debes saber que el de los espíritus es un campo muy peligroso. Si metes la mano en ese nido, puede picarte una víbora.

—No te sigo.

—Verás, la idea que subyace en esta práctica es que entre el mundo de los espíritus y el nuestro no existe una barrera inexpugnable. Si la separación entre mundos no es total, se puede abrir alguna vía de comunicación con ellos.

Debió de ver la cara de escepticismo de Noa, porque le dijo:

—Supongo que tu madre te enseñó de pequeña alguna oración al ángel de la guarda, ¿no? —Ella asintió—. Pues si lo piensas bien esa es una forma de hablar con un espíritu.

—¡Trini, no es lo mismo!

—Claramente: cuando hablas con un ángel, tienes la idea de un ser pacífico y luminoso que solo desea tu bien y que te ayudará a ser mejor. Pero hay gente que, cuando habla de un espíritu, se está refiriendo a otra cosa. Piensan en seres que están a nuestro alrededor para hacemos daño y el propósito de conectar con ellos es saber qué nos exigen para dejarnos en paz; piensan en fantasmas a los que podemos sobornar para que ayuden a nuestro propio interés o a hacer mal a otros.

—¿Y cómo se soborna a un fantasma? —preguntó Noa. Esta vez, solo había curiosidad en su tono de voz.

—La doctrina común es que los espíritus tienen sentimientos para con nosotros. Podemos caerles bien o mal. En el segundo supuesto, estamos perdidos. Por eso, tenemos que saber qué les gusta para que eso no ocurra y nos dejen en paz o, en el mejor de los casos, para tenerlos a nuestro favor. Empleando la magia u otras técnicas, los médiums tratan de contactar con ellos y conocer qué desean.

—¿Y hay mucha gente que hace esas cosas?

—Solo puedo decirte que los amuletos se venden como churros. Cordeles rojos atados en la muñeca, piedras guardadas en una pequeña bolsa alrededor del cuello, trozos de hierro en la pata de la cama están llamados a evitar que los espíritus hagan daño. Otros, en vez de huir, se ponen a bien con ellos, dándoles culto. Antaño, se

adentraban en algún bosque donde se emborrachaban, bailaban danzas impúdicas, practicaban sexo y vertían sangre, porque se tiene la convicción de que la sangre atrae a los fantasmas de los muertos. Hoy te puedes unir a la iglesia de Satanás por Internet. No te ocupará más de un par de horas. Y, si tienes complicaciones, hay una especie de agencia intermediaria que te ayuda a completar los papeles o los suscribe por ti; eso sí, asegurándose previamente de que has comprendido lo que haces, porque la voluntad expresa es un requisito.

En aquel momento, la escena que Ruth narraba en su cuaderno se me hizo presente. El tal Ferlucci insistía una y otra vez en el concurso de la voluntad libre. Y en la sangre.

—Dime una cosa, Trini, esa sangre de la que hablas ¿de dónde procede?

—Depende. Se entiende que el color preferido por los espíritus más perversos es el negro: la pintura de la noche, de la oscuridad, de lo oculto. Por eso, algunas culturas insisten en que el cordero sacrificado sea completamente negro. Pero otras veces ocurre lo contrario. Lo que resulta un lugar común es que, tratándose de espíritus malignos, la sangre ha de proceder de víctimas inocentes, puras, vírgenes.

Tras un silencio, que se me antojó largo y denso, Noa volvió a la carga.

—Al oüte hablar, parece que estuvieras en contra de este mundo, pero tú vives de esto.

—De los espíritus, no. Yo vivo de mi don. Veo cosas que otros no ven. Detecto conexiones entre aspectos que para otros resultan independientes. Dicho de otro modo, soy capaz de anticiparme al futuro un poco más que el resto. Además… —Se detuvo y permaneció unos instantes inmóvil, con la mirada perdida. Finalmente, añadió—: Además, soy una meiga. Nací meiga, me formé como meiga. Me gustaría que las cosas hubieran sido de otra manera, pero no puedo cambiar lo que soy. He visto muchas cosas, demasiadas. Recuerdo un día… Es igual, no tiene importancia.

—¡Por supuesto que la tiene! Cuéntanoslo.

Se lo pensó unos instantes, que me parecieron años. Finalmente, se negó.

—No puedo, lo siento. Pero ahora no hablamos de eso, sino de ti, Gerardo. ¿Tienes ese cuaderno a mano?

Asentí dos veces muy despacio.

—¿Quieres que lo vea? —me preguntó con voz seria. Ambos sabíamos de qué hablaba.

Repetí el gesto. Lo saqué del bolsillo de la americana y se lo tendí. Tardó unos segundos en tomarlo, y lo hizo con prevención. En cuanto sus dedos entraron en contacto con las hojas amarillentas, lanzó un grito y lo dejó caer al suelo. Salió corriendo y volvió con un *spray*, con el que lo roció. El líquido se evaporó de inmediato.

—Carallo, Gerardo! Que fas metido nesta lea?

—No me he metido yo, Trini.

—Comprendo —dijo al cabo de unos segundos.

—¿Tan grave es? —preguntó Noa asustada. Se había incorporado de nuevo al mundo y regresado a mi lado.

—Mira, querida, los espíritus no son cosa para tomarse a broma. ¿Conocéis a algún sacerdote católico? Esas páginas ocultan algo muy oscuro.

—A uno, sí —respondió Noa.

—Pues id a verlo de inmediato. Esto te queda muy grande, Gerardo, y a mí también. ¿Tienes agua bendita? Si quieres, te doy un poco. Mejor, te doy un bote lleno.

Iba a terminar montando una fábrica.

51

Abandonamos aquel antro con el corazón encogido y una botella de Coca-Cola light de cuarto de litro llena hasta el borde de agua bendita. Salimos sin respuestas y con más incógnitas.

—¡Qué cosas! —comenté en voz alta, uno de esos comentarios que se suelen hacer para llenar los espacios vacíos, sin necesidad de decir nada.

—Según lo veo yo, Gerardo, caben dos posibilidades. O bien la chica judía mintió cuando se puso a escribir sus memorias, o bien ese personaje que parece un fantasma —«Ferlucci», apunté al ver que no le venía el nombre a la memoria— aprovechó las vacaciones de Trini para tomar prestado su local. ¿Ves tú alguna otra posibilidad?

Reflexioné unos instantes, con poco fruto, la verdad. Toda aquella historia resultaba tan extraña que no había por dónde cogerla. Finalmente, comenté:

—Si Ruth mintió en esto, nada de lo escrito en su Moleskine goza de credibilidad, algo que parece bastante improbable, porque he comprobado la veracidad de muchos de los sucesos que narra. Pero respecto a la segunda opción…, qué quieres que te diga, no creo que sea fácil tomar prestada una casa ajena. Hay que forzar la cerradura, tener el código de la alarma de seguridad, y un largo etcétera. Pero, aunque fuera un hábil ladrón y un maestro del camuflaje, deberían concurrir demasiadas cosas. Para empezar, tenía que saber cuándo se iba Trini de crucero, momento que, además, debería coincidir con la llegada de Ruth a Madrid. Y no solo a Madrid, sino esa misma mañana a ese punto concreto de la calle Alcalá. Demasiadas restricciones, ¿no te parece?

—Para alguna pueden existir explicaciones sencillas. Por ejemplo, el crucero. Trini ha dicho que los pasajes le tocaron en un sorteo en el que ni siquiera sabía que participaba. Ese tal Ferlucci bien podría haberlo manipulado o, simplemente, haber comprado dos pasajes y hacerle creer que procedían de un concurso. Nadie se pone a investigar si te regalan un viaje de lujo con todos los gastos pagados.

En eso estuve de acuerdo, pero había otros aspectos que seguían pareciéndome inexplicables. Porque aquel asunto resultaba complejo. Muchos factores diversos debían coincidir en un único punto y eso, por definición, resulta improbable.

Noa me sacó de mi ensimismamiento.

—Y respecto a las coincidencias, creo que te olvidas de la farola. Se encendió para llamar su atención. Quizás Ferlucci pudo manipular la red eléctrica…

—No, eso no es posible. Ruth asegura que se encendió exclusivamente una de las farolas. Eso no se puede hacer así como así, salvo que sea algún tipo de mago.

—De acuerdo. Dime, Gerardo, y eso, ¿en qué situación nos coloca?

Me mantuve callado. No sabía qué decir. Percibí que Noa se estremecía, aunque el sol apretaba.

—¿Qué ocurre?

—Tu casa se enfada cuando decides dejar de investigar la historia del Moleskine

y te ves obligado a seguir las pistas. Por no hablar de que era un cuaderno que habías tirado a la papelera y ha regresado a la mesa por sus propios medios. Además, las farolas se encienden y apagan a voluntad. Pero ni las casas ni las farolas ni los cuadernos poseen vida propia. Alguien debe moverlos.

—Lo sé, pero…

—No hay peros que valgan. Tenemos que ir a ver a don Koldo. Es el único que puede ayudarte. Ya has oído lo que ha dicho Trini.

—¡Ni hablar, Noa, por encima de mi cadáver! Koldo es un mentiroso redomado. Me ha engañado dos veces. Además, ha prometido llamamos. Dime, ¿te ha sonado a ti el móvil?

—Lo sé. Pero no conozco a nadie más que pueda ayudarte…, ayudamos.

Lo sopesé unos segundos. Mi amor propio se negaba a bajarse nuevamente los pantalones. Pero mi mente se inclinaba a aceptar el planteamiento de Noa.

—¿Hay forma de que un hombre como él se avenga a razones?

—Mucho me confundo o tratándose de este tipo de sucesos espirituales o metafísicos, como quieras llamarlos, te atenderá. Esto empieza a oler fatal. Es la segunda vez en un día que alguien menciona el agua bendita.

—¿Sabes dónde vive?

—Naturalmente. Tiene un pequeño apartamento en la calle Ortega y Gasset, está cerca de aquí.

—Pues hagámosle una visita. ¿Te parece bien?

—Bueno, lo más probable es que pierda mi trabajo, porque ese dato es confidencial, pero me parece bien. Y a encontraré otra cosa: al fin y al cabo, soy una estupenda secretaria y una mujer bastante rica. Adelante.

Aceleré el paso. El motivo principal es que quería llegar cuanto antes a casa de Koldo y someterle a un interrogatorio digno de la Gestapo; el secundario, que no me atrevía a escuchar la respuesta de Noa. Tenía buenas Vibraciones, pero, ni siendo sobrino de quien era, me sentía capaz de pronosticar el resultado del lance. Noa, que me seguía en silencio, hizo gala de una entereza envidiable, dadas las circunstancias. No volvió a mentar el trabajo que, muy probablemente, iba a perder; ni la extraña historia de la aprendiza de mi tía Ermita; ni mi inesperada propuesta de matrimonio. Pero, desde que salimos de aquel local, un brillo de preocupación se dibujó en su rostro. Preocupación y cansancio. Habíamos caminado durante horas, bajo un sol rasante que aquel día apretaba pese a la estación. Alcalá arriba, Alcalá abajo. Sin falda almidonada, ni las manos apoyadas en la cadera, pero con un vapor húmedo y ardiente que ascendía del asfalto destrozándote los pies.

Se acercaba la hora del almuerzo y las calles comenzaban a vaciarse. Se imponía el silencio, un silencio condescendiente, de siesta y crisis económica. Causaba esta última tantos estragos en los bolsillos de los madrileños que ni en los fines de semana los restaurantes pasaban de media entrada.

—¡Para, por favor, no puedo más! —me dijo mientras se apoyaba en la pared para

recuperar el resuello.

—Sí, claro, disculpa. Ando muy deprisa.

Respiró un par de veces, se frotó los tobillos y se atusó el pelo. Claro estaba que iba a preguntarme algo. Empecé a ponerme nervioso.

—Gerardo, dime una cosa, ¿por qué motivo te lanzó Trini la cinta aislante?

Me eché a reír intentando quitar hierro al asunto, aunque sabía que no tendría éxito.

—¡Va, una tontería! Cosas de la tierra.

—¡Venga ya! No me irás a decir que en Lugo tenéis la costumbre de lanzaros los trastos a la cabeza.

Me había pillado.

—Tienes razón. Solo pretendía averiguar si era zurdo, como mi tía.

—¿Y qué importancia tiene ser zurdo o diestro?

—¿Importancia? —respondí incómodo—. Pues no sé. Se trata de una simple curiosidad genética.

—¡Y un jamón!

—¿Cómo dices?

—Te preguntó también tu fecha de nacimiento. ¿Esa es también una curiosidad genética?

No me quedó más remedio que claudicar.

—De acuerdo, te lo explico. La mayoría de las meigas de prestigio son zurdas. Los que empleamos la mano y la pierna izquierdas tenemos como lado dominante el derecho. Se dice que en el lóbulo derecho se alojan capacidades peculiares, que afectan a hechos tan dispares como la creatividad o la percepción extrasensorial. Pero no son más que especulaciones. Nunca se ha llegado a resultados concluyentes porque, en realidad, se trata de comportamientos poligénicos, con muchos factores implicados, incluido el ambiente. Lo único que puede afirmarse, sin temor a equivocarse, es que la mayoría de las meigas de calidad son zurdas, aunque ser zurda no te asegura ser una buena meiga, ni siquiera una meiga mediocre.

—¿Y la fecha de nacimiento?

—Otro rumor muy extendido, aún más dudoso que el anterior. Hay quien sostiene que las facultades superiores concurren en personas nacidas entre el solsticio de otoño y el equinoccio de primavera.

—Y tú cuentas con ambos factores.

—Así es, pero no con el fundamental: soy hombre.

—De acuerdo, te lo preguntaré de otra manera. ¿Eres un meigo, o meiga, o como se diga en masculino?

Lo consideré unos segundos. Luego, me encogí de hombros.

—No sabría contestarte, Noa. Sé que percibo cosas que para otros pasan completamente desapercibidas; que poseo una sensibilidad especial para ciertos sucesos; que presiento lo que va a ocurrir. En ocasiones, viajo en el tiempo, si es que

se puede hablar así. Mi mente llega al futuro mucho antes que el resto, de modo que estoy más informado que otros de los caprichos del destino. En suma, que desde niño, como mi tía Ermita, poseo algunas habilidades psíquicas, pero de ahí a ser un meigo, hay un grandísimo trecho.

Se quedó unos instantes en silencio, y luego masculló:

—«Prometida de un meigo»… Suena como para salir en los noticiarios, sección sucesos. En fin, vamos. Es ahí delante.

Me sentí tan emocionado que le rodeé la cintura con ambas manos y le di un abrazo que hubiera dejado atónito al mismo James Bond. Luego, la agarré de la mano y avancé hasta el edificio sin decir nada. Sin embargo, ya en el portal, volví a preguntárselo:

—¿Estás segura de que no te importa perder tu trabajo?

—Completamente.

—¿Y de convertirte en mi mujer?

—¿No eres meigo? ¡Pues consúltalo con tu bola de cristal!

52

Miré hacia arriba: estábamos delante de una fachada de ladrillo rojo con balcones metálicos; piedra blanca en el portal y, lo más importante, un imponente restaurante gallego en uno de los locales. El lugar tenía pinta de servir platos tan sabrosos como subidos de precio. Se me hizo la boca agua. Traté de borrarme el hambre de la cabeza y me fijé en los detalles.

Como cabía esperar, Koldo residía en un edificio aparente de una calle de postín del Madrid más ilustrado. Sin embargo, cuando cruzamos el portal, que encontramos abierto, nos dimos cuenta de que allí había mucho de bambolla. Lo que alguna década anterior fuera lujo y boato, había quedado convertido en un espacio anticuado que pedía a gritos una profunda reforma.

Subimos. Quinto piso sin ascensor… No porque el edificio no lo tuviera, que lo tenía, dos para más señas, un montacargas de servicio y un ascensor grande, de cierta factura, que, según la placa que colgaba de la puerta, había sido revisado con todos los parabienes unos meses antes. Pero Noa dijo «Ascensor, no», y yo dije «Vale», mientras buscaba la escalera. Parada en el segundo piso y, de nuevo, en el tercero. Los dos últimos, los subimos de una vez. Cuando por fin llegamos al descansillo, donde se escuchaba música de *jazz* —Miles Davis—, no podía ni con mi alma.

Esperé para recuperar el resuello. Y luego, seguí esperando un poco más. Finalmente, logré dejar de lado mis reticencias y llamé al timbre. Hasta el tercer intento, Koldo no apagó la música ni abrió la puerta. Y quien abrió se parecía poco al sacerdote que había visto en la calle del Nuncio aquella mañana. Descamisado, despeinado con un huevo en la frente, con trazas de lasitud en el rostro y actitud displicente. Claramente, le habíamos fastidiado la siesta. Pero lo que más llamó mi atención, y creo que también la de Noa, fueron sus curiosas zapatillas. Verdes y amarillas, representaban sendos cocodrilos de cuento. Para que se me entienda, eran de esas pantuflas que se venden en los parques de atracciones y que tanto gustan a los norteamericanos. En comparación con aquel par de enormes chinelas, él me pareció sumamente pequeño, frágil. ¡Qué verdad es eso de que las apariencias engañan!

La preocupación que, al vernos, se dibujó en su rostro no pasó de un atisbo. Sin duda nos esperaba, aunque, quizás, no tan pronto. Con un gesto de la mano, nos invitó a pasar. El piso era amplio y hubiera contado con bastante luz de no ser porque las persianas estaban entornadas, supongo que para evitar el calor, agobiante, ya que la casa estaba orientada al sur. Contaba con pocos muebles, pero de gran calidad o, al menos, eso me pareció a mí. De la cocina llegaba olor a carne asada, diría que chuletas, que me provocó otra punzada de hambre. Pero Koldo no nos ofreció más que un vaso de agua del tiempo, que naturalmente aceptamos.

Yo estaba de un humor de perros —el hambre me pone de un humor de perros; los tipos como Ferlucci me ponen de un humor de perros; el miedo me pone de un humor de perros—, pero contuve el impulso de decirle cuatro cosas y conservé un

prudente distanciamiento.

—Bueno, Koldo. Ya estamos aquí. Y me temo que esta vez no tienes escapatoria.

Asistió con un gesto mustio, de rabo entre las piernas. Movió la cabeza muy despacio, como si intentara ganar tiempo para adivinar mi siguiente frase. Esfuerzo inútil: ni yo mismo sabía qué iba a decir.

—De acuerdo. Dime qué quieres saber.

—Te voy a contar cómo veo yo el asunto: están pasando cosas, una cadena de acontecimientos, que no alcanzo a comprender, pero que, de alguna forma, están unidos a un cuaderno Moleskine escrito por una judía a la que no tengo el gusto de conocer. Los hechos son tan raros, tan estrafalarios que, de no haberlos vivido en primera persona, no me los creería. Pero lo he hecho. No soy capaz de explicar lo que ocurre, no puedo sacar conclusiones ni saber a qué atenerme. Solo tengo una cosa clara: allá donde me acerco, aparece tu nombre. Estoy seguro, completamente seguro, de que tú tienes algo que ver con esto desde el principio. No de forma tangencial, ¡no señor!: de manera directa, ¡directísima! Y como estoy convencido de eso, pues aquí me tienes, nos tienes —rectifiqué—. Así que nada de citas previas, ni obispos, ni partidas de golf, ni otras excusas: tú y nosotros, al alimón.

—Ya te he dicho que de acuerdo. ¿Qué quieres saber?

—Pues todo… Podemos empezar por el tal Ferlucci, a quien debes conocer bien, porque esta mañana, con solo mentar su nombre, te desvaneciste. Y no me vengas con que tienes baja la tensión, que eso no se lo cree ni Rita la churrera. ¡Adelante, no te cortes, somos todo oídos!

En aquel instante, sonó el primer rayo. El inusual calor había desatado la tormenta. Le siguieron los truenos y el aguacero. Se levantó para cerrar las ventanas y subir las persianas. Al hacerlo, me di cuenta de lo enteco que parecía y de lo fuerte que era. Cuando regresó, estaba preparado para hablar. Lo hizo durante muchos minutos.

—Como os comenté esta mañana, tras fracasar todos los intentos de dar con Ruth, y convencido de que Múgica la ayudaba, decidí ir en busca del profesor. En persona. Óscar estaba fuera ese día por algún asunto familiar, y llamé a un taxi. Le proporcioné la dirección de Múgica que había obtenido en la web de Harvard, pero antes de que el conductor arrancara, ya la extraña angustia me había atrapado. A veces, me ocurre eso. Es como una zozobra, un sentimiento desagradable, una especie de resquemor. Me indica que algo peligroso me acecha. Como en otras ocasiones, me sentí débil e indefenso. Mientras el taxi echaba a andar, la sensación de peligro fue en aumento y el dolor de estómago, incipiente al despertar, creció hasta hacerse insoportable. No sabía qué ocurría, pero decidí que era mejor prevenir que curar. Estábamos ya en la calle Atocha, pero pedí al conductor que diera la vuelta. Le dije que había olvidado algo y debía volver a recogerlo. «Usted paga, usted manda», me contestó con ese tono despreciativo que conozco bien. Les ocurre a algunas personas cuando ven un alzacuello. Subí al despacho, busqué la estola corta, la rocié

de agua bendita y me la coloqué bajo la camisa. No tenía previsto citarme con ningún demonio, pero cuando siento esa extraña angustia, la prenda en cuestión me produce cierta paz. Y, desde luego, aquel día la necesitaba. Me anudé una bufanda al cuello, para ocultar mi signo sacerdotal (¿para qué buscarme líos si podía evitarlos?) y volví al taxi. El conductor no abrió la boca. Por si me quedaba alguna duda de que no quería entablar una conversación, sintonizó una emisora de música bakalao y subió el volumen, hasta resultar ensordecedor. No protesté. Saqué el rosario y me puse a rezar: la ayuda del cielo no me vendría nada mal.

—Supongo que no le dejaste propina —dije con ironía, que captó de inmediato, pero que evitó.

——Cuando llegué al número 12 de la calle Fermín Vivancos, tu casa, Gerardo, me encontré con el portal cerrado. Según la web de Harvard, Múgica ocupaba el ático: 5.0 izquierda. Pero, en el cuadro, había cuatro timbres en aquella planta, lo cual quitaba cualquier lógica a la dirección. ¿Cuál sería el suyo? Estaba considerando qué botón pulsar cuando la puerta se abrió. «¡Qué bien, todo arreglado!», me dije. Pero estaba equivocado. Del interior emergió un hombre: un tipo rubio, de cuerpo atlético, atractivo. Vestía una camiseta negra, vaqueros y una cazadora oscura. Me aparté para dejarle pasar, pero como la puerta iba a cerrarse y no quería quedarme fuera, di un paso al frente. Nuestros hombros chocaron. A renglón seguido, la extraña desazón que había sentido en el taxi se exacerbó hasta hacerse inmensa. No obstante, fui capaz de sobreponerme y mascullar una disculpa.

»«Perdone, no le había visto. Espero no haberle hecho daño», me excusé.

»Todo su cuerpo se puso en tensión, pero fue al escuchar mi voz cuando los ojos de aquel hombre se llenaron de ira. Se encaró conmigo.

»«¡Déjate de milongas, cura! A mí no vas a engañarme, me has visto perfectamente».

»La bufanda seguía en su sitio. Y hoy en día mucha gente viste de negro. ¿Cómo sabía que yo era sacerdote? Me puse en guardia y le miré fijamente a los ojos. Sus pupilas eran inmensas, negras como el azabache; sus dientes, blanquísimos; su actitud, chulesca. Se me quebró el aliento. Y me quedé quieto, encogido, rezando para que aquel tipo se olvidara de mí y se largara. Pero no hubo suerte. Sin mediar palabra, alargó el brazo, me agarró por la zamarra y me arrastró al interior del portal. Estaba oscuro y no había nadie. De un empujón, logró arrinconarme contra la pared izquierda. Acercó ambas manos, me rodeó el cuello y empezó a apretar. Sentí que me ahogaba. Obviamente, traté de soltarme, pero el tipo era mucho más fuerte que yo. Empezaba a marearme cuando el recuerdo de la estola me vino a la cabeza. Dejé de golpearle y empleé las manos para buscar la tela entre los pliegues de la camisa. Logré sujetarla por una esquina; tiré, pero no conseguí sacarla. Volví a intentarlo. Esta vez tuve más suerte, dos botones salieron despedidos y la camisa se abrió. Gracias a Dios, porque ya empezaba a ver borroso.

»Con la estola impregnada de agua bendita, cubrí una de las manos de mi

atacante. El hombre lanzó un potente grito y, como si fuera una fiera corrupia, se lanzó a morder la tela. Y mientras lo hacía, comprobé estupefacto que salía humo de su piel… Parece imposible, pero es cierto: enseguida empezó a oler a quemado. El agua bendita ardía sobre aquella mano de dedos largos. Dolorido, me soltó. Sacó la lengua, larga, roja, flexible, y se lamió la herida formada. A la carrera, abandonó el portal.

»«Volveremos a vernos, cura. Esta presa es mía y no vas a quitármela», chilló.

»No pude moverme. Me quedé allí, con el estómago quemándome como un ascua y a punto de perder la consciencia. Tengo que confesar que esa ha sido la primera y única vez en que he sido atacado físicamente por un demonio.

—Pero eres un exorcista, Koldo.

—Lo soy, en efecto. Pero cuando practico un exorcismo me cuido de ir siempre acompañado por varios hombres forzudos, que impiden que el poseso me ponga la mano encima. Además, invariablemente realizo el ritual en mi terreno, en suelo sagrado, quiero decir, y provisto de las herramientas suficientes para mantener al enemigo a raya. Pero, en aquel oscuro portal, ese ser me pilló totalmente desprotegido. De no haber sido por aquella bendita mujer, aquel ángel de la guarda con chándal y el pelo rosa, no sé lo que hubiera sido de mí…

—Encarna.

—La misma. Bajó en el ascensor pocos instantes después, y al verme maltrecho, llamó a una ambulancia. Me llevaron al hospital. Los médicos dijeron que había sido una bajada de tensión. Pero yo sabía que se trataba de otra cosa. De no llevar la estola, otro gallo hubiera cantado. «¡Gracias, Señor, por habérmelo sugerido!» —rezó ——. Como los perros huyen del bastón con que se les pega, los demonios huyen de la cruz, del nombre de Jesús y del agua bendita.

Me pasé la lengua por los labios resecos, y dejé escapar un suspiro. Pese al alivio provocado por la tormenta, en casa del sacerdote, seguía haciendo mucho calor.

—A ver si lo entiendo bien, Koldo: ¿aseguras que un demonio se oculta bajo la apariencia de ese hombre rubio y bien plantado con el que tú te topaste y que parece el mismo que Ruth describe en su cuaderno llamándolo Ferlucci?

—No sé si se oculta bajo esa apariencia o si, simplemente, se trata de un discípulo que sigue fielmente sus dictados. Sea como sea, mi respuesta es sí, sin duda. El tipo lleva su marca.

—¿Estás seguro?

—Me gustaría estar confundido, pero no es así.

Me acaricié el mentón. Para no hacer esperar a Noa, no me había afeitado y la piel me raspaba.

—Te pido disculpas, Gerardo, por no haberte contado toda la verdad, pero, como ves, tenía un buen motivo. Supongo que ahora te quedará claro que lo único que pretendía era mantenerte alejado de una historia como esta.

—Soy mayorcito, Koldo. No necesito que nadie decida por mí, por muy

abrumado que esté por las circunstancias.

—Me parece que no alcanzas a comprender con quién te juegas los cuartos.

—Es muy posible. Vine a Madrid buscándome a mí mismo. Esperaba encontrar tiempo para dedicarlo a mi propia formación. Visitar museos, conocer gentes distintas, leer, observar; escribir, quizás. Pero desde que me instalé en ese ático… En fin, que empiezo a añorar la pitanza de la Pensión Real. La comida me sentaba mal, pero al menos comía.

—A eso me refería, querido amigo. A primera vista, esta historia no tiene tanto que ver contigo cuanto con Ruth y Múgica. Y, sin embargo, te ha pillado a ti por medio. Desconozco el porqué, pero lo mejor es que ni te acerques ni sepas nada más del asunto.

—¿Que no sepa nada más? ¡Hace días que no toco el oboe; hace días que no leo! Ni siquiera puedo sentarme en la terraza tranquilamente. Quiero mantener una charla normal sobre algún tema sin trascendencia. Tomar un café en una terraza una tarde apacible, sin que salga humo del suelo ni grifos que se abran solos…

En ese momento, mi estómago rugió de modo ostensible. Me puse colorado y guardé silencio.

—¿Qué es eso de que los grifos se abren solos?

Se lo expliqué.

—¿Y dices que tiraste el cuaderno a la papelera y, al volver, estaba sobre la mesa?

—Así es.

Meditó unos instantes, largos para mí, y a renglón seguido, me preguntó:

—¿Llevas ese cuaderno encima? ¿Podría verlo?

Asentí. Cuando iba a sacarlo del bolsillo, Koldo se ausentó de la habitación. Miré a Noa, que se encogió de hombros. Esperamos en silencio; yo mantenía el cuaderno en la mano. ¡Oh, bendición de bendiciones! Cuando regresó, Koldo portaba una bandeja con unas cervezas frías y un plato lleno de fresones. ¡Si hubiera traído nata, la puerta del cielo hubiera sobrado! ¡Estaríamos en el paraíso!

—Comed, por favor —nos animó.

Tras una mínima duda inicial, Koldo se caló unas gafas pequeñas y rectangulares, casi de juguete, y cogió el cuaderno. Quería aparentar dominio de sí, pero su mano tremolaba. Cruzó la pierna, dejando al simpático cocodrilo suspendido en el aire, y comenzó a leer. Pasaba las páginas a toda velocidad.

Yo leo muy despacio. Si me despisto en una línea, comienzo de nuevo el párrafo. Él, no. Lo estudiaba en vertical, absorbiendo el contenido y despreciando la forma, como si buscara ansiosamente alguna pieza perdida en aquella sopa de letras escritas con tinta negra. Mientras lo hacía, dimos cuenta de las fresas. Rectifico: Noa se comportó como una mujer (seres que no comen en público), pero yo vacié el plato y me bebí las dos cervezas. Aun así, los minutos se me hicieron interminables. Finalmente, el sacerdote cerró parsimoniosamente la tapa, colocó la goma y me devolvió el cuaderno.

—¿Y bien? —pregunté entonces.

—Pues creo que es peor de lo que pensaba.

—Peor —repetí. En aquel momento, regresé a la realidad. Mi vida, hostigada por una casa enfadada, seguía pendiendo de un hilo—. ¿Por qué peor?

—Porque no entiendo nada. Y eso me da muy mala espina.

—Y tú, Noa, ¿qué opinas? No has abierto la boca en el rato que llevas aquí.

—Opino que don Koldo tiene razón.

Un breve paréntesis. Por aquello del «don Koldo». Sé que es la costumbre, doble, en este caso, ya que era un sacerdote y su jefe, pero a mí me molestó. Bajo ningún concepto merecía esa deferencia. Tengo para mí que uno debe ganarse la autoridad, y él, hasta el momento, no lo había hecho. Pero no era tiempo para tonterías. Repetí la pregunta.

—¿Estás seguro? Lo digo porque, dedicándote a lo que te dedicas, puede comprenderse que tengas una cierta deformación profesional, que interpretes cualquier cosa extraña en clave demoníaca.

—Créeme si te digo que me encantaría estar confundido, pero estoy prácticamente convencido.

—Pero no puedes asegurarlo.

—No al cien por ciento.

53

De nuevo llegó el silencio. El ambiente de la habitación comenzó a impregnarse de un desagradable aire de derrota y desasosiego. Noa había vuelto a sacar el sobre del bolso, una factura de teléfono, me pareció, y lo empleaba a modo de abanico. De improviso, se detuvo.

—Un bolígrafo, por favor —dijo con una voz increíblemente serena.

Koldo le tendió uno, sin rechistar. Apoyada en las rodillas, escribió algo en el sobre. Después se levantó y se lo enseñó al sacerdote.

«FER-LU-CCI».

—Mire, don Koldo. Fíjese bien.

El sacerdote se echó las manos a la cabeza mientras exclamaba:

—¡Oh, no, Dios mío! ¡Otra vez, no!

Yo miraba alternativamente a Noa y a Koldo, sin comprender qué era lo que ocurría. Como no me prestaban atención, bajé los ojos hacia el papel y entonces fui yo el que me encontré tapándome la boca con las manos. Koldo había cogido el bolígrafo que Noa había dejado sobre la mesa y escrito el mismo nombre moviendo el orden de las silabas.

«LU-CCI-FER».

Sentí que el estómago se me encogía. Por poco no dejo escapar las fresas. A mis oídos llegó entonces su frase, a todas luces redundante:

—Creo, Gerardo, que no necesitamos más evidencias.

—Es cierto. Tenemos que buscar esa puerta.

—¡Que no, Gerardo, que no hay ninguna puerta! Ni puertas, ni puentes, ni portales, ni ventanas… No existen conexiones entre nuestro mundo y el cielo. —Como le miraba con gesto escéptico, me insistió—: ¿Pero es que no lo comprendes? Se trata de mundos completamente diferentes. Agua y aceite: no se pueden mezclar.

—Entonces, ¿qué busca el tal Ferlucci?

—No lo sé. Pero puedo asegurarte que el diablo no dice la verdad ni para mentir.

—Pero ya has leído el texto de Pilatos, Koldo. Lo que describe escapa de las leyes físicas; une el pasado con el futuro.

—No tengo explicación para eso, pero trasportar un objeto por el plano del tiempo, algo que siendo complejo es científicamente posible, no es lo mismo que unir el mundo de los vivos con el de los muertos. Estoy completamente seguro de que Dios no ha dejado una puerta de atrás.

Noa terció en la discusión.

—Quizás ambos tengáis razón. Quizás no exista una puerta para entrar en el cielo, pero Ferlucci no lo sepa.

Koldo negó vivamente con la cabeza.

—Si se trata de lo que pensamos, es imposible. Ningún demonio, por simple que sea, creería en la existencia de esa puerta. Saben que el cielo les está vedado. No hay

más que decir.

—Y eso, ¿por qué?

—Los demonios fueron creados ángeles y mantienen intactos su capacidad racional y sus poderes angelicales, aunque residan en el infierno. Me refiero a que su intelecto es muy superior al nuestro. En algunos casos, como se me antoja el que tenemos delante, infinitamente superior.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, en los años que llevo como exorcista he aprendido que todos los demonios tienen un nombre. Y que, de alguna manera, ese nombre les define y describe su grado de perfección; su posición en la jerarquía y su poder. Porque también en este colectivo hay categorías, y este se hace llamar nada menos que Lucifer. Ese es el nombre por el que se conoce al jefe de los demonios. No creo que dé una sola puntada sin hilo.

Le debí de mirar con tal cara de angustia que se sintió en la obligación de responderme:

—No te inquietes, Gerardo. Fue vencido por Jesucristo. Y aunque Dios le permite seguir ejerciendo cierta influencia en las criaturas y las cosas, su poder es limitado. Como un perro encadenado, el demonio no podrá hacerte daño si no te acercas.

Koldo volvió a enmudecer. El silencio, denso como la mermelada de Encarna, solo era roto por el rítmico sonido del ventilador y el intermitente zumbido del ascensor de la casa.

—Propongo que olvidemos todo esto, amigos —concluyó al cabo de unos minutos—. Borrémoslo de la memoria como si nunca hubiera ocurrido. Esta es la historia del profesor Múgica y del tal Ferlucci, pero no la nuestra. Quememos ese cuaderno, infestado de mentiras, y volvamos a nuestra vida normal. Todos nosotros tenemos un futuro por delante. Ninguno de los tres estamos personalmente afectados. A mí no sé cuánto tiempo me queda, ya he vivido muchas cosas y me siento verdaderamente cansado, pero vosotros dos tenéis aún el mundo por descubrir. Podéis ser felices. Ambos lo merecéis.

Mientras él hablaba, una imagen terrible se formó en mi mente. Lo hizo de una vez, como un disparo. Y sin poder sustraerme a su influjo, me vi contemplando algo que aún no había ocurrido, pero que, sin duda, tendría lugar: un hombre estaba tendido en una acera gris, rodeado de personas que se asombraban y lloraban y a las que no pude ver el rostro. Apenas tuve tiempo de fijarme en los detalles, se trató solo de un fugaz vistazo a un escenario extraño, pero no me cupo duda de que el cuerpo tendido era el de Koldo Otxotorena. Estaba pálido. Pálido de muerte. Aturdido, cerré los ojos tratando de arrancar la visión y, de hecho, lo conseguí, porque, cuando los abrí, ya no estaba. Pero había tenido suficiente.

Hacía tiempo que creía haberme librado de eso que mi tía llamaba «el catalejo». Llevaba años, creo que desde los quince, sin soñar el futuro: sin sentir la turbación de ver a alguien y saber qué iba a ocurrirle y cómo. Sin embargo, en aquella habitación,

supongo que bajo el influjo de tanto cambio, mis genes recuperaron sus fueros y, con ellos, mi antigua mirada longa y perspicaz, tan fina que era capaz de colarse en el mismísimo destino.

Koldo siguió hablando, pero no escuché lo que dijo.

Me había quedado de piedra. No sé si hay muchos meigos en el mundo. No sé si es una cuestión genética y, por tanto, caprichosa. Quizás yo sea más femenino que otros, o más zurdo, o todo se deba a que he nacido un dos de abril… Acaso mi tía Ermita logró traspasarme sus poderes cuando murió. Como señaló Trini, tengo su mismo color de ojos. No sé por qué me pasa lo que me pasa, pero tuve la certeza de que a Koldo le quedaba poco tiempo. Pero no se lo dije: no es bueno mirar de frente al destino.

—¿No contestas, Gerardo? ¿Crees que podríamos olvidar todo esto?

—¿Puedes decirle a un endemoniado que se olvide de que lo está y pase página?

—Obviamente, no, pero tú no estás endemoniado.

—Yo no, pero de mi casa no puedo decir lo mismo. No creo que, por las buenas, el ático me deje en paz.

—Es cierto. Has mencionado el asunto de los grifos. Quizás sea ese el problema y no el cuaderno. Algo quedó allí.

—Podría intentar buscar otro piso en alquiler, aunque no sé si serviría de algo, y eso que, desde que tengo a san Simón, las cosas se han calmado bastante…

—¿Que tienes qué?

—Una estatuilla de San Simón, un santo protector. Me lo prestó doña Rosa, la portera, cuando el ático empezó a desmandarse. Es una estatua curiosa. Nunca había visto nada parecido: es un santo muy raro. Tiene sombrero y bigote, y fuma…, pero es muy eficaz.

Se puso en pie y empezó a dar vueltas en círculo mientras exclamaba:

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Tienes nada menos que a Maximón en casa! No me extraña que te ocurran esas cosas. Tenemos que ir inmediatamente, y limpiar ese espacio. Espera, necesito agua bendita. Mucha.

Huelga decir que me quedé de piedra.

—¿Pero de qué estás hablando? ¡Es un santo de pasta!

—¡Es la figura de Maximón, Gerardo, mezcla de Judas Iscariote y el dios maya Mam! Lo veneran quienes sirven al demonio. ¡Cómo no ibas a tener la casa infestada, si estabas encendiendo velas en honor al propio demonio! ¿Y dices que te lo dio la portera?

—Así es.

—Pues ya ves que Ferlucci no está solo.

54

Iba a decir que aquellos instantes fueron los más largos de mi vida, pero no es cierto. Hubo otros peores en Jerusalén. Pero aseguro que, estrujado en la parte trasera del Audi de Koldo, el momento se me hizo eterno.

Habíamos decidido agarrar el toro por los cuernos e ir directamente al ático. Previamente, el sacerdote llamó a Óscar, su chófer, y a una pareja de colegas: dos seminaristas que, por su complexión física, bien hubieran podido dedicarse al levantamiento de peso. Al verlos, Noa decidió ir en autobús. «El paseo me vendrá bien para serenarme», afirmó, que es lo mismo que decir: «Prefiero mojarme a ir encerrada entre tanto hombre». Lo cierto es que llovía con ganas. La tormenta se exhibía en todo su apogeo.

—Te quiero —le susurré antes de subirme al Audi.

Intentó sonreír, pero bajo el paraguas solo vi una mueca forzada. La interpreté a mi favor: estaba superada por las circunstancias, más o menos, lo mismo que yo.

Arrancamos. Nadie hablaba en aquel habitáculo en el que podía morderse la tensión y el olor a sudor. Pero el tramo era corto y yo estaba lleno de dudas. Necesitaba, al menos, manifestarlas en voz alta.

—Koldo, cuando lleguemos al ático… Lo que quiero preguntarte es qué vas a hacer.

—No te preocupes. Tengo todo lo necesario y sé cómo hacerlo —me respondió.

—¿Y tus colegas?

—Siempre es bueno tener las espaldas cubiertas, ¿no crees?

—¿Por si el frigorífico del ático se enfada y te lanza los cubitos de hielo?

—No. Por si acaso tu vecina, esa que te ha prestado su Maximón, decide ponerse violenta.

—No es lo que tú crees. Doña Rosa frisa los ochenta.

—La edad no importa si la fuerza no es propia. Créeme, cosas más extrañas he visto…

Tragué saliva y continué con el interrogatorio.

—De acuerdo, tú te ocupas. Pero ¿cómo vamos a proceder? No pretenderás que llame a casa de la portera y diga: «Doña Rosa, como he notado que es usted servidora de Satán, me he traído a un amigo exorcista y a dos colegas suyos para que la visiten».

—Algo así estaría bien —respondió con ironía—. Verás, Gerardo, es posible que esté endemoniada, o que no lo esté pero sirva al enemigo. Hemos de tratar de convencerla para que lo deje.

—¡Ah, eso está muy bien! Y de paso, la invitamos a un chupito de coñac Soberano.

—Don Koldo, ya estamos —señaló Óscar.

En efecto, teníamos el número 12 delante. Pero ni sus forzudos acompañantes, ni

su chófer, ni él mismo hicieron ademán de moverse. Seguía lloviendo a mares. El color de la tarde resultaba tan tétrico que dije al sacerdote:

—Quizás este no sea buen momento. ¿Qué tal si esperamos a que escampe? O podemos volver otro día. Mañana, por ejemplo. Mientras, busco una pensión.

Koldo, que iba sentado junto a Óscar, se giró y, mientras clavaba en mí una mirada comprensiva, respondió:

—Te equivocas, Gerardo. La ocasión no puede ser más propicia.

Creo que dijo algo más, pero yo no pude oírlo. Porque, mientras hablaba, otra pulsión emergió de mis entrañas y me deslizó furtivamente hacia el futuro. Le vi de nuevo, tumbado boca abajo sobre el bordillo, con la cara de cera y un charco de sangre rodeando su cabeza. Yo estaba a su lado. «Va a ocurrir, y no puedo hacer nada para evitarlo», me dije. Sopesé, como me ocurrió en su casa, la posibilidad de contarle la visión, pero, no sé exactamente por qué, volví a desecharlo. Sin embargo, le pregunté con voz seria:

—¿Estás preparado, Koldo? Me refiero a preparado para… todo.

Creo que entendió perfectamente el sentido de mi pregunta.

—No te preocupes, lo estoy. Siempre lo estoy: no sabemos el día ni la hora.

Óscar bajó con un paraguas y escoltó a Koldo hasta el portal. Luego, se fue a aparcar. Los seminaristas y yo, simplemente, nos mojamos.

Al girar la llave y abrir el portón del número 12, un escalofrío me recorrió de arriba abajo, pero logré sonreír: como creo haber dicho, como actor no tengo precio. Recorrí el rellano con la mirada, como si aquella fuera la primera vez que viera aquel espacio, tan cercano y, al mismo tiempo, tan ignoto. Me dirigí a la puerta marrón con el cartel de «Portería», respiré hondo y llamé con los nudillos. Nadie respondió. Pero, como la línea de luz bajo la puerta era suficientemente ilustrativa, insistí.

—Doña Rosa, ¿puedo hablar un momento con usted?

Como respuesta, la luz se apagó. Me pregunté qué estaría pensando aquella mujer. Estaba seguro de que me observaba a través de la mirilla, tal vez con arrogancia o simplemente con prevención. Quizás, ella no sabía nada de ese santo-demonio. Quizás creyera que, en verdad, iba a protegerme. O quizás estuviera en el ajo. Fuera lo que fuera, lo único seguro es que no volvería a dormir tranquilo: la portera tenía un juego de llaves.

Como no logramos que nos abriera, cogimos el ascensor y subimos hasta mi casa. Saqué el llavero y se lo tendí a Koldo. Estaba nerviosísimo. La pareja de guardias de Corps no parecía mucho mejor. Sin embargo, el exorcista aparentaba tranquilidad conventual.

Abrió y encendió todas las luces. Entró y los demás le seguimos.

No ocurrió nada hasta que cerramos la puerta. Entonces… Solo puedo dar gracias a mi predecesor por no comprar muchos muebles, porque los pocos que había empezaron a temblar y a agitarse como si se hubiera declarado un terremoto. Sé que lo que digo puede parecer increíble, pero juro, por la memoria de mi madre y de mi

tía Ermita, que es completamente cierto.

Sin inmutarse, Koldo sacó su estola y se la colocó sobre los hombros. Entregó el libro que contenía el ritual a uno de los seminaristas y le pidió que se colocase a su izquierda y lo mantuviese abierto. Luego, abrió el bote de agua bendita. En ese instante, las puertas empezaron a abrirse y cerrarse violentamente y escuchamos pasos en el techo, una especie de carreras. Enseguida llegaron los aullidos. Los malditos aullidos. Primero me parecieron maullidos de gato rabioso, luego… Luego, no. Koldo continuaba musitando frases en latín y aspergiendo agua bendita que, al contacto con el suelo, se evaporaba de inmediato.

Dejé de mirar. Estaba petrificado. Me había agachado y permanecía apoyado en una pared, en posición fetal, junto a otro de los seminaristas. Koldo me llamó. Su voz me obligó a levantar la cara. Entonces, vi cómo el sofá se despegaba un par de palmos del suelo y se lanzaba contra él.

—¡Koldo, cuidado! —grité.

Se dio la vuelta, y chilló al mueble no sé qué cosa en latín. Cayó al suelo y no se movió más.

—¿Dónde está Maximón?

Señalé con el dedo la habitación pequeña. No podía articular palabra.

—¿Tienes un martillo, un mazo o cualquier otro objeto contundente?

Me incorporé poco a poco y, pegado a la pared, llegué a la cocina. Con cuidado, abrí el cajón de los cubiertos y cogí el rodillo, una pieza grande, de madera. Se lo tendí. Con él en la mano y seguido por el seminarista que sujetaba el libro, entró en la habitación. El otro continuaba junto a la pared, temblando. Rezaba lo que me parecieron avemarías.

Escuché gritos. Una voz era de Koldo, que seguía recitando oraciones en latín. La otra era muy extraña.

No sabría explicarlo: era profunda, como gangosa, pero se entendía perfectamente. Bueno, perfectamente si comprendías el latín. Solo se le permitió decir una frase. Un golpe acabó con la figura. Tanto el seminarista cobarde, nunca supe su nombre, como yo podemos dar fe de cómo una sombra alargada y negra salió de la habitación pequeña y atravesó la puerta hacia el descansillo.

Cuando Koldo abandonó esa estancia, tenía la cara del color de la cera. Llevaba las velas roja y negra en la mano.

—Se acabó —dijo.

55

El exorcista presentaba tan mal aspecto que le insté a que descansara un poco. Pensé, además, que a todos nos vendría bien sentarnos y tomar algo; una cerveza (no tenía nada más fuerte), un refresco o un poco de agua. Óscar todavía no había llegado. Era mejor esperarle. Pero Koldo se negó. Dijo estar muy cansado y deseoso de volver a casa. «Necesito pisar terreno sagrado», masculló. Llamó a su chófer por teléfono y le ordenó que regresara con el coche. Luego, me pidió que le acompañara hasta el portal. Su aspecto confirmaba sus palabras y, por ello, no me pareció oportuno insistir más.

Se sujetó a mi brazo. Casi no podía caminar. No era un buen momento, pero yo necesitaba saberlo.

—¿De verdad puedo dormir en paz?

Asintió un par de veces.

—La casa no te molestará más. Está bendecida. Además, en ese cuartucho te he dejado un santo «de verdad». Por eso, no hay problema, pero no olvides que aún tienes a una portera sospechosa. Puede que te entregara a Maximón de buena fe, por pura ignorancia, cosa frecuente en gentes con poca cultura religiosa, o puede que tuviera otras intenciones. Creo que debes averiguarlo si quieres seguir viviendo aquí.

—Lo intentaré.

El ascensor se detuvo en la planta baja y ambos salimos del habitáculo. Los dos seminaristas, que habían optado por las escaleras, ya estaban abajo. Nos dirigimos a la puerta. Antes de abrirla, le abracé y le di las gracias.

—Koldo, siento haberte juzgado mal. Tenías razón y yo estaba equivocado. No sabía a qué me enfrentaba. Te agradezco mucho tu ayuda. Pero me quedo preocupado: ¿seguro que estás bien?

—Lo estoy. Es que estos ritos consumen toda mi energía. Me agotan. Cada vez lo llevo peor.

—Pues vete a casa e intenta descansar. Mañana es domingo.

—Lo haré. Te digo lo mismo, descansa. —Guardó silencio unos instantes. Luego, levantó la mirada y clavó en mi sus ojos almendrados—: Gerardo, me gustaría hablar contigo despacio uno de estos días. Las cosas que han pasado pueden nublar tu juicio si no vas con cuidado.

—No sé a qué te refieres.

—Pues a que resulta fácil confundir lo que nos supera. Tienes que saber que nada de lo que has visto proviene de lo alto. Dios es alegre, pacifico. Es padre, es paz. A su lado, no hay inquietud ni turbación interior. Si hay fuerza, dureza, coacción o desasosiego, no proviene del Señor, sino del diablo. Como apuntaba Einstein, «Dios es sofisticado, pero no malévolo». Debes tener cuidado. No sé cuál es la razón, pero alguien ha intentado confundirte… Lo que quiero decir es que seas listo y no te dejes engañar. Ya hablaremos.

—Eso estaría bien. Quedemos para cenar. Esta vez pago yo.

—De acuerdo. —Alzó la vista y me miró fijamente—. Por cierto, Gerardo, ¿desde cuándo te pasan esas cosas?

Di un respingo. Aquel cura era la leche.

—No sé a qué te refieres —contesté. Intenté parecer convincente, pero no lo logré —. Me refiero a lo que te ha ocurrido en mi casa. Y luego en el coche, mientras veníamos. No me mires de esa manera, has olvidado que soy un psicólogo bastante bueno. ¿De qué se trata?, ¿acaso tienes visiones?

No pude por menos que confirmarlo.

—Las dos tenían que ver conmigo, ¿verdad? Volví a asentir.

—Por la cara que has puesto, supongo que se trata de algo grave. No te inquietes, no voy a preguntarte qué has visto. Prefiero no saberlo. Además, hay algo que me preocupa más que tus visiones.

—¿Y qué es, si puede saberse?

—Pues tú mismo. No comprendo por qué estás metido en este lío. ¿Es solo porque alquilaste el ático o hay algo más?

—Dímelo tú, que eres el experto. Yo solo vengo de Lugo.

—De poco sirve la experiencia en estos casos, Gerardo, pero es casualidad que justo te toque a ti, que tienes más dones que los demás, ¿no crees? En fin, ya hablaremos. Óscar debe de estar al llegar. ¡Mira, ahí viene Noa! Es una gran mujer, supongo que lo habrás notado. Hasta ahora, ha tenido poca suerte en la vida.

Salimos a la calle. En efecto, mi prometida avanzaba a paso ligero, por la acera de enfrente, con el paraguas abierto.

Oímos el sonido del motor de un coche. Ninguno de nosotros dudó que era el de Koldo. El sacerdote ni siquiera miró al bajar la acera.

Pero, al sentir que aceleraba, supe que no iba a detenerse. Grité a Koldo con todas mis fuerzas, pero no llegué a tiempo. El golpe fue violentísimo. El cuerpo del exorcista salió volando por los aires, yendo a caer en la acera de enfrente, tras chocarse brutalmente contra el muro de la cafetería. El coche se dio a la fuga a toda velocidad, pero, al dar la curva, derrapó girando sobre sí mismo hasta dar con la mediana del paseo de Recoletos. De inmediato, estalló.

Todos corrieron hacia el lugar donde Koldo había quedado tendido. Yo no. Me arrodillé y recé alguna oración que recordaba. Y luego me eché a llorar. Todas las lágrimas que no había logrado derramar cuando mi madre falleció las vertí en ese momento. Porque había tenido en mi mano la posibilidad de detener esa muerte, y no había hecho nada.

Al cabo de unos minutos, Noa vino a buscarme. Me sujetó por los hombros y me obligó a levantarme del suelo.

—Hemos llamado a una ambulancia, pero no hay nada que hacer. El padre Otxotorena ha muerto. El coche que le ha atropellado se ha estrellado y ha ardido. Su ocupante ha quedado calcinado.

—¿Te has fijado en la persona que iba al volante? —pregunté.

—De refilón, sí. Era una mujer mayor, con el pelo blanco muy cardado. No he podido verle bien la cara, pero sí la ropa: llevaba un vestido gris de lunares grandes. No entiendo qué ha podido pasar, ¿no le habrá visto?

—Yo diría que le vio perfectamente: la descripción encaja al dedillo con la portera del edificio.

SEGUNDA PARTE

LA PUERTA DE ATRÁS

El que busca el cielo en la tierra se ha dormido en clase de geografía.

STANISLAW JERZY LEC

1

No sé las veces que hube de responder a las mismas preguntas. Variaban las caras, los despachos o los uniformes, pero no el guion. Todo un arte, sin duda, el de la indagación. Un arte en el que todos los agentes que tuve enfrente compartían maestro. Como clones. Saludaban con un educado «Buenos días», nombre y cargo. Se sentaban, abrían la carpeta que llevaban bajo el brazo, desplegaban las notas, papeles escritos a mano o a máquina, y las fotografías y, en un plis plas, ya te estaban metiendo el dedo en el ojo. Al acabar, me devolvían al pasillo, a esperar al siguiente, con su carpetilla, su nombre y su saludo cortés.

Los interrogatorios se estrenaban con los motivos de mi estancia en Madrid y continuaban indagando acerca de mi relación con el occiso: es decir, de qué conocía al padre Otxotorena y desde cuándo. Las preguntas no me extrañaron. Noa me había explicado que su jefe recibía exclusivamente en su despacho. Rara vez se desplazaba a domicilios particulares y, si tenía que «trabajar», elegía siempre suelo sagrado. Sin embargo, había decidido venir al ático en una tarde de diluvio. Naturalmente, los investigadores querían conocer qué le había hecho romper su pauta habitual. Por otro lado, no había acudido solo, sino muy «bien acompañado», y también pretendían hacerse con los porqués: ¿acaso Otxotorena temía por su vida?, y, si era así, ¿tenía yo noticia de quién podría estar amenazándole?

Salvada esa parte del cuestionario, llegaba el turno de aclarar mis conexiones con doña Rosa, la portera. Bueno, la portera y la supuesta asesina. En ese caso, sondeaban si yo había trabado amistad con ella, si la conocía bien, si consideraba que estaba en su sano juicio o desvariaba, si tenía noticia de que odiara al clero en general o a don Koldo en particular o si, por un casual, yo alcanzaba a comprender por qué una mujer de setenta y nueve años querría atentar contra un hombre tan apacible y querido.

Respondí con paciencia exquisita a todo cuanto me preguntaron. Dos muertos en el distrito de Salamanca, habitualmente pacífico cuando no plácido, ya eran de por sí suficiente motivo para que la policía se cebara con los testigos, pero es que, además, Koldo era un conocido y reputado miembro de la comunidad. Estoy convencido de que sus amigos eclesiásticos presionaron para resolver cuanto antes el asunto.

Por otro lado, y aunque en ningún momento me tentó la idea de mentir, ya que imagino que es lo peor que puede hacerse en estos casos, comprendía lo mal que sonaba la historia que desgranaba, de modo que me mostré todo lo colaborador que pude. Expliqué a los perplejos inspectores, subinspectores y agentes de a pie que me sentaron tras sus mesas de despacho y compartieron conmigo nombre, mohín y cargo, que solo hacía tres días que conocía a Koldo Otxotorena. Antes de esa fecha, nunca le había visto ni había tenido noticia de su existencia.

Confirmé, porque era cierto, el dato de que habíamos almorzado juntos en un conocido restaurante próximo a su despacho y que había pagado él, pero aseguré que los motivos de nuestra reunión habían sido estrictamente profesionales: teniendo la

sospecha de que mi casa estaba siendo objeto de una infestación diabólica, había acudido en busca de un especialista y, a Koldo, la fama le precedía. Tras exponerle los hechos, el sacerdote se había ofrecido para limpiar y bendecir mi hogar, algo que debía hacer *in situ*. Llegados a este punto, todos los mandos policiales, sin excepción, pidieron una crónica detallada de los fenómenos paranormales que acontecían en mi casa, aunque luego, quién sabe por qué, no lo hicieron constar en sus respectivos informes.

De continuar preguntándome por hechos de los que tenía conocimiento, no hubiera dudado en responder. Pero, cuando el interrogatorio derivó hacia los motivos del incidente, tuve que afirmar que, de eso, poco podía decir: mi relación con doña Rosa no se extendía más allá de una semana, en la que había podido comprobar que sus neuronas patinaban a veces, aunque no en exceso.

—Hasta hace unos días no conocía a esa señora —confesé al primer inspector que me interrogó. Ese, que me pilló desentrenado, fue el peor. Luego, cogí soltura.

—¿Y le cayó bien?

Lo sopesé unos instantes.

—Bueno, sí. Era una viejecilla pesada pero adorable.

Una de esas mujeres con el pelo blanco muy cardado, ya sabe.

—¿Y no tuvieron relación alguna?

—Ninguna.

—¿No subió nunca a su casa?

—Sí, claro. El día que llegué, para mostrarme el ático. Luego, vino otra noche para traerme un paquete que había olvidado en el ascensor, y se quedó unos minutos.

—Y usted, ¿acudió alguna vez a su domicilio?

Como un *flash*, la imagen de la portería se presentó ante mi mente y me puse a sudar. Y de lo nervioso que estaba se me fue la lengua.

—Pues sí, mire, estuve una vez. Había tapetes por todas partes, ya sabe, de esos que tienen flecos y pasamanería. Seguro que su madre de usted también tiene alguno. A la mía le encantaban.

Como si no hubiera escuchado el envite.

—¿Y puede saberse el motivo de su visita?

Para aquel entonces, con Maximón y sus velas campando a sus anchas por mi memoria, me temblaban las manos. Asentí muy despacio, aunque era consciente de que al tipo que tenía enfrente le habían formado el olfato para captar los efluvios de las mentiras.

—Fui a por las llaves.

—¿Está usted seguro de no tener más relación con esa mujer de la portería?

—Completamente.

—¿Y por qué está tan nervioso? El sudor, las pupilas…, ni borracho pasaría el detector de mentiras.

Dudé más de lo que debiera y, finalmente, me plegué a sus encantos:

—Si le cuento algo que no tiene que ver con el caso, ¿promete guardarme el secreto?

Aquella boca de labios finos se expandió con aire de triunfo, hasta casi desaparecer. Pertenecía a un inspector larguirucho, de rostro pálido y frente despejada, descripción mucho más que generosa, porque las entradas se asomaban al occipital. Al estrecharme la mano, me trasladó el frío. Desconfío de los hombres con manos frías: guardan secretos inconfesables. Pero no tenía opción. Él hizo un gesto con la cabeza que interpreté como un sí, y entonces procedí a confesarle que era un realquilado sin contrato mientras le rogaba que no me denunciara. Prometió no hacerlo si le explicaba los pormenores del caso.

—Comprenderá, Gerardo, que todo eso de la infestación diabólica suena a camelo.

—¡Ah, pues le aseguro que es la pura verdad! De hecho, si Koldo Otxotorena trajo consigo a dos seminaristas, una buena cantidad de agua bendita, su libro de oraciones y su estola morada fue porque tenía la certeza de que en el ático ocurría algo serio. ¡Tenía usted que haber visto volar el sofá! Se te ponían los huev…, quiero decir, los pelos de punta.

Tras mi confesión, el agente hizo como si anotara algo en su cuaderno y cambió de conversación. La referencia al sofá volador le había puesto algo nervioso.

—¿Y la portera? —insistió.

—Sinceramente, no lo sé. Es posible que doña Rosa odiara a los curas, pero no puedo asegurarlo, casi no la conocía. Aunque también es posible que sirviera al demonio.

—¿Como la tía de usted? —soltó de improviso. Su tono resultó tan agrio que me removió las tripas.

—¿Cómo dice?

—Según su ficha, se crio con su madre y una tía carnal. Esta última era tenida por meiga entre el vecindario.

Empezó a arderme la sangre. De inmediato, comprendí que me había topado con un listillo que quería ponerme en el bando de los malos. Si me descuidaba, se colgaría una medalla a mí costa. De modo que monté en cólera.

—¿Tiene usted algo en contra de la medicina natural, inspector? ¿Cree que puede causar algún problema policial?

—Para nada. Pero antaño los curas quemaban a las brujas en la hoguera. Quizás usted quisiera vengarse de este.

—Sepa, caballero, que mí tía no era ninguna bruja: solo cultivaba plantas medicinales. Tenía muchos amigos curas y recibió los sacramentos de la Iglesia católica antes de morir…

Pero aquel tipo tenía las manos frías. En vista de lo cual, supuse que seguiría insistiendo hasta enredarme. Estando la Nunciatura de por medio, seguro que pensaba cosechar un ascenso por meterme entre rejas al primer interrogatorio. De modo que

me comporté de la única manera en que puede uno comportarse con un cabrón: haciéndole probar su propia medicina. Con voz suave, añadí:

—Y si lo dice por las inclinaciones sexuales de mi difunta tía, no creo que sean cosa suya. Lo dice la Constitución, que usted mismo acató al recibir la placa.

Como el bicarbonato para las úlceras de estómago: mano de santo. La insinuación le escoció, le hizo dudar unos segundos y me demostró que no los tenía tan bien puestos como presumía. A lo sumo, colgando. Porque con ese tipo de cosas, hoy no se puede jugar. Aunque mí pobre tía Ermita, en esa liga, lo que se dice jugar, no jugaba. ¡Perdona, tía, pero era por una buena causa!

En fin, que las referencias a mí Galicia querida pasaron a la historia con un «No se enfade, caballero. Comprenda que tenía que preguntarlo». Pero si él se rindió, a mí me dejó muy mal sabor de boca, porque escondido entre sus palabras había algo de verdad: con mis dotes de meigo en barbecho, quizás habría podido evitar la muerte presagiada y no lo había hecho.

Sea como fuere, gracias a la coincidencia de testimonios entre mi versión, la de Noa y la de los dos seminaristas, que estaban verdaderamente acojonados y mencionaron el vuelo del sofá, unas horas después, los investigadores terminaron por dejarme en paz. Y yo me fui al bar de enfrente a celebrarlo. Pedí un coñac y lo bebí de un trago a la salud de todos los tipos que tienen nombre y cargo, y te dan los buenos días con educación. Luego, cayeron algunos más…

Por si a alguien le quedara alguna duda, sepan que la autopsia reglamentaria reveló que Koldo había muerto en el acto; el Instituto Anatómico Forense, que de su asesina no había quedado mucho donde trabajar. Se llamaba Rosa Listraes, había nacido en Arnedo, contaba con setenta y nueve años, vivía en la portería del número 12 y nunca había intentado sacarse el carné de conducir. El dueño del coche en cuestión, un Volvo de seis años de antigüedad, había denunciado su desaparición el mismo día de autos, unas horas antes.

2

Tras las recientes premoniciones sobre la violenta muerte de Koldo, y bajo la creencia de que no hay dos sin tres, los siguientes días me sentí como gato encerrado; inquieto, atento a cualquier movimiento, al menor ruido. Sin embargo, no ocurrió nada fuera de lo normal. Todo lo contrario: las visiones cesaron con la misma naturalidad con que llegaron.

Quizás sea por lo raro de mi condición.

A ver cómo explico esto, porque es verdaderamente difícil.

Lo que quiero decir es que a los Vilela no nos sucedió lo que suele ocurrir, que primero fue la abuela y luego le siguió la madre; y a la madre, la hija; y esta, por las famosas leyes del señor Mendel, dejó en herencia el don a su retoño. En la familia Vilela —mismamente, la mía—, la cosa no apareció trepando por el árbol genealógico. No hubo preámbulos, ni ensayos, ni antecedentes: antes de mí tía Ermita, nadie; durante siglos, nada. Todos mis antepasados eran diestros y normales. Todos poseían ojos oscuros y vivían un presente completamente deslindado del futuro.

Pero no se puede recriminar a los genes por decidir mutar y cambiar de aires, entre otras cosas, porque hacen lo que le viene en gana sin dar explicaciones. Y, como sus decisiones son inapelables, es preferible cruzarse de brazos y aceptar sus deseos. Vete a saber por qué yo empleo la mano izquierda o tengo visiones. Vete a saber por qué mis ojos pintan un morado oscuro o por qué el útero de mi madre no quiso aguantar lo que debía y me parió dos meses antes de lo que la partera señaló, justo entre el solsticio de otoño y el equinoccio de primavera, si es que ese detalle tiene alguna importancia.

No lo comprendo, pero es lo que hay. No voy a quejarme ni a lanzar vituperios sobre algo que el azar gobierna. Lo sobrellevo con toda la elegancia que puedo y evito, en la medida de lo posible, hablar de ello. Aunque, cuando a uno le toca ver, a cámara lenta y por anticipado, la muerte de un amigo, el estoicismo y el silencio no resultan demasiado fáciles. De hecho, en los funerales organizados por el alma de Koldo, oficiados por el arzobispo castrense y el de la diócesis de Madrid, lo pasé fatal.

No fueron extraordinariamente largos, ni especialmente suntuosos, pero yo no podía quitarme la imagen de la cabeza. Y, cada vez que alguien de luto riguroso entraba a la iglesia, tenía la sensación de que me clavaba la mirada y me señalaba con el dedo. Como en la catedral de la Almudena, lugar del sepelio, no cabía un alfiler, pasé un rato terrible.

Permanecí al fondo, en la última fila, junto a Noa, que no paró de llorar. La pobre casi se deshidrata. Cuando salimos tenía rojos los ojos, la nariz y, curiosamente, también la punta de las orejas. A nuestro alrededor había soldados, seminaristas y gentes corrientes. Lo que vi me hizo evocar los comentarios de Ruth Kaufmann sobre

el entierro de su padre. Porque, a tenor de lo visto y oído, Koldo parecía un hombre muy querido. Se notaba que la gente le respetaba, le apreciaba, y, por ello, sentían la pérdida. Reconozco que me dio envidia. Si muriera hoy, me enterraría yo mismo. Con muchísima suerte, quizás Noa me llevara flores o llorara hasta teñirse las cimas de las orejas.

A quien nadie enterró fue a doña Rosa. Y no por venganza o por mala fe. Sencillamente, su cadáver calcinado no fue reclamado. Así las paga el diablo: te jode, te mata y ni siquiera te entierra. Eso sí, los vecinos, encabezados por Encarna, hicieron una cuestación para encargar una misa, a la que asistieron todos. Todos menos yo, que no quería verla; ni viva ni muerta ni en pintura.

Pasado el primer *shock*, puede colegirse cómo quedó el estado de ánimo de la vecindad. Creo que el consumo de tila y de anís del mono rozó el récord Guinness, pero no logró ofrecer explicaciones a lo sucedido. Ni siquiera la hipótesis de un súbito ataque de locura se sostenía. Demasiadas preguntas quedaban en el aire: cómo se le había ocurrido hacerse con un coche sin haber conducido nunca; cómo había logrado forzarlo, porque no parece que una señora de edad, sin antecedentes penales, gozara de esas habilidades; cómo lo había llevado hasta allí, sin saber conducir, y en el preciso momento en el que el sacerdote salía del portal.

Y, finalmente, la gran cuestión: por qué.

A mí me daban exactamente igual los porqués. De hecho, cuando alguien se me acercaba con ganas de cotilleo, algo que ocurría con frecuencia, me escabullía. La portera estaba muerta y enterrada y su espíritu en algún infierno lejano; lo demás me importaba una mierda. Después de unas semanas particularmente azarosas, plagadas de sustos y ratos sombríos, de cementerios y agua bendita, de velas negras y rojas, solo deseaba volver a la tranquilidad de las clases, a la sabiduría de la Biblioteca Nacional y al dulce y helador frío del ático.

Aunque la cruda visión de Koldo boca abajo sobre los adoquines grises, muerto, rompía de tanto en tanto mis sueños, las escenas memorizadas empezaron a perder vigencia, lo que me permitió aflojar el paso y pasar por alto todas o casi todas las advertencias de Encarna.

Mi vecina del cuarto se presentó en el ático en cuanto regresé del entierro del sacerdote. De luto riguroso. Bueno, riguroso, no. Vestía de negro, eso sí; un sencillo vestido negro, medias y zapatos del mismo color, pero se había injertado en la solapa una especie de broche floral multicolor, confeccionado en ganchillo, que parecía más propio del dia del orgullo gay que de un luto.

—Gerardo, tiene que perdonarme —dijo en la puerta—, llevo días sin limpiarle el piso; tampoco le he subido ningún guiso, pero es que he tenido que calmar a la vecindad y ayudar a Nati; Pepe, su marido, está cada vez más insoportable. Ha sido un palo muy fuerte para todos. Terrible. Y usted, ¿cómo lo lleva?

—Pues qué quiere que le diga: bien, no. He visto cómo se llevaban por delante a un amigo, y lo malo es que no me he dado cuenta de que lo era hasta que ha muerto.

Dijo la verdad: solo pretendía protegerme.

—No deje que esos pensamientos tan oscuros llenen su mente. Don Koldo era buena persona y esas van directitas al cielo. Él no ha necesitado ir por la puerta de atrás.

Dijo lo de «la puerta de atrás» como de pasada, en su tono, ya saben: el de quien no quiere la cosa, pero sí; el de quien simultáneamente te pisa el callo y, sin levantar el pie, te pide perdón. Tengo que reconocer que su actitud encendió mi furia interior.

—¡Ni se le ocurra volver con esa cantinela, Encarna!

Se acabó. El piso está limpio de espíritus y la portera y su diablo de pacotilla han desaparecido para siempre.

Tras mirarme fijamente, Encarna empezó a girar la cabeza de izquierda a derecha.

—¿Cómo que no? ¡Pues claro que se ha terminado!

—Me gustaría darle la razón, pero no puedo. Hay muchas cosas que no cuadran. Para empezar, tiene que saber que yo nunca conté a la farmacéutica que queríamos alquilar el ático…

—¿Cómo dice? ¿No le…? Pero ¿entonces?

—Puede que fuera la portera, y que la farmacéutica nos confundiera: con la cantidad de recados que hace no me extraña. O puede que no. En cuanto le vi, supe que era usted una persona especial, pensé que le habrían escogido para rescatar al profesor Múgica. Él también era buena persona…

—¿Era? Acaba de hablar en pasado, Encarna. ¿Qué es lo que ha cambiado?, ¿ahora piensa que está muerto?

—No sé qué pensar, pero ha ocurrido algo, Gerardo; algo muy extraño. Estamos a día tres, y la trasferencia no ha llegado. Vamos, que el alquiler no se ha pagado. ¿No le parece casualidad?

Lo pensé unos instantes.

—¿Quiere usted decir que doña Rosa pagaba el alquiler? Parecía pasarlas put… canutas, quiero decir.

—Bueno, no sé. Lo cierto es que quien pagaba el alquiler dejó de hacerlo. ¿Por qué? Quizás ya no le interese. Quizás tengan otro candidato.

—Candidato ¿a qué? ¿Y de quién está hablando?

—De usted, Gerardo, ¿es que no lo ve? ¡Ese diablo no va a cejar hasta que lo atrape, como hizo con el profesor!

—¿Atraparme a mí?, ¿por qué? ¡Yo no le he hecho nada!

—No se enfurezca, vecino, lo sé. Sin embargo, estoy convencida de que le tenía desde el principio en su punto de mira.

—¿En el punto de mira a mí?, ¿por qué? Mire, Encarna, me está usted poniendo nervioso.

—No es mi intención, pero recuerde las cosas que le han ocurrido en estas semanas. ¿No le parece que son demasiadas casualidades juntas?

No, no lo había pensado. Me quedé cortado, sin saber qué responder. Algo de

razón tenía. Pero, como dijo Koldo, con buen tino, si lo dejamos estar, el diablo no puede hacernos daño. Además, si lo pensaba bien, mucha de la culpa la tenía mi vecina.

—Se acabó, Encarna.

—Hágame caso, Gerardo, esto no es el final. Si acaso, un punto y seguido.

—Me da lo mismo, punto y aparte.

Reconozco que la despaché con poca cortesía. Quizás ella tuviera razón y aquella tranquilidad no fuera sino un ardid. Quizás solo revelara un tiempo de rearme, una tregua en la que el destino cogería carrerilla para caer sobre mí y aplastarme. Pero lo cierto es que ya no me sentía arrastrado hacia el abismo. Nada tocaba mi fibra sensible: ningún cuaderno, ningún procurador romano, ninguna judía, ningún canguro. Por eso, desprecié su opinión. Por eso, le dije que no volviera a hablarme del asunto.

Y me hizo caso…

3

Lo primero que hice tras el entierro del padre Otxotorena fue comprar un póster —una fotografía del Polo Norte, puro hielo bajo un cielo azul— y colgarlo con cuatro chinchetas en la pared del salón. También adquirí un pequeño ficus liofilizado (tengo mala mano para las plantas), una cafetera, una estufa eléctrica y una pequeña televisión. Luego, recuperé el oboe y las buenas costumbres, y de realquilado en tierra de nadie, pasé, por fin, a tener un hogar.

Me hubiera gustado que Noa viniera conmigo y me ayudara con las compras. De hecho, se lo pedí, pero se excusó diciendo que debía despejar el despacho de su antiguo jefe, lleno de expedientes confidenciales.

—¿Confidenciales? —pregunté.

—Actas de exorcismos, con las correspondientes evidencias: informes médicos, relatos de testigos, grabaciones y un largo etcétera —me respondió Noa. Como es obvio, no se me ocurrió seguir preguntando.

Al principio, sus excusas me sonaron adulteradas y me sentí dolido, porque Koldo estaba muerto y no la necesitaba, y yo seguía vivo y estaba hecho polvo. Pero luego, al ver cómo iban oscureciéndose las bolsas que se dibujaban bajo sus ojos, comprendí que deseaba acabar aquel trabajo cuanto antes, porque mientras siguiera yendo a la calle del Nuncio número 13, sería incapaz de pasar página. Pese a todo, reconozco que agradecí disponer de un poco de soledad y de tiempo para ordenar mis pensamientos.

Déjenme, de todos modos, que les aburra unos breves instantes con mis temas sentimentales. De haber podido, hubiera querido comenzar esta crónica así:

En el invierno de 2011, cercana ya la Navidad, en un pequeño palacio madrileño, conocí a la mujer con la que me casaría, y con la que vivo felizmente desde entonces. Se llama Noa Lassa, y antaño trabajó como secretaria personal de un exorcista. Tiene bonitas facciones, el pelo oscuro y un gran corazón. Conocerla ha sido como el alivio de una brisa fresca en día de bochorno. Cuando está a mi lado, no tengo miedo a la muerte, porque ella me ha enseñado a vivir.

Sin embargo, no puedo contar lo que solo es un deseo. Es cierto, nos acabábamos de conocer, y yo iba demasiado rápido, pero no se trataba de eso. Lo que ocurre es que cada uno interpreta las cosas a su modo, cada uno saca su moraleja. En mí, la muerte de Koldo incitó sentimientos muy diversos a los de ella. Yo quería aprovechar el momento, ganarme el cielo del que Koldo hablaba, y hacerlo rápido, y me pareció que asirme a ella era mi mejor baza. Noa, no. No es que me rechazase, pero aquella parte de ella que me desconcertaba se agudizó. Estaba más distante, más reservada. Aun así, seguimos viéndonos. Poco, pero esos ratos, pequeños y luminosos, me sabían a gloria y me resultaban suficientes.

Durante nuestros breves encuentros, no hablábamos de lo ocurrido. En ocasiones, ella parecía ajena a todo, como si Koldo simplemente se hubiera ausentado unos días,

de viaje o de vacaciones. No quise forzar la situación. Estaba agotada. Su alegría había envejecido súbitamente. Por eso, nos pasamos la mayor parte del tiempo callados, cogidos de la mano, paseando por Madrid o tomando un café en algún local de la zona.

De cuando en cuando, me topaba con Encarna en el portal, o en el ascensor. Me saludaba cortésmente e intercambiábamos frases de relleno sin que su ojo estrábico se detuviese un instante en mí. Estaba dolida. Comprendía sus motivos: ella creía que el destino habitaba en el ático y atravesaba los latidos de mi corazón.

Al ver la expresión de abatimiento en su cara, algunas veces estuve tentado de escucharla. Pero sabía que tocaría mi fibra sensible y sucumbiría. Por eso me resistí y barrí esa idea de mi mente. Los días siguientes, invertí la mayor parte de mi tiempo libre en tocar el oboe y recorrer mí nuevo patio de recreo, Madrid, por el simple placer de pasear y por el ferviente deseo de conocer cuanto antes cada uno de sus secretos. Me refiero a los normales: quién murió, dónde, qué ocurrió allí y cosas por el estilo.

Pero Encarna tenía razón.

Aunque no me di cuenta hasta el domingo. En el rastro.

4

Desde tiempos de Maricastaña, en una zona peatonal próxima a la plaza Mayor, Madrid monta un rastro, todo un acontecimiento cuyo encanto no se achica porque se repita cada domingo. La calle Ribera de Curtidores y las plazas de Cascorro y de la Cebada, libres de coches, se llenan de pequeños puestos donde se puede encontrar casi de todo: telas, cuadros, abanicos, tapices, muebles antiguos, ropa, juguetes de antaño, cajas y joyeros, platería, minerales, trastos viejos… Cuando el tiempo acompaña, también aparecen pequeñas terrazas, y siempre se escucha una sabrosa y poliglota algarabía.

Hay bastante ruido, y más de un amigo de lo ajeno, pero me encanta el ambiente del rastro: la mezcla de texturas y sabores, la alegría y las soledades de extraños prototipos irrepetibles. Y, sobre todo, me maravilla comprobar la actuación de los comerciantes. No solo serían capaces de vender a sus respectivos padres por el triple de su valor, sino que están preparados para hacerlo en los mil y un dialectos de los que andamos por allí. Pueden ser gallegos con los gallegos, alemanes con los alemanes, caballeros con las señoras, y fenicios con todo el que se deje, especialmente con las féminas norteamericanas, su mayor debilidad.

Como decía, aquel domingo decidí ir al rastro. Quería ver si localizaba a buen precio una mesilla para mi dormitorio, donde poder colocar una lamparita que me permitiera leer cómodamente en la cama. La silla sin respaldo tenía el asiento curvo y no había forma.

Aquel domingo amaneció frío y desabrido. Pero, cuando le propuse a Noa pasamos por la plaza de Cascorro, le encantó la idea. «El frío no es un problema: basta con abrigarse», alegó. Me dijo que aprovecharía para llevarme a Casa Amadeo, un bar pequeñito y siempre abarrotado, cuya especialidad son los caracoles. A mí, la verdad, no me gustan los caracoles, pero fue lo primero que hicimos. Cuando me encontré en el bar, hube de hacer esfuerzos, porque los ojos se me marchaban tras los torreznos y los boquerones, por no hablar de los cangrejos, los calamares y, naturalmente, los zarajos. Ni que decir tiene que me comí las dichosas babosas como el amor manda: sonriendo.

A eso de las tres, volvíamos a casa congelados y con las manos vacías. Los comerciantes recogían y el cielo se ennegrecía convirtiendo en inminente la amenaza de lluvia. Pero justo entonces, nos topamos con un puesto regentado por un alegre y adulador argentino de edad, mayor más que viejo, que exponía una mesilla bastante apañada. Se la mostré a Noa y dejé que ella negociara el precio. A mí, lo del regateo se me da fatal, aunque tras oír las lindezas y cumplidos que el vendedor le dedicaba, tuve por cierto que nos engañaría de todos modos. No sé si fue así, aunque es lo más probable. Lo que sé es que regresé al ático con una mesilla de madera art decó con tiradores dorados y dos cajoncitos y una lamparita que el vendedor aseguraba que «hacía juego», aunque era lo menos de la época de María Antonieta. Pagué por ello

cincuenta y cinco euros, con un espejito para Noa de regalo.

Antes de marcharnos, ella me pidió que lo sostuviera en alto, para recogerse el pelo. Sacó un pasador de concha del bolso y se anudó una coleta. Vestía una falda vaquera, botas de siete leguas y una camisa de color rosáceo, tirando a guinda, que le quedaba algo ajustada y le marcaba el pecho y un ligero michelín en la cintura. El pelo recogido la rejuvenecía, pero no dejaba de tener la edad que tenía, es decir, unos cuantos años más que yo. Y, pese a que no me importaba, decidí que me gustaría conocer la cifra y saber a qué atenerme. Traté de obtener la información que precisaba, con una mentirijilla piadosa que creí poder manejar con desenvoltura galaica. Levanté la mesilla del suelo y volví a dejarla con un gesto de dolor.

—¡Vaya, me estoy haciendo viejo!

Pero ella, ajena a la duda que me rondaba la sesera, me respondió:

—¿Te has hecho daño?

—No. No ha sido nada. Pero, hace unos años, levantaba pesas como si fueran setas. Y ahora, fíjate: solo tengo treinta y tres años y ya padezco de lumbago.

Llegados a este punto, me detuve y me giré para ponerme delante de Noa. Pisaba terreno peligroso y debía andar con cuidado porque, a veces, la felicidad pende de un hilo tan fino como la línea del horizonte. Me lanzó una mirada de esas que quitan el hipo y yo desvié la vista hacia la izquierda, incapaz de mantenerme firme. Y entonces mis ojos se toparon con un montón de libros. Estaban depositados en una pila en el suelo. Sobre ella, un cuaderno Moleskine tamaño cuartilla, de tapas negras. Se me puso la piel de gallina e, inconscientemente, di dos pasos hacia él. —¿Qué ocurre?— me interpeló Noa.

—Mira…

Se giró y lo vio.

—¡Hombre, Gerardo, es un simple cuaderno! Ten en cuenta que los hacen en serie. Sin ir más lejos, yo misma los uso para…

Negué con la cabeza. Mi corazón sabía más que mis ojos y los de mi novia madurita juntos.

Noa no se amilanó: se acercó, lo cogió y lo abrió con decisión. Enseguida, se le cayó de las manos.

El hombre que recogía el puesto se dio la vuelta. Era un tipo rubio, con mirada carbón, y vestimenta negra.

—¿Está usted interesada en comprarlo? —dijo dirigiéndose a Noa.

Ella no respondió, pero yo sí.

—¿De dónde lo ha sacado?

Con parsimonia, lo recogió del suelo.

—De tu basura, Gerardo; de tu basura. Lo que se empieza, se acaba.

A partir de ahí, solo recuerdo confusión. Comenzó a llover a cántaros. Todo el mundo corria y las calles se vaciaron de inmediato. En medio de la confusión, le perdí de vista, pero el Moleskine terminó en mis manos.

Intentando esquivar la tormenta, nosotros también salimos corriendo.

5

No encontramos un solo taxi por los alrededores.

Estábamos empapados y la madera de la mesilla amenazaba con estropearse, de modo que decidimos refugiamos en un bar próximo, en la calle Ribera, hasta que escampara.

El local no tenía buena pinta. Rectifico: tenía el innoble aspecto de un bar de carretera pegado a un puticlub de tercera, pero, al menos, estaríamos a cubierto. Había bastante gente, pero conseguimos sitio en una mesa al fondo del local, junto a la puerta de la cocina.

Compartimos una ración de boquerones y otra de callos, que prácticamente no tocamos. No teníamos hambre y los callos olían a intoxicación alimentaria. Noa pidió una bebida light y yo una cerveza. El cuaderno permaneció sobre la mesa, como un testigo de cargo; la mesilla y la lámpara, a mi vera.

—Encarna me advirtió que esto pasaría. Y ha ocurrido exactamente como ella predijo —rezongué al cabo de unos instantes.

—¿De qué te advirtió?

—De que ese demonio, Ferlucci o como se llame, quería algo de mí.

—Pero ¿qué es lo que puede querer ese tipo? —musitó descompuesta.

Inspiré hondo antes de responder.

—Creo que busca la puerta del cielo.

Echó la cabeza hacia atrás, en un gesto impaciente.

—¡Piensa un poco, Gerardo! ¿Por qué la buscaría? Si existiera, cosa bastante dudosa, siendo un demonio nunca podría pasar por ella. Y lo que es todavía más importante, si verdaderamente es de ese grupo y los demonios son tan listos, como don Koldo sostenía, ¿por qué no la localiza él solo? ¿Cómo es que necesita ayuda de una secretaria cuarentona y un profesor de Literatura?

Negué con la cabeza, al tiempo que reflexionaba sobre la palabra que Noa había pronunciado: «cuarentona».

La aparición del Moleskine había segado nuestra conversación. ¿Sería aquella una declaración o una simple forma de hablar? No pude seguir pensando en ello: Noa esperaba una respuesta, pero yo no la tenía.

—Lo desconozco, Noa.

Volvimos a quedarnos en silencio. Sentía el suelo moverse bajo mis pies. Mirase como se mirase, no había por dónde coger aquel galimatías. Pedimos un café. Mientras lo traían, Noa tomó un instante mi mano y me sonrió. Pero enseguida me abandonó para coger el cuaderno. Comenzó a pasar páginas con indolencia.

—¿Qué haces, Noa?

—La explicación tiene que estar aquí. ¿Lo has leído detenidamente?

—De cabo a rabo. Y no he hallado respuesta alguna. Aun cuando decidiésemos ir en su busca, no sabríamos cómo hacerlo. Hacia la mitad del cuaderno, cuando Ruth

trascribe el relato de Pilatos, le faltan unas páginas. Y cuando sale corriendo del local del médium por segunda vez, también le han arrancado un trozo.

Supongo que ahí estaría la clave.

Siguió pasando hojas hasta llegar al final del relato, en el que se entretuvo. Yo, como si me hubiera metido en uno de esos bucles de los que nos hablaba el profesor de Informática, seguía trabado en la edad: los años, las décadas, la vejez, y sus motivos. ¿Acaso importaba que tuviera cinco años más que yo? Cinco u ocho. O quizás diez. Probablemente diez, porque había dicho «cuarentona», es decir, mayor de cuarenta… No, no me importaba, pero no dejaba de pensar en ello. Un grito procedente de la cocina, que informaba que la ración de calamares a la romana estaba preparada, me desconcentró y me hizo posar los ojos en Noa, que me estaba mirando fijamente.

—¿Ocurre algo?

—Ocurre, Gerardo: acabo de encontrar la clave.

—¿La clave, la clave de qué?

—Pues de la puerta, ¿de qué va a ser?

—¡Déjame ver! —dije mientras intentaba arrancarle el cuaderno de las manos.

No me lo permitió. Con tensa calma, me detalló lo que a mí se me había pasado por alto.

—Haz memoria, Gerardo. ¿Recuerdas que, tras la renuncia de Múgica a continuar. Ruth llama a Ferlucci, resuelta a convocar al espíritu de su padre, y va a verlo al local de Trini?

—Lo recuerdo, sí.

—Pese a que iba completamente decidida, al presenciar el sacrificio de la paloma y enterarse del precio que debe pagar, se horroriza y abandona el lugar a la carrera. ¿Te acuerdas?

—¡Que sí, Noa, que me acuerdo de todo! —respondí con mal tono. Me estaba poniendo nervioso.

Me tendió el cuaderno, y concedió:

—Vale, mal genio, lee tú el resto.

Lo hice.

Corrí durante unos cientos de metros todo lo rápido que pude. Luego, casi sin resuello, me detuve y me senté en un banco que encontré. Fue allí donde me di cuenta de que tenía la mano manchada de sangre. No creía haber tocado a la paloma, pero, fuera como fuera, el denso y asqueroso líquido me había salpicado. Sobre el banco descansaba uno de esos diarios gratuitos que regalan por la calle. Lo tomé con intención de usarlo para limpiarme, pero uno de los titulares llamó mi atención.

«Israel es doblemente noticia, sin que corra la sangre», rezaba.

Eché un vistazo. Y lo vi. Aquello parecía escrito para mí. Me lancé sobre aquellas páginas como una posesa.

—Había encontrado algo, ¿no te parece? —insistió Noa.

—Tienes razón. Pero es precisamente ahí donde el relato se corta.

—Está claro que no tienes madera de detective, Gerardo. Solo hay que seguir la estela de sus palabras.

—Yo, por seguir, sigo hasta su sombra, pero esto es lo que hay y no hay nada más.

—¿Pero es que no lo ves? ¡Era un periódico gratuito!

—¿Y qué importancia tiene si es gratuito o hay que cotizar?

—Pues que no hay muchos diarios gratuitos en Madrid. Sabemos más o menos las fechas en que ocurrió, y que la noticia hace referencia a Jerusalén: ¡Lo tenemos todo! Si vamos a una hemeroteca, es casi seguro que lo encontremos.

—¡Joder, tienes razón!

Sonrió hasta que se le marcaron los hoyuelos. Yo también lo hice. Luego, me acerqué a ella y la besé en los labios. Me encantó hacerlo, y creo que a ella también.

—A partir de este momento, te llamaré doctor Watson, querida mía.

—Prefiero Holmes, Gerardo: era mucho más joven. Si te digo que tengo a un amigo que nos buscará esa información esta misma tarde, ¿me invitarás a un café decente en un sitio que no huela a huevos podridos?

—Haré algo más: lo prepararé personalmente para ti.

La tormenta había amainado cuando salimos. Diez minutos después, estábamos en un taxi de camino al ático; el mueblecito y la lámpara, en el maletero; el cuaderno, en el primer cajón de la mesilla.

6

Aquel domingo debió haber pasado a mi microscópica biografía como el día en que descubrí, rogando para que no fuera rosa, el color de la ropa interior de Noa.

Pudo, pero no: no me la dejó ver.

Tras aquel beso, y después de aceptar la sugerencia de venir a mi casa, leí en sus ojos que los dos estábamos de acuerdo, que me había hecho un hueco en su vida y que, en ese momento, lo agrandaría. Pero me equivocaba: leí lo que quise leer. Leí, en fin, como cualquier hombre. Lo cierto es que no perdí el tiempo. En cuanto pusimos los pies en el ático, dejamos la mesilla y la lámpara en la entrada y nos quitamos los abrigos, la atraje hacia mí y la besé. Me correspondió y durante unos instantes permanecimos en pie, abrazados. Cierto que ella no dio ninguna señal positiva, pero yo lo di por sentado (al fin y al cabo, yo era uno de los últimos barcos que podía coger) y decidí avanzar, pensando que finalmente se abandonaría a mis caricias. Bajé las manos y las introduje por debajo de su camisa, mientras la empujaba suavemente hacia el sofá. Solo me dio tiempo a sentir la redonda forma de sus senos. En ese momento, sus brazos extendidos y el tono de su voz, árido como la estepa en invierno, dejaron bien claro mi desacierto.

—Ibas a preparar café.

No dijo nada más. Yo tampoco. Sumisamente, me dirigí a la cocina. Hubiera necesitado una ducha fría para matar el hormigueo que me subía desde la entrepierna. En vez de eso, encendí la cafetera nueva y me maldije por impaciente: acababa de pifiarla. Mientras colocaba las dos tazas y el plato (solo tenía uno) en la bandeja y sacaba unas galletas, hacía cábalas sobre el modo de propiciar una pacífica entrada en escena. Pero no se me ocurría nada original. Por un instante, me importunó la idea de un enfado definitivo, pero, en ese caso, hubiera escuchado el ruido de la puerta al cerrarse y eso no fue lo que ocurrió.

Tras considerar si la mejor manera de salir de aquella no sería dejarlo correr, y llegar a la conclusión de que era preferible coger de una vez el toro por los cuernos, empecé a preparar mi declaración. Debía ser simple y dejar meridianamente claros mis sentimientos. Reuní algunos argumentos, creo. Sin embargo, de vuelta al salón, con la bandeja entre las manos, se me habían borrado todos de la memoria, y hube de concentrarme en la ceremonia del café.

—¿Leche? ¿Azúcar?

—¿Tienes sacarina?

«Merda!». ¿Por qué las mujeres piden siempre lo que no tienes?

—No, lo siento.

—Pues, entonces, solo leche, gracias.

Me senté en el sofá, a una distancia prudencial de ella, que tenía las piernas cruzadas y la mirada fija en la taza destartalada. Pasada la turbación inicial, susurré:

—Si sigo en Madrid, tendré que comprar vajilla nueva: no tengo más que un

plato.

—No vendría mal.

—Noa…

Mi voz sumisa sonaba a oración de Viernes Santo, pero ella no se amilanó. Simplemente, levantó la vista y me miró.

—¿Sí?

—No te has marchado.

—No. ¿Querías que lo hiciera?

—¡Por supuesto que no! Pero, no sé, pensaba que lo harías.

Terminó el café y dejó la taza (y el plato) sobre la mesa. Yo me aclaré la garganta.

—Cuanto te dije la semana pasada es cierto. Desde que te conozco, no puedo quitarte de mi cabeza ni de mi corazón. Te pedí en serio que fueras mi mujer, aunque ya ves que tengo poco que ofrecer. Casi no nos conocemos, y, visto lo visto, no pensamos igual, pero me da lo mismo… Vamos, que me amoldaré a lo que tú quieras. Si tengo que esperar, esperaré. Haré lo que haga falta porque no estoy dispuesto a perderte.

Me había salido mucho mejor que el ensayo, pero no me lo iba a poner tan fácil.

—Es cierto, casi no nos conocemos. Nuestra amistad es de anteayer y se ha fraguado en circunstancias tan extrañas que no sabemos nada el uno del otro. Acabo de enterarme de que eres más joven que yo. Desconozco tu color favorito, la comida que prefieres, o si roncas. No sé nada de ti.

Cuando llamó a lo nuestro «amistad» me puse bastante nervioso, me acerqué hasta ella y le cogí las manos.

—Rojo, verduras, no ronco, y soy un viejo prematuro al que no le importa qué edad tengas. ¿Qué más necesitas saber?

—No lo sé, Gerardo. Creo tener buen ojo para juzgar a la gente, y tú me gustaste desde el primer momento. Pero me pesa el pasado y no quen1a volver a equivocarme.

Se me escapaba. Aquello iba de mal en peor.

—No te pido que decidas ahora. Tienes razón, necesitamos conocemos más. Salir juntos, ir al cine o al teatro, charlar, divertirnos… Sanamente, por supuesto. Cualquier otra cosa es opcional.

No me había retirado la mano, de modo que me acerqué de nuevo, pero entonces escuchamos una llave en la puerta.

—¡Vaya, no sabía que estaba aquí, Gerardo! Ni que estaba acompañado. ¿Interrumpo? Como le oí salir esta mañana, pensaba que estaría todo el día fuera y he decidido aprovechar para limpiar un poco.

Mi todavía novia se puso en pie.

—Buenas tardes, Encarna, soy Noa. Gerardo me ha hablado mucho de usted, ¿cómo está?

—Bien, gracias. ¿Quién me ha dicho que es usted?

Iba a intervenir, pero Noa me quitó la palabra de la boca.

—Soy la secretaria del padre Koldo. Nos conocimos el día de su funeral, ¿no lo recuerda?

—Pues no, la verdad, pero no es extraño: tengo la cabeza fatal. ¡Vaya, qué mesilla más mona! ¿Es del rastro?

—Mismamente —contesté con voz seca.

Mi vecina empezó a calibrar el mueblecito: el barníz, los acabados… Preguntó el precio y, en una de sus inspecciones, abrió el cajón y se topó con el cuaderno.

—¡Por todos los santos del cielo, ¿de dónde ha salido esto?! ¿Se me ha ido la cabeza del todo o lo habíamos llevado al contenedor? —afirmó mientras se santiguaba.

—Tiene una memoria excelente, Encarna. Excelente.

7

Hasta la cocina. Encarna se sentó en el sofá, junto a Noa.

Aunque maldita la gracia que me hacía tenerla allí, me sentí en la obligación de ofrecerle una taza de café. Declinó mi oferta, pero me pidió un vaso de agua del tiempo. Cruzó la pierna, y se dispuso a escuchar mis aclaraciones.

—Tenía usted razón, vecina —dije, a modo de disculpa—. La historia no ha acabado.

—Pues no sabe cómo lo siento. Gerardo. Sería mejor para todos que me hubiera equivocado. En fin, ¿qué podemos hacer?

Noa intervino.

—Leyendo de nuevo ese cuaderno, hemos encontrado algo que habíamos pasado por alto y que podría… —Creo, querida señorita, que ese cuaderno es un cúmulo de mentiras. No debería hacerle mucho caso.

—Es posible, pero no contamos con nada mejor. Verá… —Noa tradujo en voz alta los últimos párrafos del cuaderno. Después, añadió—: Si consultamos la hemeroteca, es posible que demos con ese ejemplar. Un conocido mío trabaja en la Secretaria de Prensa de la Conferencia Episcopal. Tiene acceso *on line* a todas las hemerotecas. Puedo llamarle y pedirle que nos facilite copia de las noticias que, involucrando a Israel, aparecieron en el mes de noviembre del año pasado en algún diario gratuito que se reparta en Madrid. No creo que haya muchas: a los españoles no nos interesa demasiado lo que ocurra en Israel… Quizás sea una pérdida de tiempo, pero no se me ocurre nada más. ¿A ti te parece bien, Gerardo?

Asentí. ¿Qué podíamos perder?

—¿Y a usted, doña Encarna?

—¡Ah, a mí me parece estupendo!

Noa se levantó y fue en busca de su bolso que había quedado en la entrada, junto a la mesilla y la lámpara. —Hoy es domingo— le advertí.

—Lo sé, pero este hombre vive para su trabajo. No sale de casa: es tetrapléjico. Maneja el ordenador con la boca, y con rapidez de vértigo.

Marcó. Reconozco que, en esos momentos, mi corazón estaba bastante acelerado. Encarna, sin embargo, parecía calmada.

—Don Rodrigo, soy Noa Lassa, la secretaria de Koldo Otxotorena… Sí, gracias. Ha sido algo terrible para todos… Claro, en el cielo, ¿dónde si no podría estar?… No, no se trata de eso… Llamo por otra cosa: necesito pedirle un favor.

Tras facilitarle todos los detalles de los que disponíamos, Noa colgó y nos informó de que su conocido llamaría en cuanto completara la búsqueda.

Estimaba que emplearía al menos una hora, quizás un poco más.

Empezaba a atardecer. La luz que penetraba por el ventanal se iba debilitando y nos vimos obligados a encender las dos lámparas con que contaba la habitación (ahora he colocado otra en el techo). La estufa había logrado templar la sala. Encarna

y yo estábamos en la gloria, pero Noa, acostumbrada a casa con calefacción central, sentía frío y se había echado el abrigo por las piernas. Mi vecina sugirió matar el tiempo jugando al póker.

—¿Al póker? ¿Pero usted juega al póker, doña Encarna?

Levantó el hombro izquierdo con suficiencia.

—Divinamente, Gerardo, pero si lo prefieren también me defiendo con el julepe o las siete y media.

Miré a Noa. Ni ella ni yo estábamos para juegos y declinamos la oferta, circunstancia que Encarna aprovechó para bajar un momento a su casa.

Le insistí en que se quedara allí haciendo lo que tuviera por costumbre hacer los domingos y prometí bajar a avisarla en cuanto hubiera novedades. Pero, para mi pesar, dijo que prefería «permanecer a nuestro lado en momentos tan especiales», y que solo bajaba para recoger su labor. Encarna no parecía una monja, pero, por un instante, me pasó por la cabeza que no quería dejamos solos, no fuera que Noa cambiara de opinión y yo lograra adivinar el color de su sostén. Cinco minutos después, reapareció en el ático con dos madejas de lana en dos tonos de morado, un par de agujas larguísimas y una especie de chaleco a medio tejer.

Y así fue como me encontré atrapado, sin escapatoria, sentado a media luz entre dos mujeres mudas. Sin otra cosa mejor que hacer, dediqué los siguientes minutos a pensar en los hechos. Me resulta difícil explicar qué sentía porque, en realidad, me debatía en la más absurda de las contradicciones. Por un lado, era consciente de que aquel cuaderno encerraba una profunda oscuridad. Es más, resultaba tan negro que parecía lienzo del mismo demonio. Ante algo así, lo más sensato era tomar las de Villadiego. Sin embargo, la curiosidad me tentaba. Seguir los pasos de Ruth y Múgica en aquella senda hacia lo desconocido se me antojaba fascinante. A la luz de los hechos, la travesía hasta la puerta devenía peligrosa: sin ir más lejos, Koldo había muerto por ella; yo había sido visitado por extraños seres fantasmales y mi antecesor y su amiga habían desaparecido. Pero, curiosamente, eso no me inquietaba. Me sentía inmune, protegido por vaya usted a saber qué mano mágica. De hecho, había presentido la muerte de Koldo antes de que ocurriera, y había conseguido librarme de los fantasmas sin que me dañaran. Me estoy yendo por las ramas… Lo que quiero decir es que deseaba tanto que la búsqueda del amigo de Noa fuera infructuosa como que diera con algo que nos permitiera continuar el camino emprendido.

Creo que a eso le llaman «personalidad disociada», o, al menos, «estupidez».

En medio de aquellas disquisiciones, me invadió un intenso sopor. Abandoné de inmediato cualquier intento de resistencia y dejé que me sedujera. Mi prometida hacía rato que había echado la cabeza hacia atrás y se había…, por decirlo así, traspuesto. Su garganta emitía desde entonces unos extraños (lo digo con cariño) sonidos, y sus piernas de tanto en tanto se contraían espasmódicamente levantando su falda vaquera.

Y, entonces, soñé.

Algunos especialistas afirman que, en esa sana costumbre española de la siesta en

el sofá, no se sueña. Te desconectas, desde luego, pero de forma tan ligera que sigues percibiendo la mayoría de los estímulos exteriores. El tono muscular y la frecuencia cardiaca disminuyen, pero, si alguien te pregunta algo, respondes con toda corrección: «No estoy dormido». Hace falta llegar a una fase más honda para alcanzar el sueño profundo, esos momentos paradójicos en los que las leyes de la física y los convencionalismos sociales dejan de funcionar.

Y o estaba sesteando. Continuaba escuchando los dulces sonidos de Noa y el rítmico golpeteo de las agujas de Encarna, pero soñé. Y la experiencia fue tan real que no tuve duda de que aquello era otra visión y no una pesadilla.

Me hallaba solo en un lugar cerrado y completamente oscuro. El aire estaba enrarecido y no se escuchaba sonido alguno. Al principio, no pude adivinar dónde me encontraba, pero avancé hasta tropezar con una pared que me pareció de piedra. De pronto, recordé que llevaba una linterna en el bolsillo. La saqué y la encendí. Las sombras se proyectaron sobre el suelo y los muros, y pude confirmar que, en efecto, estaba en una especie de gruta. Era una sala cuadrangular, amplia. Sus armónicas dimensiones y la lisura de sus paredes aseguraban que había sido escavada por manos humanas. El techo no alcanzaba los dos metros. Enfoqué hacia abajo y vi dos bancos corridos adosados en las paredes derecha e izquierda. Al fondo, se abría otra cavidad más pequeña. Hube de bajar la cabeza para entrar en ella y, una vez dentro, mantenerme inclinado.

Esta segunda estancia, como digo, de dimensiones más reducidas, poseía una losa trabajada en la pared cubierta por un arco, y una pequeña muesca donde descansaba un candil. En aquel momento, lamenté no fumar. Me hubiera venido bien contar con un mechero. Dirigí la linterna hacia la losa y lo vi claro: estaba en una cámara mortuoria. Gracias al cielo, no tenía inquilino.

En cuanto fui consciente de la situación, me invadió una sensación claustrofóbica muy desagradable. Iba a abandonar el lugar cuando un temblor me detuvo. Primero fue una ligera sacudida y un leve mareo. Pero, a renglón seguido, se movió el suelo. Lo que un instante antes parecía tan sólido se tambaleó como si fuera una silla a la que han arrancado dos patas. Al movimiento le acompañó un rugido ensordecedor: la tierra se quejaba con grandes aspavientos. No cabía duda de que era un terremoto, y me iba a pillar dentro.

Eché a correr en dirección a la primera sala. Un segundo temblor, mucho más intenso que el anterior, me detuvo en seco: el suelo se levantó cosa de medio metro y luego volvió a bajar. La linterna se apagó. Me arrodillé junto a una de las paredes, jadeando. Pero, tal como había empezado, la sacudida cesó. No creo que hubieran pasado más de dos segundos.

Corrí hasta la entrada, pero no pude salir: una enorme piedra tapaba la tumba. Regresé dentro. Era el fin. Me tumbé en uno de los bancos corridos y me eché a reír por la ironía: iba a morirme en una tumba. La eficiencia perfecta: ni caja, ni esquela, ni llantos. Permanecí unos instantes en esa posición, con los ojos cerrados. Estaba tan

cansado que pensé que llegaría a dormirme.

Procedente de la cámara interior, me llegó una brisa. Era suave, pero arrastraba alguna suerte de perfume. No supe identificarlo, pero, desde luego, no procedía de la piedra. Venía del exterior. Habla una salida. Guiándome por las paredes, volví a penetrar en la cámara mortuoria. Cuando intenté avanzar, tropecé. El terremoto había abierto una brecha en el suelo, a la izquierda del arcosolio. Intenté que la linterna volviera a funcionar (es decir, le di un par de golpes) y me obedeció. Entonces pude ver que estaba ante un pozo profundo y oscuro. Curiosamente, no producía miedo. De él emanaba el dulce olor y la brisa, y una especie de extraña música, que no se escuchaba con el oído, sino con el corazón.

En ese momento, sonó el teléfono, y mi mente me devolvió al ático.

8

Noa también se despertó sobresaltada y respondió con voz distorsionada, casi sin saber qué decía:

—¡Ah, don Rodrigo, perdone! Me había quedado dormida. ¿Lo ha encontrado? ¡Qué bien, no sabe cómo se lo agradezco! ¿Me lo envía escaneado? ¡Fantástico! Si, claro, un *e-mail*. —Tapó el auricular con la mano y me pidió mi dirección de correo. Se la facilité, y mientras ella terminaba de hablar, fui al dormitorio en busca de mi Mac. Regresé y me lo coloqué entre las piernas. Me conecté a la red y aguardé a que el conocido pitido me avisara de que tenía correo nuevo. Allí estaba. Comprobé que todo estaba en orden.

—Se lee perfectamente, Noa —corroboré—. Son dos noticias de la edición del diario ADN correspondientes al día veintiuno de noviembre. Ambas proceden de Israel.

Noa agradeció efusivamente a su contacto la amabilidad y eficacia, y colgó. Ambas mujeres me miraron expectantes.

—¡Lea, Gerardo, que nos va a dar un soponcio!

Lo hice sin dilación, empezando por la primera de las noticias:

—«El científico israelí Amos Ori del Institute of Technology de Haifa dice haber resuelto una de las mayores dificultades para construir una máquina capaz de viajar en el tiempo». Ese es el titular. Continúa así: «La aportación de Ori, publicada en la revista Nature, contribuirá a conseguir e se viejo sueño de desplazarse en el tiempo. Según este científico, los problemas actuales, derivados de la necesidad de contar con una gran cantidad de materia exótica y una capacidad de ingeniería extraordinaria para recrear la energía de los agujeros de gusano, se salvarían con la intensificación de la gravedad. Si bien ese viaje hacia el pasado o el futuro se mantiene en el ámbito de la especulación teórica, Ori da un paso de gigante al describir una máquina capaz de provocar una curvatura del espacio con un campo interno de gravedad local que arrastra consigo al espacio y el tiempo próximos. Y aunque existen dudas sobre si la máquina de Ori pueda superar la inestabilidad del vacío creado dentro del campo de gravedad que usaría para viajar en el tiempo, todos aseguran que el pasado y el futuro están hoy mucho más cerca».

Noa y yo nos miramos decepcionados. No hacía falta que habláramos: aquello no nos conducía a ningún sitio. Por el contrario, Encarna sonreía satisfecha.

—¡Vaya! Seguro que al profesor Múgica le encantó ver esa noticia. Siempre andaba preocupado por la materia exótica —nos informó.

—¿Y sabe usted por qué?

—Me lo explicó, sí, pero no lo entendí bien. Tenía que ver con la densidad… ¡No, con la densidad no! Era con la energía negativa. Eso es, la energía negativa. Para el agujero de gusano hacía falta mucha cantidad de esa energía, que era inestable y difícil de envasar, o de conseguir, o de algo así. Si ese científico ha hecho una

máquina que no la necesita, se trata de un gran descubrimiento.

A mí no me convenció mucho el hallazgo, y la corté para leer en alto la siguiente noticia:

—«Un terremoto de 4.3 grados en la escala de Richter se hizo sentir este sábado a las 20:45 horas, en la zona norte de Israel, informó el Instituto Geofísico de este país. El temblor, que duró siete segundos, tuvo el epicentro en el mar Muerto, pero se captó en Tel Aviv, Jerusalén, Haifa, Kiriat Shmone, Arad y Hadera. No hay que lamentar daños humanos, salvo un trabajador de la construcción, de Jerusalén, que cayó del andamio donde trabajaba al abrirse una grieta en el suelo: su estado no reviste gravedad. Dicha grieta dejó al descubierto ruinas que, según los expertos consultados, podrían corresponder a construcciones funerarias del siglo I o II d. de C. Los terremotos más recientes en Israel fueron de 7.2 grados en 1967, con el epicentro en Eilat, y de 6.2 en 1927. La última serie de seismos registrados en este país aumenta el miedo a un terremoto mayor, una realidad que los expertos consideran inevitable. «Estadísticamente, cada 80 años hay un terremoto de magnitud de 6 grados en la región», advirtió el profesor Gitterman, del Departamento de Sismología del Instituto Geofísico de Lod, de Tel Aviv».

Tras leer esta segunda noticia, regresó el silencio. Finalmente, Noa rompió nuestras respectivas reflexiones.

—¿Tienes algo dulce, Gerardo?

—Creo que chocolate negro, ¿por qué?

—El dulce me ayuda a pensar, aunque engorda muchísimo.

—A mí también me vendría bien —aseguró Encarna—. Pero con una pastillita me conformo.

Saqué una tableta, que, en diez minutos, se comieron entre las dos. Causó el efecto esperado: al poco, hablaban como loros.

—No sé qué pensará usted, doña Encarna, pero yo lo veo claro: por lo que sea, el profesor Múgica y Ruth creyeron que ese terremoto había abierto un lugar propicio para que pudieran probar esa máquina sin materia exótica y entrar en ese supuesto cielo, y se fueron a buscarlo.

—Creo que está en lo cierto, querida —le respondió mí vecina—. Y hay que recordar que no han vuelto.

Yo no salía de mí asombro.

—Siento ser un aguafiestas, pero esa máquina de la que habla el artículo está aún en la mente de alguien: es pura especulación teórica. Lo que quiero decir es que no se puede usar. Por otro lado, no tenemos constancia de que la grieta abierta coincida precisamente con la puerta del cielo.

—¡Pues claro que es usted un aguafiestas, Gerardo! Puede que no lo haga, o puede que sí. Al fin y al cabo, dicen que es una construcción del siglo primero. En eso coincide. ¿Qué tal si llamamos a ese centro sismológico y preguntamos a qué lugares afectó? —sugirió Encarna.

—¡Buena idea! —aplaudió Noa.

—Ustedes, señoras, pueden seguir soñando todo el tiempo que quieran, pero lo que dice ese artículo es mera especulación periodística. Acababa de producirse el seísmo: no habían tenido tiempo material de datar los restos. ¿Cómo pueden certificar que son del siglo primero?

—Supongamos que tienes razón —admitió Noa—. ¿A dónde nos conduce eso?

—Pues al mismo lugar del que partimos. Es decir, a ningún sitio. No sabemos nada de nada. Creo, Encarna, que la hemos molestado innecesariamente. Seguro que usted tenía muchas cosas que hacer en casa. Lo lamento. Pero, en fin, esto se acabó.

Si las miradas mataran, hubiera caído fulminado.

9

Tras un cierto tira y afloja, finalmente logré que Encarna regresara a su guarida y me quedé a solas con Noa.

—Siéntate un momento, por favor. Quiero contarte algo.

Posó los ojos en mí. Le bastó ese instante para saber que mis palabras no iban a gustarle y buscó una salida. Echó un vistazo a su reloj de pulsera y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Se me ha hecho tardísimo! Mañana es lunes y tengo que estar temprano en la Nunciatura. Será mejor que me marche.

—Solo un momento, Noa, por favor. Es importante.

Cedió a regañadientes, y se sentó en el sofá, a mi lado. Sonreí tratando de infundir serenidad a mis palabras, cosa difícil porque estaba como un flan.

—Noa, ¿recuerdas que Trini, la médium de la calle Alcalá, insinuó que yo podía haber seguido los pasos de mi tía Ermita?

—Lo recuerdo, sí. Y también que, a la salida, me aseguraste no ser un meigo.

Negué varias veces con la cabeza.

—Haz memoria. Te dije que no estaba seguro. Que percibía algunas cosas y que poseía una sensibilidad especial, pero…

—Y o también soy muy sensible, pero no hablamos de eso, ¿verdad?

Respiré un par de veces para recuperar la calma. No era así como había previsto la conversación. La verdad es que aquel día nada estaba ocurriendo como yo había previsto.

—Yo no vivo entre alambiques o crisoles, como mi tía. Cuando me duele algo, voy a la farmacia y compro ibuprofeno. Pero si Ermita se había granjeado un nombre y una fama no era por sus pócimas, sino por su don.

—También Trini dijo poseer un don —replicó con acritud—, y supongo que ahora tú vas a decirme que te sumas a la lista. ¿En qué consiste el tuyo?, ¿haces que las cosas leviten?

Noté un nudo en la garganta y tuve que hacer titánicos esfuerzos para que los ojos no se me humedecieran. Con las cosas que habíamos vivido juntos los últimos días, no esperaba una respuesta como aquella. Pero quería contárselo, e hice oídos sordos.

—Estoy hablando en serio, Noa. Me gustaría que escuchases lo que tengo que decirte. Luego, toma la decisión que quieras.

Respiró profundamente por la nariz, y accedió:

—De acuerdo, esperaré a que termines.

—Verás, hace un rato, mientras esperábamos la llamada de tu amigo, tuve una visión.

Me cortó.

—Querrás decir un sueño: estabas dormido.

—Quiero decir lo que he dicho.

—O sea, que tienes visiones cuando duermes.

—No. Esta es la primera vez que me ocurre dormido.

—Razón de más.

Se inclinó hacia delante. Posó su mano en mi frente y se le alegró la cara.

—¡Lo que pensaba! Tienes fiebre. Me parece que estás delirando. Iré a la farmacia y compraré algún antitérmico. Has debido de pillar un catarro en el rastro.

—Las visiones suelen elevarme la temperatura. Al cabo de un rato, se me pasa, sin necesidad de tomar nada.

Se levantó.

—N o es mi intención llevarte la contraria, pero si esas cosas no te ocurren nunca d01mido, tenemos que pensar que ha sido por la calentura. Buscaré una farmacia de guardia.

La detuve.

—Las sensaciones de una visión son distintas a cualquier otra. Son… indefinibles, y también irresistibles, como una fuerza intrusa que te lleva, sin que puedas hacer nada para impedirlo. Son ajenas, ¿me comprendes? Abren una ventana y te enseñan algo que los demás no ven.

—Los sueños también son así: no sueñas lo que quieres, sino lo que tu subconsciente te dicta. Supongo que el tuyo estará obsesionado con ese maldito cuaderno.

—¡Estás siendo muy injusta, Noa! Lo has visto con tus propios ojos: íbamos tranquilamente paseando por el rastro y el cuaderno se las arregló para ponerse en medio.

—Seguro que hay una explicación para eso. Y también para tus pesadillas.

—¡He dicho que no! —chillé y me puse de pie. Luego, me excusé del exabrupto y añadí—: No lo entiendes, Noa, o no quieres entenderlo: ¡fue una visión, estoy seguro!

Arrugó el ceño y trató de cercenar la conversación hablando del paracetamol y del ibuprofeno.

—Noa, créeme, ¡es real!

—Vale, ¿qué ha ocurrido?

—No ha ocurrido, pero ocurrirá. Como con Koldo.

—¿Estás diciendo que presentiste su muerte?

—En realidad, no la presentí: la vi.

—¿Y por qué no le detuviste antes de que cruzara la calle?

Negué varias veces con la cabeza.

—No es como imaginas, Noa. Una visión te muestra un acontecimiento que tendrá lugar en el futuro inmediato, pero no detalla el contexto. Le vi muerto sobre el asfalto, pero era inútil intentar adivinar cuándo acontecería ese suceso. Además, mi tía aseguraba que era mejor no interponerse en la trayectoria del destino.

—¿Interponerse?… Si no puedes hacer nada al respecto, ¿de qué sirve tener visiones? —objetó, de nuevo, con un tono despreciativo que me molestó

profundamente

—No lo sé. En el caso de Koldo, para avisarle de que debía estar preparado.

—¿Lo hiciste?

—Así es.

Tras unos instantes de duda, me aseguró:

—Sigo pensando que lo tuyo es puro estrés. No te culpo: es lo menos que podría ocurrir tras estos horribles días. Y ahora tengo que marcharme…

—¿No quieres saber qué he visto?

—¿Muero yo en esa visión? —No.

—Pues, entonces, creo que no. Mañana tengo que madrugar.

Me puse furioso. No con Noa, sino conmigo mismo. Ermita me había advertido en muchas ocasiones que hay cosas que deben permanecer ocultas. Sin embargo, estaba convencido de que ella me comprendería.

—¡Margaritas a los puercos! —susurré recordando el dicho.

Noa ya iba camino de la puerta, pero me oyó.

—¿Qué has dicho?

—Nada, no he dicho nada.

Se dio la vuelta hecha un basilisco, y cuando estuvo delante de mí, me dio una sonora bofetada.

—¿Crees que no sé lo que te pasa?, ¿es que piensas que soy idiota? ¡Tu calentura está dentro de tus pantalones! Pues debes saber que no vas a ablandarme contándome estúpidas historias sobre tu pobre vida de niño bastardo. No voy a acostarme contigo, me cuentes lo que me cuentes. ¡Y yo que te tuve por una buena persona! Desde que te he conocido, mi vida se ha trastornado completamente. ¡Tú y tus estúpidas visiones!

Iba a abofetearme de nuevo, pero la inmovilicé sujetándole ambas muñecas. Estaba muy enfadado y apretaba con nervio. Tenía ganas de zarandearla, pero me contuve.

—Si quieres irte, ahí tienes la puerta. Por mí, como si te pudres en un convento mojigato. Pero no intentes psicoanalizarme, porque en eso eres muy mala. —Bajé la presión sobre sus muñecas—. No sé a qué hombres conocerías en tu temporada de poca ropa en Ibiza, pero te aseguro que yo no me parezco a ninguno de ellos. Te dije muy en serio que quería casarme contigo. Y lo sigo diciendo. Y has de saber que mis pantalones no tienen ninguna prisa. Pero yo soy lo que soy, y cuando te digo que tengo una visión, es porque la tengo. No puedo recordar el número exacto de visiones que he tenido a lo largo de mi vida, pueden haber sido seis o siete, quizás lleguen a diez, pero te aseguro que lo que mostraba cada una de ellas ha tenido lugar. ¿Te ha quedado claro? Y, ahora, adelante.

La solté. Tenía los ojos llenos de lágrimas. No dijo una palabra. Se puso el abrigo, cogió el bolso y se fue. Ni siquiera dio un portazo.

Una verdadera mierda.

Busqué el Moleskine por el salón. Con él en la mano, me dirigí a la cocina, donde

encendí uno de los fuegos. Y, con la absurda intención de eliminar todo vestigio de aquel maldito cuaderno, me pasé los siguientes minutos arrancando las páginas y pasándolas una a una por la llama azulada. Recogía minuciosamente las cenizas que se formaban y las depositaba en un plato. Cuando no quedaron ni las tapas, vacié el plato en el retrete y añadí la botella de agua bendita que Trini nos había dado cuando fuimos a verla, y, sin esperar un instante, tiré de la cadena.

—¡A ver cómo vuelves ahora, capullo! —le espeté.

10

Necesitaba que me diera el aire. Por eso, con el paraguas en la mano y el abrigo por los hombros, salí de casa y tomé el ascensor.

Encontré el portal abierto. Desde que pasó lo que pasó ya nunca está abierto. El detalle me intranquilizó, y me acerqué a la puerta con sigilo. No hubiera hecho falta: era Encarna la que estaba en el umbral. Por debajo de su falda morada asomaba una combinación de encaje blanco. Hacía años que no veía una de esas. Mi madre las usaba. Al advertir mi presencia, se dio la vuelta. Miré al frente, para adivinar qué la retenía allí, y vi a Noa alejarse. Era obvio que habían estado hablando. Su actitud me desconcertó, pero se anticipó a mi queja:

—A decir verdad, es usted menos delicado de lo que me pareció el día que le conocí. Y es una pena, porque es toda una señora.

—¿Por qué las mujeres siempre apoyan a las mujeres? Le aseguro que, de haber alguna indelicadeza, no ha sido mía. Y, pensándolo bien, ¿por qué le estoy dando explicaciones? No debería usted meterse en la vida de los demás.

—Es cierto, solo soy la pesada vecina del cuarto, ¿no?

La observé detenidamente. Aquella tarde, su ojo estrábico casi no se movía. Entonces, caí en la cuenta.

—No, nada de eso. Usted no es solo la vecina del cuarto. Ni del cuarto, ni del tercero, ni del segundo. Es obvio que no es como Nati o como Esmeralda. Por eso, creo que ha llegado el momento de plegarse a la verdad: dígame, ¿quién es usted?

—¡Pero qué cosas dice! Claro que soy como las demás vecinas —susurró al tiempo que se sonrojaba.

—Sabe bien a qué me refiero. Doña Rosa parecía la portera, pero no lo era. Y usted, ¿quién es?

Mi vecina comenzó a observarse las uñas con extremo detenimiento. Sin levantar los ojos, y con voz melosa, respondió:

—¿Quién quiere usted que sea, Gerardo?

No respondí. Ella continuó en tono aún más bajo.

—No es fácil… Me refiero a aceptar lo que los sentidos no captan. Es lógico que Noa tenga dudas: usted le habla de visiones, de unos sucesos que, a los ojos del mundo, parecen problemas mentales. Hace unos años, te metían en el manicomio por decir que te ocurrían esas cosas. O te quemaban en la hoguera.

—¡Pero no son tonterías!, ¡se hacen realidad! Como diría su querido profesor Múgica, mi mente puede quebrar la línea espacio —tiempo y ver el futuro.

—¡No se ponga así, Gerardo, que yo le creo! Pero quiero que comprenda a Noa. Usted tampoco la cree cuando ella le habla del cielo. Piensa que son delirios sentimentales. De modo que tal para cual: están empate.

Se me escapó una sonrisa.

—¿Y usted qué opina, Encarna?

—Que voy a cogerme un catarro. Si va a ir tras ella, hágalo ya. Y cuando la encuentre, hágale una foto. Créame: es una buena idea. Y si me permite un consejo, no la compare con una monja, que no le gusta. ¡Ah, y por si le interesa, tiene cuarenta y un años! Ocho más que usted. ¿Le importa mucho?

Me eché a reír y, sin pensarlo dos veces, volé calle abajo.

Desafortunadamente, recorrí la zona sin dar con ella.

Aun así, seguí corriendo. De cuando en cuando, sin resuello, me detenía y giraba la cabeza para ver si se había desviado por alguna vía lateral. No tuve éxito. Las calles se sucedieron hasta que, media hora después, me di por vencido y puse de nuevo rumbo hacia el número 12. Me iba a coger un buen catarro.

Unos metros por delante, vi brillar un cartel: «*Sushi* Itto». Estaba muerto de hambre y el aliciente de una buena comida caliente me animó. Y, sin pensarlo, decidí que cenaría oriental en honor a Koldo Otxotorena. Al exorcista debió de gustarle el gesto, ya que me lo pagó con creces. No salía de mi asombro: Noa cenaba en el local. Estaba sentada en la barra. La espalda encorvada, ante una ensalada de algas y un tataki de atún. Al parecer, habíamos tenido la misma idea. Ya lo decía yo: almas gemelas.

Me senté a su lado sin decir nada. No se volvió para mirarme ni me dirigió la palabra. Parecía concentrada en el plato que tenía delante. Sin embargo, no protestó y dejó de comer. El gesto podía decirlo todo, o nada, de modo que me limité a esperar. Al cabo de unos segundos, atrapó con los palillos de madera un trozo de tataki y me lo ofreció. Ni en eso me acompañaba la suerte.

—No te lo tomes a mal, Noa, pero no me gusta el atún. Me produce una especie de sarpullido.

—¿Y las algas?

Tenían una pinta extraña, demasiado oscura, pero contesté:

—No las he probado nunca. Pero, por arrancarte una sonrisa, estoy dispuesto a hacerlo.

Me acercó los palillos a la boca y yo la abrí sin rechistar. No podían dar más dentera que los caracoles. Las saboreé con aprensión, pero no demasiada: al fin y al cabo, venían del mar.

—No están mal. Saben ligeramente a caviar —dije, mientras llamaba al camarero y pedía una cerveza y un gohand de lomo de buey. Luego, añadí—: Y tú, ¿cómo estás?

Se giró hacia mí. Tenía los ojos enrojecidos y la mirada pasiva.

—No lo sé. Es como si el caos me persiguiera. ¿Y tú? Siento haberme puesto tan borde.

—Olvídalo, yo también lo siento. Por cierto, deberías probar uno de estos. Está estupendo.

Aceptó y pedí otro para ella. Mientras lo preparaban, le conté que había destruido el cuaderno.

—Me gustaría decirte que nadie podrá infiltrarse de nuevo en nuestra vida, pero ya escuchaste la advertencia de Encarna: esto se acabará cuando ellos decidan.

Dejó los saibashi sobre el plato, y giró la cara para verme los ojos.

—Ese es uno de los peros de esta historia, Gerardo, que siempre has ido a la zaga. Has bailado al son que Ferlucci tocaba, sea quien sea ese tío. La casa, el cuaderno, la chica… Tanto tú como don Koldo mencionasteis varias veces esa inconfundible sensación de ser observados. Lo que quiero decir es que te has limitado a seguir sus pasos. Por eso estamos ahora varados, a la espera de que ese extraño tipo vuelva a aparecer y nos redirija. Porque supongo que serás consciente de que no es el cuaderno lo que te une a esta historia. Hay algo más; algo que no comprendo.

—Tienes razón, como siempre. He sido reactivo, pero ¿qué otra opción tenía? Esta historia no la he inventado yo.

—Por supuesto, pero tenemos cabeza para pensar, ¿no? Podemos tomar, por una vez, la delantera.

Lo que decía se me antojó una tontería. Pero le otorgué el beneficio de la duda y añadí, sin poder evitar un tono escéptico:

—Si tienes algo que sugerir, estoy dispuesto a escucharlo.

—Pues la verdad es que si, Gerardo: tengo una sugerencia. Si todo esto proviene de la supuesta apertura de un puente espacio-tiempo que tuvo lugar en torno a la resurrección de Jesucristo, lo lógico es que busquemos en el sitio donde ocurrió: ¡vayamos a Jerusalén!

Negué con la cabeza.

—La ciudad debe extenderse, lo menos, a lo largo de cien o ciento cincuenta kilómetros. Sin más coordenadas, nos darán las uvas.

—Ciertamente. Por ello habrá que indagar en los destrozos que provocó ese terremoto que tanto llamó la atención de Ruth y del profesor.

Un escalofrío me recorrió la espalda empezando por la nuca.

—Sé que dijiste que no lo hiciera, pero me gustaría contarte la visión: creo que es importante.

Suspiró, pero accedió.

—Mientras esperábamos la llamada de tu amigo, repentinamente, como son las visiones, me vi en una especie de cueva, excavada en roca: era una tumba, una muy antigua, oscura y silenciosa. De pronto, la tierra empezaba a temblar y en el suelo se abría una grieta de donde emanaba un…, no sé cómo definirlo, pero, lo que fuera, te llenaba de paz.

—¿Me estás queriendo decir que has visto la puerta del cielo?

—Bueno, yo no me hubiera atrevido a afirmarlo de forma tan contundente, pero creo que sí. La visión fue muy fuerte, muy… real.

—¿Estaba yo contigo?

—No te vi, aunque es posible. La oscuridad era plena.

Sin embargo, supe que allí había alguien más.

—¿Y sabes dónde está esa cueva?

—Ni idea. Pero, como bien dices, tiene que estar en Jerusalén.

—No quiero ser agorera, pero si algo no falta en Jerusalén son tumbas. Salvo que el terremoto nos facilite las cosas, podemos emplear años. Dime, ¿hubo algo en esa visión que te diera alguna pista de su paradero?

Negué varias veces.

—Tú conoces Jerusalén, Noa, ¿no se te ocurre algo?

—Pues la verdad es que nadie puede probarlo plenamente, pero, por la tradición y la investigación arqueológica, lo más probable es que la verdadera tumba de Jesucristo sea la que se adora en la iglesia del Santo Sepulcro. He estado allí, pero te aseguro que no he visto ninguna puerta celestial y que el habitáculo no se parece ni por asomo a esa visión tuya.

—Quizás el terremoto del que hablaba el periódico afectó a la estructura y dejó al descubierto algo que antes no estaba a la vista. La noticia decía que los efectos del seísmo se habían notado en Jerusalén.

—De haber sido así, Gerardo, el periódico lo hubiera recogido: son los lugares santos de los cristianos.

Nos quedamos unos instantes en silencio, vencidos. De pronto, Noa dio una palmada y dijo:

—El toro por los cuernos, ¿no? ¡Pues nos vamos a Jerusalén! Estando allí, se nos ocurrirá algo.

Empecemos buscando vuelos.

—Tendrán que ser baratos, porque mi economía está en las últimas.

—No te preocupes por eso, yo me encargo. Aunque quizás antes debiéramos pensar qué vamos a hacer si encontramos esa tumba.

—¿No quieres ir al cielo, Noa? Me dijiste que creías en esas cosas.

—¡Y creo! Pero dudo que tu cielo y el mío sean un mismo lugar. En fin, Gerardo, mañana madrugo y necesito acostarme. ¡Estoy muy cansada!

Pagamos. Íbamos a abandonar el restaurante cuando recordé los consejos de Encarna.

—¡Un momento, sor Noa, déjeme que le haga una foto! —susurré.

Se echó a reír. Saqué el móvil y busqué la cámara. Entonces, lo vi: ¡había estado siempre conmigo!

11

Cuando contemplé la imagen que guardaba en el móvil, sentí cómo un potente chorro de adrenalina subía por mis venas. Aspiré una bocanada de aire antes de chillar:

—¡Hay que ser idiota!

—¿Pero qué te ocurre?

—Pues que he tenido todo el tiempo la respuesta delante y no me he dado cuenta. Verás, cuando entré por primera vez en el ático, la pizarra de Múgica estaba llena de signos, fórmulas y cosas similares. Parecían suficientemente importantes para dejarlas a la vista de todo el mundo, y Encarna y yo decidimos borrarlas. Pero antes disparé un par de instantáneas. Al abrir la cámara del móvil para hacerte una fotografía, me he acordado.

Miré la pantalla del teléfono, después a Noa, y de nuevo la pantalla. Y, de pronto, como si me hubieran dado cuerda, empecé a verter lágrimas y más lágrimas. Cerré con fuerza la mandíbula y traté de controlarme, pero mi desconcierto era tal que no lo conseguí. Noa me miraba con ojos inquisitivos, por si alcanzaba a leerme los pensamientos. Pero, naturalmente, no pudo hacerlo. Nadie podía.

—¡Todo es una mierda, Noa!; ¡una gran mierda!

—Es muy posible, pero me gustaría que me explicases por qué lloras. No eres una mujer.

—Es fácil: estoy atrapado. Si me hubieran puesto un cepo, no estaría más sujeto. Todo el mundo está al tanto de lo que ocurre menos yo.

—Como no te expliques mejor…

—Reconozco que ha quedado muy bien, pero la verdad es que a mí nunca se me hubiera ocurrido sacarte una foto. Soy poco detallista y la fotografía no me atrae especialmente. Si lo he hecho es porque Encarna me lo aconsejó hace un momento: «Si va a ir tras ella, hágalo ya. Y cuando la encuentre, hágale una foto. Créame: es una buena idea».

—Entiendo. Y ahora piensas que también ella está en el ajo. —Me tendió un pañuelo de papel, sopesó los hechos unos instantes, y añadió—: Pues se mire como se mire, está claro que tu vecina sabe más de lo que dice.

—En el fondo de mi corazón, siempre supe que Encarna no era una anciana corriente. En el mejor de los casos, está loca; en el peor, es otra servidora del diablo, quizás a la orden de la portera.

Me sujetó la mano, como si sus dedos tuvieran la capacidad de atajarme los nervios, y cuando logró recabar mi atención, me aseguró que podía estar tranquilo:

—Con el demonio no está conchabada, te lo aseguro. Lleva una cruz al cuello y, estando conmigo, se ha santiguado varias veces. Ningún servidor del demonio haría eso. Odian las cruces; se lo oí decir cientos de veces a don Koldo.

—Y entonces, ¿quién es? ¡He sido un estúpido! Ahora que lo pienso, ella fue la que me habló de Koldo y la que me envió al CSIC. Ella hizo que durmiera en su casa

y así evitó que la chica del sostén rosa me pillara en la cama, dormido. Y ella ha sido la que me ha sugerido que inmortalizara el momento con mi cámara. ¿Qué puedo hacer, Noa?

—Pues no lo sé. De momento, déjame ver esas fórmulas.

Le tendí el móvil con desgana. Me sentía completamente abatido, atrapado por la tupida red de Encarna, el cuaderno y el ático.

—¡Vaya! Estos signos son hebreos, seguro.

Enmudeció y siguió mirando fijamente la pantalla.

—¿Sabes de qué se trata? —le pregunté.

—Intento hacer memoria, porque el dibujo me resulta vagamente familiar. Estoy segura de haber visto algo parecido en el despacho de Koldo, pero no recuerdo a santo de qué… Pero si tuviera que apostar, diría que tenía algo que ver con el tarot…

—¿Con el tarot, te refieres a las cartas? —Sí.

Eso no me lo esperaba.

—¿Koldo echaba las cartas?

—¡Pero qué tonterías dices!, ¡pues claro que no! Lo que ocurre es que don Koldo se lo explicaba a los seminaristas, porque muchos de esos adivinos del tarot tienen tratos con el demonio. ¡Oye, no sé en qué estás pensando, pero otra vez se te ha puesto esa cara!

En efecto, en el instante en que Noa se explicaba, se me abrió la mente.

—Pensaba que, si el tarot está por medio, podemos llamar a Trini, la médium: seguro que ella nos lo aclarará. Me dio su número.

Lo intentamos de inmediato, pero no tuvimos suerte. Trini tenía el teléfono apagado o fuera de cobertura. Dejamos el recado y nos fuimos a casa. Cada uno a la suya. Noa no permitió que la acompañara y se empeñó en coger un taxi. Quizás estuviera condicionado por los nuevos datos sobre Encarna, pero tuve la sensación de que no quería que conociera dónde vivía. Pero, si no se fiaba de mí, ¿por qué no me había mandado a paseo?

Creo que no hace falta que diga que, en cuanto mis pies tocaron el número 12, fueron directos a casa de Encarna. Curiosamente, su puerta estaba cerrada a cal y canto.

Y para colmo, el buey me sentó fatal. Con un antiácido, logré por fin dormirme.

12

La llamada de Trini llegó en medio del curso sobre adolescencia y TDAH, que había sustituido en el cronograma al de nuevas tecnologías. Cuando mi móvil vibró, el psiquiatra que impartía la lección hablaba sobre la educación emocional en la escuela. Su discurso era sugestivo, y todos los asistentes seguíamos interesados sus argumentos. Me entró un escalofrío al ver quién me llamaba, pero no pude contestar; al levantarme, hubiera roto la magia de la sesión.

Hube de esperar al descanso para poder telefonearla. Pero entonces fue Trini la que tenía conectado el buzón. Me puse de un humor de perros, pero me guardé de mostrarlo. Tras el lío del ron, era todo alegría y concordia. Sonreía amable, casi servil, a todo el mundo, especialmente al organizador del curso, que continuaba mirándome con cierta prevención.

Volví a entrar en el aula. Nada más comenzar la segunda sesión, mi móvil vibró de nuevo. Esta vez me había sentado estratégicamente junto a la puerta y pude salir y contestar sin interrumpir al resto.

—Gerardiño, perdona, estaba trabajando. ¿Cómo va todo?

—Es largo de contar. Pero, por resumir, diré que seguimos tu consejo: quemamos el cuaderno y buscamos un cura. Él nos ayudó, aunque una loca que vivía en mi casa se lo llevó por delante con el coche, y lo mató. Mal rollo.

—Pues no sabes cómo lo siento. Pero no llamas por eso, ¿verdad?

—Verdad. Llamo para preguntarte si tú trabajas con el tarot.

—No demasiado, pero en ocasiones lo empleo. ¿Por qué?

—En mi casa, apareció una especie de dibujo. Nosotros no lo entendemos. Noa no sabe bien por qué, pero dice que le recuerda al tarot. De ahí el pedirte ayuda.

—¿No sabes tú nada del tarot? Tu tía lo empleaba, aunque tampoco le gustaba mucho.

—Recuerdo unas cartas que aparecieron en casa cuando ella murió. Aún las guardo. Pero no sé mucho más.

—Pues te lo explico en dos patadas. Un tarot es una colección de 78 cartas de dos tipos distintos: menores y mayores. Las primeras, que hacen un total de 56, y están separadas en los cuatro palos clásicos (bastos, copas, oros y espadas), sirven para la adivinación de situaciones concretas de la vida de una persona. Por ejemplo, el siete de oros refleja frustración por no alcanzar una meta; pobreza, incluso. ¿Me sigues?

—Te sigo, sí.

—Vale. Luego están las 22 cartas restantes, que son los arcanos mayores. Estas no hablan de cosas concretas, sino del individuo en su totalidad. Son como arquetipos de personas: el mago, la sacerdotisa, el emperador, el enamorado…

Lo que Trini contaba no parecía tener nada que ver con la imagen que guardaba en mi móvil, pero me entró curiosidad y pregunté:

—¿Y qué haces con esas cartas?

—Bueno, hay muchos sistemas. Yo enseño a mis clientes los arcanos mayores y, tras pedirles que no se dejen llevar por las apariencias, les pido que escojan la carta que más les atraiga y la que más rechazo les produzca. En realidad, lo que les sugiero es que dejen hablar a su subconsciente. Sumado a lo que yo veo por mi don y a lo que ellos me cuentan, les aconsejo sobre las precauciones que tomar. Más o menos, lo que haría un psiquiatra o un psicólogo.

La comparación me pareció completamente desproporcionada, pero no rechisté.

—¿Y funciona?

—A veces sí, a veces no. Verás, hay mucho de reflejo en nuestra conducta. Por supuesto que, en ocasiones, actuamos racionalmente: sopesamos alternativas, pensamos y decidimos. Pero muchas otras veces, yo diría que la mayoría, reaccionamos de manera espontánea ante los estímulos externos, como hacen los niños. Esa espontaneidad es mezcla de muchos factores diferentes: experiencias vividas, recuerdos, olvidos deliberados, anhelos, miedos o esperanzas… ¿Me tiraría a un río para ayudar a una persona que se ahoga, con grave riesgo para mi vida? No lo sé. Esa decisión depende, en gran parte, de mi subconsciente. Y no sabré de lo que soy capaz hasta que me pongan en situación, o hasta que alguien lo haga aflorar por otros medios. Así, lo que yo hago no es tanto adivinar el porvenir como mostrar al cliente qué prospecciones de futuro son más probables conforme a su subconsciente.

—¿Así de fácil?

—No es nada fácil, filliño. Si un médico ve una mancha en el pulmón y otra en el páncreas, te dice que prepares tus asuntos porque te queda poco. ¿Está adivinando el futuro? No. Está basándose en las pruebas para hacer un pronóstico. Yo hago algo parecido: obligo a la gente a mirarse el pulmón y el páncreas, y luego les pido que proyecten su futuro. La diferencia es que el médico tiene un escáner y yo no. Por eso hay mucho estafador en estas cosas; mucho estafador y mucho cándido. Pero, en realidad, lo que hacemos los que lo entendemos como yo es aplicar la máxima griega: «Conócete a ti mismo».

—Vale, más o menos lo comprendo. Oye, Trini, si yo te llevo el dibujo que encontramos, ¿me puedes decir qué ves? Desde luego, no son cartas, pero, si están relacionadas, tú lo sabrás.

—No te prometo nada, salvo echarle un vistazo con atención.

—¡Perfecto! ¿Puedo ir dentro de un rato?

—Claro, pero con una condición: debes dejarme ver tus manos.

Respondí a la defensiva, naturalmente.

—¿Mis manos, para qué?

—El día que estuviste aquí no me gustó nada el color de tu aura. Y ese cuaderno… No sé. Tu tía ha muerto y no puede ayudarte. Creo que se lo debo. Si fuera al contrario, ella haría lo mismo por mí.

Sentí un escalofrío en la nuca, y le confesé:

—No me siento muy cómodo haciendo esto, Trini.

Compréndelo.

—No te inquietes. Lo que voy a hacer me lo enseñó Ermita.

—Eso es chantaje emocional.

—Llámalo como quieras, pero ven antes de las sets, que hoy voy al cine.

¡Al cine! ¡Maldita sea! ¡La meiga en el cine, con las cartas del tarot sobre la mesa! ¡Menuda mierda!

13

Telefoneé a Noa y le conté la conversación. No puedo negarlo: fui un poco creativo, más o menos como el contable de un mafioso. Sé que no es de recibo regatear a la persona a la que se quiere, pero comprendan que no podía permitir que mi novia me viera el aura. Hubiera sido como enseñarle los calzoncillos del día anterior. No estaba dispuesto a hacer algo así. De modo que me tomé ciertas libertades e improvisé.

—Acabo de hablar con Trini. Me dice que lo siente mucho, pero que tiene entradas para el cine y luego se va de viaje. O vamos ahora mismo o no puede recibirnos.

—¿Ahora? ¡Ahora no puedo! Hasta las cinco y media, me resulta imposible. No es que tenga cosas importantes entre manos, además mi horario es de mañanas, pero vienen a recoger unos archivos confidenciales de don Koldo y los tengo que entregar en persona. Lo siento muchísimo.

—¡Vaya fastidio! —solté pletórico—. En fin, qué le vamos a hacer. No te preocupes, ya me acerco yo. Tú puedes aprovechar para localizar vuelos baratos a Jerusalén.

—Siento dejarte solo —repitió.

Al escuchar su tono quejumbroso, me picó la conciencia. Pero aguanté estoicamente el chaparrón: era una simple mentira piadosa. ¿Qué otra cosa podria haber hecho?

Expuse una excusa verosímil al encargado del curso, me puse el abrigo y salí a la calle. El cielo, que el día anterior derramaba el agua por cubos, se había secado por completo. Pero ¡a qué precio!: el termómetro marcaba un grado. En parte, tenía los pies helados por eso; en parte porque, cuando me pongo nervioso, la sangre se me escapa por el camino y no me llega a los dedos.

A las cinco menos cinco (casualidad, simple casualidad), ya estaba en la puerta del local de Trini. Me recibió con una sonrisa y un maldito té de frambuesa. Lo tomé sin rechistar, rogando para que no me atormentara el colon o el alma, que en aquel momento estaba mucho más sensible. Desde luego, era la misma persona que el día anterior. Al menos, lo parecía. Sin embargo, yo no vi a la aprendiza de mi tía Ermita, sino a una incógnita. Y llevaba demasiadas encuna.

Supongo que mis reticencias son comprensibles, dadas las circunstancias.

Verán, si unas semanas atrás me hubieran preguntado cómo era Trini, hubiera afirmado sin dudarlo que era una buena persona, de fiar, una mujer de ley. Pero, en ese momento, hubiera dicho lo mismo de la portera de mi edificio. Doña Rosa no tenía ojos de cuervo. Ni siquiera parecía una criatura compleja, colmada de aristas puntiagudas. El odio no transparentaba por sus pupilas, ni su sudario de lunares se antojaba lleno de pecados prestados. Aún puedo verla en la entrada del ático, con el papel higiénico en la mano y la media sonrisa en la boca. Les aseguro que carecía de la untosa calidad de los mentirosos y del odio suficiente para tocar la balada a los

muertos con alzacuello. ¡Por todos los santos! ¡Tenía la casa llena de pañitos con flecos! ¿Se imaginan a doña Rosa medio desnuda participando en una orgia, siquiera en una bastante civilizada? No digo que fuera una anciana apoplética, desde el principio me pareció ver una chispa de inteligencia en su mirada, pero desde luego no proyectaba la imagen de una ferviente servidora de Satán.

Admito que fumaba, algo progre para gente de su edad. Verle expulsar el humo por la nariz, como si fuera un toro encorajinado, daba cierto repelús, pero lo mismo hubiera ocurrido si lanzara ventosidades en la escalera. N o, doña Rosa no parecía lo que era, pero lo era: maldad con mayúscula, un veneno incoloro, inodoro e insípido, que pasa sorprendentemente desapercibido.

La policía me permitió entrar en la portería cuando Koldo murió. Y entonces vi cosas en las que en mi primera visita no había reparado. Cosas que ella ocultó el fatídico día en que me cedió su Maximón. No sé si lo dije en su momento, pero en la pared del salón de la portera había una mancha cuadrada, evidencia de que había habido un cuadro colgado. No dije nada, tenía otras cosas en la cabeza. Pensé que se le habría caído o que lo había enviado a enmarcar. Cuando entré por segunda vez en la casa de doña Rosa, el cuadro —una cruz invertida, enmarcada sobre un terciopelo negro— reinaba en la estancia. En aquella primera ocasión, la mesa del comedor estaba vacía, amén del consabido pañito, claro; en esta segunda, sobresalía un enorme busto del dios Pan, mitad carnero mitad hombre, representación inequívoca del desenfreno y del diablo. Esa era mi portera, la del vestidito de lunares y el pelo blanco cardado, la que senté en mi salón y alimenté con mi salmón cocinado a las finas hierbas. Era ella, pero yo no supe verlo. Esa experiencia hizo que con el té de frambuesa en la mano me preguntara quién era realmente Trini, y por qué estaba empeñada en «verme» el aura.

—Me he quedado de piedra al saber cómo murió ese sacerdote amigo vuestro, Gerardiño. No sé si te entendí bien: dijiste que no había sido un accidente, ¿verdad?

—Afirmativo. Lo atropelló una mujer de casi ochenta años que no sabía conducir. Parecía una señora como cualquier otra, pero no lo era. Si hubieras visto su casa… ¡Hasta tenía un busto del diablo!

Se llevó la taza humeante a la boca. Dio un largo sorbo, y comentó:

—No te extrañes. Ni te imaginas la cantidad de seguidores que tiene el príncipe de las tinieblas. Al menos en mi ámbito, goza de un notable predicamento. Por cierto, que, en la medida que te toca, te vendría bien recordarlo —me advirtió señalándome con el dedo índice.

—¿Sugieres que Noa o yo tenemos algo que ver con eso?

—¡Pero qué tonterías dices! Por supuesto que no. —Dejó la taza sobre la mesa y agregó—: Anda, enséñame la palma de tu mano izquierda…

Como los niños pillados en un renuncio, coloqué las manos a la espalda.

—No te ofendas, Trini, pero lo he estado pensando y no quiero que me veas el aura, la psique ni ninguna otra cosa. Son asuntos privados, ¿entiendes? Tan privados

como los secretos de almohada.

Trini empezó a menear la cabeza a un lado y a otro.

—Tu tía no me perdonaría si dejo de advertirte.

—Advertirme ¿de qué?

—No lo sé con exactitud. Pero desde que vi ese cuaderno estoy muy inquieta. Hay algo oscuro en todo este asunto y no sé si eres consciente de ello. Si no te andas con cuidado…

—¿Pretendes asustarme?

Suspiró.

—Mira, Gerardo, si quieres engañarte, adelante, pero no trates de tomarme el pelo, que soy mayor que tú, y también soy zurda. Debo advertirte que estás jugando con fuego, y vas a quemarte. ¿Vas a enseñarme las manos?

—No —aseveré muy serio—. Mira, Trini, he venido aquí para mostrarte una imagen, no para que me psicoanalices. ¿Vas a echarle un vistazo o no?

Se puso en pie y dio varias vueltas a la habitación.

Finalmente, volvió y se instaló en la silla. —Como quieras. Enséñamelo.

Saqué el móvil y le mostré la fotografía de la pizarra del ático, tomada el día que fui a visitarlo.

Se puso las gafas y permaneció unos minutos concentrada en la pantalla. Luego, me lo tendió.

—Un Árbol de la vida, el clásico.

La interrumpí.

—¿Un qué?

—Un Árbol de la vida: es uno de los símbolos cabalísticos más importantes del judaísmo. ¿Ves estas esferas? Las llaman «sefirot» y las relacionan con las magnitudes cósmicas: la luz, la oscuridad, la sabiduría, el orden y cosas de ese estilo. Si cuentas, hay veintidós caminos que te llevan al final, pasando por esos diez sefirot. Cada uno de ellos describiría las relaciones entre el universo y el alma del hombre. En dos palabras, este Árbol de la vida sería una especie de mapa de la creación. Esos veintidós caminos se relacionan con los veintidós arcanos mayores del tarot, quizás por eso a tu novia le sonaba.

—¡Pues vaya mierda! No esperaba un mapa del universo, sino alguna pista, un rastro que pudiera seguir. ¿Ves algo en la imagen que llame tu atención?

—Iba a decírtelo, pero no me has dejado terminar. Tu árbol tiene once esferas cuando debería tener diez. Eso es imposible: la última esfera sobra. De lo demás, no puedo decirte gran cosa.

Miré la pantalla. Dentro del último círculo, habían dibujado dos filas de signos.

—¿Sabes qué significan?

—No, pero sé que son números. Están en hebreo. Tendrás que hablar con alguien que lo entienda. Y ahora, tienes que marcharte. El cine me espera.

—Gracias, Trini —respondí conciliador.

—No hay de qué. Has demostrado ser un completo idiota, pero, por respeto a tu tía, vuelvo a advertirte: he visto tu aura y está turbia; es como si una espada pendiera sobre ti. Tienes que ser prudente. Lo sobrenatural nunca debe ser tomado a la ligera. Está rodeado de misterio, precisamente porque es misterioso y no acertamos a comprenderlo. La naturaleza, la tierra, el cielo, las personas, los dones que algunos recibimos no vienen con libro de instrucciones ni dosificación: no nos facilitan una ley ni nos dicen cómo vivir. Solo son chispas, huellas. Debes aprender a interpretar los signos de los tiempos. A distinguir el trigo de la paja. De lo contrario, cometerás un error fatal.

Se dio la vuelta, y se perdió tras la cortina. Recogí el abrigo y salí. El asfalto parecía crujir bajo mis pies. Quizás solo fuera mi rabia. O mi frustración.

14

Me envolví en el abrigo como si pudiera fusionarme con él y me dirigí al ático. Caminaba deprisa, porque el frío te helaba mucho más que los pensamientos. Acababan de encender las luces navideñas. Si trataban de estimular el consumo, no obtenían mucho rédito: las calles estaban desiertas. Y a los que, como a mí, no les quedaba más remedio que atravesarlas, no se detenían ante los escaparates, ni se recreaban admirando la decoración.

Amén de congelado, regresaba con mal cuerpo. Su dichoso té y mis dichosas mentiras. «Míralo en positivo: tienes una pista», me dije. Pero no sirvió de mucho.

Noa me esperaba en el portal del número doce con su portátil bajo el brazo y cara de expectación. Subimos al ático, naturalmente, a pie: las manías son las manías.

Dentro del piso, con los radiadores encendidos, se estaba bien. Preparé unas cervezas, saqué unos cacahuetes e invité a Noa a sentarse en el sofá.

—Y bien, ¿qué tal ha ido?

—No hay gran cosa que contar, Noa.

—Mejor, así iremos más deprisa —rezongó. Noa es observadora y no le había pasado desapercibida mi cara de vinagre.

—Tienes razón, perdona. Es que estoy helado —mentí—. Verás, el dibujo de la pizarra corresponde a un árbol de la vida, una especie de imagen iniciática propia de la cultura religiosa judía, salvo porque hay algo que no cuadra: debería haber diez esferas, pero hay once. Según Trini, la última sobra. Precisamente esa tiene unos signos dibujados en el interior. Cree que corresponden a números escritos en hebreo, pero como no habla ese idioma no ha podido traducirlo.

Noa me escuchaba sin perder un detalle, pero también me miraba. Y, si cabe, lo hacía aún con más fijeza.

Cuando concluí, aplaudió con marcada desgana.

—Un notable ejercicio de síntesis, Gerardo, mi enhorabuena. En ese aspecto, no tienes precio. Punto y aparte. Ahora, me gustaría que me explicaras qué más ha ocurrido en ese local. Ha debido de ser algo desagradable.

—¿Ocurrido? ¡Qué va a ocurrir! Esa mujer está loca.

—¡Naturalmente, loca de atar! Tanto que ha conseguido ponerte de los nervios, ¿no?

Sonreí con cierto cinismo.

—Pues ahora que lo dices, sí. De los nervios. Y, encima, me ha servido un té asqueroso.

—Volvamos a empezar, ¿vale? Dime qué ha ocurrido ahí dentro.

—Nada interesante, te lo aseguro.

Me dirigió una mirada escrutadora que me hizo estallar.

Respondí a gritos.

—¡No me ha dicho nada, vale!, ¡nada de nada!

¿Quieres que te lo jure?

Se le puso esa expresión de perro.

—Si vas a seguir así, me voy.

—¡Perdona, lo siento muchísimo! ¡Esa mujer me ha puesto de un humor de perros! Pretendía leerme la mano, así, como suena: leerme la mano. Naturalmente, no se lo he permitido.

—¿Leerte la mano? —bufó.

—Sí, mirar las rayas de mí mano; echarme las cartas, algo de eso. Pero le he dicho que ninguno de sus tejemanejes causaría en mí efecto alguno, de modo que podía ahorrarse el trabajo.

Levantó los brazos.

—¡Un momento, un momento! ¿Has dicho tejemanejes? ¿Tú? No lo entiendo. Te has criado entre brujas. Esas cosas que a mí me producen repelús te han rodeado desde niño, te son tan familiares como las vacas o la niebla. Además, Trini ha sido una discípula aventajada de tu tía Ermita. Dime, ¿qué ha ocurrido para que ahora la consideres una embaucadora de incautos?

—No ha ocurrido nada. Pero lo que te digo es la verdad. Se le ha ido un poco la pinza: insistía en que debía conocerme a mí mismo. Que era importante enfrentarme a mis demonios. Está equivocada…

—Quizás no lo estuviera tanto, Gerardo.

—¿Tú también? ¿Es que os habéis conchabado contra mí? —dije enfadado.

Noa se puso en pie y caminó hacia la terraza.

—¿Lo ves? Tú no eres así. El Gerardo que yo conozco es un hombre pacífico, delicado. Nunca me chillaría, nunca despreciaría los consejos de una persona como Trini. Todo esto es por ese cuaderno. Y lo que el cuaderno esconde.

No quise escucharla.

—¿Tú también pretendes psicoanalizarme? Déjalo, no es lo tuyo. Centrémonos. Mira el móvil, ¿sabes qué significan esos signos?

—Pues no, ni idea. Pero siempre nos quedará Internet…

15

Internet hubiera sido de utilidad de haber podido transcribir aquellos signos. Pero en el teclado del ordenador de Noa no existía correspondencia con el alfabeto hebreo, de modo que tuvimos que buscar asesoramiento profesional.

Sugerí acudir a la Embajada israelí, ¿quién mejor que ellos para traducir unas frases en su idioma? Pero Noa me quitó la idea de la cabeza: «Los judíos hacen preguntas, no dan respuestas», sentenció. Y no me dejó hablar más del asunto.

Volvimos a la web, remedio de todos los males a excepción de la halitosis y algún tipo de enfermedad venérea. Buscamos (fue otra idea de Noa, aunque no lo expresó en esos términos) a algún pringado de mi estilo que, en vez de dedicarse a la literatura, la lengua o el inglés, tradujera hebreo. Tardamos poco más de media hora en dar con el teléfono de Asa Reminger, una sueca especialista en literatura rabínica, que se había enamorado de la tortilla española y trabajaba en Madrid como guía para excursionistas nórdicos. Vivía en Aravaca. Le dijimos que teníamos cierta urgencia y admitió reunirse con nosotros en un NH cercano a su domicilio.

Noa había venido en coche. Lo tenía en un aparcamiento cercano y fuimos juntos a buscarlo. Reconozco que esperaba un utilitario coqueto (quizás un Golf o un Polo de un color animado) y no un BMW negro Serie 5. Bueno, un coche es solo un coche, un medio de transporte, no una cualidad personal, pero me dio pie para meditar nuevamente sobre lo poco que conocía a aquella mujer. Y la imagen de doña Rosa, tan de lunares y tan negra, languideciendo en alguna fosa común, retomó a mi memoria. Y durante un rato seguí pensando en el asunto porque, a fuerza de tenerla a mi lado y de escuchar su retahíla de «secretaria con idiomas», había acabado por dibujar una imagen distorsionada de la mujer a la que, en un pronto, había pedido matrimonio.

Y en aquel momento, decidí fijarme en lo que tenía delante y comprobé que la piedra de su anillo brillaba mucho y era muy grande; que su reloj llevaba el signo de una corona y que su ropa y su bolso eran suficientemente «casual» para ser de marca. Y recordé que había abandonado a su marido porque este le había robado un Picasso. Un Picasso, no un azucarero de plata.

—Vas muy callado, ¿te ocurre algo?

—Mi cabeza es como una olla a presión; por lo demás, nada.

—¿Te refieres a Trini o a la sueca?

—Me refiero a tu coche.

—¿No te gusta’?

—¿Cómo no iba a gustarme? ¡Es una preciosidad!

—Entonces, todo arreglado.

—Pues no, Noa. Dime, ¿qué hace una chica como tú con un tipo como yo?

Salió por peteneras. Unas luces de neón señalaban la entrada del NH. Levantó el mentón.

—Mira, ese debe de ser el hotel.

—¿Vas a responderme?

—También yo podría preguntarte qué hace un chavalillo como tú con una veterana como yo.

—No eres vieja.

—Ni tú un pringado. Anda, vamos a ver a la sueca.

Ahí murió nuestra conversación. Aparcamos y entramos.

En la cafetería del hotel flotaba un extraño olor a vómito de bebé. Lo habían tratado de camuflar con algún limpiador a base de limón, pero el resultado era aún peor. Como no hay mal que por bien no venga, eso nos permitió dar enseguida con nuestro contacto: en el local no había nadie más, a excepción del camarero, que ojeaba un periódico. Por otro lado, no tenía pérdida porque la sueca era total y absolutamente sueca: rubia, enorme, tetuda y guapa a su modo, salvo por los ojos saltones.

—Me encanta España —nos dijo al empezar la conversación—. Y los hombres españoles —coreó con grandes risotadas.

Tuvimos que dejarla hablar durante unos minutos. Hablar y beber. Lo hacía como un cosaco. En la hora que permanecimos con ella, se tomó un cubata y dos *whiskies*. Cuando empezó a afectarle el alcohol, la cortamos. Si veía doble no podría ayudarnos. Saqué el móvil, apliqué el *zoom* a la fotografía y se lo enseñé.

—Necesitamos saber qué significan esos signos de ahí, los que están dentro de ese círculo, el del fondo.

La chispa se le pasó de inmediato. Sacó del bolso unas gafas, se las caló en la nariz y luego me cogió el móvil.

Tengo poca paciencia. No habían pasado cinco segundos y ya la estaba interrogando.

—¿Sabes qué dice?

—El significado no, pero sé que son números y letras. Seis números y una letra en cada fila. Si queréis tomar nota, os lo deletreo.

Noa sacó su agenda y escribió lo que la mujer recitaba: 31-46-00-N, en la línea superior, y 35-13-00-E, en la inferior.

—¿Y qué quieren decir? —le preguntó Noa.

Se encogió de hombros.

—Supongo que esa combinación puede encerrar mil y un mensajes, pero, de apostar, diría que se trata de una dirección. «N» podría indicar el norte y «E» el este.

¿Os dice algo eso?

—¡Naturalmente! ¡Latitud y longitud! Grados, minutos y segundos. ¡Eres un genio, Asa!

—Me alegra haberos sido útil. Pero ahora tengo que marcharme. ¿Me vais a pagar en dólares o en euros?

Nos clavó cincuenta euros por la traducción, amén de las bebidas. Pero, en cuanto

la vimos alejarse, nos faltó tiempo para abrir Google Maps en el ordenador y teclear los datos. La dirección correspondía al mismísimo centro de Jerusalén. Noa se quedó mirando el mapa un buen rato.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté—. Ayer decías que teníamos que ir allí. ¡Acertaste!

—Si, claro, Jerusalén. Lo que ocurre es que esta dirección tiene algo raro. Me refiero a que no corresponde a la del Santo Sepulcro, que, como te decía, es el lugar donde con más probabilidad fue enterrado Jesucristo. Ahí lo que parece haber son casas de pisos. Es una zona moderna y está intramuros.

Cristo fue sepultado fuera de la ciudad. Es imposible que su sepulcro esté ahí. Imposible —señaló.

—A lo mejor tienes razón, pero creo que sería bueno verlo en persona. Ya sabes que estos mapas no son muy precisos. Yo, desde luego, estoy decidido a ir…

—Y o también —susurró—. Pero no por el mismo motivo que tú.

Subimos al coche. Noa condujo en silencio hasta el centro, con el fin de dejarme en casa. Cuando rodeábamos la Puerta de Alcalá, no pude resistirme.

—¿Por qué vienes conmigo, Noa? ¿Por qué me apoyas?

—No lo sé, supongo que por curiosidad.

—¿Y qué te la provoca, si puede saberse, la puerta o yo?

—Ambos. Más tú que ella, si soy sincera.

—Me lo tomaré como un cumplido. Pero dime, ¿qué hay en mí que despierta tu curiosidad?

—No lo sé. Puede que sean tus ojos o el mentón partido los que te hagan especial. O es el conjunto. Eres lo opuesto a lo que he conocido hasta ahora. Estás en las antípodas de Beltrán.

—Soy un coñazo, Noa.

—¿Coñazo? ¿Para quién? Estoy convencida de que a tu lado nunca me aburriría.

—¿Significa eso que vas a entrar conmigo por esa puerta, si es que la encontramos?

—No. En absoluto.

Desilusionado, me quedé mudo. Pero en un instante me recuperé.

—Podríamos comprarte un traje de novia. Yo te cogería en brazos y así cruzaríamos juntos el umbral, como en los viejos tiempos.

—Salvo que no es el umbral de una puerta, sino un agujero de gusano sin materia exótica. ¿Has escuchado cómo suena?

—¿Y qué más da a dónde vayamos? La pregunta, Noa, es si quieres pasar el resto de tu vida conmigo… —No lo sé, Gerardo. Acabo de conocerte. Te llevo unos años, soy más conservadora, y algo más miedica.

—¿Y? Supongo que en el cielo la edad carecerá de importancia. Y tampoco creo que haya partido republicano.

—¡No hay cielo ahí detrás, Gerardo, debes convencerte! Es imposible…, es una

estupidez. ¿Es que no lo ves?

—Vale, dejémoslo en tablas. Vayamos allí y veamos qué encontramos.

—Me parece bien.

—¿Sabes qué es lo que siento, Noa? No podemos llevar este coche tan chulo.

Se echó a reír. Detuvo el vehículo. Habíamos llegado al número 12.

—Bájate. Cerraré los vuelos. La reserva es para mañana. Prepara la maleta y duerme un rato.

16

Era un vuelo de Iberia, operado por El Al Israel Airlines, con una duración de cuatro horas y cuarenta minutos.

El taxi nos dejó en la T4 hora y media antes de la salida. Pasamos los controles ordinarios y luego respondimos a las nada habituales preguntas de los agentes de seguridad israelíes, serios y pétreos como los leones del Congreso. No soy un delincuente, pero me sentí como si lo fuera. Aquellos hombres desconocían la presunción de inocencia. No obstante, en su descargo diré que salimos puntuales: el avión, como estaba previsto, despegó a las diez.

Era un miércoles de mediados de diciembre, un día poco habitual para viajes de negocios y una época poco propicia para el turismo, sin embargo, el vuelo iba completo. Por los idiomas que pude escuchar, gran parte del pasaje estaba formado por judíos residentes en Israel, bien empresarios, bien trabajadores. En ocasiones, hablaban hebreo, pero frecuentemente empleaban el español e incluso el inglés.

La diversidad de lenguas no sirvió de freno. Media hora después de despegar, el avión parecía un autobús. Todo el mundo se levantaba, montaba una tertulia en el pasillo y elevaba la voz. ¡Para que luego digan que los españoles somos ruidosos! Eso sí, en cuanto asomó la azafata portando el carrito de las bebidas, por arte de magia el pasillo se vació. La sobrecargo, una rubia de mediana edad con un imponente trasero, repartía las bandejas como si lanzara pelotas de béisbol, pero no se le cayó ninguna. Naturalmente, la comida era kosher: humus de garbanzos y una tarrina de tahina, pan de pita y un refresco muy dulzón. Yo me lo comí todo. Noa solo aceptó un vaso de agua. Estaba especialmente nerviosa.

Ella se había ocupado de todos los detalles del viaje. Y o veía por primera vez la documentación. Cuando eché un vistazo, pude comprobar que había cogido pasajes de ida y vuelta; esta última, abierta. Saqué el tema a colación durante el vuelo. Azorada, me aseguró que cogiéndolo de aquella forma salía más barato. Le recordé lo poco que eso nos importaba si no íbamos a regresar. Entonces, bostezó y aseguró que iba a echar una cabezadita. Con el jaleo, era imposible. Pero cerró los ojos y se hizo la dormida. Lo dejé correr. Pero me quedé pensando en ello: era evidente que no estábamos en línea.

Me había dado cuenta cuando vi su maleta. Pesaba como un mal matrimonio. Yo no había metido más que un par de mudas, una camisa limpia y las cosas de arreglarme. Ni siquiera había cogido el oboe, mi querido oboe. Y si había metido esa ropa en una maleta era para que nadie sospechara: viajar sin equipaje siempre puede despertar reticencias en la policía. Noa, sin embargo, se pasaba tanto de peso que tuvimos que trasladar parte de sus cosas a mi maleta. Ya en la puerta de embarque, a la espera de nuestra salida, comenté que allá donde íbamos no iba a necesitar tantos jerséis. (Ni tampoco cera para depilar, compresas o esa pequeña plancha con la que se alisa el pelo; cosas que vi cuando, en el control israelí, la obligaron a aligerar la

carga. Como es obvio, solo mencioné los jerséis).

—¿Por qué llevas tanta ropa? No sabemos qué nos espera allí. Quizás ni siquiera se vistan. Como Adán y Eva antes de la hoja de parra…

Me sacudió el hombro.

—¡Eso es lo que tú querrías, so cochino!

Le seguí la gracia. Siempre es más fácil sacar lo que llevas dentro cuando se habla en broma.

—Bueno, quizás nos den una túnica para anudar al hombro y la correspondiente lira. En eso te llevo ventaja. Tú tendrás que hacer un cursillo acelerado de solfeo.

En ese instante, nos llamaron para embarcar y no pudimos continuar la conversación. De modo que me quedé con la duda de las verdaderas intenciones de Noa.

Tanto siguió en sus trece, con los ojos cerrados, que finalmente se quedó dormida. Despertó con la voz del piloto, que nos informaba por el altavoz de las condiciones meteorológicas: en Tel Aviv la temperatura era de catorce grados, cifra que descendía a diez en Jerusalén. El cielo estaba cubierto y la humedad del aire alcanzaba el setenta y uno por ciento. Anochecería a las 16:35 horas.

—¡Ya hemos llegado! Reconozco que pisar este suelo me emociona. Ni borracho hubiera imaginado que mi vida acabaría en esta tierra milenaria —exclamé—. ¿Y tú?

Negó un par de veces. Pero contestó a su manera.

—Pues con tanta humedad, se me va a poner el pelo como una escarola. ¿A ti no se te riza?

—Es una de las ventajas de la alopecia… Busquemos un taxi.

Llevaba abrigo, y el taxi, la calefacción puesta, pero cuanto más nos acercábamos a Jerusalén, más frío sentía. Supongo que a ese fenómeno se le conoce como «miedo».

Imagino que el taxista debió de vernos cara de pánfilos y decidió sacar rendimiento a la carrera, ya de por si larga. Al llegar a la ciudad, no se dirigió directamente al hotel, sino que nos deleitó con un completo recorrido por las caóticas calles de la urbe. Noa y yo íbamos cogidos de la mano, pero la vista y la mente se nos escapaban por nuestras respectivas ventanillas.

A excepción de Madrid, que empiezo ahora a saborear, mis pies no han pateado más calles que las de Lugo, Pedrafita do Cebreiro o Ribadeo. Es corta experiencia para decir lo que voy a decir, sin embargo, creo no equivocarme al asegurarles que lo que vi tras el cristal es completamente irrepetible. Como en casi todas partes, había viejas construcciones y p lazas: recovecos y rincones: templos con pátina de siglos, supervivientes de fuegos y saqueos, junto a otros tan modernos como feos que intentan elevarse hacia el cielo y soltarse de la tierra. Como en otras ciudades orientales, había tienditas apretujadas empujando a otras tienditas, exhibiendo especias, y cacharros de metal, y chilabas y zapatos; gente tomando té y agua mineral, callejas estrechas, resignación y alegría, y niños corriendo por todas partes.

Los vi oscuros y claros, con rizos en las patillas o gorras de béisbol; pegados, pero no juntos, compartiendo un espacio congelado hace siglos. Y ruido, ruido sin escatimar entre paredes horadadas por la humedad y el odio. Ruidos árabes, ruidos coptos y armemos, ruidos católicos, ruidos hebreos: ruido blanco. Y gatos. Muchos gatos. Estaban por todas partes. Gatos de sábado, de vísperas y del ramadán. Gatos de nadie y de todos. Gatos de Jerusalén.

El lugar, apergaminado pero con *wifi*, era pintoresco y precioso, sin embargo, era mucho más que eso. Jerusalén es otra cosa. No sé cómo expresarlo. No parecía humana, más bien una de esas singularidades que describen los físicos, un fenómeno inexplicable con las herramientas que habitualmente empleamos. Una inusual mezcla de agua y aceite, de espacios y tiempo, como una virgen que ha pasado por muchas manos.

No consigo expresar lo que sentí, pero no me refiero a que viera mujeres vestidas de cucarachas o rapadas con peluca mezcladas con otras que calzaban vaqueros y labios rojo pasión: o a que hombres con gorros de piel caminaran junto a muchachos bomba, en edad de jugar a las canicas. Hablo de un lugar sin destetar, enquistado entre el cielo y la tie1ra.

Quizás así entiendan lo que quiero decir: mirando por la ventanilla del desvencijado taxi, tuve por cierto que, de tener el cielo una puerta trasera, estaría allí; y de tenerla el infierno, también.

17

Atardecía cuando llegamos al hotel. El cielo naranja se reflejaba sobre las piedras de la ciudad y la hacía parecer dorada. «Fuego, como en el infierno», pensé, y todo el cuerpo se me estrujó en un nuevo escalofrío. No pude pronunciar palabra hasta bajar del taxi.

Noa había reservado dos habitaciones en el American Colony, el hotel donde se había hospedado en su anterior visita con Koldo Otxotorena, un lugar encantador, entre el este y el oeste, a un paso de la ciudad antigua. El tranquilo y pequeño hotel, apenas ochenta habitaciones, se diseminaba por el exuberante jardín en forma de varios edificios. Estábamos aloja dos en el principal, una construcción del siglo XIX, levantada sobre las ruinas de un palacio otomano, que contaba con un precioso patio central. Era mi primera visita a un cinco estrellas y me pareció magnífico.

Nuestras habitaciones eran tipo estándar, o al menos así las vendían, pero disponían de algodonosas batas de baño, pantuflas de cortesía, fruta y vino local sobre la mesa, y una bañera de ensueño. Me comí una de las frutas, una especie de melocotón pequeño, de carne seca pero bastante dulce, que no he vuelto a tomar nunca y del que desconozco hasta el nombre: me bebí una copita y salí.

Noa continuaba deshaciendo su enorme maleta y yo me dediqué a recorrer las instalaciones: decoración típicamente árabe, con comodidades del siglo XX y clientes americanos. Andando, llegué a la zona deportiva: gimnasio, sauna y una piscina descubierta.

Naturalmente, la zona exterior estaba vacía, estaríamos a siete u ocho grados, pero me senté en una de las hamacas para disfrutar de la paz de la tarde. Desde mi ubicación, alcanzaba a ver el picacho del minarete de una mezquita cercana. En aquel momento, el imán llamaba a la oración de la tarde. Todo me pareció un sueño. El sueño de las mil y una noches, salvo que yo no disponía más que de aquella, la última de mi vida. Al día siguiente partiría hacia mi patria definitiva, fuera la que fuera. Reconozco que sentí nostalgia. Me dio pena marcharme del mundo tan pronto, sin casi conocerlo.

Empezaba a ponerme triste, de modo que me levanté y desanduve mis pasos en busca de Noa. No había perdido el tiempo. La encontré en recepción, preguntando cómo conseguir un guía que hablara español o inglés. La señorita de recepción nos entregó un par de folletos con información sobre excursiones y tuvimos que explicarle que necesitábamos otra cosa. No preguntó de qué se trataba, pero entendió perfectamente. Nos sugirió que hablásemos con Ákil Mattar: él era nuestro hombre si queríamos cualquier otra cosa.

«No tiene pérdida», señaló. Era cierto. Resultaba tan fácil distinguir su silueta como saber de su existencia por su abierto vicio. Fumaba un tabaco peculiar, fuerte y seco. Con solo olisquear su aroma sabías que se hallaba cerca. Ákil Mattar, jefe de

seguridad del American Colony, un hombre de unos sesenta años, fuerte, alto y con una pronunciada barriga, se hallaba sentado en la garita de la entrada, con los ojos zurcidos en su iPhone. Lo abandonó cuando nos vio llegar.

Se puso en pie.

Impresionaba: al menos, me sacaba una cabeza. El tono de su piel, sus rasgos y su pelo, oscuro y rizado, reflejaban su ascendencia árabe, sin embargo, había algo occidental en sus maneras; un regusto civilizado, casi americano. De hecho, luego nos enteramos de que era el único encargado de seguridad no judío en toda la ciudad. Los empleados, todos árabes, obedecían sus órdenes de inmediato y con la cabeza gacha, aunque él nunca levantaba la voz. Era más que probable que, como todos los que habitaban aquella zona llena de muros de cemento y de otros, invisibles, mucho más peligrosos, odiara a los judíos (me fijé en que a los que llegaban tardaba más de la cuenta en abrirles la barrera), pero su comportamiento no lo demostraba, al menos, abiertamente.

Nos presentamos y expusimos con extremada amabilidad, ya que los árabes son muy ceremoniosos, que necesitábamos un guía que hablara inglés o español y que nos acompañara al día siguiente, temprano, al centro de la ciudad.

—La ciudad vieja, supongo. Recorrerla les llevará todo el día —contestó.

Le explicamos que lo que nos interesaba era el centro geográfico, un lugar en el que había habido un corrimiento de tierras durante el terremoto del año anterior. No respondió. Sacó uno de sus cigarrillos y comenzó a fumar. Como seguía sin mentar palabra, añadí:

—Tenemos las coordenadas exactas. —Y por si hacía falta, Noa abrió su libreta y leyó la dirección en voz alta.

Mattar sacó de nuevo el iPhone y tecleó las coordenadas.

—Eso está a unos dos kilómetros, pero no hay nada que ver allí —rezongó. Su inglés contaba con un perfecto acento de Oxford.

Asentí un par de veces, y le expliqué que éramos una especie de arqueólogos interesados en lo que la tierra deja al descubierto tras los seísmos. Tuve la sensación de que no creyó una palabra de lo que dijimos. Pero se limitó a quedarse callado, mirándonos fijamente. Por fin, se giró en dirección al jardín que había a su espalda y escupió, una chusca manera de sugerir que, siendo clientes del hotel, debía creer cualquier cosa que le dijéramos, pero que no tenía un pelo de tonto.

—¿De dónde vienen? —nos preguntó al cabo de unos instantes.

—Somos españoles —respondió Noa, que pareció relajarse.

—Es curioso. Hace cosa de un año, poco más o menos, en el mes de noviembre si no recuerdo mal, otros dos clientes del hotel, una joven norteamericana y un científico español, me pidieron un guía para esa misma dirección. Querían recorrer las galerías subterráneas, abiertas tras el seísmo.

Se me pusieron los pelos de punta. Traté de disimular lo mejor que pude. Como no lo logré, y Noa tampoco, opté por cambiar de estrategia.

—Creo saber quiénes son: el profesor Múgica y Ruth Kaufmann. No los conocemos personalmente, pero hemos oído hablar de ellos. Y, en efecto, hace un año que nadie los ve.

—Del hotel se fueron sin liquidar sus respectivas cuentas. Dejaron sus pertenencias en las habitaciones. Todas, pasaportes incluidos. Nadie vino a recogerlos. Yo los busqué sin éxito por la ciudad. Al parecer, se perdieron allí dentro, entre los túneles. Algo muy extraño, la verdad. Nos vimos obligados a avisar a las autoridades… ¿Están seguros de querer entrar ahí?

Tragué saliva.

—Creo que sí. Pero sería bueno que contáramos con un guía experto para que no nos pase lo mismo. Y, por supuesto, dejaremos la cuenta pagada…

—En la dirección que me han facilitado hay un restaurante, uno muy caro. Se dice que es uno de los mejores de la ciudad. ¿Han hablado con el dueño para solicitar una visita?

—No. Ni siquiera conocíamos la existencia de ese restaurante. ¿Podría llamarlos usted?

—Poder, puedo. Pero es judío, y no creo que le haga mucha gracia que un árabe le pida un favor como ese.

Enarqué las cejas decepcionado.

—¡Vaya! ¿Y qué podemos hacer?

Se entretuvo unos minutos. Hizo un par de llamadas en árabe, que, por descontado, no comprendimos, y luego nos dijo:

—Síganme, por favor. Hablaremos con Hamid, regenta la tienda de antigüedades del American Colony. Me acaban de confirmar que tiene un primo cuyo cuñado trabaja de camarero en ese restaurante. En su bodega, está la entrada a ese túnel que buscan, el que se movió con el terremoto del año pasado. Es posible que esté disponible y pueda acompañarles, aunque yo no les he dicho nada. Y Hamid tampoco.

—Por eso no se preocupe. Somos como tumbas.

Con una sonrisa en los labios, le seguimos.

18

Quizás una de las mejores cosas del American Colony sean sus coquetos jardines, llenos de recovecos, áreas donde sentarse a leer y tomarse una bebida caliente en invierno o fría en verano.

En la antesala de esos jardines, en una construcción anexa, diseñada con poco gusto, a mi entender, frente al edificio principal, habían levantado una tienda. La había visto al pasar en el taxi. A ella nos dirigimos. En la parte superior, un pequeño escaparate exhibía pedrería semipreciosa, platería, cerámica «de la época romana» y algún que otro reclamo para turistas ricos y caprichosos. En el sótano, al que se accedía por una escalera de caracol, situada en el medio de la tienda, se exponían alfombras y tapices: pakistaníes, afganas, kilims, gabbes persas e indias, gashghais antiguas y menos antiguas… había de todos los colores y tamaños, en abundancia.

Descendimos. Me quedé prendado del olor del aire. Olía a una extraña esencia, bastante fuerte. Me pareció que allí no había nadie, pero, de pronto, como de la nada, junto a nosotros se materializó un hombre. El tono de piel era el mismo que el de Ákil Mattar, pero en lo demás no se le parecía. Era un tipo enjuto, minúsculo, con los dientes amarillentos. Al tacto, sus manos eran tan frías que me recordó a un reptil. Nos sonrió con una mueca forzada y se quedó mirando al jefe de seguridad, que habló con él en árabe y luego con nosotros en inglés.

—Hamid hablará con su primo y este con su cuñado. Vendrá a buscarlos mañana a las seis. El restaurante abre a las diez, pero es mejor no arriesgar. A las ocho tendrán que estar fuera. Deberán pagarle tres mil dólares. Si no disponen de esa moneda, también aceptará euros.

—¿Tres mil dólares? ¡Eso es una fortuna! —exclamé.

—Es justo. Si le pillan, perderá el empleo. No le den más ni menos. Si busca negociar, no se lo permitan. ¿OK?

Ambos asentimos y los tres salimos de la tienda. Mattar volvió a su garita y a su iPhone. Noa se fue a la habitación, me advirtió que necesitaba visitar urgentemente el baño, y yo me quedé un rato observando las ánforas romanas y los collares que se exponían en el escaparate. Hamid se me acercó por detrás. Llevaba un precioso collar en la mano.

—Llévese este para su esposa —me susurró al oído—. Tiene el mismo color que sus ojos. Le haré un buen descuento.

Me volví y lo cogí. Era una maravilla.

Como creo haber dicho, soy malo mercadeando. Dejé mi cuenta corriente vacía. Hamid me sacó exactamente lo que tenía.

19

La del dieciséis de diciembre fue para casi todo el mundo una noche cualquiera, cortada por el mismo patrón que la del quince y probablemente que la del diecisiete. Una velada tranquila de luna llena, para dormir, llorar, o quizás amar. Una noche que para mí, y esperaba que también para Noa, sería única. Única e irrepetible, en el sentido más literal del término.

Todo estaba en calma. Había vuelto la lluvia, una tela fina y suave que parecía querer lavar el ambiente sin levantar sospechas. Me quité la ropa y la dejé metódicamente doblada en la silla de la habitación. Ya lo decía Marx, el poder de las costumbres puede ser mayo r que el de las armas. Yo, sin ir más lejos, me disponía a jugar a la ruleta rusa, pero no olvidaba estirar el pantalón, mi querido pantalón de mezclilla marrón.

Me di una larga ducha y me puse el pijama. Una nube dolorosa me bombardeaba la cabeza cuando me metí en la cama, una pieza enorme, de colchón duro y edredón esponjoso. Estaba terriblemente cansado. Ni siquiera el que fuera mi última noche a este lado del universo aminoró mi agotamiento. El viaje en avión me había resultado extenuante. Se ve que a mi cuerpo le desagrada atravesar tan rápidamente el espacio. Pero no quería dormir. Por eso no apagué la luz, y permanecí con los ojos abiertos, pensando en lo que iba a ocurrir pocas horas después, cuando ese guía árabe viniera a buscarnos y nos condujera a la última estación de aquel extraño, extrañísimo, viaje.

El American Colony es un hotel muy tranquilo y mi habitación daba al jardín. En una ocasión, escuché los ecos de las ruedas de un vehículo que había tomado la curva a demasiada velocidad; el resto del tiempo, nada. Hubiera preferido dormir sobre una discoteca en día festivo. La nada puede tener un sonido aterrador, que de noche adquiere el color del peligro. Sopesé encender la televisión, pero no lo hice. Noa descansaba en la habitación contigua y no quería despertarla, si es que dormía. Además, escuchar frases en hebreo no me seducía.

Me hubiera gustado tener una sola habitación. Pero había sido ella la que había hecho la reserva, y yo no me atreví a decir nada. A fin de cuentas, teníamos toda la eternidad por delante.

Durante la cena, había estado bastante rara. Había insistido en su visión de los hechos, y repetido un par de veces su cantinela, para luego darse por vencida y encerrarse en su mutismo. Habíamos cenado en uno de los restaurantes del hotel. Los panecillos estaban muy sabrosos, eso sí lo recuerdo, aunque no qué pedimos. Pero sé que ella no esperó a que me trajeran el poleo que había pedido. Se disculpó alegando que estaba cansada y se retiró.

Tumbado en la cama, me pasé un buen rato mirando el movimiento de una pequeña araña de cuerpo oscuro y peludo que paseaba por la lámpara, labrando su trampa mortal. Esa palabra, «trampa», en cualquiera de sus vertientes —sugestión, mala interpretación de las pistas, engaño— se me clavaba como las espinas de un

cactus y me dejaba seco el cerebro. O, mejor, temblando. Esa era la hipótesis de Noa, una posibilidad que yo me apresuré a negar con gran contundencia, pero sin estar del todo convencido.

Por enésima vez, repasé uno a uno los hechos que me habían conducido desde un instituto de Lugo hasta un hotel de cinco estrellas en el culo del mundo, y terminé por concluir que, lo mirara por donde lo mirara, lo acontecido resultaba tan raro como un perro verde, pero tan cierto como el tomate que adornaba mi calcetín derecho y tan tozudo como mi calvicie androgénica. Muy a mi pesar, había seguido las pistas y ellas me habían conducido hasta allí. Yo no había inclinado en ningún momento la balanza para que así fuera. Había sido el destino quien, por puro capricho, me había escogido a mí. O quizás solo había elegido al ático, y yo pasaba por allí.

Cerré los ojos y traté de acompasar la respiración. Y recé con toda la convicción de la que fui capaz. No sé muy bien a quién. Era la cara de mi tía Ermita la que, a falta de algo mejor, mi subconsciente dibujaba, y aunque sabía que ella no era Dios, ni siquiera un ángel, le rogué (a ella y a quien me oyera desde el infinito) que me echara una mano y confirmara mí decisión. Desde aquel día, en el ático, no había tenido más visiones de aquella tumba abierta y sin morador. Creía que, posteriormente, como me ocurrió con la muerte de Koldo, llegarían otros *flashes* que confirmaran el primero y tranquilizaran mi ánimo. Pero no. Esta vez, el destino se había encargado de robar furtivamente cualquier réplica. Y eso me preocupaba. Porque, en efecto, en ese punto, Noa tenía razón. Las coordenadas que manejábamos apuntaban a un lugar que se hallaba en el interior de las murallas en la época en que Pilatos situaba el relato. Y ese era el problema, porque todas las fuentes certificaban que Jesucristo fue enterrado extramuros. Si aquel primigenio terremoto había sido ocasionado por la resurrección de Cristo, la dirección estaba equivocada. No obstante, Múgica y Ruth se habían tomado muchas molestias para conducirnos hasta aquel lugar. Quizás fuera precisamente porque en otro caso no lo habríamos encontrado. O quizás ellos, simplemente, se habían equivocado y lo que encontrábamos no era la puerta del cielo, sino una sepultura en un infesto subsuelo israelí.

Miré el reloj. Las tres. A las seis, el guía vendría a buscarnos y ya no habría vuelta atrás. Apagué la luz y traté de descansar. Y lo conseguí. Lo siguiente que recuerdo es el despertador, la rápida ducha y los golpes en la puerta.

Noa.

20

No se había maquillado. Salvo un ligero brillo en los labios, parecía llevar la cara lavada. Hacía fresco, de modo que el color de las mejillas era, a todas luces, rubor fruto de la emoción del momento. Me llamó la atención su vestimenta: vaqueros y un jersey fino. Me retiré hacia la izquierda.

—Pasa, por favor —dije.

—No, gracias. Prefiero quedarme aquí.

—Deberías coger un anorak. A estas horas, hace frío —agregué.

Tardó unos instantes en contestar. Décimas de segundo que aproveché para observarla. Parecía al mismo tiempo decidida y dudosa. Fuerte y débil. Desde que llegamos a Jerusalén, supongo que por la humedad, la cabeza se le había llenado de rizos. Me gusta cómo le quedan, especialmente en el flequillo. Le confieren aspecto pícaro.

—No me va a hacer falta. No voy a acompañarte, Gerardo.

—¿Que no vienes?, ¿por qué?

No respondió.

—Estás nerviosa. Es natural. No es algo que se haga todos los días. Anda, ve a por una prenda de abrigo. —Miré el reloj. Las cinco y cuarenta y cinco—. Te espero. Tenemos tiempo de sobra.

Siguió en sus trece.

—No, Gerardo, no voy a ir. Estoy aquí para intentar convencerte de que tú tampoco vayas. Todo esto es absurdo. Ni siquiera sabes a dónde vas.

—Bueno, la puerta del cielo solo puede conducir al cielo. Aunque, por las mismas, estoy casi seguro de que, de una u otra forma, atravesar esa puerta nos conducirá a la muerte. Y esa sí que es para toda la vida.

—¿Y qué crees tú que es el cielo? —me preguntó.

—No lo sé, querida mía. Pero lo que percibí en la visión me pareció maravilloso.

—Tocabas la lira, supongo —replicó.

—Para estar a un par de kilómetros del descubrimiento del siglo, estás un poco cínica, ¿no crees?

Tras mi comentario, Noa volvió a quedarse callada.

Nos miramos durante unos instantes que me parecieron eternos. Finalmente, suspiró y dijo:

—No tenemos obligación de ir, Gerardo. Ninguna.

—Es demasiado tarde para volverse atrás.

—Nunca es demasiado tarde. Podemos regresar: los billetes siguen aquí.

—¿Regresar?, ¿para qué, para enseñar a unos mocosos con cabeza de asno? ¿Para quedarme calvo? ¿Para saborear la mezquindad de mi vida anterior? Y a ti, ¿qué te espera?: ¿una oficina plagada de demonios tan malvados que se han cargado a tu jefe? Es demasiado tarde para ambos.

—No es tarde para ser felices.

—¡Vaya, ya salió la maldita palabra! —objeté—. La felicidad no es más que una patraña, no significa nada. En este mundo es imposible ser feliz.

—¿Nunca has sido feliz? ¿En tu casa, en tu infancia, conmigo…? —balbució.

Me acerqué y tomé sus manos.

—¿Acaso no te he pedido que me acompañes? Es nuestra única posibilidad.

—Podemos regresar a Madrid y empezar de nuevo.

—¡No puedo creer que digas eso!

—El otro día, en el rastro, me fijé en la mirada de ese tipo, Ferlucci, el que tenía el Moleskine: destilaba odio. Ese hombre no sabe lo que es querer. Siempre estará solo. Allá donde vaya, habrá un infierno. Sin embargo, tú…, tú tienes esperanza en el rostro, alegría. Tu cariño será el cielo de cualquier mujer. ¿Qué importan los bichos que corran por tus venas?; ¿qué si naciste en Madrid o en Lugo?; ¿qué si tienes una tía meiga o un cuñado barrendero? Por eso me pregunto qué hacemos levantados a las cinco de la madrugada, discutiendo si morir es una buena opción…

Negué varias veces con la cabeza.

—Te lo he explicado un sinfín de veces, Noa. Mucha gente debe conquistar su futuro con gran esfuerzo, pero a otros, el destino nos viene a buscar, sin luchas, ni crisis. El ático ha sido el preludio de un horizonte nuevo, el anuncio de algo que está por venir, algo que está aquí en Jerusalén. N o tenía ninguna predisposición cuando entré en él, pero ahora estoy seguro. No soy un lucense cualquiera, un profesor palurdo y bastardo. Voy a hacer algo importante, por fin.

—¡Qué equivocado estás, solo lo cotidiano tiene valor!

—¿Lo cotidiano? ¿Lugo? ¡Ni hablar! Estoy harto de ser un don nadie, de fingir ser un don nadie. Ahora soy consciente del poder que tengo en mi mano, Noa. He nacido con un don, uno que me faculta para entrever el futuro. Ese don me ha permitido verme contigo pasando por esa puerta. Ese es nuestro destino.

—Dijiste que yo no salía en tu visión.

—Es cierto, pero el destino ha atado nuestros caminos. Como ocurrió con Ruth y Múgica. Él era un genio, vino hasta aquí y cruzó esa puerta; yo no alcanzo a comprender cómo funciona ese agujero de gusano, pero él, que sí lo comprendía, entró.

Noa seguía en la puerta cruzada de brazos, sin atreverse a avanzar. En ese momento, recordé el regalo. Me acerqué al armario, donde había escondido el collar. Lo desenvolví, regresé a la puerta y se lo entregué.

—¿Quieres ponértelo, por favor? El color es idéntico al de tus ojos. Ya que no he conseguido que te compres un traje de novia, quiero que atravieses esa puerta vestida como una reina.

Los ojos se le llenaron de agua.

—¿Qué te ocurre?, ¿no te gusta?

—Es el collar más bonito que he visto en mi vida.

—Entonces, vayamos ya de una vez, mujer —reiteré.

Me miró con ternura, pero lo que dijo no sonó nada tierno.

—No voy a acompañarte, Gerardo.

—¿Por qué?: ¡te estoy ofreciendo el cielo!

—¿El cielo, tú? ¡No puedes ofrecer lo que no es tuyo!

—¡Es mío! ¡Yo lo he encontrado!

—¡No sabes lo que dices! El cielo se gana, no se encuentra… ¡Por favor, escúchate! Todo esto es absurdo. Dices que no crees en Dios, pero te vas a meter en un agujero de gusano con la esperanza de que Él tenga el cielo bien acondicionado. ¡Es irracional! Además, tú dices no conocer a Dios: ¿te vas a pasar toda la eternidad en compañía de alguien que no conoces?

Se abrió una de las puertas del pasillo y salieron dos personas que nos miraron de refilón.

—Deberíamos continuar dentro esta conversación. Podemos molestar a los demás huéspedes —susurré.

Noa accedió.

Entró. Cerré la puerta, pero abrí la ventana. Necesitaba un poco de aire. Hacía frío y el viento olía a lluvia. Levanté la vista. Había muchas nubes, pequeñas y grises, esparcidas por el cielo. No se veía una sola estrella. Noté un escalofrío y, de pronto, me sentí muy solo y muy pequeño.

—No sé qué decirte, Noa, salvo que esa puerta me ha escogido, ha venido a buscarme y se ha abierto para mí. Se ve que Dios es caprichoso. ¿Puedo yo oponerme a sus dictados?

Al principio, no replicó. Me dejó hablar, sin cambiar el gesto ni la postura. Me despaché a gusto. Cuando ya no me quedó más que decir, respondió:

—Lo que a mí me preocupa, Gerardo, es precisamente lo que a ti te anima. No soy teóloga diplomada, ni siquiera aficionada, pero sé que Dios no actúa como tú lo pintas. Él suele pasar inadvertido: habla en el silencio y se presenta como una brisa suave. No fuerza, no empuja, no asusta. Pero tú estás aquí porque no te han dejado opción. Nada de eso me cuadra con la idea de Dios que tengo en la cabeza. Lo que está ocurriendo no huele a cielo. Más bien huele a trampa de ese tal Ferlucci.

Una nube más grande y más oscura se encaró con el sol naciente y, por unos instantes, volvieron las duras tinieblas. Sonaron unos golpes en la puerta. Un empleado con cara somnolienta nos entregó una nota. Mattar, el jefe de seguridad, había llamado facilitando el número de la matrícula del vehículo que pasaría a recogernos. Se agotaba el tiempo. Agarré mi cazadora.

Era lo único que pensaba llevar.

—Tenemos que irnos. Ven conmigo, por favor.

N o a negó con la cabeza, dio unos pasos hacia atrás hasta quedar apoyada en la pared. Me acerqué a ella.

—Comprendo tus temores; yo mismo los sentí cuando la casa se desmandó. De

no ser por la visión, incluso los compartiría. Pero la premonición cambia el panorama completamente. Todo puede cuestionarse, todo se agita alrededor, con una brisa similar a la que sopla ahora. Todo menos la visión. Ella no falla. Por ella podemos desentendernos de tus reticencias.

Se le pusieron los ojos muy brillantes. No por las lágrimas, sino por algo parecido a la rabia.

—¿Sabes lo que veo yo en tu visión? Veo una coincidencia muy peligrosa. Veo cómo la historia se repite. El profesor Múgica estaba obsesionado con tender puentes entre universos paralelos y, mira por dónde, viene Pilatos a ofrecerle un estrambótico agujero de gusano. Un puente para unir lo físico y lo metafísico. Un puente al que llega con sus propios medios. Y tú…

—¡Un momento! Recuerda que yo no tengo absolutamente nada que ver con Lalo Múgica: ¡ni siquiera le conozco!

—¡Tienes muchísimo en común con él! ¿No te das cuenta? Dime, ¿desde cuándo no habías tenido una premonición? ¿Quince, dieciséis años? Y, de pronto, ¡zas! Vuelven a empezar.

—¿Y qué importancia tiene que hayan tardado quince años en volver? Koldo murió exactamente como mi sueño predijo.

—¿Y porque sueñes con una tumba abierta vas a meterte en ella? ¿Acaso soñaste que ibas a ser feliz allí?, ¿viste la paz, la alegría, lo contento que ibas a estar? ¡No! Esas son sugestiones del demonio. ¿Vas a abrir en canal a una paloma para escribir tu nombre con sangre?

—No te pases, Noa. Las cosas son como son.

Demasiadas casualidades dan un hecho. Si en esas coordenadas encuentro una tumba similar a la que he visto, entraré. Estoy predestinado.

—¡Qué bobada! ¡Nadie está predestinado! El cielo hay que ganárselo y tú no lo has hecho. Lo siento, pero debo decirte lo que pienso: estás ofuscado, como lo estuvo Múg1ca. No sé qué es lo que vas a encontrar allí, pero tengo la absoluta certeza de que no es el cielo.

Eran frases furiosas, pero certeras, y me hicieron dudar durante unos instantes. ¿Qué podría haber en el cielo? ¿Felicidad, paz, descanso? No sabía gran cosa acerca de esas palabras. Incluso aquel día sonaban tenebrosas, pero no me volví atrás. Creo en mis sueños, de modo que me convencí de la incapacidad de Noa para ver lo que se escondía dentro de mi disfraz.

«Eso ocurre por haber estado tanto tiempo rodeada de biblias. Tanta agua bendita y tantos discursos sobre demonios han terminado por condicionar su pensamiento», pensé.

Volví a mirar de reojo por la ventana. Las nubes acentuaban sus tonos grises. La tormenta estallaría pronto. Debíamos marcharnos.

—No es el cielo —rezongó Noa, que no parecía dispuesta a ceder—. Jesucristo, quien, según tu teoría, abrió al resucitar un puente con el cielo, fue enterrado fuera de

las murallas y esas coordenadas nos sitúan en pleno centro de Jerusalén. Lo dicen todas las fuentes. Lo afirman todos los Evangelios: el enterramiento fue extramuros. Al menos, ese detalle debía hacerte pensar…

—¿Pensar qué? ¿Por qué tengo que ser yo el equivocado? ¿No pueden errar el tiro esas fuentes? ¿Quiénes eran esos evangelistas?: ¡unos iletrados que escribieron lo que la gente quería oír! No sé qué pasó por su cabeza, pero sé lo que han visto mis ojos: estoy en lo cierto.

Sus ojos centelleaban, pero con suma lentitud se echó las manos a la nuca y se quitó una cadena que quedaba oculta bajo la ropa. Era fina, de oro, y llevaba colgada una pequeña cruz y una medalla del mismo metal. La ató a mi cuello, me entregó un sobre con dinero —dos mil ochocientos cincuenta euros— y, sin solución de continuidad, me soltó una bofetada de órdago mientras farfullaba «¡Que Dios te proteja!» o algo por el estilo. Luego, dio media vuelta y se encerró en su habitación.

El sopapo me dolió tanto en la cara como en el alma, pero no repliqué. No merecía la pena. Ella había tomado su decisión y yo la mía. Cerré la puerta de un golpe y me dirigí a la salida. Esperé en el porche del hotel, junto a las escaleras. En las columnas, crecía una enredadera, que, debido a la época, estaba pelada y marrón.

Pasaron unos minutos. El cuñado del primo del dueño de la tienda de alfombras no daba señales de vida. Quizás se hubiera echado atrás. O se hiciera esperar para intentar subir el precio. Una ráfaga de viento se me metió por el cuello de la camisa. Me cerré la cremallera, no quería coger un catarro. «Aunque poco importa —me dije —. Si el cielo es eterno, ¡vivan los virus!».

Por el rabillo del ojo, observé acercarse a alguien. Se detuvo en la garita del jardín y se quedó allí, como una estatua cenceña y patizamba. Me buscó con los ojos y me sonrió. Sus dientes, blancos como nieve recién caída, parecían retarme.

21

Empleó el inglés —un inglés yanqui— para decirme su nombre: Pyro. No sonaba árabe, pero tampoco su aspecto lo era, pese a la vestimenta. Tenía la piel blanquísima y los ojos negrísimos; vestía vaqueros, zapatillas deportivas y un hiyab. Sí, en efecto, era una chica. Aseguró que su marido, el camarero, el cuñado del primo de Hamid, estaba enfermo y que ella me acompañaría. Tenía todas las llaves. No me gustó, pero enseguida acallé mis reticencias: ¿qué más daba el género de quien me condujera a mi destino?

Repetí la dirección en voz alta. Asintió, pero antes me pidió que le pagara. Le entregué el sobre que Noa me había dado. Lo contó y luego lo guardó en el bolsillo del pantalón. Nos subimos en su coche, un Mercedes verde oscuro. Viejo, lo menos veinte años, y diésel por el mido que metía. Nos dirigimos al sur y giramos hacia la izquierda; luego, dos veces a la derecha. Más o menos un kilómetro después, tomamos, de nuevo, la carretera de la izquierda y entramos en una rotonda. La calle estaba repleta de coches aparcados, incluso alguno en doble fila, sin embargo, ella encontró sitio a la primera.

Había amanecido poco antes de las cinco. La oscuridad había cedido, aunque las calles seguían vacías. Nos dirigimos a un callejón cercano, que atravesamos. El restaurante estaba ubicado al final, en una casa antigua, de piedra, a la que se accedía por un patio adornado por columnas, algunas plantas descuidadas y una mesa redonda con cuatro sillas en el centro. La puerta estaba dotada de una alarma electrónica que la joven desconectó. Entramos. Era un sitio pequeño. El suelo, extrañamente en cuesta, parecía sostener las mesas, vestidas con impolutos manteles blancos, en equilibrio inestable. Atravesamos el local en dirección a la cocina, que se abría a un pequeño patio ajardinado. Las frondosas plantas y los árboles cobijaban más mesas como las del interior, pero sin manteles. Me detuve un segundo y pensé lo agradable que hubiera sido llevar a Noa a cenar allí, pero era tarde para eso.

La mujer sujetó mi brazo y tiró de mí. «Vienen a limpiar a las ocho y media —me aclaró—, debemos apresuramos». Aceleré. Tras el patio, había un muro; en el muro, una puerta de madera que daba acceso a la bodega. Pyro tenía llave. Directamente, nada más abrir la puerta, sin descansillo, estaban las escaleras. Eran de piedra, estrechas, y giraban hacia la derecha. Avanzamos. En el primer rellano, encontramos una bodega bien surtida; en el segundo, de dimensiones más reducidas, cajas de madera y plástico, llenas de botellas vacías. En el tercero, de apenas cuatro metros, solo había una puerta cerrada. Cómo no, Pyro también tenía llave.

Nada más girarla, me llegó el olor; aquel olor, el mismo que pude percibir en la tumba de mi visión. Me detuve. La guía había sacado una linterna. Con esa exigua luz vi su rostro. Sonreía. Sus ojos brillaban de forma extraña, como si supiera mucho más de lo que debía. Aunque la temperatura era baja, mi poco amor por los sitios pequeños hizo que sintiera calor. Me desabroché la cazadora. El collar que Noa había

colgado de mi cuello relució.

—¿Por qué llevas eso? ¡Quítatelo! —indicó en castellano. Su tono era imperioso.

—Hablas mi idioma, mejor.

Su cara mostraba signos claros de nerviosismo. La luz de la linterna tremolaba en sus manos. Insistió en que me quitara la cruz.

—¿Por qué? No hace ningún daño.

—Ahí abajo no se puede llevar nada metálico.

Su actitud me sorprendió. Por otro lado, lo que decía no tenía fundamento alguno: mi reloj y el suyo eran metálicos, lo mismo que la linterna.

—¿Ahí abajo? ¿Qué sabes tú de lo que hay ahí abajo?

Sonrió ladinamente.

—Es el sitio que buscas desde hace tiempo, ¿no es así?

—¿De dónde sales?, ¿quién eres?

—¿No me conoces, Gerardo? Llevo meses contigo. Te he conducido hasta aquí. Has sido elegido.

—¿Eres Ferlucci? ¡Pero eres una mujer!

—Solo soy una enviada. Tú eres el importante. Te esperan…

—¿Quién me espera? —Tu destino

Empecé a sentir un fuerte dolor de cabeza y ganas de vomitar. Me sonrió y volvió a pronunciar palabras de ánimo, que enjabonaban mi mente. Pero ni su voz ni su sonrisa me gustaron. Yo había pedido un cicerone y me había encontrado con un adalid. Me sentí manipulado de nuevo.

—Avancemos —dijo.

No me opuse. Pese a que cada vez me encontraba peor y me sentía más nervioso, continué bajando. El aire era casi irrespirable, pero, de pronto, a la derecha, apareció una estancia más amplia. La reconocí de inmediato. ¡La tumba! Era exactamente la que había visto en mi visión. «¿Ves, Noa? ¡Todas mis visiones son certeras!», pensé.

—Es cierto: tus visiones siempre se cumplen —susurró.

—¿Qué has dicho?

—Que eres un elegido. Ahí dentro te espera la gloria. Tendrás todo lo que desees: una vida fácil y placentera; un liderazgo. Por fin se reconocerá tu valía. Pero tienes que quitarte ese collar. Ese sí es un manipulador: quiere que pienses que sufrir es bueno, que ser humillado es saludable. Pero tú sabes que no. Tú eres de los escogidos, un líder, no una oveja dispuesta a ser trasquilada. Salta ahí dentro, y lo tendrás todo.

—¿Quién me ha escogido?, ¿por qué?

—Iam not est differendi tempus!

Me dedico a la literatura, sé algo de latín. Comprendí que aquella chica me advertía de que el tiempo se acababa para mí. Lo que no entendí fue por qué ella conocía el idioma. Al ver mis reticencias, añadió, pronunciando con voz potente:

—Praecipio tiber!

—¿Te lo ordeno? ¿Qué me ordenas y en razón de qué? ¡Tú no eres quien para ordenarme nada!

Inclinó la cabeza.

—¡Por supuesto que no, Gerardo! Tú eres el importante. Tienes visiones. El señor te llama y debes seguirle. Pero no puedes entrar con eso. Nadie lleva una cruz si quiere ser feliz.

—¿El señor me llama? ¿Qué señor?

No había mucha luz, como digo, solo la de la linterna, pero pude ver cómo se le teñía la cara de rojo. No quiero decir que se pusiera colorada, ni que la ira le oscureciera las mejillas. No. Quiero decir lo que digo: la piel de Pyro parecía el caparazón de una nécora recién cocida. Respiró hondo un par de veces y pareció calmarse.

—De acuerdo, Gerardo, dime, ¿quieres cruzar esa puerta?

—¿A dónde conduce?

—A un lugar que ni en sueños podrías imaginar.

—¿Allí está Dios?

—¿Dios? ¿Acaso te hace falta Dios para ser feliz?

Soy gallego, en eso llevo ventaja.

—Entonces, no es la puerta del cielo.

—Es la puerta de un paraíso. El paraíso de los elegidos. Pasarías por encima de cualquiera porque sabes que tienes razón, que tú mismo tienes dones divinos. Como yo.

—No soy ningún dios, soy de Lugo.

—Lo serás si te quitas ese collar y saltas. Múgica ya está allí, él te dejó las pistas. Con mi ayuda.

—¿Con tu ayuda? Pero ¿quién eres? ¿Qué quieres?

Se quitó el velo dejando ver una melena larga y lacia.

—¿Aún no me conoces? Soy Ruth. Estaba esperándote. Saltaremos juntos. Has tardado mucho.

En ese momento, escuché un sonido a mi espalda. Y una voz lejana, en off.

—¡Te lo dije: hay que darse prisa! Entra de una vez.

—No. Espera, esa es la voz de Noa.

—¿De esa monja? ¡No pierdas el tiempo con ella!

—No es ninguna monja.

La voz elevó el tono. Hablaba con alguien en inglés, y luego gritaba en español:

—¡No entres, Gerardo, que es una trampa! ¡Por todos los santos, espera!

Por fin, pude verlos. Primero, apareció Ákil Mattar, el jefe de seguridad del American Colony; luego, Noa. Ellos también llevaban una linterna. Y Mattar una pistola.

—¡Noa! ¿Qué ocurre?

—¡Es una trampa! Lo ha sido desde el principio. Mira. —Me tendió un papel—.

Ya sabes mi manía de hacer jeroglíficos y adivinanzas. Pues observa estas coordenadas.

Proyectó la luz de la linterna sobre la cuartilla. Había colocado las coordenadas una debajo de la otra y sumado las cifras.

31° 46′ 00″

35° 13′ 00″

66 60 00

—¡Tres seises! ¿Lo ves? Es el número de la bestia. ¡Te lo dije: es imposible que esto tenga que ver con Dios!

—Pero entonces…

Noa asintió.

—Estás a punto de entrar en la guarida del demonio.

Me giré y me enfrenté a Pyro.

—No hagas caso a esa vieja estúpida. ¡Estás destinado a la gloria! Tus visiones se cumplen. ¿Acaso esta no se ha de cumplir? Te viste entrando, ¿no es así? Pues no lo dilates más. El tiempo se acaba.

—¡No escuches, Gerardo! El poder de un demonio puede enviar sueños y hacerlos pasar por visiones.

—¡Hija de puta, vieja beata estúpida, cállate!

Miré hacia un lado y hacia otro. Aquella chica no me caía bien, pero tenía la certeza de poseer un don, algo que no podía manipularse. Los recuerdos se agolparon en mi cabeza: la muerte de Koldo, la profecía de mi tía Ermita, los canguros… «Te dará la felicidad si sabes manejarlo o te hundirá en la desgracia. Escoge bien: junto a mí tendría un ángel y un demonio».

Mattar seguía apuntando a la mujer con su pistola, pero se mantenía en silencio. Noa, al verme dudar, se acercó.

—¡Mírame! No sé qué busca esa tía, pero yo no quiero más que tu bien.

—¡Vieja, sabes que este es tu último partido! ¡Eso es lo que te mueve! ¿Acaso quieres volver a Ibiza? ¡No eres más que una puta!

La última afirmación me decidió por completo. Si en aquella historia había un ángel y un demonio, no había duda de quién era quién. Además, si Pyro era la guardiana de esa puerta, no merecía la pena traspasarla.

—¡Vámonos, Noa! —consentí.

Entonces, la chica soltó una carcajada espeluznante. Noa la enfocó. Y los tres presenciamos la más terrible experiencia que jamás hayamos vivido o viviremos.

De la mano de Ruth nació una pequeña llama que lanzó contra Noa y Mattar. Al contacto con el suelo, se transformó en una enorme llamarada, una especie de cortina de fuego que me separó de ellos. Me encontré frente a frente con la chica, que me miraba con cara burlona. De pronto, empezó a girar sobre sí misma. Cuando se detuvo y la observé, me quedé paralizado, estupefacto. Ya no era Pyro, o Ruth, o como fuera que se llamara aquella mujer: era mi tía Ermita, vestida con la túnica

azulona con la que asistió a aquella reunión de Corcubión. La misma que nunca apareció.

—Hola, Gerardiño, me alegra verte. Percibo que sigues receloso, por eso vengo en persona a buscarte.

—¡Pero tú estás muerta: yo mismo cerré la tapa de tu ataúd!

—Nadie muere del todo, filliño; a estas alturas ya deberías haber aprendido eso. Además, la cuestión no es morir o no morir, sino cómo vivir. Si entras ahí, y lo harás porque eres listo y has heredado mis dones, tu vida será exactamente como has soñado, como te mereces. Si no lo haces, si te niegas a servirle, terminarás siendo el bastardo más desgraciado de la tierra. En Lugo, todos se reirán de ti. El Instituto al completo te despreciará. Y terminarás casándote con esa vieja gloria que no desea más que confundirte, y siendo un pobre desgraciado. ¿Estás listo?

Yo seguía atónito, incapaz de pronunciar palabra. Miraba, sin poder creerme lo que veía. Como tardaba en decidirme, empezó a impacientarse. Su voz se volvió agresiva.

—¡Dame tu garra de una vez, sobrino; me estás hartando! Y quítate esa maldita imagen del cuello.

Alargó el brazo para arrancarme la cadena con la cruz, pero logré zafarme. Entonces, empezó a blasfemar y a maldecir. Sus palabras me abrieron definitivamente la mente. Fue como despertar de una pesadilla.

—Mi tía Ermita jamás hubiera hablado así. ¿Quién eres?

Sé que lo que voy a contar a continuación va a sonarles a cuento chino del hijo bastardo de una meiga lucense. A estas alturas, habré perdido ante ustedes todo mi crédito y no se avendrán fácilmente a creerme. Pero les juro que es la pura verdad. Noa y Mattar, que no habían caído en las artes oscuras como yo, pueden dar fe. En fin, son ustedes libres de creer o no creer, pero esto fue lo que los tres vimos con nuestros propios ojos.

Se levantó en el aire y se quedó allí suspendida, flotando. Seguía blasfemando y soltando improperios, a cual más desagradable. De pronto, se metió en el fuego, pero, lejos de quemarse, su anatomía…, su biología, más bien, empezó a modificarse. Y o no salía de mi asombro. En un instante, le brotaron colmillos, y luego pequeños cuernos. Sus ojos se volvieron saltones y se tiñeron de rojo. El torso se hizo mayor, y las piernas más pequeñas. Le salieron canillas en sus pies doblados. La ropa, no sé cómo, desapareció. Y con una voz ronca me espetó:

—Yo soy Pyro, el príncipe. Hinca tus rodillas ante mí. Si me adoras, te haré poderoso. Serás el mayor brujo de la historia. Todos te honrarán. Tendrás las mujeres que quieras, dinero, riqueza y fama. Vivirás donde quieras. Tienes un don y te quiero conmigo. Deseo que me sirvas. Si lo haces, todo te será dado.

«Deseo que me sirvas. Si lo haces, todo te será dado».

Esa frase… Y ese tono de voz… Los había oído antes.

Pero ¿dónde? Cerré los ojos y traté de concentrarme, pero aquel ser no me lo

permitió. Parecía meterse en mi cabeza y frenar mi memoria: solo cabía su voz, que me retumbaba en las entrañas. Noa gritaba e intentaba acercarse a mí, pero el fuego se lo impedía. En vez de amilanarse, rebuscó en su bolso y sacó un bote. Lo abrió a toda prisa y lo volcó sobre las llamas, que se sofocaron de inmediato. Di por supuesto que se trataba de agua bendita.

Pyro se volvió rabioso. Extendió el brazo y la obligó a inclinarse.

—¡Puta, ponte de rodillas y adórame!

Noa, ya en el suelo, inclinó la cabeza y comenzó a recitar oraciones a voz en cuello. Pero no hablaba con aquel ser: eran padrenuestros. Según desgranaba esas oraciones, la ascendencia del demonio sobre mí iba reduciéndose. Cuando Noa pronunció «líbranos del maligno», mi mente quedó definitivamente libre. Y como en sueños, la imagen emergió.

Estaba en Ribadeo, jugando en el jardín. Casi había anochecido, pero hacía calor. De pronto, escuché que mi tía Ermita levantaba la voz. Era tarde y estaba sola. ¿Con quién hablaba? Me entró curiosidad, me acerqué y miré por la ventana. No pude ver a nadie, pero sí había una extraña sombra ovalada en una esquina.

«Deseo que me sirvas, y todo te será dado», silabeaba la sombra.

«Lárgate, Deón, jamás te serviré. Solo hay Uno a quien servir y no eres tú», respondía mi tía.

La sombra abandonó la habitación tirando todo lo que encontró a su paso. Me quedé un instante petrificado, pero luego reuní el valor y fui en su busca. Ermita estaba muy pálida, pero entera. «Líbrate de los demonios, Gerardiño. Solo dicen mentiras».

Recordé la sombra alargada que manchó las primeras fotografías que tomé del ático. Recordé a Koldo, y cómo insistía en llamar al demonio «el padre de la mentira». Recordé a mi querida vecina Encarna. Y mi cerrazón y mi orgullo supino se materializaron ante mí y caí en la cuenta de que, nuevamente, la historia se repetía. Y grité lo más fuerte que pude.

—¡Sé quién eres, bastardo! Tu nombre no es Pyro, te llamas Deón. ¡Eres el demonio que atormentaba a mi tía!

—Nunca la atormenté. Fue una fiel servidora. Está allí abajo. Si vienes conmigo, la verás. Ella te espera. Es muy lista, más que tú.

—¡Mientes! Se confesó y comulgó: nunca he visto una cara con más paz. Don Canuto la envió directa al cielo, donde tú nunca entrarás. ¡Ni hay puerta ni hay cielo para ti! Esta es tu guarida, una guarida llena de miseria y mentiras.

Entonces aulló. Su aullido taladró mis oídos con tanta fuerza que caí al suelo y, temblando, me puse a rezar pidiendo a Dios perdón. En aquel momento comprendí el significado de aquel mensaje viperino: «Seréis como dioses». Había estado a punto de tirar mi vida por la borda por mi estúpido orgullo. ¡Mis dones eran sagrados, mis talentos eran más importantes que la propia razón! ¿La puerta del cielo? ¡La puerta de los idiotas!

—¡Sí, soy Deón! Tu tía se me escapó, pero tú no. Si no entras ahí y me sirves, yo entraré en ti. Te poseeré y haré contigo lo que me venga en gana. Mira a esa zorra. Ni siquiera te ha dejado tocarla. ¿La quieres? ¡Tómala, te la doy, ya lo hizo con otros!

Me eché a reír.

—¿Tú? ¡Tú no puedes darme lo que no es tuyo!

—¡Todo es mío! ¡Yo soy el príncipe de este mundo!

—Tú eres una jodida boñiga de vaca. ¡Mírate, pareces un videojuego de tercera!

Volvió a aullar, al tiempo que se acercaba a mí y me alzaba del suelo con sus garras. Mi cabeza rozó el techo.

—¡No quieras saber lo que soy capaz de hacer! Las llamas del infierno no serán nada en comparación con lo que voy a hacer contigo. Y cuando acabe, me suplicarás que te permita servirme.

Sonreí. Koldo venía en mi ayuda.

—¡Como un perro encadenado, no puedes hacer nada si yo no me acerco! Y no pienso acercarme. ¡Santa María, líbranos del mal!

—A esa ni la mientes.

Al notar que le disgustaba, Noa siguió con la oración. Yo la secundé. Mattar también mascullaba frases en árabe. No entendí nada, salvo que llamaba a Alá. Entonces, el demonio comenzó a apretarme el cuello. Lo hizo con tanta fuerza que me desvanecí, pero antes escuché los disparos y el ruido de una especie de fardo al caer.

22

Llevo treinta y tres años sin ver de cerca una placa, y en poco más de una semana, me empacho de uniformes, preguntas incómodas y habitaciones cuadradas y estériles; una mesa, tres sillas, un ordenador y, casi siempre, una grabadora.

No obstante, la experiencia de Jerusalén resultó menos traumática de lo esperado. Y eso que todo pintaba negro. Lo digo por el asunto, no por el tiempo: el cielo se había limpiado por completo y, aunque soplaba un fuerte viento, el sol estaba en lo alto, solo, como si fuera un dictador de antaño. Pero el asunto que teníamos entre manos resultaba muy complicado: si un árabe, jefe de seguridad de un hotel americano de Jerusalén, dispara dos veces contra una judía con pasaporte yanqui en un restaurante de otro judío, cuya propiedad previamente ha allanado acompañado de dos españoles, y a resultas de los disparos la chica muere estando desarmada, lo normal es que se arme la gorda.

El inspector judío que nos tocó en suerte, un hombre de unos cincuenta años, que hablaba un inglés perfecto y un castellano con acento argentino, me sorprendió gratamente. Hizo preguntas, pocas, dada la coyuntura, pero no me atosigó, como me había ocurrido cuando la portera asesinó a Koldo Otxotorena delante de nuestras narices. A diferencia del madrileño, este formulaba escuetamente las cuestiones, te observaba sin hablar, y te concedía todo el tiempo que necesitaras, como si no tuviera otra cosa mejor que hacer. Más, si cabe, me sorprendió su joven ayudante. Era una chica delgada y un poco fea, que olía a colonia Nenuco. No pasaría, según mis cuentas, de los veintiuno, pero resultó muy culta. Al menos, en materia religiosa: era capaz de recitar las escrituras como si las hubiera mamado junto a la leche materna. Ella fue la que estropeó la coartada que Mattar había pergeñado y nos había comunicado a cada uno ordenándonos que la siguiéramos a rajatabla.

«Secuestro». Esa era la palabra clave. Ruth me había capturado. Noa, al darse cuenta de mi desaparición, había avisado al jefe de seguridad del hotel, quien, como tenía costumbre, había anotado la matrícula de un coche que había estacionado brevemente junto a la entrada del American Colony justo cuando el cliente salió. El vehículo resultó ser propiedad de un árabe cuyo iPhone estaba dotado de localizador por GPS. Siguiendo la señal, Mattar había descubierto el coche en una plaza del centro de la ciudad, y a su dueño amordazado en el maletero. La chica le había arrebatado las llaves del restaurante donde trabajaba. Solo hubieron de seguir las puertas abiertas para dar con nosotros. Al llegar, me vieron a punto de sucumbir a manos de aquella mujer, y Mattar se vio obligado a disparar.

El fuerte golpe que había recibido el verdadero primo del cuñado de Hammid (naturalmente, no mencionamos ese parentesco) le había producido una herida enorme y una conmoción cerebral. Tuvieron que trasladarlo al hospital, y transfundirle. Yo tenía mi propia prueba en el cuello, en forma de marcas de dedos puntiagudos teñidas de rojo. Ambas cosas confirmaban nuestra versión. Pero, como

digo, la joven ayudante lo estropeó todo.

Cuando expliqué al inspector que la guía se había presentado como Pyro, se acercó al oído de su jefe y le susurró algo. Él pidió que lo repitiera en voz alta, y así fue como me enteré de que Pyro es uno de los nombres del demonio (o el nombre de uno de los demonios, no llegué a entenderlo bien). Significa príncipe de la mentira. Desde luego, había hecho gala de su nombre, comportándose como un mentiroso redomado. Lo malo fue que ese dato hizo aún más dudoso el asunto del secuestro, al entender el inspector que, habiendo un servidor de Satán por medio, la mezcla de árabes, judíos, americanos y españoles apuntaba hacia una conjura internacional. Pero, entonces, alguien llamó a la puerta, y sin esperar respuesta, entró. Dejó una carpeta sobre la mesa, intercambió algunas palabras con los que estábamos en el interior —«Inspector…» y «último informe»— y se fue.

También en esta habitación había tres sillas, pero la joven ayudante se había quedado de pie. El inspector leyó el contenido del documento y luego se lo pasó a ella, que también lo leyó. Finalmente, me informaron a mí, que era quien se jugaba el cuello. Me contaron que bajo la bodega habían descubierto un pozo de unos cincuenta metros de profundidad. El dueño aseguraba haberlo clausurado años antes, pero era posible que el último terremoto hubiera abierto alguna brecha. En su interior, la policía científica había localizado un cuerpo: un varón de complexión mediana. Según el forense, llevaba bastante tiempo allí. El avanzado estado de descomposición cuadraba con la época en que el American Colony había denunciado la desaparición del profesor Múgica y de Ruth Kauffmann. Su pasaporte indicaba que habían entrado en Israel tres días antes de esa fecha.

—¿Y usted se encuentra bien? Las marcas de su cuello son bastante feas —señaló el inspector.

—Estoy bien, gracias.

Entonces, la chica volvió a tomar la palabra. Con voz fría y calculadora, me informó que la fallecida, Ruth Kaufmann, que presentaba quemaduras de segundo y tercer grado por todo el cuerpo, llevaba al cuello un amuleto compuesto por un pequeño hueso humano procedente del cadáver de un niño muy pequeño, recién nacido probablemente, pintado de color negro.

—Es un signo de los seguidores de Satán, como una correa que muestra la propiedad de un perro. ¿Lleva usted algo similar?

Puse cara de horror y me apresuré a decir que lo que yo portaba era una pequeña cruz porque, aunque no era muy creyente, me la había regalado mí novia, y la llevaba en su honor. Después de dos días de más interrogatorios, el caso se diluyó como un azucarillo en el agua. Y, tras pagar una inmensa cuenta en el American Colony, pudimos regresar a casa con nuestros expedientes inmaculados.

Como anteriormente ocurriera con doña Rosa, nadie reclamó el cadáver de Ruth, que estaba tatuado en ambas muñecas con sendos pentágonos, con letras hebreas en cada punta. Nunca supimos cómo se enteró de nuestros planes. Quizás, al menos eso

pienso yo, nos siguió desde que salirnos de Madrid.

No sé qué hubiera ocurrido si al buscar el código de reserva en su agenda para cerrar su pasaje de vuelta Noa no se hubiera topado con las cifras que la profesora sueca nos había dictado y, al mirarlas, no hubiera caído en la cuenta de que sumaban 666. No sé cómo estaría yo si Mattar no llega a disparar. De estar Koldo en lo cierto, el demonio carece del poder de dañamos y quizás no me hubiera pasado nada. Pero quién sabe. Lo único que puedo decir es que se lo agradecí enormemente. Y que regresé feliz a España.

EPÍLOGO

Cuando entro en el ático cada tarde, después de impartir las clases de español para inmigrantes en la ONG con la que he comenzado a cooperar, me espera un sofá nuevo, una televisión pequeña y el póster del Polo Norte que compré la tarde que enterramos a Koldo Otxotorena.

Poco después de regresar de Jerusalén, adquirí también dos radiadores de aceite y, salvo los días de viento fuerte, ya no paso frío. El ambiente es agradable, casi hogareño. Y cuando el silencio resulta demasiado denso, enciendo el televisor. Sin embargo, tengo que confesar que mis escarceos con la felicidad apenas si han comenzado. Ya no hay sueños oscuros que me atormenten, ni me embarga el miedo cuando enciendo la luz. De hecho, cuanto más tiempo pasa, más se refuerza la convicción de que hice bien quedándome en Madrid. Pero, como dije al inicio de esta crónica, sigo soltero, muy a mi pesar.

Hay muchas mujeres en Madrid dispuestas a compartir su vida con un hombre con un piso, aunque sea alquilado. Es más, hay tantas que puedes cambiar de pareja cada mes hasta que te canses o aciertes. Pero es que yo no quiero estar con ninguna. Solo deseo estar con ella.

Quiero pensar que me encuentro en el peaje de una autopista esperando a que se llene el depósito de gasolina, y poder partir hacia el sitio donde quiero ir. Pero hace ya tres días y tres noches que envié mi carta a Noa, y no ha dado señales de vida. Y, aunque me aferro a la esperanza, se va debilitando con el reloj.

Desde que regresamos, la llamo de tarde en tarde. A veces, contesta el teléfono e intercambiamos algunas palabras. La mayoría no contesta, aunque sé que su móvil graba mi nombre y así sabe que me acuerdo de ella. Desde que envié la misiva, he decidido darle un respiro y no he llamado.

¿Y por qué está así? No puedo asegurarlo. Solo sé que la psicología humana es tremendamente compleja.

Creo haber dicho ya que, tras escuchar aquellas sucias palabras, a medio camino entre la verdad y la mentira, como todas las que salen de la boca de un endemoniado, y sentir su amargo abrazo, me desmayé. Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue el rostro de Noa. Al contemplarlo, me quedé atónito. Me resultó evidente que la persona que había dejado en la habitación del American Colony era muy distinta a la que tenía delante. La luz había huido de sus ojos y solo quedaba una mirada fría y distante, perdida. Se preocupó por mi estado e incluso me sonrió, pero no tuve que hacer muchas indagaciones para confirmar que algo había ocurrido en su interior. Lo atribuí al *shock*, aunque, según ella misma me había contado, no era la primera vez que se topaba con un demonio. Pero, cuando en el vuelo de regreso intenté entablar con ella una conversación, no lo conseguí.

Había sido una horrible experiencia, desde luego, pero no para romperse así. ¿Qué espina se había clavado en ese corazón? Noa era una mujer fuerte, cuya voz se

había vuelto lastimera y débil. No alcancé entonces a comprenderlo, y cuando no quiso saber nada de mí, quedé tan desolado que me bajé al 4.º a llorar sobre el hombro de Encarna. A llorar y a pedir explicaciones porque, de tenerlas alguien, estaba seguro de que se hallaban en su poder. Me escuchó, pero en vez de resolver mis dudas dijo:

—Narre su experiencia, Gerardo. Cuéntela como si le hubiera pasado a otro. Como si escribiera un guion de cine. A ella le ayudará leerlo, estoy segura. Y usted comprenderá. «La verdad os hará libres», dice la Biblia. Y tiene toda la razón.

—¿Quién es usted, Encarna?

—Menos su tía Ermita, quien usted quiera. Espero haber sido de utilidad. Esa puerta debía cerrarse definitivamente. Lo hizo bien, pese a que no llegáramos a tiempo de salvar al pobre profesor Múgica.

—Mi tía, a la que no desea usted parecerse, antes de morir me advirtió que tendría una historia, y que en ella habría un ángel y un demonio. Ruth era el demonio. Voy a suponer que usted es el ángel. En ese caso, he de decirle que es un ángel poco eficiente, ya que, según Ermita, esta vivencia tenía que traerme la felicidad, y sigo soltero…

—Hágame caso, Gerardo, escriba.

Lo hice, primero como un guion de cine que guardé en la mesilla, y luego en una versión más realista escribí a Noa. Porque me he dado cuenta de que Encarna tenía razón. Hasta que no he sido capaz de decir la verdad, no he conseguido desterrar para siempre a ese príncipe de las mentiras. Ahora Noa debe hacer lo mismo.

«No sé qué ocurrió en Ibiza, Noa, pero, sea lo que sea, no es importante. Enfréntate a tus demonios, o ellos te abrirán una puerta falsa y entrarás por ella. Yo no busco saber nada. Solo quiero que seas feliz. Y lo serás si te aceptas tal y como eres. Con tus defectos y tus virtudes, con tu pasado y tu futuro.

»Desde que te fuiste, mantengo en mi pecho la cruz que me regalaste, y me he dado cuenta de que tenías razón: Dios es paz y sencillez. También he pensado mucho en Koldo. Todavía resuena en mi cabeza su respuesta: «Siempre estoy preparado para morir, porque no sabemos el día ni la hora». Yo no lo estoy. Sin embargo, desde que volvimos de Jerusalén pienso mucho en ello; en la muerte y también en el valor. He llegado a la conclusión de que ser mártir es más fácil que morir tratando de llenar cada día vacío. Para vivir hace falta mucho valor y yo no lo tengo. Te necesito para que me enseñes. ¡Aprendamos juntos a vivir, y, cuando seamos viejos, iremos cogidos de la mano hacia ese cielo tuyo que nos aguarda paciente!

»Te espero.

»Tu más ferviente servidor».

Perdónenme: suena el timbre y tengo que abrir.

Tengo el firme presentimiento de que no es Encarna.

NOTA DE LA AUTORA

En Jerusalén, en la calle Agripas número 10, en el callejón, el visitante puede encontrar una construcción del siglo XIX donde se alza un restaurante llamado Arcadia. Es famoso entre los gourmets, como lo es su chef, Ezra Kedem, muy conocido en el país. Es un restaurante estupendo, no apto para bolsillos corrientes. Pero si aparece en esta novela no es por su magnífica gastronomía, ni por su agradable ambiente, sino porque posee una peculiaridad: sus coordenadas.

La ciudad vieja de Jerusalén se halla en las siguientes coordenadas: 31° 47’ N, 35° 13’ E. Como puede comprobarse, sumando las cifras, se obtienen tres seises.

31 47

+ 35 13

66 60

Algunos amigos de la simbología han querido interpretar que era precisamente en Jerusalén, ciudad santa para cristianos, judíos y musulmanes, donde el demonio había puesto su morada. Particularmente, creo que no es más que una coincidencia, una más de las muchas que existen. La misma que ha hecho que el Arcadia haya sido tomado como referencia literaria en esta novela: era el restaurante con personalidad más próximo a ese punto. En todo caso, ese emplazamiento se encuentra a nueve metros y nueve minutos de diferencia del de esta novela. Una diferencia mínima, pero sustancial. Quizás la misma que dista entre una burda mentira y una suave verdad.

AGRADECIMIENTOS

Cierro estas páginas en la estación londinense de Victoria, de vuelta a casa, como cada tarde. Sin embargo, hoy no es un día corriente. Llegaré tarde: un hombre se ha lanzado a la vía y el tráfico se ha detenido. Miro alrededor. Esta fascinante ciudad está impecablemente preparada para la Navidad, pero no para este «tipo de cosas», por expresarlo con flema británica. Me siento en el suelo, abro el ordenador y borro el archivo intitulado «Agradecimientos». Después de lo que acabo de presenciar, otra muerte triste e inútil, me doy cuenta de que dar gracias es otra cosa. Es trasmitir la percepción de orfandad. Saberse necesitado, indigente; saberse nadie y al mismo tiempo saberse todo, porque hay gente a tu alrededor decidida a alejarte de las muchas vías de tren que te tientan, personas dispuestas a entreabrirte con una sonrisa las aduanas del cielo. ¡Con qué ilusión esperaba este momento! He empleado siete largos años en escribir La puerta del cielo. En ese tiempo, en más de una ocasión, he estado tentada a tirar la toalla. Pero siempre había alguien que me guiñaba el ojo: Juan y nuestra numerosa tropa (Juancho, Javier, Cherna, Gonzalo, María, Marta, Covadonga, Borja y Reyes), en la que nadie sobra; mi madre, a quien nunca acabo de conocer lo suficiente; D. Enrique y D. Ignacio, ambos exorcistas de finísimo humor, que me han presentado lo más blanco y lo más negro del otro lado; mis amigos de Jerusalén. Poco haría sin Puri, mi editora de Planeta, sin mi querida agente, Antonia Kerrigan, y sin mis amigos del alma.

No por casualidad, el personaje central de esta novela es gallego. No por casualidad, se desarrolla mayoritariamente en el barrio de Salamanca. No por casualidad, concluye en Jerusalén. Galicia, ese retazo de Madrid y la ciudad de Jerusalén conquistaron mi corazón hace tiempo. Como Juan. Y como tú, querido lector. Por ti, estas historias se convierten en mi propia historia. ¡Gracias!



REYES CALDERÓN (Valladolid, 1961) compagina escritura y Academia. Doctora en Economía y Filosofía, es profesora en la Universidad de Navarra, de cuya facultad de Economía es decana desde 2008. Visitante en las universidades de Berkeley y La Sorbona, su firma es asidua en artículos y conferencias. La puerta del cielo es su novena novela. Público y crítica aplaudieron su saga, protagonizada por la juez Lola MacHor, en los exitosos Los crímenes del número primo, El expediente Canaima, El último paciente del doctor Wilson o La venganza del asesino par, como sin duda harán con los personajes de esta, ante quienes es imposible permanecer indiferente.